

RAY BRADBURY



Las maquinarias  
de la alegría

MINOTAURO

# **LAS MAQUINARIAS DE LA ALEGRÍA**

**Ray Bradbury**

Título original: The Machineries of Joy  
Traducción: Aurora Bernárdez  
© 1949 by Ray Bradbury  
© 1976 Ediciones Minotauro S.A.  
Rambla de Catalunya 62 - Barcelona  
ISBN: 84-450-7012-6  
Edición digital: Jota

Para *Ramona*,  
que lloró cuando supo  
que el sabueso de los  
Baskervilles estaba muerto...

Para *Susan*,  
que respondió con un gruñido  
a las mismas noticias...

Para *Bettina*,  
que se rió...

y para *Alexandra*  
que les dijo a todos  
que se salieran del camino...

Este libro, queridas hijas,  
con cuatro diferentes clases  
de amor, para vosotras

## LAS MAQUINARIAS DE LA ALEGRÍA

—¿No habla Blake en alguna parte —dijo el padre Vittorini— de las Maquinarias de la Alegría? Es decir, ¿no promueve Dios los ambientes y luego intimida las naturalezas dando vida a la carne, llevando, a hombres y mujeres de aquí para allá, como nos ocurre a todos? Y así felizmente lanzados hacia adelante, dotados de gracia e ingenio, en calmos mediodías, en climas serenos, ¿no somos las Maquinarias de la Alegría de Dios?

—Si Blake dijo eso —comentó el padre Brian—, nunca vivió en Dublín.

**ÍNDICE**

- Las maquinarias de la alegría** (*The Machineries of Joy*, 1962)
- El que espera** (*The One Who Waits*, 1949)
- Tyrannosaurus Rex** (*Tyrannosaurus Rex*, 1962)
- Las vacaciones** (*The Vacation*, 1963)
- El tambor de Shiloh** (*The Drummer Boy of Shiloh*, 1960)
- ¡Muchachos! ¡Cultiven hongos gigantes en el sótano!** (*Boys! Raise Giant Mushrooms in Your Cellar!*, 1962)
- Casi el fin del mundo** (*Almost the End of the World*, 1957)
- Tal vez nos vayamos** (*Perhaps We Are Going Away*, 1962)
- Y el marino vuelve a casa** (*And the Sailor, Home from the Sea*, 1960)
- El día de muertos** (*El Día de Muerte*, 1947)
- La mujer ilustrada** (*The Illustrated Woman*, 1961)
- Algunos viven como Lázaro** (*Some Live Like Lazarus*, 1960)
- Un milagro de rara invención** (*A Miracle of Rare Device*, 1962)
- Así murió Riabuchinska** (*And So Died Riabouchinska*, 1953)
- El mendigo del puente de O'Connell** (*The Beggar on O'Connell Bridge*, 1961)
- La muerte y la doncella** (*Death and the Maiden*, 1960)
- Una bandada de cuervos** (*A Flight of Ravens*, 1952)
- El mejor de los mundos posibles** (*The Best of All Possible Worlds*, 1960)
- La obra de Juan Díaz** (*The Life Work of Juan Diaz*, 1963)
- Al abismo de Chicago** (*To the Chicago Abyss*, 1963)
- La carrera del himno** (*The Anthem Sprinters*, 1963)

## LAS MAQUINARIAS DE LA ALEGRÍA

El padre Brian se entretuvo un rato antes de bajar a tomar el desayuno, pues pensó que había oído al padre Vittorini allá abajo, riendo. Vittorini, como de costumbre, desayunaba solo. ¿Con quien se reía entonces, o de qué?

De nosotros, pensó el padre Brian, de eso se ríe.

Escuchó otra vez.

Del otro lado del pasillo el padre Kelly estaba también encerrado, o meditando quizá, en su propia habitación.

Nunca dejaban que Vittorini terminara de desayunar, no; siempre se las arreglaban para llegar abajo cuando Vittorini masticaba ya el último trozo de tostada. De otro modo no hubiesen podido cargar con la culpa a lo largo del día.

De cualquier manera era risa, ¿no? , lo que se oía allá abajo. El padre Vittorini había descubierto algo en el *Times* de la mañana. O, peor, se había pasado la mitad de la noche en compañía de ese espectro profano, el aparato de televisión que estaba en la entrada como un huésped indeseable, un pie en la extravagancia, el otro en la calma ecuatorial. Y, la mente blanqueada por la bestia electrónica, Vittorini planeaba ahora alguna brillante y nueva diablura; los engranajes le daban vueltas en la mente silenciosa, sentado a la mesa, y ayunando deliberadamente, esperando atraer a los curiosos con el sonido del buen humor italiano.

—Ah, Dios.

El padre Brian suspiró y pasó el dedo por el sobre que había preparado la noche anterior. Lo había guardado en la chaqueta como una medida protectora, pues quizá se decidía a dárselo al pastor Sheldon.

¿Lo detectaría el padre Vittorini a través de la ropa con esa visión suya de rápidos y oscuros rayos X?

El padre Brian se pasó firmemente la mano a lo largo de la solapa para borrar el más mínimo contorno de la carta. Allí le pedía a Sheldon que lo transfirieran a otra parroquia.

—Adelante.

Y murmurando una plegaria, el padre Brian fue escaleras abajo.

—Ah, padre Brian.

Vittorini alzó los ojos del tazón todavía colmado de cereales. La bestia ni siquiera había azucarado los copos de maíz.

El padre Brian se sintió como si hubiera adelantado un pie en el hueco de un ascensor.

Extendió en seguida una mano para no caer. Tocó la caja del aparato de televisión. El aparato estaba caliente. El padre Brian no pudo dejar de decir:

—¿Hubo sesión aquí, anoche?

—Estuve en vela con el aparato, sí.

—¡En vela es la expresión exacta! —gruñó el padre Brian—. ¿No se pasa uno la noche en vela con los enfermos o los muertos? Yo mismo me entretení en otro tiempo con la tabla ouija. Era algo bastante más inteligente. —Brian apartó los ojos del idiota eléctrico y miró a Vittorini.— Y escuchó usted gritos lejanos y chillidos de monos desde ... ¿cómo se llama? ¿Cañaverál?

—Cerraron la transmisión a las tres de la mañana.

—Y aquí está usted ahora, fresco como una margarita. —El padre Brian se adelantó meneando la cabeza.— Lo cierto no es siempre hermoso.

Vittorini derramó vigorosamente la botella de leche sobre los copos.

—Pero usted, padre Brian, parece que se hubiese paseado toda la noche por el infierno.

Afortunadamente, en este momento entró el padre Kelly. Se quedó helado cuando vio también que los fortificantes del padre Vittorini estaban casi intactos. Murmuró un saludo, se sentó, y le echó una ojeada al perturbado padre Brian.

—Es cierto, William, parece usted un poco ausente. ¿Insomnio?

—Algo.

El padre Kelly miró a los dos hombres, ladeando la cabeza.

—¿Qué pasa aquí? ¿Ocurrió algo mientras yo estaba afuera, anoche?

—Tuvimos una pequeña discusión —dijo el padre Brian, jugueteando con los copos secos de maíz.

—¡Pequeña discusión! —dijo el padre Vittorini. Tenía ganas de reírse, pero se contuvo y comentó simplemente: —El papa italiano preocupa al sacerdote irlandés.

—Por favor, padre Vittorini —dijo Kelly.

—Permítale que siga —dijo el padre Brian.

—Gracias por el permiso —dijo Vittorini, muy cortés, y asintiendo amablemente con un movimiento de cabeza—. El papa es un motivo constante de reverente irritación para algunos o quizá para todos los clérigos irlandeses. ¿Por qué no un papa llamado Nolan? ¿Por qué un sombrero rojo y no verde? ¿Por qué no mudar la catedral de San Pedro a Cork o Dublín, y que venga el siglo veinticinco?

—Espero que nadie haya dicho eso —observó el padre Kelly.

—Soy un hombre malhumorado —dijo el padre Brian—. Y saqué esa conclusión en medio de mi enojo.

—¿Enojo? ¿Por qué? ¿Y cómo sacó esa conclusión?

—¿Escuchó lo que dijo acerca del siglo veinticinco? —preguntó el padre Brian—. Bueno, es el tiempo en que Flash Gordon y Buck Rogers entran volando por las claraboyas del baptisterio y su seguro servidor escapa como puede.

El padre Kelly suspiró. —Ah Dios, ¿otra vez esa broma?

El padre Brian sintió que se le encendían las mejillas, pero se dominó mandando la sangre de vuelta a regiones más frescas del cuerpo.

—¿Broma? Mucho más. Durante todo un mes Cañaveral por aquí y trayectorias y astronautas por allá. Parece que fuera el cuatro de julio. Se pasa la mitad de la noche mirando los cohetes. Quiero decir, ¿qué clase de vida es esta, de la medianoche en adelante divirtiéndose en compañía de esa máquina Medusa que le congela a uno la inteligencia si la mira un rato? No puedo dormir pensando que toda la rectoría saldrá volando en cualquier minuto.

—Sí —dijo el padre Kelly—. ¿Pero qué es eso acerca del papa?

—No el último, el penúltimo —dijo Brian fatigado—. Muéstrole el recorte, padre Vittorini. Vittorini titubeó.

—Muéstrelo —insistió Brian firmemente.

El padre Vittorini sacó un pequeño recorte y lo puso sobre la mesa.

Aun cabeza abajo, el padre Brian alcanzaba a leer la mala noticia: el papa bendice el asalto al espacio.

El padre Kelly extendió un dedo y tocó cautelosamente el recorte. Entonó la historia a media voz, subrayando cada palabra con la punta del dedo:

Castel Gandolfo, Italia, 20 de sept. —Ei papa Pío XII bendijo hoy los esfuerzos de la humanidad en la conquista del espacio. El pontífice dijo a los delegados del Congreso Internacional de Astronáutica: "Dios no tiene intenciones de poner límite a los esfuerzos del hombre por conquistar el espacio." Los 400 delegados del Congreso de 22 naciones fueron recibidos por el papa en la residencia de verano de Castel Gandolfo. "Este Congreso tiene una notable importancia en momentos en que el hombre ha iniciado la exploración del espacio exterior" dijo el papa. "Es una tarea que concierne a toda la humanidad ... El hombre tendrá que tener una nueva actitud en relación con Dios y el universo."

La voz del padre Kelly se apagó.

—¿Cuándo apareció esta historia?

—En 1956.

—¿Hace tanto tiempo? —El padre Kelly dejó el recorte en la mesa.— No lo leí.

—Parece —dijo el padre Brian— que usted y yo, padre, no leemos mucho.

—Cualquiera pudo haberlo pasado por alto. Es un artículo minúsculo.

—Lo importante es —dijo Vittorini— que cuando hablé por primera vez de esta historia mi veracidad fue puesta en duda por todos. Ahora vemos que no me aparté de la verdad.

—Claro —dijo rápidamente el padre Brian—, pero como dice nuestro poeta William Blake: "Una verdad dicha con mala intención es más poderosa que todas las mentiras juntas."

—Sí. —Vittorini se mostró todavía más amable.— Y no escribió Blake acaso:

*Aquel que duda de lo que ve,  
nunca creará, haga lo que haga.  
Si el sol y la luna dudaran  
desaparecerían inmediatamente.*

—Muy apropiado —dijo el sacerdote italiano— para la era del espacio.

El padre Brian se quedó mirando a aquel hombre intolerable.

—Le agradecería que no nos citara *nuestro* Blake a nosotros.

—¿*Vuestro* Blake? —dijo el hombre pálido y delgado, de cabellos oscuros y algo lustrosos—. Raro, siempre pensé que era inglés.

—Mi madre —dijo el padre Brian— encontraba alivio y consuelo en la poesía de Blake. Decía que Blake tenía sangre irlandesa por el lado materno.

—No lo pondré en duda —dijo el padre Vittorini—. Pero volvamos a la noticia del periódico. Ahora que la encontramos, ¿no parece adecuado que investiguemos la encíclica de Pío XII?

La cautela del padre Brian, que era como un segundo sistema nervioso, se puso en guardia.

—¿Qué encíclica es esa?

—Bueno, la que habla de los viajes por el espacio.

—No hay tal encíclica.

—Sí que la hay.

—¿Sobre los viajes por el espacio, una encíclica especial?

—Una encíclica especial.

El golpe echó hacia atrás sobre las sillas a los dos sacerdotes irlandeses.

El padre Vittorini movió las manos como un hombre que se limpia las ropas luego de una explosión, descubriendo unas hilachas en la manga de la chaqueta, y una migaja o dos de pan tostado sobre el mantel.

—¿No hubiera bastado —dijo Brian con una voz moribunda— que les estrechara las manos al equipo de astronautas diciéndoles bien hecho y todo eso, sino que además tenía que escribir esa larga tirada?

—No hubiera bastado —dijo el padre Vittorini—. Deseaba, oí decir, comentar largamente el problema de la vida en otros mundos, y las posibles consecuencias para el pensamiento cristiano.

Cada una de estas palabras, pronunciadas con mucha nitidez, hizo que los otros dos hombres se echaran todavía más atrás en las sillas.

—¿Oyó decir? —preguntó el padre Brian—. ¿Todavía no lo leyó usted mismo?

—No, pero tenía la intención...

—Usted tiene la intención de todo, incluyendo lo peor. A veces, padre Vittorini, usted no habla, y me desagrada decírselo, como un sacerdote de la Santa Madre Iglesia.

—Hablo —replicó Vittorini— como un sacerdote italiano que se siente preso de algún modo y trata de preservar las tensiones de la superficie vadeando un pantano eclesiástico donde soy superado en número por una manada de clérigos llamados Shaughnessy y Nulty y Flannery que corren espantados como caribúes y bisones cada vez que me atrevo a murmurar "Bula pontificia".

—No tengo ninguna duda —y aquí el padre Brian miró entornando los ojos hacia la dirección aproximada del Vaticano— que si hubiese dependido de usted, si usted hubiese estado allí habría metido al Santo Padre en todas estas monerías de los viajes por el espacio.

—¿Yo?

—¡Usted! ¿No es usted acaso, y no nosotros por cierto, quien se pasa las horas metiendo las narices en esas revistas, con naves del espacio en las tapas brillantes, y horribles monstruos verdes de seis ojos y diecisiete aparatos electrónicos que persiguen a hembras vestidas a medias en esta o aquella luna? Lo he oído a usted tarde de noche siguiendo la cuenta al revés de diez, nueve, ocho hasta uno, en compañía de la bestia TV, y nosotros acostados esperando esas temibles sacudidas que nos harán saltar las emplomaduras de las muelas. ¡Entre un italiano aquí y otro en Castel Gandolfo, y Dios me perdone, se las han arreglado para quitarles el ánimo a toda la clerecía irlandesa!

—La paz —dijo el padre Kelly al fin— sea con vosotros.

—Y paz es lo que tendré, de un modo o de otro —dijo el padre Brian sacando el sobre del bolsillo.

—Guarde eso —dijo el padre Kelly, adivinando el posible contenido del sobre.

—Por favor, déle esto en mi nombre al pastor Sheldon.

El padre Brian se incorporó pesadamente y miró alrededor buscando la puerta y algún modo de dejar el cuarto. Un instante después, ya no estaba allí.

—¡Mire lo que ha hecho! —dijo el padre Kelly.

Él padre Vittorini, sorprendido de veras, había dejado de comer.

—Pero, padre, pensé todo el tiempo que era una discusión amable, donde cada uno de nosotros tenía su papel, él interpretándolo en voz alta y yo en voz baja.

—Bueno, el juego duró demasiado y la maldita diversión es ahora una cuestión grave —dijo Kelly—. Ah, usted no lo conoce a William como yo. Lo ha hecho pedazos.

—Haré lo posible por poner remiendo...

—¡Pondrá remiendo a los fondillos de sus pantalones! Apártese del camino, este es mi trabajo ahora. —El padre Kelly tomó el sobre de la mesa y lo alzó a la luz.— La radiografía del alma de un pobre hombre. Ah, Dios.

Corrió escaleras arriba. —¿Padre Brian? —Aminoró el paso.— ¿Padre? —llamó a la puerta—. ¿William?

En el cuarto del desayuno, sólo una vez más, el padre Vittorini recordó los últimos copos que aún tenía en la boca. No sabían a nada. Le llevó mucho tiempo tragárselos.

Poco después del almuerzo el padre Kelly logró arrinconar al fin al padre Brian en el melancólico jardincito detrás de la rectoría y le devolvió el sobre.

—Willy, quiero que rompa esto. No me parece bien que abandone en medio de la partida. ¿Cuánto tiempo llevan ustedes así?

El padre Brian suspiró pero no rompió el sobre.

—Fue creciendo poco a poco y al fin nos envolvió. Al principio yo le nombraba escritores irlandeses y él replicaba con óperas italianas. Luego yo le hablé del Libro de Claves en Dublín y él me llevó de paseo por el Renacimiento. Gracias a Dios por los pequeños favores; Vittorini no descubrió antes esa condenada encíclica papal, o yo me hubiese ido a un monasterio donde se guarda voto de silencio. Pero aun allí, me temo, me seguiría contando al revés y en lenguaje mudo las partidas de los cohetes. ¡Qué abogado del diablo hubiese podido ser ese hombre!

—¡Padre!

—Haré penitencia por eso más tarde. Es sólo esta nutria oscura, esta foca, que retoza con el dogma de la Iglesia como si fuese una rayada pelota saltarina. ¡Está bien que las focas hagan travesuras, pero opino que no deben mezclarse con los verdaderos fanáticos, como usted y yo! Perdóneme el orgullo, padre, ¿pero no le parece que nos apartamos del verdadero tema cada vez que el piccolo empieza a tocar entre nosotros los arpistas? ¿No está usted de acuerdo?

—Qué enigma Willy. Nosotros los de la Iglesia tenemos que ser un ejemplo modelo para los demás.

—¿Le ha dicho alguien eso al padre Vittorini? Si enfrentamos la verdad los italianos son los rotarianos de la Iglesia. No estamos seguros de que hubiesen sido capaces de mantenerse sobrios durante la Última Cena.

—Me pregunto si nosotros los irlandeses hubiésemos podido —musitó el padre Kelly.

—¡Hubiésemos esperado por lo menos a que la cena terminara!

—Bueno, ¿somos sacerdotes o barberos? ¿Nos quedaremos aquí partiendo pelos en el aire o afeitaremos a Vittorini con su propia navaja? William, ¿no tiene usted ningún plan?

—Quizá llamar a un bautista como mediador.

—¡Nada de bautistas! ¡Ha examinado usted la encíclica!

—¿La encíclica?

—¡Ha permitido usted que la hierba le crezca entre los dedos de los pies, desde la hora del desayuno! ¡Leamos ese edicto sobre los viajes por el espacio! ¡Memóricelo, acarícielo, luego contraataque al hombre del cohete en su propio territorio! Por este lado, a la

biblioteca. ¡Cuál es el grito de los más jóvenes en estos días! ¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno, ahora!

—O algo parecido.

—Bueno, diga usted algo parecido, entonces, hombre. ¡Y sígame!

Cuando entraban, se encontraron con el pastor Sheldon que salía de la biblioteca.

—Es inútil —dijo el pastor, sonriendo, mirando los rostros febriles de los hombres—. No la encontrarán aquí.

—¿No encontraremos qué? —El pastor miró la carta que el padre Brian llevaba todavía entre los dedos. El padre Brian notó la mirada y ocultó el sobre rápidamente.

—¿No encontraremos qué, señor?

—Una nave del espacio es un poco demasiado grande para nuestra casa —dijo el pastor tratando torpemente de mostrarse enigmático.

—¿Entonces el italiano ya le ha venido con el cuento? —exclamó el padre Kelly descorazonado.

—No, pero los ecos resuenan de algún modo en este lugar. He querido investigar yo mismo.

—Entonces —murmuró Brian con alivio—, ¿está usted de nuestro lado?

En los ojos del pastor Sheldon apareció una sombra de tristeza.

—¿Hay un lado para esto, padres?

Entraron los tres en la pequeña biblioteca, donde el padre Brian y el padre Kelly se sentaron incómodos en los bordes de unas sillas duras. El pastor Sheldon se quedó de pie, observando la incomodidad de los otros.

—Bueno. ¿Por qué le tienen miedo al padre Vittorini?

—¿Miedo? —La palabra sorprendió al padre Brian, y estalló en voz baja:— Es enojo en realidad.

—Una cosa lleva a la otra —admitió Kelly, y continuó—: Verá usted, pastor, es casi como si desde una aldea toscana arrojaran piedras a Meynooth, que está, como usted sabe, a unos pocos kilómetros de Dublín.

—Soy irlandés —dijo el pastor pacientemente.

—Sí, pastor, y razón demás para que nos parezca inconcebible esta calma suya en medio del desastre —dijo el padre Brian.

—Soy irlandés de California —dijo el pastor.

El pastor dejó que esto descendiese poco a poco. Cuando llegó al fondo, el padre Brian gruñó miserablemente.

—Ah. Nos habíamos olvidado.

Y miró al pastor y vio allí la piel recientemente oscura, quemada por el sol, de alguien que había caminado con la cara vuelta hacia el cielo como un girasol, aun aquí en Chicago, tomando toda la luz y el calor posibles para mantener así el color y el bienestar. Aquí estaba un hombre que tenía una figura de un jugador de tenis y bádminton, bajo la sotana, y las manos firmes y delgadas de un experto en juegos de pelota. En el púlpito, cuando el pastor movía los brazos en el aire, uno podía imaginarlo nadando bajo los cálidos cielos de California.

El padre Kelly dejó escapar una carcajada.

—Oh, las leves ironías, los simples destinos. Padre Brian, ¡aquí está nuestro bautista!

—¿Bautista? —preguntó el pastor Sheldon.

—No queremos ofenderlo, pastor, pero estamos buscando un mediador, y aquí está usted, un irlandés de California, que ha conocido los vientos de Illinois tan poco tiempo, y tiene aún el aspecto de los prados ondulantes y el sol de enero. Nosotros, nosotros nacimos y nos criamos como terrones en Cork y Kilcok, pastor. Veinte años en Hollywood no nos harían más amables. Y además, bueno, ¿no dicen que California se parece mucho... —y aquí Kelly hizo una pausa— a Italia?

—Ya veo a dónde va usted —murmuró el padre Brian.

El pastor Sheldon asintió con un movimiento de cabeza, mirando a los dos hombres con una expresión cálida y levemente triste.

—Mi sangre es como la de ustedes. Pero el clima en que me formé es como el de Roma. De modo que ya ve, padre Brian, cuando pregunté si había algún lado, era mi corazón quien hablaba.

—Irlandés y sin embargo no irlandés —se quejó el padre Brian—. Casi italiano pero no del todo. Oh, el mundo nos confunde en la carne.

—Sólo si se lo permitimos, William, Patrick.

El sonido de los nombres de pila sobresaltó un poco a los dos hombres.

—Todavía no me respondieron. ¿De qué tienen miedo?

El padre Brian se miró las manos que se movían confusamente como dos luchadores.

—Bueno, es porque cuando ya tenemos casi arregladas las cosas de la Tierra, justo cuando ya se vislumbra la victoria, y la Iglesia está en el buen camino, viene entonces el padre Vittorini...

—Perdóneme, padre —dijo el pastor—. Lo que viene es la realidad. Lo que viene es el espacio, el tiempo, la entropía, el progreso; lo que viene es un millón de cosas, siempre. El padre Vittorini no inventó los viajes por el espacio.

—No, pero les saca provecho. Para él "al principio todo es misticismo y al final todo es política". Bueno, no importa. Esconderé el garrote si él deja de lado esos cohetes.

—No, no cerremos los ojos —replicó el pastor—. Conviene no esconder la violencia ni ninguna forma especial de viaje. Mejor trabajar con eso. ¿Por qué no subimos a ese cohete, padre y aprendemos algo?

—¿Aprender qué? ¿Que la mayoría de las cosas aprendidas en el pasado no son nada en Marte o en Venus o en cualquier sitio del demonio a donde Vittorini quiera empujarnos? ¿Expulsar a Adán y Eva de algún nuevo jardín, en Júpiter, con los fuegos de nuestros propios cohetes? ¿O peor, descubrir que no hay Edén, ni Adán ni Eva, ni condenada manzana ni serpiente, ni Caída, ni pecado original, ni anunciación, ni nacimiento, ni Hijo, y puede usted seguir adelante con la lista, nada de nada en todos los malditos mundos? ¿Es eso lo que tenemos que aprender, pastor?

—Si es necesario, sí —dijo el pastor Sheldon—. Es el espacio del Señor y los mundos del Señor en el espacio, padre. No se trata de que nos llevemos las catedrales con nosotros, cuando todo lo que necesitamos es un sitio donde pasar la noche. La Iglesia puede ir en una caja donde no caben más que los artículos de la misa, una caja manuable. Conceda esto al padre Vittorini: la gente de los climas meridionales aprendieron hace tiempo a edificar en cera, que se funde y modela de acuerdo con los movimientos y necesidades del hombre. William, William, si usted insiste en levantar edificios de hielo, se harán pedazos cuando rompamos la barrera del sonido o se fundirán en los fuegos del cohete, dejándolo a usted sin nada.

—Eso —dijo el padre Brian— es duro de aprender a los cincuenta años, pastor.

—Pero apréndalo, sé que lo hará —dijo el pastor tocándole el hombro—. Le encomendaré una tarea: hacer las paces con el sacerdote italiano. Encontrar esta noche

algún camino que lleve al encuentro de las mentes. Trabaje duro, padre. Y ante todo, como nuestra biblioteca es escasa, busque y encuentre esa encíclica del espacio, así sabremos de qué estamos gritando.

Un instante después el pastor había desaparecido.

El padre Brian escuchó el sonido apagado de aquellos pies ligeros... como si una pelota blanca volara en las alturas del dulce aire azul, y el pastor corriera para recoger hábilmente la pelota.

—Irlandés pero no irlandés —dijo—. Casi italiano pero no del todo. ¿Y qué somos nosotros, Patrick?

—Empiezo a preguntármelo —fue la respuesta.

Y los dos sacerdotes se alejaron en busca de una biblioteca mayor que pudiera guardar los más grandes pensamientos del papa acerca de un espacio que aumentaba de tamaño.

Bastante después de la cena esa noche, en realidad casi a la hora de acostarse, el padre Kelly se movió por la rectoría llamando a las puertas y susurrando.

Poco antes de las diez, el padre Vittorini bajó las escaleras y se quedó boquiabierto.

El padre Brian, junto a la chimenea, calentándose al fuego de la estufa de gas que estaba allí dentro, no se volvió en seguida.

Habían apartado algunos muebles metiendo el aparato de televisión en un círculo de cuatro sillas, y dentro del círculo dos pequeños taburetes con dos botellas y cuatro vasos. El padre Brian se había encargado de todo esto, y había rechazado la ayuda de Kelly. Al fin se volvió; Kelly y el pastor Sheldon estaban entrando.

El pastor se detuvo en el umbral y examinó el cuarto.

—Espléndido. —Hizo una pausa y añadió:— Un momento. Déjenme ver... —leyó la etiqueta de la botella—. El padre Vittorini se sentará aquí.

—¿Junto al vino irlandés? —preguntó Vittorini.

—El mismo —dijo el padre Brian.

Vittorini, muy complacido, se sentó.

—Y el resto de nosotros se sentará junto al Lachryma Christi —dijo el pastor.

—Un vino italiano, pastor.

—Creo recordar que me hablaron de ese vino —dijo el pastor, y se sentó.

—Bien. —El padre Brian se movió y sin mirar a Vittorini le sirvió una buena cantidad de vino.— Una transfusión irlandesa.

—Permítanme. —Vittorini agradeció con un movimiento de cabeza y se incorporó para servir a los otros.— Las lágrimas de Cristo y el sol de Italia —dijo—. Y ahora, antes de beber, tengo que decir algo.

Los otros esperaron, mirándolo.

—La encíclica papal sobre los viajes por el espacio —dijo Vittorini al fin— no existe.

—Lo descubrimos —dijo Kelly— hace unas pocas horas.

—Perdónenme, padres —dijo Vittorini—. Soy como el pescador en la orilla que cuando ve peces pone más carnada. Sospeché siempre que no había tal encíclica. Pero cada vez que aparecía el tema tantos sacerdotes de Dublín negaban la encíclica ... llegué a pensar que tenía que existir. Ellos no tratarían de verificarlo, pues temían que existiera. Por mi parte, encerrado en mi orgullo, yo no buscaba, pues temía que no existiera. De modo que el orgullo romano no es muy distinto del orgullo de Cork. Me retiraré y guardaré silencio una semana, pastor, y haré penitencia.

—Bien, padre, bien. —El pastor Sheldon se incorporó.— Ahora haré un breve anuncio. El mes próximo llegará aquí un nuevo sacerdote. Lo he pensado mucho; es italiano, nacido y criado en Montreal.

Vittorini cerró un ojo y trató de imaginarse al hombre.

—Si la Iglesia ha de ser todas las cosas para todos los hombres —dijo el pastor—, me intriga la idea de una sangre caliente criada en un clima frío como es el caso de este italiano, aunque también me fascina pensar en mí mismo: una sangre fría criada en California. Necesitamos otro italiano aquí que sacuda un poco las cosas, y este latino parece ser el tipo de hombre que sacudirá aun al padre Vittorini. ¿Nadie hace un brindis?

—¿Me permite, pastor? —el padre Vittorini se incorporó de nuevo, sonriendo, los ojos brillantes, mirando a uno y a otro. Alzó el vaso—. ¿No habla Blake en alguna parte de las Maquinarias de la Alegría? Es decir, ¿no promueve Dios los ambientes, y luego intimida las naturalezas dando vida a la carne, llevando a hombres y mujeres de aquí para allá, como nos ocurre a todos? Y así felizmente lanzados hacia adelante, dotados de gracia e ingenio, en calmos mediodías, en climas serenos, ¿no somos las Maquinarias de la Alegría de Dios?

—Si Blake dijo eso —comentó el padre Brian—, lo rechazo de plano. ¡Nunca vivió en Dublín!

Todos rieron.

Vittorini bebía el vino irlandés y guardaba un silencio adecuado. Los otros bebían el vino italiano y se sentían más amables, e instalado en su amabilidad el padre Brian llamó en voz baja:

—Vittorini, ¿no sintonizaría usted ahora el espectro diabólico?

—¿Canal nueve?

—¡El nueve exactamente!

Y mientras Vittorini movía las perillas, el padre Brian musitó por encima del vaso:

—¿Dijo Blake realmente eso?

—El hecho es, padre —explicó Vittorini inclinado hacia los fantasmas que iban y venían por la pantalla—, que pudo haberlo dicho, si viviese hoy. Lo escribí yo mismo anoche.

Todos miraron al italiano con un cierto temor. Luego el aparato de televisión emitió un zumbido y la pantalla se aclaró mostrando un cohete lejano, listo para partir. —Las Maquinarias de la Alegría —dijo el padre Brian—. ¿La que está usted sintonizando es una de ellas? ¿Y eso que está ahí es otra, el cohete en la plataforma?

—Podría ser esta noche —murmuró Vittorini—. Si la cosa sube, y un hombre adentro, todo alrededor del mundo, y el hombre todavía vivo, y nosotros con él, aunque nos quedemos aquí sentados. Eso nos daría mucha alegría de veras.

El cohete estaba listo para partir, y el padre Brian cerró los ojos un momento. Perdóname, Jesús, perdona el orgullo de un viejo y perdona el rencor de Vittorini, y ayúdame a entender lo que veo aquí esta noche, y permite que me quede despierto si es necesario, de buen humor, hasta el alba, y deja que todo vaya bien, hacia arriba y hacia abajo, piensa en el hombre en esa máquina, Jesús, *piensa* y acompáñalo. Y ayúdame, Dios, mientras el verano es joven, pues nada impedirá que la noche del cuatro de julio Vittorini y los niños se reúnan en los prados de la rectoría, encendiendo cohetes. Todos ellos mirarán el cielo, como en la mañana de la Redención, y ayúdame, oh Señor, a ser como esos niños ante la inmensa noche del tiempo y del vacío donde Tú permaneces. Y ayúdame a marchar hacia adelante, Señor, a encender el próximo cohete de la noche de la Independencia, y estar allí junto al padre latino, el rostro animado por ese mismo deleite del niño que observa las ardientes glorias que Tú has puesto al alcance de nuestra mano, y que nos permites saborear.

Abrió los ojos.

Desde el lejano Cañaveral unas voces gritaban en un viento de tiempo. Unos poderes extraños y fantasmales se movían en la pantalla. El padre Brian bebía el último vaso de vino cuando alguien le tocó suavemente el codo.

—Padre —dijo Vittorini, cerca—, ajústese el cinturón de seguridad.

—Lo haré —dijo el padre Brian—. Lo haré. Y muchas gracias.

Se reclinó en la silla. Cerró los ojos. Esperó el trueno. Esperó el fuego. Esperó la sacudida y la voz que le hablaría de algo tonto, raro, extraño y milagroso:

Cómo contar hacia atrás, siempre hacia atrás... hasta cero.

## EL QUE ESPERA

Vivo en un pozo. Vivo como humo en el pozo. Como vapor en una garganta de piedra. No me muevo. No hago otra cosa que esperar. Arriba veo las estrellas frías y la noche y la mañana, y veo el sol. Y a veces canto viejas canciones del tiempo en que el mundo era joven. ¿Cómo podría decirles quién soy si ni siquiera yo lo sé? No puedo. Espero, nada más. Soy niebla y luz de luna y memoria. Estoy triste y estoy viejo. A veces caigo como lluvia en el pozo. Cuando mi lluvia cae rápidamente unas telarañas se forman en la superficie del agua. Espero en un silencio frío y un día no esperaré más.

Ahora es la mañana. Oigo un trueno inmenso. El olor del fuego me llega desde lejos. Oigo un golpe metálico. Espero. Escucho.

Voces. Muy lejos.

—¡Muy bien!

Una voz. Una voz extraña. Una lengua extraña que no conozco. Ninguna palabra familiar. Escucho.

—¡Que salgan los hombres! Algo aplasta las arenas de cristal.

—¡Marte! ¡De modo que esto es Marte!

—¿Dónde está la bandera?

—Aquí, señor.

—Bien, bien.

El sol está en lo alto del cielo azul y los rayos de oro caen en el pozo, y yo estoy suspendido como el polen de una flor, invisible y velado a la luz cálida.

—En nombre del gobierno de la Tierra, llamo a este territorio el Territorio Marciano, el que será dividido en partes iguales entre las naciones miembros.

¿Qué dicen? Me vuelvo en el sol, como una rueda, invisible y perezoso, dorado e infatigable.

—¿Qué hay ahí?

—¡Un pozo!

—¡No!

—Acérquense. ¡Sí!

Un calor se acerca. Tres objetos se inclinan sobre la boca del pozo, y mi frío se eleva hacia los objetos.

—¡Magnífico!

—¿Será buena el agua?

—Veremos.

—Que alguien traiga un frasco de pruebas y una sonda.

—¡Yo iré!

El sonido de algo que corre. El retorno.

—Aquí están.

Espero.

—Bájenlo. Cuidado.

Un vidrio brilla, arriba, y desciende en una línea lenta.

Unas ondas rizan el agua cuando el vidrio la toca. La toca y se hunde. Me elevo en el aire tibio hacia la boca del pozo.

—Ya. ¿Quiere probar el agua, Regent?

—Pásemela.

—Qué pozo hermoso. Miren la construcción. ¿Cuántos años tendrá?

—Dios sabe. Cuando ayer descendimos en aquel otro pueblo Smith dijo que no ha habido vida en Marte desde hace diez mil años.

—Mucho tiempo.

—¿Cómo es, Regent? El agua.

—Pura como plata. Tome un vaso.

El sonido del agua a la luz tibia del sol. Ahora floto como un polvo, un poco de canela, en el viento suave.

—¿Qué pasa, Jones?

—No sé. Tengo un terrible dolor de cabeza. De pronto.

—¿Ya bebió el agua?

—No. No es eso. Estaba inclinado sobre el pozo y de pronto se me partió la cabeza. Me siento mejor ahora.

Ahora sé quien soy.

Me llamo Stephen Leonard Jones y tengo veinticinco años y acabo de llegar en un cohete desde un planeta llamado Tierra y estoy aquí con mis buenos amigos Regent y Shaw junto a un viejo pozo del planeta Marte.

Me miro los dedos dorados, morenos y fuertes. Me miro las piernas largas y el uniforme plateado y miro a mis amigos.

—¿Qué pasa, Jones? —dicen.

—Nada —digo, mirándolos—. Nada en absoluto.

La comida es buena. Han pasado diez mil años desde mi última comida. Toca la lengua de un modo agradable y el vino calienta el cuerpo. Escucho el sonido de las voces. Pronuncio palabras que no entiendo pero que entiendo de algún modo. Pruebo el aire.

—¿Qué ocurre, Jones?

Inclino esta cabeza mía y mis manos descansan en los utensilios plateados. Siento todo.

—¿Qué quiere decir? —dice esta voz, esta nueva cosa mía.

—Respira de un modo raro. Tosiendo —dice el otro hombre.

Pronuncio exactamente:

—Quizá me estoy resfriando.

—Que lo examine el médico más tarde.

Muevo la cabeza de arriba abajo, eso es bueno. Es bueno hacer cosas después de diez mil años. Es bueno respirar el aire y es bueno sentir que el calor del sol que entra en el cuerpo más y más, y es bueno sentir la estructura de marfil, el hermoso esqueleto debajo de la carne tibia, y es bueno oír sonidos más claros y más cercanos que las profundidades pétreas de un pozo. Me siento muy bien.

—Vamos, Jones. Despierta. Tenemos que hacer.

—Sí —digo, y me maravillan las palabras: se forman como agua en la lengua y caen con una lenta belleza en el aire.

Camino y es bueno caminar. Camino y el suelo está a mucha distancia cuando lo miro desde los ojos y la cabeza. Es como vivir en un hermoso acantilado, sintiéndose feliz allí.

Regent está junto al pozo de piedra, mirando hacia abajo. Los otros han vuelto a la nave de plata, murmurando entre ellos.

Siento los dedos de la mano y la sonrisa de la boca.

—Es profundo —digo.

—Sí.

—Lo llaman pozo del Alma.

Regent alza la cabeza y me mira.

—¿Cómo lo sabe?

—¿No lo parece acaso?

—Nunca oí hablar de un pozo del alma.

—Un sitio donde hay cosas que esperan, cosas que una vez tuvieron carne, y esperan y esperan —digo, tocando el brazo del hombre.

La arena es fuego y la nave es fuego de plata al calor del día, y es bueno sentir el calor. El sonido de mis pies en la arena dura. Escucho. El sonido del viento y el sol que quema los valles. Huelo el olor del cohete que hierve en el mediodía. Estoy de pie debajo de la compuerta.

—¿Dónde anda Regent? —dice alguien.

—Lo vi junto al pozo —replico.

Uno de ellos corre hacia el pozo. Empiezo a temblar. Un temblor débil al principio, muy hondo, pero que sube y aumenta. Y por primera vez la oigo, como si estuviese también escondida en un pozo. Una voz que llama dentro de mí, pequeña y asustada. Y la voz grita: *Déjame ir, déjame ir*, y siento como si algo tratara de librarse, algo que golpea las puertas de un laberinto, que corre descendiendo por oscuros pasillos y sube por pasajes, entre aullidos y ecos.

—¡Regent está en el pozo!

Los hombres corren, cinco de ellos. Corro también, pero ahora me siento enfermo y los temblores son violentos.

—Tiene que haberse caído. Jones, usted estaba con él. ¿Lo vio? ¿Jones? Vamos, hable, hombre.

—¿Qué pasa, Jones?

Caigo de rodillas, los temblores son irresistibles.

—Está enfermo. Vengan, ayúdenme.

—El sol.

—No, no el sol —murmuro.

Me extienden en el suelo y las sacudidas van y vienen como temblores de tierra y la voz profunda que oculta grita dentro de mí: Esto es Jones, esto soy yo, esto no es él, esto

no es él, no le crean, déjenme salir, ¡déjenme salir! Y alzo los ojos hacia las figuras inclinadas y parpadeo. Me tocan las muñecas.

—El corazón le late muy rápido.

Cierro los ojos. Los gritos cesan; los temblores cesan.

Me alzo, como en un pozo fresco, liberado.

—Está muerto —dice alguien.

—Jones ha muerto.

—¿De qué?

—Un ataque, parece.

—¿Qué clase de ataque —digo, y mi nombre es Sessions y muevo los labios, y soy el capitán de estos hombres. Estoy de pie entre ellos y miro el cuerpo que yace enfriándose en las arenas. Me llevo las dos manos a la cabeza.

—¡Capitán!

—No es nada —digo, gritando—. Sólo un dolor de cabeza. Pronto estaré bien. Bueno —murmuro—. Ya pasó.

—Será mejor que nos apartemos del sol, señor.

—Sí —digo, mirando a Jones—. No debiéramos haber venido. Marte no nos quiere.

Llevamos el cuerpo de vuelta al cohete, y una nueva voz está llamando dentro de mí, pidiendo que la dejen salir.

*Socorro, socorro.* Allá abajo en los túneles húmedos del cuerpo. *Socorro, socorro,* en abismos rojos entre ecos y súplicas.

Los temblores han comenzado mucho antes esta vez. Me cuesta dominarme.

—Capitán, será mejor que se salga del sol; no parece sentirse demasiado bien, señor.

—Sí —digo—. Socorro —digo.

—¿Qué, señor?

—No dije nada.

—Dijo "Socorro", señor.

—¿Dije eso, Matthews, dije eso?

Han dejado el cuerpo a la sombra del cohete y la voz chilla en las profundas catacumbas submarinas de hueso y mareas rojas. Me tiemblan las manos. Tengo la boca reseca. Me cuesta respirar. Pongo los ojos en blanco. Socorro, socorro, oh socorro, no, no, déjenme salir, no, no.

—No —digo.

—¿Qué señor?

—No importa —digo—. Tengo que librarme —digo. Me llevo la mano a la boca.

—¿Qué es eso, señor? —grita Matthews.

—¡Adentro, todos ustedes, volvemos a la Tierra! —ordeno.

Tengo un arma en la mano. Levanto el arma.

—¡No, señor!

Una explosión. Unas sombras que corren. Los gritos se desvanecen. Se oye el silbido de algo que cae en el espacio.

Luego de diez mil años, qué bueno es morir. Qué bueno sentir de pronto el frío, la distensión. Qué bueno ser como una mano dentro de un guante, una mano que se desnuda y crece maravillosamente fría en el calor de la arena. Oh, la quietud y el encanto de la muerte cada vez más oscura. Pero es imposible detenerse aquí.

Un estallido, un chasquido.

—¡Dios santo, se mató él mismo! —grito, y abro los ojos y allí está el capitán acostado contra el cohete, el cráneo hendido por una bala, los ojos abiertos, la lengua asomando entre los dientes blancos. Le sangra la cabeza. Me inclino y lo toco—. Qué locura —digo—. ¿Por qué hizo eso?

Los hombres están horrorizados. De pie junto a los dos muertos, vuelven la cabeza para mirar las arenas marcianas y el pozo distante donde Regent yace flotando en las aguas profundas. Los labios secos emiten un graznido, un quejido, una protesta infantil contra este sueño de espanto.

Los hombres se vuelven hacia mí.

Al cabo de un rato, uno de ellos dice:

—Ahora es usted el capitán, Matthews.

—Ya sé —digo lentamente.

—Sólo quedamos seis.

—¡Dios santo, todo fue tan rápido! —No quiero quedarme aquí, ¡vámonos!

Los hombres gritan. Me acerco a ellos y los toco, con una confianza que es casi un canto dentro de mí.

—Escuchen —digo, y les toco los codos o los brazos o las manos.

Todos callamos ahora. Somos uno. ¡No, no, no, no, no, no! Voces interiores que gritan, muy abajo, en prisiones.

Nos miramos. Somos Samuel Matthews y Raymond Moses y William Spaulding y Charles Evans y Forrest Cole y John Summers, y no decimos nada y nos miramos las caras blancas y las manos temblorosas.

Nos volvemos, como uno solo, y miramos el pozo.

—Ahora —decimos.

No, no, gritan seis voces, ocultas y sepultadas y guardadas para siempre.

Nuestros pies caminan por la arena y es como si una mano enorme de doce dedos se moviera por el fondo caliente del mar.

Nos inclinamos hacia el pozo, mirando. Desde las frescas profundidades seis caras nos devuelven la mirada.

Uno a uno nos inclinamos hasta perder el equilibrio, y uno a uno caemos en la boca del pozo a través de la fresca oscuridad hasta las aguas tibias.

El sol se pone. Las estrellas giran sobre el cielo de la noche. Lejos, un parpadeo de luz. Otro cohete que llega, dejando marcas rojas en el espacio.

Vivo en un pozo. Vivo como humo en el pozo. Como vapor en una garganta de piedra. Arriba veo las estrellas frías de la noche y la mañana, y veo el sol. Y a veces canto viejas canciones del tiempo en que el mundo era joven. Cómo podría decirles quién soy si ni siquiera yo lo sé. No puedo.

Espero, nada más.

## TYRANNOSAURUS REX

Abrió una puerta a la oscuridad. Una voz gritó:

—¡Ciérrela!

Fue como un golpe en la cara. El hombre saltó. La puerta se cerró ruidosamente. El hombre se maldijo a sí mismo en voz baja. La voz, con terrible paciencia, entonó:

—Jesús. ¿Usted es Terwilliger?

—Sí —dijo Terwilliger.

El débil espectro de una pantalla se movía en la oscura pared del escenario, a la derecha. A la izquierda, un cigarrillo trazaba arcos luminosos en el aire mientras unos labios se movían rápidamente alrededor.

—¡Se ha atrasado cinco minutos!

No lo diga como si fuesen cinco años, pensó Terwilliger.

—Deje la película en la puerta de la sala de proyección. Adelante.

Terwilliger miró de soslayo.

En cinco filas de asientos unos hombres respiraban pesadamente, inclinándose hacia el asiento del medio, donde casi en la oscuridad estaba instalado un niño, fumando.

No, pensó Terwilliger, no un niño. Es él. Joe Clarence. Clarence el Grande.

La boca diminuta se abrió de pronto como la boca de un títere, echando humo.

—¿Bien?

Terwilliger dio un paso atrás para alcanzarle la película al operador. El hombre miró los asientos, hizo un ademán obscuro, le guiñó el ojo a Terwilliger, y cerró de golpe la puerta de la cabina.

—Jesús —suspiró la voz diminuta. Un zumbador zumbó—. ¡Adelante, proyección!

Terwilliger tanteó el asiento más próximo, tocó un cuerpo, retrocedió y se quedó de pie mordiendo los labios.

Una música saltó de la pantalla. Los títulos de la película aparecieron en una tormenta de tambores:

Tyrannosaurus Rex:  
el lagarto del trueno

Miniaturas de John Terwilliger. Un estudio de las formas de vida terrestres de mil millones de años antes de Cristo.

Un débil aplauso irónico llegó apagadamente de las manos del bebé en el asiento del medio.

Terwilliger cerró los ojos. La música cambió sobresaltándolo, y prestó atención. Los últimos títulos desaparecieron borrándose en un mundo de sol primigenio, niebla, lluvia venenosa y vegetación. Unas brumas matinales flotaban a lo largo de las costas del mar eterno, donde unas enormes e innumerables pesadillas aladas guadañaban el aire. Inmensos triángulos de huesos y piel rancia, de ojo de diamante y diente costroso, pterodáctilos, las cometas de la destrucción, caían a pico, golpeaban la presa, y se alejaban deslizándose. Carne y gritos en las bocas de tijera. Terwilliger observó, fascinado.

Ahora, en el follaje de la selva, unos estremecimientos, unas figuras que se arrastraban, sacudidas de insectos, antenas que se retorcían, barro encerrado en barro espeso y oleoso, armaduras envueltas en piel de armadura, a la luz del sol y a la sombra se movían los reptiles, encamando los desordenados recuerdos de venganza de Terwilliger y dando alas al pánico.

Brontosaurio, estegosaurio, triseratopos. Qué fácilmente venían a los labios las torpes toneladas de nombres.

Las enormes bestias oscilaban como horribles maquinarias de guerra y disolución a través de desfiladeros de musgo, aplastando un millar de flores con cada pisada, husmeando la niebla, desgarrando el cielo con un chillido.

Mis hermosas obras, pensó Terwilliger, mis pequeñas maravillas. Todo látex líquido, esponja de goma, articulaciones de acero. Todo un sueño nocturno, moldeado en arcilla, armado y soldado, remachado y animado a mano. La mitad no mayor que mi puño; el resto no más grande que esta cabeza de donde nacieron.

—Buen Dios —murmuró una voz admirada en la oscuridad.

Paso a paso, cuadro a cuadro, sumando movimientos detenidos, él, Terwilliger, había llevado las bestias a lo largo de las distintas posiciones, moviéndolas una fracción de pulgada, fotografiándolas, moviéndolas otro pelo, fotografiándolas, durante horas y días y meses. Ahora estas raras imágenes, estos escasos doscientos cincuenta metros de película, corrían por el proyector.

Y oh, pensó Terwilliger. Nunca me acostumbraré. ¡Mira! ¡Están vivas!

Goma, acero, arcilla, envolturas elásticas de reptil, ojos de vidrio, garras de porcelana, andando, rodando, trotando con un terrible orgullo por continentes todavía anónimos, junto a mares todavía sin sal perdidos hacia mil millones de años. Respiran ahora. Afligen el aire con truenos. ¡Oh, inverosímil maravilla!

Siento, pensó Terwilliger, muy simplemente, que ahí está *mi* Jardín, y que estas son mis amadas creaciones animales en este sexto día, y mañana, el séptimo, descansaré.

—Señor —dijo de nuevo la voz débil.

—¿Sí? —casi contestó Terwilliger.

—Una hermosa película, señor Clarence —dijo la voz.

—Quizá —dijo el hombre de la voz de niño.

—Animación increíble.

—He visto mejores —dijo Clarence el Grande. Terwilliger se endureció. Dejó de mirar la pantalla donde sus amigos caminaban pesadamente hacia el olvido, las carnicerías montadas en escala arquitectónica. Examinó por primera vez a los posibles clientes.

—Hermoso trabajo.

Este elogio venía de un anciano que estaba sentado en el otro extremo del teatro, admirando con la cabeza adelantada aquella vida antigua.

—Muy torpe. ¡Miren! —El extraño muchacho se incorporó a medias, apuntando con el cigarrillo en la boca.

—Eh, esa era una mala toma. ¿Vio usted?

—Sí —dijo el hombre viejo de pronto cansado, aplastándose en el asiento—. Vi.

Terwilliger sintió el rápido movimiento de la sangre que le calentaba la cabeza, sofocándolo. —Muy torpe —dijo Joe Clarence. Luz blanca, números rápidos, oscuridad; la música se interrumpió, los monstruos se desvanecieron.

—Me alegra que haya terminado. —Joe Clarence resopló.— Es casi hora de almorzar. ¡El rollo próximo, Walter! Eso es todo, Terwilliger. —Silencio.— ¿Terwilliger? —Silencio.— ¿Está ese mudo todavía ahí?

Terwilliger se llevó los puños a las caderas.

—Aquí.

—Oh —dijo Joe Clarence—. No está mal pero no se haga ideas acerca del dinero. Una docena de individuos vino ayer a mostrarme un material tan bueno o mejor que el suyo,

pruebas para nuestra nueva película, *El monstruo prehistórico*. Deje su precio en un sobre a mi secretaria. Para salir la misma puerta por la que entró. Walter, ¿qué demonios espera? ¡Vamos, el próximo!

En la oscuridad, Terwilliger se golpeó las piernas contra una silla, buscó a tientas el pestillo de la puerta y lo apretó, lo apretó.

Detrás estalló la pantalla: cascadas de polvo de piedra cayeron precipitándose, ciudades enteras de granito, edificios inmensos de mármol se agrietaron, se abrieron y se derrumbaron. En medio de este estruendo, Terwilliger oyó voces que venían de los días siguientes:

—Le pagaremos mil dólares, Terwilliger.

—¡Pero el equipo solo me ha costado mil!

—Mire, es nuestro precio. ¡Tómelo o déjelo!

Mientras el trueno moría Terwilliger supo que aceptaría el dinero, y supo que odiaría ese momento.

Sólo cuando la avalancha cesó, y sobrevino el silencio, y la propia sangre corrió a la decisión inevitable y se le atascó en el corazón, empujó Terwilliger la puerta inmensamente pesada y dio un paso adelante saliendo a la cruda y terrible luz del día.

Funde la columna flexible uniéndola al cuello sinuoso, ensambla el cuello al cráneo de muerte, engozna la mandíbula a la mejilla hueca, pega la esponja plástica sobre el esqueleto lubricado, desliza la piel moteada de serpiente sobre la esponja, borra las costuras con fuego, luego muéstralo triunfante en un mundo donde la locura despierta sólo para descubrir la alucinación: ¡Tyrannosaurus Rex!

Las manos del Creador se deslizaron saliendo del sol de lámpara de arco. Pusieron el monstruo granulado en selvas falsas del color verde del verano, lo sumergieron en caldos de abundante vida bacteriana. Instalado en un sereno terror, la máquina lagarto se tostó al sol. La voz del Creador zumbaba desde los cielos opacos, y el Jardín vibraba con una vieja y monótona melodía: el hueso del pie conectado al... hueso del tobillo, el hueso del tobillo conectado al... hueso de la pierna, el hueso de la pierna conectado al... hueso de la rodilla, el hueso de la rodilla conectado al...

Una puerta se abrió de golpe.

Joe Clarence entró corriendo como una manada de boy scouts. Miró precipitadamente alrededor como si no hubiera nadie allí.

—¡Dios mío! —gritó—. ¿No ha terminado todavía? ¡Esto me cuesta dinero!

—No —dijo Terwilliger secamente—. No importa el tiempo que me lleve. Me pagarán la misma suma.

Joe Clarence se acercó en una serie de rápidos arranques y detenciones.

—Bueno, apresúrese. Y hágalo realmente horrible.

Terwilliger estaba de rodillas junto al escenario de la selva en miniatura. Tenía los ojos a la altura de la cabeza del productor cuando dijo:

—¿Cuántos metros cúbicos de sangre y cuajarones quiere usted?

—¡Mil metros de cada uno! —Clarence se rió en una especie de tartamudeo jadeante.— Veamos.

Alzó el lagarto.

—¡Cuidado!

—¿Cuidado? —Clarence movió la bestia entre unos dedos descuidados y torpes.— ¿Es mi monstruo, no es cierto? El contrato...

—El contrato dice que usted podrá usar este modelo para publicidad, pero el animal vuelve a mí cuando estrene la película.

—¡Demonios! —Clarence sacudió el monstruo.— No es así. Los contratos que firmamos hace cuatro días...

—Parecen cuatro años. —Terwilliger se frotó los ojos.— Me he pasado dos noches sin dormir terminando esta bestia para empezar a fotografíarla.

Clarence barrió el asunto a un lado.

—Al diablo con el contrato. Aquí hay trampa. Es mi monstruo. Usted y su agente me enferman del corazón. Me enferman del corazón y con problemas de dinero. Me enferman del corazón habiéndome del equipo. Me enferman del corazón ...

—Esta cámara que usted me dio es vieja.

—Si se estropea, arrégla. ¿No tiene manos? No se acostumbre a arreglar los problemas con dólares, recurra a su propio cerebro. Volviendo a la cuestión: este monstruo, y así tenía que haber aparecido en el convenio, es mi bebé.

—Nunca permito que nadie tenga las cosas que hago —dijo Terwilliger honestamente—. Les dedico demasiado tiempo y afecto.

—Bueno, de acuerdo. Le daremos cincuenta dólares extra por la bestia y le dejaremos todo este equipo gratis cuando se termine la película, ¿sí? Entonces podrá tener su propia compañía. ¡Competirá conmigo, en el mismo plano, usando sus propias máquinas! —Clarence se rió.

—Si antes no se caen en pedazos —observó Terwilliger.

—Otra cosa. —Clarence puso la criatura en el piso y caminó alrededor.— No me gusta el aspecto de este monstruo.

Terwilliger casi aulló: —¿No le gusta qué cosa?

—La expresión. Necesita más fuego, un poco más de tácate, un poco más de zácate.

—¿Zácate?

—¡Déle al mingo! Saquete más los ojos. Levántele la nariz. Lústrele los dientes. Afílele la lengua. ¡Puede hacerlo! Este, ¿el monstruo es mío, no?

Terwilliger se puso de pie.

—Mío.

La hebilla del cinturón de Terwilliger estaba ahora a la altura de los ojos de Joe Clarence. El productor miró un rato la hebilla brillante, casi hipnotizado.

—¡Al diablo esos abogados malditos! Echó a correr hacia la puerta.

—¡Trabaje! —dijo, y salió.

El monstruo golpeó la puerta una fracción de segundo después.

Terwilliger se quedó un rato con la mano en el aire. Luego los hombros se le doblaron y se inclinó a recoger la criatura. Desenroscó la cabeza, peló la carne de látex del cráneo, instaló el cráneo en un pedestal, y, trabajosamente, con arcilla, se puso a remodelar la cara prehistórica.

—Un poco de tácate —murmuró—. Un toque de zácate.

Una semana más tarde probaron la película del monstruo animado.

Cuando la proyección terminó, Clarence, sentado en la oscuridad, asintió con un imperceptible movimiento de cabeza.

—Mejor. Pero... tiene que ser más espantoso, que hiele la sangre. Matememos de miedo a las señoras. ¡De vuelta al tablero de dibujo!

—Estoy atrasado una semana —protestó Terwilliger—. Usted me interrumpe diciendo cambie esto, cambie aquello, y yo lo cambio. Un día está mal la cola, al día siguiente son las garras...

—Ya encontrará un modo de hacerme feliz —dijo Clarence—. ¡De vuelta al trabajo y que empiece de nuevo la lucha creadora!

A fines de mes pasaron la segunda prueba.

—¡Casi en el blanco! ¡Falta poco! —dijo Clarence—. La cara está casi bien. ¡Pruebe de nuevo, Terwilliger!

Terwilliger probó de nuevo. Animó la boca del dinosaurio de modo que la bestia decía obscenidades que sólo un lector de labios podía entender, mientras que para el resto del auditorio la bestia chillaba y nada más. Luego tomó la arcilla y trabajó hasta las tres de la mañana en aquella cara horrible.

—¡Eso es! —gritó Clarence en la sala de proyección la semana siguiente—. ¡Perfecto! ¡Eso es lo que yo llamo un monstruo!

Se inclinó hacia el viejo, el abogado, el señor Glass, y Maury Poole, el ayudante de producción.

—¿Les gusta mi criatura?

Miró a los hombres entusiasmado.

Terwilliger, despatarrado en la última fila, el esqueleto tan largo como los monstruos de la pantalla, alcanzó a sentir el encogimiento de hombros del abogado.

—Ve usted un monstruo, y los ve todos.

—¡Claro, claro, pero este es especial! —exclamó Clarence, feliz—. ¡Aun yo mismo tengo que admitir que Terwilliger es un genio!

Todos se volvieron a mirar el monstruo de la pantalla, que bailaba un vals titánico, moviendo la cola de navaja en un arco que segaba la hierba y arrancaba las flores. La bestia se detuvo de pronto mirando pensativamente las nieblas, mordiendo un hueso rojo.

—Ese monstruo —dijo el señor Glass al fin, entornando los ojos—. Tiene un aspecto familiar.

Terwilliger se movió en el asiento, alerta.

—Se parece a algo —balbuceó el señor Glass en la oscuridad— que no recuerdo, de algún sitio.

—¿Algo que vio en un museo de ciencias naturales?

—No, no.

—Quizá —rió Clarence— leyó usted un libro alguna vez, Glass.

—Es raro... —Glass, imperturbable, inclinó la cabeza, cerró un ojo.— Como los detectives, no olvido una cara. Pero ese Tyrannosaurus Rex... ¿Dónde lo vi antes?

—¿Qué importa? —interrumpió Clarence—. Es magnífico. Y todo porque no lo dejé tranquilo a Terwilliger hasta que hizo las cosas bien. ¡Vamos, Maury!

Cuando la puerta se cerró, el señor Glass miró serenamente a Terwilliger. Sin apartar los ojos, llamó en voz baja al operador.

—¿Walt? ¿Walter? ¿Puede mostrarnos de nuevo esa bestia?

—Por supuesto.

Terwilliger se removió en el asiento, incómodo, sintiendo que una fuerza helada acechaba en la oscuridad, en esa luz intensa que se precipitaba de nuevo y rebotaba sacando afuera el terror de la pantalla.

—Sí. Seguro —musitó el señor Glass—. Casi recuerdo. Casi lo conozco. Pero... ¿quién?

La bestia, como respondiendo, volvió la cabeza y durante un desdeñoso momento miró a través de cien mil millones de años a los dos hombrecitos que se escondían en una salita oscura. La máquina tirana se nombró a sí misma con una voz de trueno.

El señor Glass se inclinó rápidamente hacia adelante, como para oír mejor.

La oscuridad lo devoró todo.

En la décima semana, cuando ya estaba terminada la mitad de la película, Clarence citó a treinta empleados, unos técnicos y unos pocos amigos a la sala de proyecciones.

Habían pasado quince minutos de película cuando una exclamación ahogada corrió por el auditorio.

Clarence miró rápidamente alrededor.

El señor Glass, sentado al lado, se puso tieso.

Terwilliger, husmeando peligro, se quedó cerca de la salida, sin saber por qué. Se sentía nervioso, como si adivinara que iba a pasar algo. Observó, con la mano en el pestillo.

Otra exclamación entrecortada corrió por el grupo.

Alguien cloqueó en voz baja. Una secretaria ahogó una risita. Luego hubo un silencio instantáneo.

Joe Clarence había dado un salto, poniéndose de pie.

La figura diminuta cortó la luz de la pantalla. Durante un momento dos imágenes se movieron en la oscuridad: Tyrannosaurus, desgarrando la pata de un pteranodonte, y Clarence, aullando, saltando hacia adelante como si quisiera participar de esa lucha fantástica.

—¡Paren, dejen ahí la imagen! La película se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Glass.

—¿Qué pasa? —Clarence se trepó a la imagen. Llevó la mano de bebé a la pantalla, golpeó la mandíbula, el ojo de lagarto, los colmillos, la frente; luego se volvió ciegamente hacia la luz del proyector de modo que la carne de reptil se le imprimió en las furiosas mejillas.— ¿Qué pasa? ¿Qué es esto?

—Sólo un monstruo, jefe.

—¡Monstruo, demonios! —Clarence golpeó la pantalla con el puño diminuto.— ¡Ese soy yo!

La mitad de la gente se inclinó hacia adelante, la mitad de la gente cayó hacia atrás, dos personas saltaron, una de ellas el señor Glass, que buscó tanteando sus otros lentes, apretó los ojos y gimió:

—¡Así que era eso lo que había visto antes!

—¿Eso qué?

El señor Glass sacudió la cabeza, con los ojos cerrados.

—Esa cara, *sabia* que me era familiar.

Un viento sopló en el cuarto.

Todos se dieron vuelta. La puerta estaba abierta.

Terwilliger había desaparecido.

Encontraron a Terwilliger en el estudio, limpiando el escritorio, metiendo todo en una caja de cartón, y con el modelo del Tyrannosaurus animado bajo el brazo. Alzó los ojos cuando entró la gente encabezada por Clarence.

—¡Qué he hecho para merecer esto! —gritó Clarence.

—Lo lamento, señor Clarence.

—¡Lo lamenta! ¿No le pagué bien?

—En realidad no.

—Lo he invitado a almorzar.

—Una vez. Yo pagué la cuenta.

—Le di una cena en mi casa, nadó en mi piscina, ¡y ahora esto! ¡Está despedido!

—No puede despedirme, señor Clarence. Trabajé gratis la última semana y en horas extras, olvidó mi cheque. . .

—Está despedido de todos modos, oh, ¡está *realmente* despedido! Lo pondremos en la lista negra de Hollywood. ¡Señor Glass! —Se dio vuelta hacia el viejo.— ¡Hágale juicio!

—No hay nada —dijo Terwilliger, sin alzar los ojos, sólo mirando hacia abajo, empacando, moviéndose—, nada que pueda sacarme con un juicio. ¿Dinero? Usted nunca paga tanto como para que se pueda ahorrar. ¿La casa? Nunca pude permitírmela. ¿Una mujer? He trabajado para gente como usted toda la vida. No he tenido tiempo para casarme. Soy un hombre libre de trabas. No hay nada que pueda hacerme. Si me saca los dinosaurios, me esconderé en un pueblo cualquiera, conseguiré una lata de goma látex, un poco de arcilla del río, algunos viejos caños de acero, y haré nuevos monstruos. Compraré película barata. Necesitaré una cámara adecuada, por supuesto. Llévase ésa, y armaré una con mis propias manos. Puedo hacer cualquier cosa. Y por eso mismo usted nunca podrá hacerme daño.

—¡Está despedido! —gritó Clarence—. Míreme. No aparte los ojos. ¡Está despedido! ¡Está despedido!

—Señor Clarence —dijo el señor Glass, tranquilo, adelantándose—. Déjeme hablar con él un momento.

—¡Háblele! —dijo Clarence—. ¿De qué sirve? No hace otra cosa que estarse ahí con ese monstruo bajo el brazo, y la condenada bestia se parece a mí. ¡No quiero verlo más!

Clarence cruzó la puerta como una tormenta. Los otros lo siguieron.

El señor Glass cerró la puerta, se acercó a la ventana y miró el cielo absolutamente claro del crepúsculo.

—Me gustaría que lloviera —dijo—. Esta es una de las cosas que no le perdono a California. Nunca llueve de veras, a cántaros. Ahora mismo, ¿qué no daría yo porque cayera algo del cielo? Unos relámpagos, por lo menos.

El señor Glass calló, y Terwilliger empacó más lentamente. El señor Glass se dejó caer en una silla y garabateó en un anotador con un lápiz, hablándose tristemente, a media voz.

—Seis rollos de película, rollos buenos, la mitad del film terminado, trescientos mil dólares arrojados a la calle, hola y adiós. Todos los empleos tirados por la ventana. ¿Quién alimenta las bocas hambrientas de niños y niñas? ¿Quién enfrentará a los accionistas? ¿Quién le hará cosquillas al Banco de América? ¿Quién empieza con la ruleta rusa?

Glass se volvió a mirar a Terwilliger que cerraba una valija.

—¿Qué nos ha preparado Dios?

Terwilliger, mirándose las manos, moviéndolas para examinar la textura de la piel, dijo:

—No sabía lo que estaba haciendo, lo juro. Me salió de los dedos. Fue todo subconsciente. Mis dedos hicieron todo por mí. Hicieron esto.

—Hubiese sido mejor que los dedos fueran directamente a mi oficina y me tomaran por el cuello —dijo Glass—. Nunca fui aficionado al movimiento retardado. Los policías de la Keystone, a triple velocidad, eran mi idea de la vida, de la muerte. Este monstruo de goma nos ha aplastado a todos. Ahora no somos más que jugo de tomate, listo para envasar.

—No me haga sentir más culpable de lo que me siento —dijo Terwilliger.

—¿Qué quiere, que lo lleve a bailar?

—Es que Clarence nunca me dejó tranquilo —exclamó Terwilliger—, Haga esto. Haga aquello. Hágalo de otro modo. Délo vuelta para arriba, para abajo, me decía. Me tragué la bilis. Me sentía enojado todo el tiempo. Sin darme cuenta, cambié la cara del monstruo. Pero hasta hace cinco minutos, cuando el señor Clarence se puso a gritar, yo no lo había visto. Me hago responsable.

—No —suspiró el señor Glass—. Todos teníamos que haberlo visto. Quizá así fue y no lo admitimos. Quizá así fue y nos reímos toda la noche en sueños, cuando no podíamos oírnos. Bueno, ¿dónde estamos ahora? El señor Clarence ha hecho inversiones que no puede dejar de lado. Usted tiene una carrera que para bien o para mal no puede dejar de lado. En este mismo momento el señor Clarence está tratando de convencerse de que todo fue un sueño espantoso. Parte de su dolor, en un noventa y nueve por ciento, lo tiene en la cuenta de banco. Si usted puede dedicarle un uno por ciento de su tiempo en la próxima hora, convenciéndolo de lo que voy a decirle, mañana a la mañana no habrá niños huérfanos mirando los pedidos de empleo en *Variety* y el *Hollywood Reporter*. Si usted le dice...

—¿Me dice qué?

Joe Clarence, de vuelta, estaba en la puerta, las mejillas todavía inflamadas.

—Lo que Terwilliger acaba de contarme. —El señor Glass se volvió serenamente.— Una emotiva historia.

—¡Estoy escuchando! —dijo Clarence.

—Señor Clarence. —El viejo abogado pesó cuidadosamente las palabras.— Esta película que acaba de ver es un solemne silencioso tributo que el señor Terwilliger le dedica a usted.

—¿Es qué? —gritó Clarence.

Los dos hombres, Clarence y Terwilliger, estaban boquiabiertos.

El viejo abogado miraba la pared, y dijo con una voz tímida.

—¿Continúo?

El animador cerró la mandíbula.

—Como usted quiera.

—Esta película —el abogado se incorporó y señaló con un solo movimiento la sala de proyección— nació de un sentimiento de honra y amistad hacia usted, Joe Clarence. Detrás del escritorio, héroe secreto de la industria cinematográfica, desconocido, invisible, usted se esfuerza en la soledad, ¿y quién se lleva la gloria? Las estrellas. ¿Cuántas veces un hombre en Atawanda Springs, Idaho, le dice a su mujer: "Oye, estaba pensando la otra noche en Joe Clarence, un gran productor"? ¿Cuántas veces? ¿Lo diré? ¡Nunca! Así que Terwilliger se puso a pensar. ¿Cómo podía presentar al mundo al Clarence verdadero? Allí está el dinosaurio. ¡Bum! ¡Eso es! Pensó Terwilliger, la criatura que es el terror del mundo: un solitario, orgulloso, maravilloso, terrible símbolo de independencia, poder, fuerza, astucia animal, el verdadero demócrata, el individuo llevado a la cima, todo trueno y enormes relámpagos. Dinosaurio: Joe Clarence. Joe Clarence: Dinosaurio. ¡El hombre encarnado en el lagarto tiránico!

El señor Glass se sentó, jadeando levemente.

Terwilliger no dijo nada.

Clarence se movió al fin, cruzó el cuarto, dio lentamente una vuelta alrededor de Glass, y luego se instaló frente a Terwilliger con el rostro pálido. Movía los ojos de un lado a otro, y a lo largo del alto esqueleto de Terwilliger.

—¿Usted dijo eso? —preguntó débilmente.

Terwilliger tragó saliva.

—Me lo dijo a mí. Es tímido —comentó el señor Glass—. ¿Lo oyó hablar mucho alguna vez, replicar, maldecir, algo? Le gusta la gente, y no puede decirlo. Pero inmortalizarla, ¡eso sí puede hacerlo!

—¿Inmortalizarla? —dijo Clarence.

—¿Qué otra cosa? —dijo el viejo—. Como una estatua, pero en movimiento. Pasarán los años y la gente dirá: "¿Recuerda aquella película, *El monstruo del pleistoceno*?" y la gente dirá: "Claro, ¿por qué?" "Porque" los otros dirán "fue el único monstruo, la única bestia en toda la historia de Hollywood que tenía verdaderas entrañas, verdadera personalidad. ¿Y por qué era esto? Porque un hombre de genio tuvo bastante imaginación como para inspirarse en una criatura de la vida real, un hombre de negocios duro y rápido, de categoría A". Usted es ya parte de la historia, señor Clarence. Las cinematecas lo guardarán en buen estado. Los clubes de cine reclamarán su presencia. ¿Hasta qué extremos llegará la fortuna de usted? Nada parecido podrá pasarle nunca a Immanuel Glass, abogado. Todos los días de los próximos doscientos, quinientos años será usted un astro en alguna parte del mundo.

—¿Todos los días? —preguntó Clarence en voz baja—. Durante los próximos...

—Ochocientos años, quizá, ¿por qué no?

—Nunca lo pensé.

—¡Piénselo!

Clarence fue hasta la ventana y miró las sombras de Hollywood Hills y al fin asintió con un movimiento de cabeza.

—Dios mío, Terwilliger —dijo—. ¿Realmente le gusto tanto?

—Es difícil decirlo en palabras —dijo Terwilliger, con dificultad.

—¿Terminaremos pues el grandioso espectáculo? —preguntó Glass—. ¿Presentando como estrella el terror tiránico que estremece la tierra, y que no es otro que el señor Joseph J. Clarence?

—Sí, por supuesto. —Clarence llegó haciendo eses hasta la puerta, y allí dijo:— ¿Saben ustedes? ¡Siempre quise ser un actor!

Salió silenciosamente al pasillo y cerró la puerta.

Terwilliger y Glass chocaron junto al escritorio, los dos extendiendo la mano hacia un cajón.

—Los años primero —dijo el abogado y sacó rápidamente una botella de whisky.

A medianoche, el día del estreno de *El monstruo de la Edad de Piedra*, el señor Glass vino al estudio donde todo el mundo estaba reuniéndose para celebrar, y encontró a Terwilliger sentado solo en su oficina, con el dinosaurio en las rodillas.

—¿No estuvo allí? —preguntó el señor Glass.

—No me atreví. ¿Hubo tumulto?

—¿Un tumulto? De acuerdo con la opinión del público la película es super extra plus. ¡Nadie vio antes un monstruo más encantador! ¡Y ya estamos discutiendo la segunda parte y la tercera parte! Joe Clarence como el Lagarto Tirano en *La vuelta del monstruo de la Edad de Piedra*, Joe Clarence y/o Tyrannosaurus Rex en, quizá, *La Bestia*...

Sonó el teléfono. Terwilliger atendió.

—Terwilliger. ¡Habla Clarence! ¡Estaré ahí en cinco minutos! ¡Lo conseguimos! ¡Ese animal de usted! ¡Maravilloso! ¿Es mío ahora? Quiero decir al diablo con el contrato, como un favor, ¿me lo regala para la chimenea?

—Señor Clarence, el monstruo es suyo.

—¡Mejor que un Oscar! ¡Hasta luego!

Terwilliger se quedó mirando el teléfono mudo. —Dios nos bendiga, como dice Tiny Tim. Está riéndose, casi histérico de alivio.

—Quizá sé por qué —dijo el señor Glass—. Luego del estreno una niñita le pidió un autógrafo.

—¿Un autógrafo?

—Allí en la calle. Le hizo firmar. El primer autógrafo de toda su vida. Se reía continuamente mientras escribía su nombre. Alguien lo conocía. Allí estaba él en el frente del teatro, de tamaño natural, Rex mismo, de modo que firmó.

—Un minuto —dijo Terwilliger lentamente, sirviendo la bebida—. Esa niñita...

—Mi hija menor —dijo Glass—. ¿Quién lo sabe? ¿Y quién irá a contarlo?

Los dos hombres bebieron.

—No yo —dijo Terwilliger.

Luego, llevando el dinosaurio de goma entre ellos, y la botella de whisky, fueron a pararse junto a las puertas del estudio, esperando a que llegaran los automóviles, todos luces, bocinas y anunciaciones.

## LAS VACACIONES

Era un día tan fresco como cuando las hierbas crecen y las nubes pasan por encima y las mariposas bajan. Era un día de silencios de abeja, flores y océano y tierra, que no eran de ningún modo silenciosos, sino movimientos, agitaciones, aleteos, subidas, caídas, y todos en un tiempo propio con un ritmo propio. La tierra no se movía, pero se movía. El mar no estaba quieto, y sin embargo estaba quieto. Las paradojas desembocaban en paradojas, la quietud se unía a la quietud, el sonido al sonido. Las flores vibraban y las abejas caían por el prado en distintas lloviznas de oro. El mar de las colinas y el mar del océano estaban divididos —y los movimientos no se confundían— por unas vías de ferrocarril, desiertas, de hierro oxidado, unas vías donde, muy obviamente, no corría ningún tren desde hacía tiempo. Cincuenta kilómetros al norte se perdía metiéndose en nieblas de distancia, cincuenta kilómetros al sur atravesaba túneles en islas de sombras de nubes, que mientras uno miraba cambiaban de posición en el océano, a los lados de las montañas lejanas.

Ahora, de pronto, las vías empezaron a temblar. Un mirlo, posado en un riel, sintió que un ritmo crecía débilmente, a kilómetros de distancia, como un corazón que empieza a golpear.

El mirlo saltó hacia el océano.

El riel continuó vibrando levemente hasta que al fin, desde el otro lado de una curva y a lo largo de la costa llegó una zorra de trabajo; el motor de dos cilindros chasqueaba y chapurreaba en el vasto silencio.

En este pequeño vehículo de cuatro ruedas, en un banco doble orientado en dos direcciones y defendido del sol por un techo de lona, venían un hombre, una mujer y un niño de siete años. La zorra se movía de un durmiente solitario a otro durmiente solitario, y el viento golpeaba los ojos de los tres viajeros y les movía el pelo, pero ellos no miraban hacia atrás sino sólo hacia adelante. A veces miraban ansiosamente cuando una curva se descubría a sí misma, a veces con mucha tristeza, pero atentos siempre, preparados para ver la siguiente escena. Entraban en una recta cuando el motor jadeó y se detuvo de pronto. En el silencio ahora aplastante, pareció que la quietud de la tierra, el cielo y el mar mismo y la fricción mutua detenían el vehículo.

—Nos quedamos sin gasolina.

El hombre, suspirando, buscó la lata de repuesto en el cajón del vehículo y empezó a echar gasolina en el tanque.

La mujer y el hijo miraban en silencio el mar, escuchando el trueno apagado, el susurro, el sonido de los vastos tapices que se descorrían, de arena, guijarros, algas verdes, y espuma.

—¿No es hermoso el mar? —dijo la mujer.

—Me gusta —dijo el niño.

—¿Hacemos aquí el picnic, ya que estamos?

El hombre apuntó con unos binoculares a la península verde de enfrente.

—Podríamos. Los rieles están muy oxidados, y se han roto ahí adelante. Tendremos que esperar mientras pongo otros en su sitio.

—Por este camino —dijo el niño—, ¡siempre tendremos picnics!

La mujer trató de sonreír, y luego se volvió al hombre, atenta y grave.

—¿Llegamos muy lejos hoy?

—No más de ciento cincuenta kilómetros. —El hombre miraba todavía por los prismáticos, entornando los ojos.— No me gusta viajar más por día, de cualquier manera. Si uno se apresura, no hay tiempo para ver. Llegaremos a Monterrey pasado mañana, y a Palo Alto al día siguiente, si quieres.

La mujer se sacó el sombrero de paja, que había tenido sujeto al cabello dorado con una brillante cinta amarilla, y se quedó de pie, traspirando levemente, lejos de la máquina.

Habían viajado tanto en el vehículo tembloroso que el movimiento se les había metido en el cuerpo. Ahora, detenidos, se sentían raros, como a punto de desembarazarse de algo.

—¡A comer!

El niño corrió a la costa llevando la canasta del almuerzo.

El niño y la mujer ya estaban sentados junto al mantel extendido cuando el hombre se les acercó vestido con traje de calle, chaleco y corbata y sombrero, como si esperara encontrarse con alguien en el camino. Mientras repartía los sandwiches y exhumaba los pickles de las frescas jarras verdes, empezó a soltarse la corbata, y a desabotonarse el chaleco, siempre mirando alrededor como si fuese necesario tener cuidado y estar listo para abotonarse otra vez.

—¿Estamos solos de veras, papá? —dijo el niño comiendo.

—Sí.

—¿Ningún otro, en ningún sitio?

—Ningún otro.

—¿Había gente antes?

—¿Por qué preguntas siempre lo mismo? No fue hace tanto. Unos pocos meses atrás. Tú te acuerdas.

—Casi, pero si quiero acordarme, no me acuerdo de nada. —El niño dejó que un puñado de arena le cayera de entre los dedos.— ¿Había tanta gente como estos granos de arena de la playa? ¿Qué les pasó?

—No sé —dijo el hombre, y era la verdad.

Habían despertado un día y el mundo estaba desierto. En el patio vecino el viento movía unas ropas blancas, los autos brillaban a la luz de las siete de la mañana frente a las otras casas, pero no había despedidas, las poderosas arterias del tránsito no zumbaban en la ciudad, los teléfonos no se alarmaban a sí mismos, los niños no lloraban en campos de girasoles.

Sólo la noche antes, el hombre y la mujer habían estado sentados en el porche de enfrente cuando llegó el periódico, y el hombre no se atrevió a desdoblarlo y a mirar los titulares y en cambio dijo: —Me pregunto cuando El se cansará de todos nosotros, suprimiéndonos para siempre.

—Hemos ido demasiado lejos —dijo la mujer—. Traspasamos todos los límites. Somos unos tontos, ¿no es cierto?

—¿No sería bueno —el hombre encendió la pipa y aspiró un rato— si despertáramos mañana y toda la gente del mundo hubiese desaparecido y todo tuviera que empezar de nuevo?

Se quedó fumando, con el periódico doblado en la mano y la cabeza apoyada en el respaldo de la silla.

—Si tú pudieras apretar un botón ahora y hacer que ocurra, ¿lo harías?

—Creo que sí —dijo el hombre—. Nada violento. Sólo que todos desapareciesen de la faz de la tierra. Sólo dejar el campo y el mar y las cosas que crecen, como las flores y la hierba y los árboles frutales. Y los animales, por supuesto, que se queden también. Todo excepto el hombre, que caza cuando no tiene hambre, come cuando está saciado, y es malvado cuando nadie lo molesta.

La mujer sonreía serenamente.

—Por supuesto, nosotros nos quedaríamos.

—Me gustaría eso —reflexionó el hombre—. Todo el tiempo por delante. Las más largas vacaciones de verano de toda la historia. Y nosotros saliendo de casa para el picnic más largo que se pueda recordar. Sólo tú, yo y Jim. Ninguna compañía. Nada de hacer planes con los Jones. Ni siquiera un coche. Me gustaría encontrar otro modo de viajar, un modo más viejo. Luego, una canasta de sandwiches, tres botellas de agua gaseosa, y el resto lo sacaríamos en el momento oportuno de las tiendas desiertas, en las ciudades desiertas, y el verano se extendería ante nosotros para siempre ...

Se quedaron largo rato en el porche, en silencio, con el periódico doblado entre ellos.

Al fin la mujer abrió la boca.

—¿No nos sentiríamos *solos*? —dijo.

Así fue la mañana del nuevo mundo. Habían despertado a los leves sonidos de una tierra que no era ahora más que un prado, y las ciudades de la tierra se hundían de nuevo en mares de pasto, caléndulas, margaritas y campanillas. Se lo habían tomado con una calma notable al principio, quizá porque no les había gustado la ciudad durante tantos años, y habían tenido tantos amigos que no eran verdaderos amigos, y habían vivido una vida aislada y encajonada en el interior de una colmena mecánica.

El marido se incorporó y miró por la ventana y observó con mucha serenidad, como si hablara del estado del tiempo:

—Todos se han ido —y esto lo supo sólo porque ya no se oían los sonidos de la ciudad.

Se quedaron de sobremesa luego del desayuno, pues el niño dormía aún, y entonces el marido se reclinó en el asiento y dijo:

—Bueno, veremos qué se puede hacer.

—¿Hacer? Cómo... cómo, irás a trabajar, por supuesto.

—Todavía no lo crees, ¿no es cierto? —El marido se rió.— Que yo no me iré corriendo todos los días a las ocho y diez, que Jim no irá nunca más a la escuela. ¡Se acabaron las escuelas! No más lápices, no más libros, no más miradas impertinentes de los jefes. Somos libres, querida, y nunca más volveremos a aquellas rutinas pesadas y tontas. ¡Vamos!

Y el hombre la había llevado por las calles tranquilas y desiertas de la ciudad.

—No murieron —dijo—. Sólo... se han ido.

—¿Y en las otras ciudades?

El marido se metió en una casilla telefónica y llamó a Chicago, y luego a Nueva York, y luego a San Francisco.

Silencio. Silencio. Silencio.

—Nada —dijo el hombre, colgando el tubo.

—Me siento culpable —dijo la mujer—. Todos desaparecidos y nosotros aquí y ... me siento feliz. ¿Por qué? Tendría que sentirme desgraciada.

—¿Sí? No es una tragedia. No fueron torturados o aplastados o quemados. Se fueron fácilmente, y no se dieron cuenta. Y ahora no le debemos nada a nadie. Nuestra única responsabilidad es ser felices. Treinta años más de felicidad, ¿no te parece bien?

—Pero... ¿entonces habrá que tener más niños!

—¿Para poblar el mundo? —el hombre reclinó la cabeza lentamente con calma.

—No. Que Jim sea el último. Cuando haya crecido y desaparezca, dejemos que los caballos y las vacas y las ardillas y las arañas sean dueños del mundo. Seguirán adelante. Y algún día otra especie capaz de combinar una felicidad natural con una curiosidad natural levantará ciudades que a nosotros no nos parecerían ciudades, y sobrevivirán. Por ahora, preparemos una canasta, despertemos a Jim, y tengamos esas largas vacaciones de verano de treinta años. ¡Te corro una carrera hasta la casa!

El hombre tomó un martillo del cajón de la zorra, y durante media hora, mientras trabajaba poniendo los rieles oxidados en su sitio, la mujer y el niño pasearon por la costa. Volvieron con caracoles húmedos, una docena o más, y algunos hermosos guijarros rosados, y se sentaron y el niño tomó lecciones de la madre escribiendo con lápiz en un cuaderno, y luego al mediodía el hombre bajó, en mangas de camisa, la corbata torcida a un lado, y todos bebieron naranjada, observando cómo las burbujas subían apretándose dentro de las botellas. Todo estaba en silencio. Escucharon el sol que templaba los viejos rieles de hierro. El olor del alquitrán caliente sobre las traviesas se movía alrededor, en el aire salino, mientras el hombre golpeaba levemente con el dedo una página del atlas.

—Iremos a Sacramento el mes próximo, mayo. Luego subiremos a Seattle. Estaremos allí los primeros días de julio. Julio es un buen mes en Washington. Luego bajaremos otra vez a medida que los días sean más fríos a Yellow Stone, unos pocos kilómetros por día, cazando aquí, pescando allá...

El niño, aburrido, se alejó para arrojar unos palos al mar, metiéndose en el agua como un perro para recobrarlos.

El hombre continuó:

—Invierno en Tucson, luego, parte del invierno en camino hacia Florida, subiendo por la costa en la primavera, y quizá Nueva York en junio. De aquí a dos años, el verano en Chicago. Para el otro invierno, de aquí a tres años, ¿qué te parece Ciudad de México? A cualquier parte donde nos lleven las vías, a cualquier parte, y si llegamos a una línea lateral de la que no sabemos nada, qué demonios, tomaremos esas vías, sólo para ver a dónde van. Y algún año, por Dios, bajaremos en bote por el Mississippi, siempre quise hacerlo. Hay bastante para toda una vida. Y ese es el tiempo que quiero dedicarle a todo esto...

La voz del hombre se apagó. Tomó el atlas, para cerrarlo, y casi en seguida algo brillante cayó del aire y golpeó el papel. Rodó hasta la arena y dejó una mancha húmeda.

La mujer miró un momento la humedad de la arena y alzó en seguida la cabeza. Los ojos solemnes del hombre estaban demasiado brillantes y en una mejilla había una huella de humedad.

La mujer contuvo el aliento. Tomó la mano del hombre y se la apretó, con fuerza.

El hombre le retuvo la mano, cerrando los ojos ahora, y dijo lentamente, con dificultad:

—No sería hermoso que nos fuésemos a dormir esta noche, y que en medio de la noche, de algún modo, todo volviera. Toda la tontería, todo el ruido, todo el odio, todas las cosas terribles, todas las pesadillas, toda la gente malvada y los niños estúpidos, todo el desorden, toda la mezquindad, toda la confusión, toda la esperanza, toda la necesidad, todo el amor. No sería hermoso.

La mujer esperó y asintió moviendo la cabeza, una vez.

En seguida los dos se sobresaltaron.

Pues de pie entre ellos, y no sabían desde cuándo, estaba el hijo; una botella vacía de gaseosa le colgaba de la mano.

El niño tenía la cara pálida. Extendió la mano libre y tocó la mejilla del padre, donde la lágrima había trazado una huella.

—Tú —dijo el niño—. Oh, papá, tú. No tienes nadie con quien jugar, *tampoco*.

La mujer empezó a hablar.

El marido se movió para tomarle la mano al niño.

El niño dio un salto atrás.

—¡Tontos! ¡Oh, tontos! ¡Tontos idiotas! ¡Oh, estúpidos, estúpidos!

Y dándose vuelta el niño corrió al océano y se quedó allí llorando a gritos.

La mujer se incorporó para seguirlo pero el marido la detuvo. —No, déjalo.

Y luego los dos se tranquilizaron y callaron. El niño, allá abajo en la playa, llorando siempre, escribía ahora en un trozo de papel y lo metía en la botella de gaseosa y ponía la tapita de lata y tomando impulso arrojaba la botella al aire, a las aguas del mar.

¿Qué, pensó la mujer, qué escribió Jim en la nota? ¿Qué hay en la botella?

La botella se movía en las olas.

El niño dejó de llorar.

Al cabo de un rato subió por la costa, y se detuvo mirando a sus padres. La cara del niño no era ni brillante ni oscura ni viva ni muerta, ni expectante ni resignada; parecía una mezcla rara que tenía alguna relación con el tiempo, el clima y esa gente. El hombre y la mujer lo miraron, y miraron más allá a la bahía donde la botella que llevaba la nota era ahora apenas visible, brillando en el agua.

¿Escribió Jim lo que *nosotros* necesitamos? pensó la mujer. ¿Escribió lo que nos oyó desear, decir?

¿O escribió algo sólo para sí mismo, se preguntó la mujer, que mañana a la mañana cuando despierte se encuentre en un mundo desierto, sin nadie alrededor, ningún hombre, ninguna mujer, ningún padre, ninguna madre, ningún adulto insensato dominado por deseos insensatos, para así poder subir hasta las vías y tomar la zorra de motor, un niño solitario que atraviesa las extensiones continentales, en viajes y picnics eternos?

¿Es eso lo que Jim escribió en la nota?

La mujer miró los ojos descoloridos de Jim, y no pudo leer la respuesta, y no se atrevió a preguntar.

Las sombras de las gaviotas se cernían en lo alto y les tocaban las caras en una repentina y breve frescura.

—Es hora de irse —dijo alguien.

Cargaron la canasta en la zorra. La mujer se sujetó el sombrero con la cinta amarilla, dejaron el balde de caracoles en el piso, y luego el marido se puso la corbata, el chaleco, la chaqueta, el sombrero, y todos se sentaron en los bancos de la zorra mirando el mar donde la nota embotellada estaba ya muy lejos, parpadeando, en el horizonte.

—¿Basta con pedir? —dijo el niño—. ¿Los deseos se cumplen?

—A veces... *demasiado* bien.

—Depende de lo que pidas.

El niño asintió, los ojos perdidos a lo lejos.

Miraron hacia atrás el sitio de donde habían venido, y luego adelante el sitio a donde iban.

—Adiós, lugar —dijo el niño, saludando con la mano.

La zorra rodó sobre los rieles oxidados. El sonido del motor se perdió en la distancia, apagándose. El hombre, la mujer, el niño desaparecieron poco a poco entre las lomas.

Poco después, los rieles temblaron débilmente durante dos minutos y luego callaron. Una escama de óxido cayó al suelo. Una flor inclinó la cabeza.

El estruendo del mar subía a la costa.

## EL TAMBOR DE SHILOH

En la noche de abril, más de una vez, los capullos caían de los árboles de la huerta y golpeaban apenas la piel del tambor. A medianoche un durazno endurecido que había quedado milagrosamente en una rama todo el invierno, fue rozado por un pájaro, cayó rápido e invisible, golpeó una vez, como un pánico, y el niño se sobresaltó, incorporándose. Escuchó en el silencio el sonido de su corazón que se alejaba en un redoble, se alejaba, y al fin se le iba de los oídos y se le instalaba otra vez en el pecho.

Luego, el niño volcó el tambor de costado, de modo que la redonda cara lunar lo miraba de frente cada vez que él abría los ojos.

La cara del niño, alerta o en descanso, era solemne. Era en verdad un tiempo solemne y una noche solemne para un muchacho que acababa de cumplir catorce años y estaba ahora en el campo de duraznos cerca del Arroyo del Búho no lejos de la iglesia de Shiloh.

—...treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres... Ya no veía nada, y dejó de contar. Más allá de las treinta y tres sombras familiares, cuarenta mil hombres, agotados por una nerviosa expectación, incapaces de dormir a causa de unos románticos sueños de

batallas todavía no libradas, yacían desordenadamente tendidos de costado y vestidos de uniforme. Dos kilómetros más lejos, otro ejército estaba esparcido aquí y allá, volviéndose lentamente, unidos por el pensamiento de lo que harían cuando llegara la hora: un salto, un aullido, una estrategia que era un arrojito ciego, una protección y una bendición propias de una juventud inexperimentada.

De cuando en cuando el niño oía la llegada de un viento vasto que movía apenas el aire. Pero el niño sabía qué era eso: el ejército aquí, el ejército allá, susurrándose a sí mismo en la sombra.

Algunos hombres hablaban con otros, otros murmuraban entre dientes, y todo parecía tranquilo como si un elemento natural subiera del sur o del norte con el movimiento de la tierra hacia el alba.

El niño sólo podía adivinar lo que los hombres murmuraban, y lo que él adivinaba era esto: yo, soy el único, soy el único entre todos que no va a morir. Saldré con vida. Iré a casa. Tocaré la banda. Y estaré allí para oírla.

Sí, pensó el muchacho, está bien para ellos, tanto pueden dar como recibir.

Pues junto a los huesos tendidos de los hombres jóvenes, cosechados de noche y agavillados alrededor de las hogueras, estaban los huesos de acero de los rifles, esparcidos de un modo semejante, las bayonetas clavadas como relámpagos eternos, perdidos en la hierba de la huerta.

Yo, pensó el muchacho, tengo sólo un tambor, y dos palillos para golpearlo, y ninguna protección.

No había un muchacho-hombre esta noche en el campo que no tuviera alguna protección asegurada o esculpida por él mismo mientras se encaminaba al primer ataque, una protección compuesta por una remota pero no por eso menos firme y vehemente devoción familiar, un patriotismo de banderas y una inmortalidad absolutamente segura, favorecida por la piedra de toque de la pólvora, la baqueta, las granadas y el pedernal. Pero todavía sin estas últimas cosas, el niño sentía ahora que su familia se alejaba aún más en la oscuridad, como si uno de esos trenes que queman las praderas se los hubiera llevado para siempre, dejándolo con ese tambor que era peor que un juguete en la partida que se iniciaría mañana o algún día demasiado pronto.

El niño se volvió de costado. Una polilla le rozó la cara, pero era un capullo de durazno. Un capullo de durazno lo rozó apenas, pero era una polilla. Nada se mantenía. Nada tenía nombre. Nada era como había sido.

Se le ocurrió que si se quedaba muy quieto, quizá los soldados se pondrían el coraje junto con las gorras, al alba, y quizá se fueran, y la guerra con ellos, y no notarían que él se quedaba allí, pequeño, sólo un juguete.

—Bueno, por Dios, qué es esto —dijo una voz. El niño cerró los ojos, ocultándose dentro de sí mismo, pero era demasiado tarde. Alguien, que había venido desde las sombras, estaba allí ahora, de pie, al lado.

—Bueno —dijo la voz, tranquila—, he aquí un soldado que llora *antes* de la batalla. Bueno. Continúa. No tendrás tiempo cuando todo empiece.

Y la voz iba a moverse cuando el muchacho, sorprendido, tocó el tambor con el codo. El hombre de allá arriba, oyendo esto, se detuvo. El muchacho alcanzaba a sentir los ojos del hombre que ahora se inclinaba lentamente. Una mano descendió quizá de la noche, pues se oyó el roce de unas uñas, y el aliento del hombre aireó la cara del niño. —Caramba, es el tambor, ¿verdad? El muchacho asintió con un movimiento de cabeza, aunque no sabía si el otro podía verlo.

—Señor, ¿es usted? —dijo.

—Me parece que sí.

El hombre se inclinó todavía más y le crujieron las rodillas.

Tenía el olor de todos los padres: sudor salado, tabaco de jengibre, caballo y botas de cuero, y la tierra por donde había caminado. Tenía muchos ojos. No, no ojos, botones de bronce que observaban al niño.

Sólo podía ser, y era, el general.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó el general.

—Joby —murmuró el muchacho, y se movió como para ponerse de pie.

—Está bien, Joby, quédate ahí. —Una mano le apretó levemente el pecho, y el muchacho se tranquilizó.— ¿Cuánto tiempo has estado con nosotros, Joby?

—Tres semanas, señor.

—¿Te escapaste de casa o te enganchaste legítimamente, muchacho?

Silencio.

—Una pregunta tonta —dijo el general—. ¿Todavía no te afeitas, muchacho? Una pregunta todavía más tonta. Ahí está tu mejilla, y acaba de caer de ese árbol de arriba. Y los otros no son mucho mayores. Inexpertos, condenadamente inexpertos todos vosotros. ¿Estás preparado para mañana o para pasado mañana, Joby?

—Creo que sí, señor.

—Si quieres llorar un poco más, adelante. Hice lo mismo anoche.

—¿Usted, señor?

—La pura verdad. Pensaba en lo que nos espera. Los dos bandos creen que el otro bando se rendirá, y pronto, y que la guerra terminará en unas pocas semanas, que todos volveremos a casa. Bueno, no será así, y quizá por eso lloré.

—Sí, señor —dijo Joby.

El general debía de haber sacado un cigarro ahora, pues en la oscuridad, de pronto, se extendió el aroma del tabaco indio, apagado todavía, pero que el hombre masticaba mientras pensaba en lo que iba a decir.

—Serán días difíciles —dijo el general—. Contando ambos bandos, hay aquí esta noche unos cien mil hombres, poco más o menos, y ninguno capaz de derribar un gorrión posado en una rama, o de distinguir un poco de bosta de caballo de una granada. Nos ponemos de pie, nos desnudamos el pecho, nos presentamos como blanco, les damos las gracias y nos sentamos, esos somos nosotros, esos son ellos. Podríamos haber esperado entrenándonos cuatro meses, ellos hubieran hecho lo mismo. Pero aquí estamos, enfermos de fiebre del heno y pensando que es sed de sangre, poniendo azufre en los cañones en vez de miel como tenía que haber sido, preparados para ser héroes, preparados para seguir vivos. Y puedo verlos a todos ahí alrededor asintiendo. Está mal, muchacho, está mal cómo un hombre marcha hacia atrás por la vida. Será una doble masacre si uno de sus malhumorados generales decide que los muchachos celebren un picnic en nuestra hierba. El puro entusiasmo cherokee matará más inocentes que nunca hasta ahora. Hoy al mediodía, hace pocas horas, los nuestros estaban chapoteando en el Arroyo del Búho. Temo que mañana a la caída del sol, esos hombres estén otra vez en el arroyo, flotando, dejándose llevar por la marea.

El general calló y juntó unas pocas hojas y ramitas invernales en la oscuridad, como si fuera a encenderlas en cualquier momento para echar una ojeada al camino de los días próximos, cuando el sol no mostrara la cara a causa de lo que estaba ocurriendo aquí y un poco más allá.

El muchacho observó la mano que movía las hojas y abrió los labios para decir algo, pero no lo dijo. El general sintió el aliento del muchacho, y habló:

—¿Por qué te digo esto? Querías preguntármelo, ¿eh? Bueno, cuando tienes una manada de caballos salvajes, de algún modo tienes que poner orden, acostumbrarlos a las riendas. Estos muchachos, que acaban de dejar la leche, no saben lo que sé, y no lo puedo decir: hay hombres que mueren realmente, en la guerra. Cada uno es su propio ejército. Tengo que hacer un ejército de ellos. Y para eso, muchacho, te necesito a ti.

El muchacho sintió un temblor en los labios. —Bien, muchacho —dijo el general, sereno—, eres el corazón del ejército. Piénsalo. Eres el corazón del ejército. Escucha, ahora.

Y, acostado allí, Joby escuchó.

Y el general habló.

Si él, Joby, golpeaba lentamente mañana, el corazón golpearía lentamente en los hombres. Irían quedando rezagados. Se quedarían dormidos en los campos apoyados en los mosquetes. Dormirían para siempre, después, en esos mismos campos los corazones que latían más lentamente a causa del tambor de un muchacho, y se detenían luego a causa del plomo del enemigo.

Pero si el ritmo era firme, claro, más rápido cada vez, entonces, entonces las rodillas subirían en una larga línea por las lomas, una rodilla después de otra, ¡como las olas en la costa del océano! ¿Había visto alguna vez el océano? ¿Había visto las olas que ruedan como una ordenada carga de caballería, avanzando en la arena? Bueno, eso era, eso era lo que él quería, ¡lo que ahora necesitaban! Joby era la mano derecha y la mano izquierda del general. El general daba las órdenes, pero Joby marcaba el paso.

De modo que lleva arriba la rodilla derecha y saca adelante el pie derecho y arriba la pierna izquierda y adelante el pie izquierdo. Uno después del otro en el tiempo justo, en el tiempo rápido. Mueve la sangre arriba en el cuerpo y da orgullo a la cabeza y endurece la espina dorsal y presta resolución a las mandíbulas. Enfoca el ojo y aprieta los dientes, abre las aletas de la nariz y endurece las manos, viste con una armadura de acero a todos los hombres, pues si la sangre se mueve rápidamente los hombres se sienten de acero. No tenía que perder el ritmo, nunca. ¡Largo y firme, firme y largo! Luego, aun de bala o de arma blanca, esas heridas empapadas en sangre caliente —una sangre que él, Joby, había ayudado a mover— dolerían menos. Si la sangre de los hombres no se calentaba, sería más que una carnicería, sería una pesadilla de crímenes y dolor de la que era mejor no hablar y de veras inconcebible.

El general habló y calló, dejando que se le apagara el aliento. Luego, al cabo de un rato, dijo:

—Así son las cosas, pues. ¿Lo harás, muchacho? ¿Sabes ahora que eres el general del ejército cuando el general queda a retaguardia?

El muchacho asintió en silencio.

—¿Los llevarás adelante en mi nombre, muchacho?

—Sí, señor.

—Bien. Y con la voluntad de Dios, muchas noches después de esta noche, muchos años después de ahora, cuando seas tan viejo como yo y mucho más, cuando te pregunten qué hiciste en este tiempo espantoso, tú les dirás en parte humildemente y en parte orgulloso: "Fui tambor en la batalla del Arroyo del Búho", o del río Tennessee, o quizá le den el nombre de esa iglesia. "Fui tambor de Shiloh." Señor, esto tiene un ritmo y un sonido muy adecuados para el señor Longfellow. "Fui tambor en Shiloh." Quién oírás alguna vez estas palabras y no te conocerá, muchacho, o no sabrá lo que pensaste esta noche, o lo que pensarás mañana o pasado mañana cuando nos incorporemos en nuestras piernas y empecemos a movernos.

El general se puso de pie.

—Bueno, entonces, que Dios te bendiga, muchacho. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Y, tabaco, bronce, bota lustrada, sudor salado y cuero, el hombre se alejó por la hierba.

Joby se quedó acostado un momento, mirando pero sin poder ver dónde había desaparecido el hombre.

Tragó saliva. Se secó los ojos. Carraspeó. Se acomodó. Luego, al fin, muy lenta y firmemente, dio vuelta el tambor para que el parche mirara el cielo.

Se acostó al lado, un brazo alrededor del tambor, sintiendo el estremecimiento, el toque, el trueno apagado mientras, todo el resto de la noche de abril en el año 1862, cerca del río Tennessee, no lejos del Arroyo del Búho, muy cerca de la iglesia llamada Shiloh, los capullos de durazno caían sobre el tambor.

## ¡MUCHACHOS! ¡CULTIVEN HONGOS GIGANTES EN EL SÓTANO!

Hugh Fortnum despertó a las conmociones del sábado y tendido en la cama y con los ojos cerrado las saboreó una a una.

Abajo, jamón en una cacerola; Cynthia que lo despertaba con aromáticas comidas y no con gritos.

Del otro lado del vestíbulo, Tom que se daba *de veras* una ducha.

Lejos en la luz de moscardones y libélulas, ¿de quién era la voz que ya estaba maldiciendo el clima, el tiempo, y las mareas? ¿La señora Goodbody? Sí. Esa gigante cristiana, de uno ochenta de alto y descalza, la jardinera extraordinaria, la dietista octogenaria, y la filósofa del pueblo.

Fortnum se incorporó, desenganchó la cortina de alambre, sacó el cuerpo afuera y escuchó los gritos de la señora.

—¡Aja! ¡Toma ésta! ¡Tendrás tu merecido! ¡Ah!

—¡Feliz sábado, señora Goodbody!

La anciana se detuvo envuelta en nubes de insecticida rociado por una bomba inmensa.

—¡Tonterías! —gritó—. ¿Con esta invasión de demonios y pestes?

—¿Qué especie esta vez? —preguntó Fortnum.

—No quiero proclamarlo a todos los vientos, pero —la mujer miró sospechosamente alrededor—, ¿qué diría usted si le dijese que soy la primera línea de defensa contra los platos voladores?

—Magnífico —replicó Fortnum—. Cualquiera de estos años habrá cohetes entre los mundos.

—¡Ya los hay ahora! —La mujer bombeó echando el rocío debajo de los arbustos de la cerca.— ¡Ja, ja! ¡Tómate ésa!

Fortnum retiró la cabeza del aire fresco, sintiéndose de algún modo no tan animado como en los comienzos del día. Pobre alma, la señora Goodbody. Siempre la esencia de la razón. ¿Y ahora qué? ¿La vejez?

Abajo sonó la campanilla.

Fortnum se puso la bata y había llegado a la mitad de la escalera cuando oyó una voz que decía:

—Expreso. ¿Fortnum?

Cynthia se volvió desde la puerta de calle, con un paquetito en la mano.

—Expreso aéreo para tu hijo.

Tom bajaba ya las escaleras como un ciempiés.

—¡Oh! ¡Esto tiene que venir del Gran Invernáculo de Novedades!

—Me gustaría excitarme así con el correo común —observó Fortnum.

—¿Común? —Tom, impaciente, cortó el cordel y rompió el envoltorio.— ¿No lees las páginas de anuncios de *Mecánica popular*? Bueno, ¡aquí están!

Todos miraron la cajita abierta.

—Aquí —dijo Fortnum—, ¿qué es lo que está?

—¡Los hongos silvestres gigantes de crecimiento garantizado! ¡Cultívelos usted mismo en el sótano de su casa y obtenga seguros beneficios!

—Oh, por supuesto —dijo Fortnum—. Qué tonto he sido.

Cynthia entornó los ojos.

—¿Esas cositas diminutas?

—"Crecimiento fabuloso en veinticuatro horas." —Tom citó de memoria.— "Plántelos en el sótano..."

Fortnum y su mujer se miraron.

—Bueno —admitió ella—, es mejor que ranas y serpientes verdes.

—¡Claro que sí! Tom corrió.

—Oh, Tom —llamó Fortnum. Tom se detuvo a las puertas del sótano.

—Tom —dijo el padre—. La próxima vez el correo ordinario sería suficiente.

—Diablos —dijo Tom—. Se equivocaron, seguro; pensaron que yo era alguna compañía con mucho dinero. Expreso vía aérea, ¿quién puede permitirse eso?

La puerta del sótano se cerró ruidosamente.

Fortnum, divertido, miró el envoltorio un momento y luego lo echó al cesto de papeles. Mientras iba a la cocina, abrió la puerta del sótano.

Tom estaba ya de rodillas, cavando con un rastrillo.

Fortnum sintió que Cynthia estaba al lado respirando levemente, mirando a la fresca oscuridad.

—Esos son hongos, espero. No... setas venenosas.

Fortnum rió.

—¡Buena cosecha, granjero!

Tom alzó los ojos y saludó con la mano.

Fortnum cerró la puerta, tomó a su mujer por el brazo y la llevó a la cocina sintiéndose muy bien.

Cerca de mediodía, Fortnum iba en el coche hacia el mercado más próximo cuando vio a Roger Willis, compañero rotariano y profesor de biología en el colegio del pueblo, que sacudía la mano llamándolo insistentemente desde la acera.

Fortnum detuvo el coche y abrió la portezuela.

—Hola, Roger, ¿te llevo?

Willis respondió con una vehemencia excesiva saltando al coche y dando un portazo.

—Justo el hombre que quería ver. Te estoy llamando desde hace días. ¿Podrías hacer el papel de psiquiatra durante cinco minutos, por favor?

Fortnum examinó a su amigo mientras manejaba.

—Como un favor, claro que sí. Adelante.

Willis se reclinó en el asiento y se estudió las uñas.

—Sigamos en el auto un rato. Eso es. Bueno, lo que quería decirte es esto: algo anda mal en el mundo.

Fortnum rió de buena gana.

—¿No ha sido siempre así?

—No, no, quiero decir... algo raro, algo invisible, está pasando.

—La señora Goodbody —dijo Fortnum, entre dientes, y se detuvo.

—¿La señora Goodbody?

—Esta mañana me dio una conferencia sobre platos voladores.

—No. —Willis se mordió el nudillo del dedo índice, nerviosamente.— Nada relacionado con platillos. Por lo menos, no me parece. Dime, ¿qué es exactamente la intuición?

—El reconocimiento consciente de algo que ha sido subconsciente durante mucho tiempo. ¡Pero no cites a este psicólogo aficionado!

Fortnum rió de nuevo.

—¡Sí, sí! —Willis se volvió, el rostro iluminado. Se acomodó en el asiento.— ¡Eso es! Durante cierto tiempo, las cosas se acumulan, ¿no es así? De pronto, tienes que escupir, pero no recuerdas que se te juntó saliva. Tienes las manos sucias, pero no sabes cómo te las ensuciaste. El polvo te cae encima todos los días y no lo sientes. Pero cuando juntaste bastante polvo, ahí está, lo ves y lo nombras. Eso es intuición, o así lo entiendo yo al menos. Bueno, ¿qué clase de polvo ha estado cayendo sobre mí? ¿Unos pocos meteoros en el cielo nocturno? ¿Un rocío raro poco antes del alba? No sé. ¿Ciertos colores, olores, el modo como cruje la casa a las tres de la mañana? ¿Carne de gallina en los brazos? Todo lo que sé es que ese polvo maldito ha estado juntándose. Lo sé de pronto.

—Sí —dijo Fortnum, inquieto—. ¿Pero qué es eso que sabes?

Willis se miró las manos.

—Tengo miedo. No tengo miedo. Luego tengo miedo de nuevo, en medio del día. Me examinaron los médicos. Estoy perfectamente. No tengo problema de familia. Joe es un chico excelente, un buen hijo. ¿Dorothy? Es notable. Estando con ella no tengo miedo de envejecer o de morir.

—Hombre afortunado.

—Pero que ahora ha dejado atrás la fortuna. Muerto de miedo, realmente, por mi mismo, mi familia, hasta por ti, en este momento.

—¿Por mí? —dijo Fortnum.

Se había entretenido junto a un terreno baldío cerca del mercado. Hubo un momento de inmensa quietud, en el que Fortnum se volvió para observar a su amigo. Sentía frío ahora, luego de oír a Willis.

—Tengo miedo por todos —dijo Willis—. Tus amigos, los míos, y los amigos de ellos, sin ninguna razón. Bastante tonto, ¿eh?

Willis abrió la portezuela, salió y miró a Fortnum. Fortnum sintió que tenía que hablar. —Bueno, ¿qué podemos hacer?

Willis alzó los ojos al sol que ardía ciegamente en el cielo.

—Ten cuidado —dijo lentamente—. Vigila todo unos pocos días.

—¿Todo?

—No utilizamos ni la mitad de lo que Dios nos da, el diez por ciento del tiempo. Tenemos que oír más, sentir más, oler más, gustar más. Quizá algo anda mal en el modo como el viento mueve esas hierbas ahí en el terreno. Quizá es el sol en esos alambres de teléfono o las cigarras que cantan en los olmos. Si pudiéramos detenernos, mirar, escuchar, unos pocos días, unas pocas noches, y comparar notas. Dime entonces que me calle, y me callaré.

—Suficiente —dijo Fortnum con una ligereza que no sentía—. Miraré alrededor. ¿Pero cómo sabré cuando la vea que es la cosa que estoy buscando? Willis lo miró, seriamente.

—Lo sabrás. Tienes que saberlo. O estamos perdidos, todos nosotros —dijo serenamente.

Fortnum cerró la portezuela y no supo qué decir. Se sentía incómodo y le pareció que la sangre le subía a la cara.

Willis se dio cuenta.

—Hugh, ¿piensas... que he perdido la cabeza?

—¡Tonterías! —dijo Fortnum, demasiado rápidamente—. Estás un poco nervioso, nada más. Tendrías que tomarte una semana de descanso.

Willis asintió.

—¿Te veo el lunes a la noche?

—En cualquier momento. Pasa a visitarme.

—Espero poder hacerlo, Hugh. Realmente lo espero.

Willis se fue, apresurándose entre las hierbas secas hacia la entrada lateral del mercado.

Fortnum miró cómo se iba y de pronto no tuvo ganas de moverse. Descubrió que estaba respirando profundamente, a largos intervalos, pesando el silencio. Se pasó la lengua por los labios, sintiendo el gusto de la sal. Se miró el brazo apoyado en el hueco de la ventanilla y el vello dorado a la luz del sol. El viento se movía despreocupadamente en el terreno baldío. Se asomó para mirar el sol, y el sol le devolvió la mirada con un golpe macizo de intenso poder, que le sacudió la cabeza. Fortnum se reclinó otra vez en el asiento y suspiró. Luego rió en voz alta y se alejó de allí.

El vaso de limonada estaba fresco y deliciosamente húmedo. El hielo tocaba una música dentro del vaso, y la limonada tenía el sabor ácido justo y el sabor dulce justo. Fortnum sorbió, saboreó, echó atrás la cabeza en la mecedora de mimbre del porche de enfrente. Cerró los ojos. Era la hora del crepúsculo. Los grillos cantaban en la hierba. Cynthia, que tejía ahí delante, miraba a Fortnum con curiosidad; Fortnum sentía la atención de Cynthia.

—¿Qué te preocupa? —dijo Cynthia al fin.

—Cynthia —dijo Fortnum—, ¿cómo anda tu intuición en los últimos tiempos? ¿El clima anuncia terremotos? ¿La tierra se hunde? ¿Se declarará la guerra? ¿O es sólo que nuestro delphinium morirá devorado por los pulgones?

—Un momento. Déjame que lo sienta en los huesos.

Fortnum observó a Cynthia que cerraba los ojos y se sentaba absolutamente inmóvil como una estatua, las manos en las rodillas. Al fin sacudió la cabeza y sonrió.

—No. No se declara la guerra. La tierra no se hunde. Ni siquiera un pulgón. ¿Por qué?

—Me he encontrado hoy con un montón de gente que me anunció calamidades. Bueno, dos por lo menos, y ...

La puerta de alambre se abrió de pronto. El cuerpo de Fortnum se sacudió como si lo hubieran golpeado.

—¡Qué!

Tom, llevando en los brazos un semillero de madera, salió al porche.

—Lo siento —dijo—. ¿Qué pasa, papá?

—Nada. —Fortnum se incorporó, contento de poder moverse.— ¿Es eso la cosecha?

Tom se adelantó, ansiosamente.

—Una parte. Están creciendo muy bien. ¡Sólo siete horas, con mucha agua, mira qué grandes son!

Puso el semillero sobre la mesa entre el padre y la madre.

La cosecha era de veras abundante. En la tierra húmeda brotaban centenares de pequeños hongos de un color castaño grisáceo.

—Caramba —dijo Fortnum, impresionado.

Cynthia extendió la mano para tocar el semillero, y en seguida la apartó, incómoda.

—Odio ser una aguafiestas, pero ... no hay posibilidades de que estos no sean otra cosa que hongos, ¿no es así?

Tom la miró como si lo hubiese insultado.

—¿Qué crees que te daré de comer? ¿Hongos venenosos?

—De eso se trata —dijo Cynthia rápidamente—. ¿Cómo los distingues?

—Comiéndolos —dijo Tom—. Si vives, son hongos comestibles. Si caes muerta ... ¡bueno!

Tom lanzó una carcajada que divirtió a Fortnum pero que sobresaltó a Cynthia. La mujer se acomodó en la silla.

—No ... no me gustan —dijo.

—Bueno, oh, bueno. —Tom tomó el semillero, enojado.— ¿Cuándo vamos a tener la primera venta de pesimismo en esta casa?

Se alejó arrastrando los pies.

—Tom ... —dijo Fortnum.

—No importa —dijo Tom—. Todos piensan lo mismo, que las hazañas del niño de la casa los arruinará para siempre.

¡Maldita sea!

Fortnum entró en la casa justo cuando Tom llevaba los hongos, con semillero y todo, escaleras abajo. Tom cerró de golpe la puerta del sótano.

Fortnum volvió al porche y miró a su mujer, que apartó los ojos.

—Lo siento —dijo ella—. No sé por qué, tuve que decirle eso a Tommy. No...

Sonó el teléfono. Fortnum llevó el aparato afuera, extendiendo el cable.

—¿Hugh? —Era la voz de Dorothy Willis. De pronto parecía muy vieja y muy fatigada.— Hugh, ¿Roger no está ahí, no es cierto?

—¿Dorothy? No.

—¡Ha desaparecido! —dijo Dorothy—. Se llevaron todas las ropas del armario.

La mujer se echó a llorar.

—Dorothy, tranquilízate, estaré ahí en un minuto.

—Tienes que ayudarme, oh, tienes que hacerlo. Algo le pasó a Roger, lo sé —lloriqueó Dorothy—. Si no haces algo, no lo veremos vivo nunca más.

Fortnum puso el tubo en la horquilla muy lentamente, sintiendo la voz de Dorothy que lloraba allí dentro. Los grillos nocturnos cantaban de pronto muy alto. Fortnum sintió que se le ponían de punta los pelos de la nuca, uno por uno.

El pelo no puede hacer eso, pensó. Qué tontería. No puede hacer eso, no en la vida real, ¿no puede!

Pero, uno a uno, lentamente, los pelos se le ponían de punta.

Las perchas estaban realmente vacías. Fortnum las corrió a un lado a lo largo de la barra, y luego se volvió y miró a Dorothy Willis y Joe Willis.

—Pasaba por aquí —dijo Joe— y vi el armario vacío, ¡todas las ropas de papá habían desaparecido!

—Todo iba tan bien —dijo Dorothy—. Teníamos una vida maravillosa. No entiendo, ¿no, no!

Dorothy se echó a llorar otra vez, llevándose las manos a la cara. Fortnum salió del ropero.

—¿No lo oyeron irse de la casa?

—Estábamos jugando en la acera —explicó Joe—. Papá dijo que tenía que entrar un minuto. Al rato fui a buscarlo, ¡y papá había desaparecido!

—Tiene que haber empacado rápidamente y luego irse caminando, pues si no hubiésemos oído el ruido de un taxi frente a la casa.

Ahora iban por el pasillo.

—Preguntaré en la estación del tren y en el aeropuerto. —Fortnum titubeó.— Dorothy, ¿sabes si Roger tenía algún antecedente ...?

—No se volvió loco. —Cynthia calló un rato.— Siento, de algún modo, que lo raptaron.

Fortnum meneó la cabeza.

—No parece razonable que haya hecho las valijas, y se fuera caminando de la casa a encontrarse con los raptos.

Dorothy abrió la puerta como para dejar que la noche o el viento de la noche entrara en el pasillo y se volvió a mirar los cuartos, hablando distraídamente.

—No. Entraron de algún modo en la casa. Aquí, delante de nuestros ojos, se lo llevaron con ellos. —Al cabo de un momento Dorothy añadió:— Ha pasado algo terrible.

Fortnum salió a la noche de grillos y árboles susurrantes. Los anunciadores de calamidades, pensó, hablando de calamidades. La señora Goodbody, Roger, y ahora la mujer de Roger. Ha pasado algo terrible. ¿Pero qué, en nombre de Dios? ¿Y cómo? Miró a Dorothy y luego a Joe. El niño, secándose las lágrimas de los ojos, parpadeando, se dio vuelta muy lentamente, caminó a lo largo del pasillo, y se detuvo apoyando los dedos en el picaporte de la puerta del sótano.

Fortnum sintió un temblor en los párpados, y entornó los ojos como si estuviese tomando una fotografía de algo que quería recordar.

Joe tiró de la puerta del sótano, y bajó los escalones desapareciendo. La puerta se cerró.

Fortnum abrió la boca para hablar, pero Dorothy le tomaba ahora la mano y él tuvo que mirarla.

—Por favor —dijo ella—. Encuéntralo para mí.

Fortnum le besó la mejilla.

—Haré lo humanamente posible.

Lo humanamente posible, Dios, ¿por qué había elegido esas palabras?

Se alejó entrando en la noche de verano.

Una respiración entrecortada, un jadeo asmático, un estornudo vaporizador. ¿Alguien que moría en la oscuridad? No.

Sólo la señora Goodbody, oculta debajo de la cerca, trabajando hasta tarde, la mano en la bomba apuntando, el codo huesudo impulsando. El olor dulce y nauseabundo del insecticida envolvió a Fortnum mientras llegaba a la casa.

—¿Señora Goodbody? ¿Todavía en lo mismo?

La voz de la mujer saltó desde la cerca oscura.

—¡Maldita sea, sí! Ofidios, chinches de agua, gusanos, y ahora el *Marasmius oreades*. ¡Señor, crece rápido!

—¿Qué es lo que crece?

—¡El *Marasmius oreades*, por supuesto! ¡Soy yo contra ellos, y pretendo ganar la batalla! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

Fortnum dejó la cerca, la bomba jadeante, la voz ronca, y encontró a su mujer que lo esperaba en el porche casi como si ella fuera a retomar el hilo que Dorothy había dejado pocos minutos antes.

Fortnum iba a hablar cuando una sombra se movió dentro de la casa. Se oyó un chirrido. Un pestillo rechinó.

Tom desapareció en el sótano.

Fortnum sintió como si algo le hubiese estallado en la cara. Se tambaleó. Aquello tenía la apagada familiaridad de esos sueños de la vigilia en que todos los movimientos son recordados antes que ocurran, todos los diálogos son conocidos antes que asomen a los labios.

Se descubrió con los ojos clavados en la puerta cerrada del sótano. Cynthia lo llevó adentro, divertida.

—¿Qué? ¿Tom? Oh, está todo bien. Esos malditos hongos significan tanto para Tom. Además, cuando los echó en el sótano crecieron tan bien, ahí en el polvo...

—¿Crecieron? —se oyó decir Fortnum.

Cynthia lo tomó por el brazo.

—¿Qué hay de Roger?

—Se ha ido, sí.

—Hombres, hombres, hombres —dijo Cynthia.

—No, estás equivocada —dijo Fortnum—. Vi a Roger todos los días los últimos diez años. Cuando conoces tan bien a un hombre, te das cuenta en seguida de cómo le va en la casa, si las cosas están en el horno o en la licuadora. La muerte no le ha soplado aún en la nuca a Roger. No está asustado tratando de dar alcance a su propia juventud inmortal, recogiendo duraznos en la huerta de algún otro. No, no, lo juro, apuesto hasta mi último dólar. Roger...

Se oyó el timbre de calle. El mensajero había subido silenciosamente al porche y estaba allí con un telegrama en la mano.

—¿Fortnum?

Cynthia encendió la luz del vestíbulo mientras abría el telegrama y lo alisaba para leerlo.

*Viajando a nueva orleans. telegrama posible por momento de descuido.  
tienes que rechazar, repito rechazar, todos los paquetes expresos certificados.  
roger*

Cynthia alzó los ojos del papel. —No entiendo. ¿Qué significa?

Pero Fortnum ya estaba en el teléfono, llamando rápidamente.

—¿Operadora? ¡La policía, y rápido!

A las diez y cuarto de la noche el teléfono sonó por sexta vez. Fortnum atendió y exclamó inmediatamente:

—¡Roger! ¿Dónde estás?

—¿Dónde diablos voy a estar? —dijo Roger animado, casi divertido—. Sabes muy bien donde estoy, y tú eres el responsable. ¡Tendría que estar furioso contigo!

Fortnum le hizo una seña a Cynthia con la cabeza, y la mujer corrió a escuchar en el teléfono de la cocina. Cuando Fortnum oyó el leve clic, continuó hablando.

—Roger, juro que no sé. Recibí ese telegrama tuyo...

—¿Qué telegrama? —dijo Roger jovialmente—. No envié ningún telegrama. Ahora, de pronto, la policía se precipitó en el expreso del sur, me metieron en un tren local, y estoy llamándote para que me suelten. Hugh, si esto es una broma...

—Pero, Roger, ¡desapareciste!

—En un viaje de negocios, si a eso lo llamas desaparecer. Le avisé a Dorothy y a Joe.

—Todo esto es muy confuso, Roger. ¿No estás en peligro? ¿Nadie está amenazándote, obligándote a hablar?

—Me siento bien, sano, libre y sin miedo.

—Pero, Roger, ¿y tus premoniciones?

—¡Tonterías! Bueno, oye, tú me conoces bien, ¿no es cierto?

—Claro, Roger...

—Entonces muéstrate como un buen padre y dame permiso para ir. Llama a Dorothy y dile que volveré en cinco días. ¿Cómo pudo haberlo olvidado?

—Lo olvidó, Roger. ¿Entonces te veré dentro de cinco días?

—Cinco días, lo juro.

La voz era realmente persuasiva y cálida, el viejo Roger de nuevo. Fortnum meneó la cabeza.

—Roger —dijo—, este ha sido el día más enloquecido de mi vida. ¿No te estás escapando de Dorothy? Dios, puedes decírmelo a *mi*.

—La quiero con todo mi corazón. Bueno, aquí está el teniente Parker de la policía de Ridgetown. Adiós, Hugh.

—Adiós...

Pero el teniente ya estaba en la línea, hablando, hablando agriamente. ¿Qué se había propuesto Fortnum poniéndolos en estas dificultades? ¿Quién se pensaba que era? ¿Quería o no quería que dejaran en libertad a este supuesto amigo?

—Déjelo en libertad —llegó a decir Fortnum de algún modo, y colgó el tubo e imaginó una voz que llamaba a todos al tren y el trueno pesado de la locomotora que dejaba la estación a trescientos kilómetros al sur en la noche que de alguna manera era cada vez más oscura.

Cynthia entró muy lentamente en el vestíbulo.

—Me siento tan tonta —dijo.

—¿Cómo crees que me siento yo?

—¿Quién pudo haber enviado ese telegrama, y por qué?

Fortnum se sirvió un poco de *scotch* y se quedó en medio del cuarto mirando el vaso.

—Me alegra que Roger esté bien —dijo Cynthia al fin.

—No está bien —dijo Fortnum.

—Pero tú dijiste...

—No dije nada. Al fin y al cabo no podíamos sacarlo a la fuerza de ese tren y traerlo de vuelta si él insistía en que no pasaba nada. No. Mandó ese telegrama, pero luego cambió de parecer. ¿Por qué, por qué, por qué? —Fortnum se paseó por el cuarto, bebiendo.— ¿Por qué prevenirnos contra los paquetes expresos certificados? El único paquete que hayamos recibido este año y que corresponde a esa descripción es el que Tom recibió esta mañana...

La voz de Fortnum se apagó. Cynthia fue rápidamente hasta el cesto de papeles y sacó el arrugado papel de envolver con las estampillas de entrega inmediata.

El matasellos decía: Nueva Orleans, LA.

Cynthia alzó los ojos.

—Nueva Orleans. ¿No es ahí donde va Roger ahora?

En la mente de Fortnum rechinó un pestillo, y una puerta se abrió y cerró. Luego rechinó otro pestillo, y otra puerta se alzó y cayó. Había un olor de tierra húmeda.

Fortnum descubrió que su mano estaba marcando unos números en el teléfono. Al cabo de un rato Dorothy Willis respondió en el otro extremo. Podía imaginarla sentada en una casa donde había demasiadas luces encendidas. Habló tranquilamente con ella un rato, luego se aclaró la garganta y dijo:

—Dorothy, óyeme. Sé que parece tonto. ¿Llegó a tu casa en los últimos días algún paquete de entrega inmediata?

—No —dijo Dorothy con una voz débil, y luego—: No, espera. Hace tres días. ¡Pero pensé que tú sabías! Todos los muchachos de la manzana están en lo mismo.

Fortnum habló con cuidado:

—¿Qué es eso de lo mismo?

—¿Qué te preocupa? —dijo Dorothy—. No tiene nada de malo cultivar hongos, ¿no es cierto?

Fortnum cerró los ojos.

—¿Hugh? ¿Estás todavía ahí? —preguntó Dorothy—. Dije que no hay nada malo en...

—¿Cultivar hongos? —dijo Fortnum al fin—. No. Nada malo. Nada malo.

Y colgó el tubo lentamente.

Las cortinas se movían como velos de luz de luna. El mundo del alba entraba ocupando el dormitorio. Fortnum oía el tictac del reloj, y un millón de años atrás, en el aire de la mañana, la voz clara de la señora Goodbody. Oía a Roger nublando el sol del mediodía. Oía a la policía maldiciendo por teléfono. Luego otra vez la voz de Roger, el trueno de la locomotora que se apagaba llevándolo a Roger muy lejos. Y al fin, la voz de la señora Goodbody detrás de la cerca:

—¡Señor, crece rápido!

—¿Qué crece rápido?

—¡El *Marasmius oreades*!

Fortnum abrió los ojos y se sentó.

Abajo, un momento después, hojeaba el diccionario.

Siguió con el dedo índice las palabras:

—"Marasmius oreades. Hongo que crece comúnmente entre la hierba en el verano y las primeras semanas de otoño..."

Fortnum dejó el libro.

Afuera, en la profunda noche de verano, encendió un cigarrillo y fumó en silencio.

Un meteoro cruzó el espacio quemándose, rápidamente. Los árboles susurraban, débiles.

La puerta de enfrente se abrió y se cerró.

Cynthia se acercó envuelta en una bata.

—¿No puedes dormir?

—Demasiado calor, supongo.

—No —dijo Fortnum tocándose los brazos—. En realidad, hace frío. —Echó dos bocanadas de humo, y luego, sin mirar a Cynthia dijo:— Cynthia, qué pensarías si... — Sintió que se quedaba sin aliento y tuvo que hacer una pausa.— Bueno, si Roger hubiese tenido razón esta mañana. La señora Goodbody, quizá tenía razón también. Algo terrible está ocurriendo. Como, bueno —señaló con un movimiento de cabeza el cielo y el millón de estrellas— si unas cosas de otros mundos invadiesen la Tierra, quizá.

—Hugh ...

—No, déjame imaginar.

—Es muy evidente que no nos están invadiendo, pues nos hubiéramos dado cuenta.

—Digamos que nos dimos cuenta a medias, y que algo nos intranquilizó. ¿Qué? ¿Cómo pudimos ser invadidos? ¿Con qué medios?

Cynthia miró el cielo y ya iba a decir algo cuando Fortnum la interrumpió.

—No, no meteoros o platos voladores, cosas que podemos ver. ¿Bacterias? Hay bacterias en el espacio exterior, ¿no es cierto?

—Lo leí una vez, sí.

—Esporas, semillas, polen, virus bombardean probablemente nuestra atmósfera, miles de millones en cada segundo, y así desde millones de años. En este mismo momento estamos cercados bajo una lluvia invisible. Cae sobre todo el país, las ciudades, los pueblos, y ahora mismo en nuestro jardín.

—¿Nuestro jardín?

—Y el de la señora Goodbody. Pero la gente como ella se pasa la vida arrancando malezas, rociando veneno, aplastando hongos. Sería difícil para cualquier forma de vida extraña sobrevivir en las ciudades. El clima es un problema, también. Lo mejor debe de ser el Sur: Alabama, Georgia, Louisiana. Allá en los bañados húmedos pueden crecer hasta alcanzar un buen tamaño.

Cynthia había empezado a reírse.

—Oh, realmente, ¿no creerás, no es así, que ese Gran Bañado o como se llame la Compañía Novedades de Invernadero que envió a Tom ese paquete tiene como gerentes y propietarios a unos hongos de dos metros de alto que vienen de otros planetas?

—Dicho de ese modo, suena divertido.

—¡Divertido! ¡Es cómico!

Cynthia echó atrás la cabeza, deliciosamente.

—¡Dios santo! —gritó Fortnum, de pronto irritado—. ¡Algo pasa! La señora Goodbody está arrancando de raíz y matando *Marasmius oreades*. ¿Qué es *Marasmius oreades*? Una cierta especie de hongo. Simultáneamente, y supongo que puedes llamarlo una coincidencia, ¿qué llega el mismo día por correo especial? ¡Hongos para Tom! ¿Qué otra cosa ocurre? ¡Roger teme un fin próximo! En pocas horas desaparece, nos telegrafía, ¿qué cosa nos aconseja no aceptar? ¡Los hongos enviados a Tom por correo expreso! ¿Recibió el hijo de Roger un paquete parecido los últimos días? ¡Sí, lo recibió! ¿De dónde vienen los paquetes? ¡Nueva Orleans! ¿Y a dónde va Roger cuando desaparece? ¡Nueva Orleans! ¿No ves, Cynthia, no ves? ¡No estaría preocupado si todas esas cosas no

estuviesen relacionadas de algún modo! ¡Roger, Tom, Joe, los hongos, la señora Goodbody, los paquetes, las direcciones, todo es la misma figura!

Cynthia estaba mirándolo ahora, más tranquila, pero todavía divertida.

—No te enojés.

—¡No estoy enojado! —casi gritó Fortnum.

De pronto no pudo continuar. Temía que si seguía hablando se encontraría en algún momento gritando de risa, y por alguna razón se negaba a eso. Miró las casas de alrededor, calle arriba y calle abajo, y pensó en los sótanos oscuros y los niños del vecindario que leían *Mecánica Popular* y enviaban el dinero en millones de pedidos para criar los hongos en sitios ocultos. Así como él cuando era niño había escrito pidiendo sustancias químicas, semillas, tortugas, innumerables emplastos y ungüentos. ¿En cuántos millones de hogares norteamericanos crecían esta noche millones de hongos al cuidado de los inocentes?

—¿Hugh? —Cynthia estaba tocándole el brazo ahora.— Los hongos, aun los grandes, no piensan, no se mueven, no tienen piernas y brazos. ¿Cómo podrían enviar esos paquetes y apoderarse del mundo? ¡Vamos, echemos una ojeada a tus terribles demonios y monstruos!

Cynthia empujó a Fortnum hacia la puerta. Adentro, fue hacia el sótano, pero Fortnum se detuvo, meneando la cabeza, y una sonrisa tonta se le formó de algún modo en la boca.

—No, no, sé lo que encontraremos. Ganaste. Todo es una tontería. Roger volverá la semana próxima y nos emborracharemos juntos. Vete a la cama ahora y yo tomaré un vaso de leche caliente y estaré contigo en un minuto.

—¡Eso es mejor!

Cynthia besó a Fortnum en las dos mejillas lo apretó tomándolo por los hombros, y subió las escaleras.

En la cocina, Fortnum sacó un vaso, abrió la refrigeradora y estaba sirviéndose la leche cuando se detuvo de pronto.

Adelante, arriba, había un platito amarillo. Sin embargo, no fue el plato lo que le llamó la atención a Fortnum. Fue lo que había en el plato.

Los hongos recién cortados.

Se quedó allí medio minuto por lo menos, respirando y escarchando el aire, hasta que al fin extendió la mano, tomó el plato, lo olió, tocó los hongos, y luego salió al vestíbulo llevando el plato en la mano. Miró escaleras arriba, escuchando a Cynthia que se movía en el dormitorio, y estuvo a punto de llamarla: "Cynthia, ¿tú pusiste esto en la refrigeradora?" No habló. Conocía la respuesta. Cynthia en cambio no sabía nada.

Puso el plato de hongos en la baranda de la escalera y se quedó mirando. Se imaginó a sí mismo en cama más tarde, observando las paredes, las ventanas abiertas, las figuras de la luz de la luna que se movían en el cielo raso. Se oyó a sí mismo diciendo: "¿Cynthia?" Y la respuesta de ella: "¿Sí?" Y él diciendo: "Los hongos pueden desarrollar piernas y brazos, hay un modo." "¿Qué?" diría ella, "Tonto, tonto, ¿qué?" Y él se animaría entonces y no tendría en cuenta la risa de ella y diría: "¿Y si un hombre que camina por el pantano recoge los hongos y se los come...?"

¿Una vez dentro del hombre, se extenderían los hongos por la sangre, se apoderarían de todas las células cambiando al hombre en un... marciano? Aceptada esta teoría, ¿necesitaría el hongo piernas y brazos propios? No, no mientras pudiese entrar y vivir en la gente. Roger había comido los hongos que le había dado su hijo. Roger se había convertido en "otra cosa". Se había secuestrado a sí mismo. Y en un último arranque de cordura, nos había teleografiado, advirtiéndonos que no aceptáramos el envío expreso de

hongos. ¡El Roger que había telefonado más tarde no era ya Roger sino un prisionero de lo que había comido! ¿No está claro, Cynthia, no lo está, no lo está?

No, dijo la imaginada Cynthia, no, no está claro, no, no, no...

Un murmullo muy débil llegó del sótano, un susurro, un movimiento. Fortnum apartó los ojos del plato, caminó hasta la puerta del sótano y acercó la oreja.

—¿Tom?

Ninguna respuesta.

—Tom, ¿estás ahí?

Ninguna respuesta.

—¿Tom?

Al fin, la voz de Tom llegó desde abajo.

—¿Sí, papá?

—Es más de medianoche —dijo Fortnum, tratando de no elevar la voz—. ¿Qué estás haciendo ahí?

Ninguna respuesta.

—Dije...

—Cuidando mi cosecha —dijo el niño al cabo de un rato, con una voz fría y débil.

—¡Bueno, sal de ahí inmediatamente! ¿Me oyes?

Silencio.

—¿Tom? ¡Escucha! ¿Tú pusiste unos hongos en la refrigeradora esta noche? ¿Por qué?

Pasaron diez segundos por lo menos antes que el muchacho replicara desde abajo:

—Para que tú y mamá comieran, por supuesto.

Fortnum sintió que el corazón se le movía rápidamente y tomó aliento tres veces antes de seguir hablando.

—¿Tom? ¿No... no comiste tú mismo por casualidad algunos de los hongos, no?

—Es raro que lo preguntes —dijo Tom—. Sí. Esta noche. En un sándwich. Después de cenar. ¿Por qué?

Fortnum puso la mano en el pestillo. Ahora le tocaba a él no contestar. Sintió que las rodillas empezaban a aflojarse y trató de luchar contra toda aquella tontería insensata. Por nada, trató de decir pero los labios no se le movieron.

—¿Papá? —llamó Tom, serenamente desde el sótano—. Baja. —Otra pausa.— Quiero que veas la cosecha.

Fortnum sintió que el pestillo se le deslizaba en la mano húmeda. El pestillo crujió. Fortnum se sobresaltó.

—¿Papá? —llamó Tom en voz baja.

Fortnum abrió la puerta.

El sótano estaba completamente a oscuras.

Extendió la mano hacia la llave de la luz.

Como dándose cuenta, desde algún lugar, Tom dijo:

—No. La luz es mala para los hongos.

Fortnum apartó la mano de la llave.

Tragó saliva. Volvió la cabeza hacia la escalera que llevaba al dormitorio. Supongo, pensó, que tendría que decirle adiós a Cynthia. ¿Pero qué idea es esta? ¿Por qué, en nombre de Dios, he de tener estos pensamientos? No hay motivo, ¿no es así?

Ninguno.

—¿Tom? —dijo, afectando un aire animado—. Listo o no listo, ¡allá voy!

Y dando un paso en la oscuridad, cerró la puerta.

## CASI EL FIN DEL MUNDO

A la vista de rock junction, Arizona, el 22 de agosto de 1967 a mediodía, Willy Bersinger dejó que la bota de minero descansara tranquila en el acelerador del carricoche y le habló con calma a su compañero, Samuel Fitts.

—Sí, Samuel, es una ciudad que impresiona de veras. Después de un par de meses en la Horrible Mina del Centavo, una máquina tragamonedas me parece una ventana con vidrios de colores. Necesitamos la ciudad; sin ella podríamos despertarnos una mañana descubriendo que sólo somos carne en conserva y materia petrificada. Y además, claro, la ciudad nos necesita también a nosotros.

—¿Cómo es eso? —preguntó Samuel Fitts.

—Llevamos allí cosas que la ciudad no tiene: montañas, caletas, noches desérticas, estrellas, cosas así...

Y era cierto, pensó Willy, que iba al volante. Llévase a un hombre a tierras extrañas y habrá en él manantiales de silencio. Silencio de artemisa, o de puma que ronronea como colmena caliente al mediodía. Silencio de los bajíos del río, allá en el fondo de los cañones. El hombre toma todo eso, y luego se lo da la ciudad, cuando abre la boca respirando.

—Ah, cómo me gusta treparme al sillón de la vieja peluquería —reconoció Willy—, y ver a todos esos ciudadanos en hilera presididos por calendarios con señoras desnudas, que me miran mientras mascullo mi filosofía de rocas y espejismos y ese Tiempo que se instala allá en las colinas esperando a que el hombre se vaya. Respiro y esa soledad se asienta como un polvo fino sobre los parroquianos. Ah, es hermoso, yo hablando suavemente, con soltura, de esto y lo otro y lo de más allá...

Imaginó los ojos de los parroquianos, que chispeaban. Algún día saldrían gritando a las colinas, dejando atrás la familia y la civilización de los relojes.

—Es bueno sentirse necesario —dijo Willy—. Tú y yo, Samuel, somos necesidades fundamentales para esas gentes de la ciudad. ¡Vía libre, Rock Junction!

Y con un silbido débil y trémulo cruzaron a todo vapor los límites de la ciudad entrando en la perplejidad y la maravilla.

Habían andado quizá ciento cincuenta metros por la ciudad cuando Willy apretó el freno. Una lluvia de escamas de herrumbre se deslizó desde los paragolpes del carricoche. El coche se quedó como acurrucado en el camino.

—Hay algo que anda mal —dijo Willy. Entornó los ojos de lince mirando a uno y otro lado. La enorme nariz husmeó—. ¿No lo sientes? ¿No lo hueles?

—Claro —dijo Samuel, incómodo—, ¿pero qué es?

Willy frunció el ceño. —¿Has visto alguna vez una cigarrería azul celeste?

—Nunca.

—Allí hay una. ¿Has visto alguna vez una casilla de perro rosada, un cobertizo color naranja, una fuente de color lila para que se bañen los pájaros? ¡Allí, allá y más allá!

Los dos hombres se habían incorporado poco a poco y estaban ahora de pie en las tablas crujientes.

—Samuel —murmuró Willy—, ¡todas las instalaciones del tiro al blanco, todos los faroles, todas las balastradas, todos los firuletes, cercas, bocas de incendio, camiones de basura, absolutamente toda la ciudad, mira! ¡Ha sido pintada hace una hora!

—¡No! —dijo Samuel Fitts.

Pero allí estaba la glorieta de la banda de música, la iglesia baptista, el cuartel de bomberos, el asilo de huérfanos, el depósito del ferrocarril, la cárcel pública, el hospital de gatos y todas las casas, invernaderos, miradores, todos los letreros de los negocios, los buzones, los postes de teléfono y las latas de basura, absolutamente todos, deslumbrantes de amarillo maíz, verde manzana acida, rojos circenses. Desde el tanque de agua hasta el tabernáculo, parecía como si Dios hubiera armado un rompecabezas y lo hubiese coloreado y puesto a secar hacía un momento. No sólo eso, pues donde había malezas crecían ahora coles, cebollas y lechugas que atestaban todos los huertos, multitudes de curiosos girasoles cronometraban el cielo de mediodía y los pensamientos crecían debajo de innumerables árboles, descansando a la sombra como perritos del verano, y mirando con grandes ojos húmedos los prados de color verde menta, como en los carteles de turismo irlandés. Coronándolo todo, diez chicos, las caras restregadas, el pelo lustroso de brillantina, camisas, pantalones y zapatillas de tenis limpias como puñados de nieve, pasaban corriendo.

—La ciudad —dijo Willy, observándolos correr—, se ha vuelto loca. Misterio. Misterio en todas partes. Samuel, ¿qué clase de tirano ha subido al poder? ¿Qué ley se ha votado que tienen limpios a los chicos, y hace que la gente pinte cada palillo de dientes, cada tiesto de geranios? ¿Sientes el olor? ¡Han empapelado de nuevo todas las casas! Algún castigo horrible ha caído sobre estas gentes y las ha puesto a prueba. La naturaleza humana no alcanza esta cima de perfección en el espacio de una noche. Apuesto todo el oro que he juntado en el último mes a que esos desvanes, esos sótanos están de punta en blanco. Te apuesto a que Algo ha pasado realmente en esta ciudad.

—Pero si casi puedo oír a los querubines cantando en el Jardín —protestó Samuel—. ¿Cómo te imaginas un Castigo? Aquí tienes mi mano, estréchala. ¡Acepto la apuesta y me quedo con tu dinero!

El carricoche dobló a otra calle en medio de un viento que olía a trementina y blanco de cal. Samuel echó fuera del coche el papel de la goma de mascar, bufando. Lo que ocurrió en seguida lo sorprendió. Un viejo con traje de mecánico nuevo, zapatos como espejos relucientes, corrió a la calle, recogió el papel, y sacudió el puño tras el carricoche que seguía viaje.

—Castigo... —Samuel Fitts miró hacia atrás, y la voz se le apagó.— Bueno... la apuesta sigue en pie.

Abrieron la puerta de una peluquería atestada de parroquianos con el pelo ya cortado y aceitado, las caras rosadas y afeitadas, que sin embargo estaban esperando para instalarse de nuevo en los sillones donde tres peluqueros enarbolaban peines y tijeras. Había un estrépito de feria en el salón; clientes y peluqueros hablaban todos a la vez.

Cuando Willy y Samuel entraron, el estrépito cesó instantáneamente. Era como si una ráfaga de metralla hubiese atravesado la puerta.

—Sam... Willy...

En el silencio algunos de los hombres sentados se pusieron de pie.

—Samuel —dijo Willy con la boca torcida—, siento como si la Muerte Roja anduviera por aquí. —Añadió en voz alta:— ¡Qué tal! Aquí vengo a terminar mi conferencia sobre las Maravillas de la Fauna y la Flora del Gran Desierto Norteamericano, y...

—¡No!

Antonelli, el peluquero principal, se precipitó frenético hacia Willy, lo tomó del brazo, y le aplicó la mano sobre la boca como un despabilador sobre una vela.

—Willy —susurró, mirando con aprensión y sobre el hombro a los clientes—. Prométeme una cosa: que te compras un hilo y una aguja y te coses los labios. ¡Silencio, hombre, si en algo aprecias tu vida!

Willy y Samuel sintieron que los llevaban adelante a los empujones. Dos parroquianos ya listos saltaron de los sillones de peluquero sin que nadie les dijera nada. Mientras montaban en los sillones, los dos mineros se miraron de reojo las caras en el espejo, sucio de moscas.

—¡Samuel, ahí tienes! ¡Mira! ¡Compara!

—Bueno —dijo Samuel pestañeando—, somos los únicos hombres en todo Rock Junction que necesitamos de veras una afeitada y un corte de pelo.

—¡Extranjeros! —Antonelli los tendió en los sillones como para anestésarlos rápidamente.— ¡No saben hasta qué punto son extranjeros!

—Pero si hemos estado fuera sólo un par de meses... —Una toalla humeante cubrió la cara de Willy que desapareció entre gritos ahogados. En la humeante oscuridad escuchaba la voz baja y apremiante de Antonelli.

—Los arreglaremos para que queden como todos los demás. No es que tengan un aspecto peligroso, no, pero la forma en que hablan ustedes, los mineros, podría trastornar a todo el mundo en un momento como este.

—Qué momentos como este ni qué diablos. —Willy levantó la toalla hirviente. Un ojo lagrimeante se clavó en Antonelli.— ¿Qué pasa en Rock Junction?

—No sólo en Rock Junction. —Antonelli contemplaba algún sueño increíble más allá del horizonte.— Phoenix, Tucson, Denver. ¡Todas las ciudades de Norteamérica! Mi mujer y yo nos vamos como turistas a Chicago la semana próxima. Imagínate a Chicago toda pintada, limpia y nueva. ¡La Perla del Oriente la llaman! ¡Pittsburgh, Cincinnati, Buffalo! Todo porque... Bueno, ahora levántate, vé hasta allí y enciende el televisor.

Willy tendió a Antonelli la toalla humeante, se acercó a la pared, encendió el televisor, lo escuchó zumbiar, movió las perillas y esperó. En la pantalla cayó una nieve blanca.

—Ahora prueba la radio —dijo Antonelli.

Willy se sintió observado por todos mientras pasaba en el dial de la radio de una estación a otra. —Demonios —dijo al fin—, no funcionan, ni el televisor ni la radio.

—No —dijo Antonelli simplemente.

Willy se tendió de nuevo en el sillón y cerró los ojos. Antonelli se inclinó hacia adelante, respirando pesadamente.

—Escucha —dijo—. Imagínate un sábado por la mañana, tarde, hace cuatro semanas; las mujeres y los niños con los ojos clavados en los payasos y magos de la TV. En los institutos de belleza, las mujeres con los ojos clavados en la moda de la TV. En las peluquerías y ferreterías, los hombres con los ojos clavados en un partido de béisbol o una partida de pesca. Todos, en todo el mundo civilizado, clavando los ojos. Ni un sonido, ni un movimiento, salvo en las pequeñas pantallas blancas y negras. Y entonces, en medio de todas esas miradas fijas... —Antonelli se detuvo para levantar una punta del paño ardiente.— Las manchas del sol —dijo.

Willy se puso rígido.

—Las manchas del sol más grandes de la historia de los mortales —continuó Antonelli—. Todo el mundo inundado por la electricidad. Las manchas limpiaron las pantallas de TV, las dejaron sin nada, y desde entonces, nada y nada.

La voz de Antonelli era remota como la de un hombre que describe un paisaje ártico. Cubrió de espuma la cara de Willy sin mirar lo que hacía. Willy espió en el otro extremo del cuarto la nieve blanda que caía en la pantalla y zumbaba en un eterno invierno. Casi alcanzaba a oír un golpeteo de patas de conejo en todos los corazones de la peluquería.

Antonelli continuó su oración fúnebre.

—Nos llevó todo aquel primer día comprender lo que había ocurrido. Dos horas después de aquella primera tormenta provocada por las manchas solares, todos los técnicos de televisión de los Estados Unidos estaban en la calle. Cada uno pensaba que era sólo su propio aparato. Como las radios también estaban estropeadas, sólo esa noche, cuando los vendedores de diarios vocearon los titulares por las calles, como en los viejos tiempos, nos enteramos al fin. Las manchas solares quizá siguieran... ¡por el resto de nuestras vidas!

Los parroquianos murmuraron.

La mano de Antonelli que sostenía la navaja tembló. Tuvo que esperar.

—Todo ese vacío, toda esa cosa hueca que caía y caía en el interior de nuestros televisores; oh, sé por qué te lo digo, les ponía a todos los nervios de punta. Era como un buen amigo que te habla en la habitación principal de la casa y de pronto calla y se queda allí, pálido, y tú sabes que está muerto y tú también empiezas a enfriarte. Esa primera noche todos corrieron a las salas de cine de la ciudad. Las películas no eran gran cosa, pero fue como un Gran Baile de Fantasía hasta medianoche. Los bares sirvieron doscientas sodas con vainilla, trescientas con chocolate, aquella primera noche de la Calamidad. Pero uno no puede pasarse todas las noches en el cine y el bar. ¿Entonces qué? ¿Telefonar a los parientes para una partida de canasta o de ludo?

—Es como para perder la cabeza —observó Willy.

—Claro, pero la gente tenía que salir de las casas embrujadas. Andar por los pasillos de tu casa era como pasar silbando junto a un cementerio. Todo ese silencio ...

Willy se incorporó un poco. —Hablando de silencio ...

—La tercera noche —dijo Antonelli rápidamente—, todavía estábamos conmocionados. Nos salvó de la locura total una mujer. En alguna parte de esta ciudad esa mujer salió de su casa y volvió un minuto después. En una mano tenía un pincel. Y en la otra ...

—Un balde de pintura —dijo Willy.

Al ver lo bien que había entendido, todo el mundo sonrió.

—Si los psicólogos acuñaran medallas de oro, tendrían que darle una a aquella mujer y a todas las mujeres de todos los pueblos y ciudades, pues ellas salvaron al mundo. Esas mujeres que iban de un lado a otro en las tinieblas y nos trajeron la cura milagrosa.

Sí, pensó Willy. Allí estaban los padres de mirada torva y los hijos malhumorados hundidos junto a los televisores muertos, esperando a que los condenados aparatos empezaran a gritar Pelota Afuera o Gol hasta que al fin dejaron el velatorio y allí en la penumbra vieron a las formidables mujeres, resueltas y dignas, que esperaban con los pinceles y la pintura. Y una luz gloriosa les encendió las mejillas y los ojos...

—¡Dios mío, se extendió como un incendio! —dijo Antonelli—. De casa en casa, de ciudad en ciudad. La locura de los rompecabezas en 1932, la locura del yoyó en 1928 no fueron nada comparados con la Locura de Todo el Mundo Haciendo Algo que corrió por esta ciudad para hacerla añicos y pegar los pedazos de nuevo. En todas partes los hombres cubrieron de pintura todo lo que se quedaba quieto diez segundos; en todas partes los hombres trepaban a los campanarios, cabalgaban las cercas, se cayeron de centenares de escaleras y tejados. Las mujeres pintaban aparadores, armarios; los chicos pintaron juguetes de lata, carritos, cometas. De no haber estado ocupados, se podía haber construido una muralla alrededor de esta ciudad, rebautizándola "Arroyuelos

Parlanchines". En todas las ciudades, en todas partes lo mismo; allí donde la gente se había olvidado de sacudir las mandíbulas, conversaban. ¡Como te digo, los hombres anduvieron dando vueltas sin sentido, alelados, hasta que las mujeres les pusieron un pincel en la mano y les señalaron la pared más próxima falta de pintura!

—Parecería que han terminado el trabajo —dijo Willy.

—Las pinturerías se quedaron sin pintura tres veces la primera semana. —Antonelli contempló la ciudad con orgullo.— La pintura no podría durar más, claro, a menos que empezaran a pintar los ligustros y briznas de hierba, una por una. Ahora que los desvanes y los sótanos están limpios, el fuego se nos va apagando, las mujeres enlatan de nuevo frutas, hacen conserva de tomates, dulce de grosella y de ciruela. Los estantes de los sótanos están todos repletos. Grandes actividades por parte de la iglesia también. Partidas de bowling, béisbol nocturno, reuniones sociales, cerveza.

Las casas de música vendieron quinientos ukeleles, doscientas doce guitarras eléctricas, cuatrocientas sesenta ocarinas y chicharras en cuatro semanas. Yo estoy estudiando el trombón. Mac, la flauta. Conciertos de la banda los jueves y domingos por la noche. ¿Maquinitas para hacer helados? Bert Tyson vendió doscientas sólo la última semana. ¡Veintiocho días, Willy, Veintiocho Días que Conmovieron al Mundo!

Willy Bersinger y Samuel Fitts estaban allí sentados, tratando de imaginarse y de sentir la conmoción, el mazazo.

—Veintiocho días, la barbería estaba atestada de hombres que se afeitaban dos veces por día para poder sentarse y mirar a los clientes como si pudieran decir algo —continuó Antonelli, afeitando a Willy ahora—. En un tiempo, recuerdo, antes de la TV, se suponía que los barberos eran grandes conversadores. Pero este mes nos llevó toda una semana entrar en calor, quitarnos la herrumbre. Ahora hablamos hasta por los codos. La calidad no, pero la cantidad es feroz. Al entrar habrás oído la conmoción. Oh, se calmará cuando nos hayamos acostumbrado al gran Olvido.

—¿Así lo llaman?

—Así nos parece a la mayoría de nosotros, por un tiempo.

Willy Bersinger se rió en silencio y meneó la cabeza. —Ahora sé por qué no me dejaste empezar la conferencia cuando crucé esa puerta.

Claro, pensaba Willy, ¿cómo no lo vi en seguida? Hace cuatro semanas escasas la soledad cayó sobre esta ciudad, la sacudió, la asustó. A causa de las manchas solares, todas las ciudades del mundo han tenido silencio como para diez años. Y luego yo con otra dosis de silencio, una charla fácil sobre desiertos y noches sin luna y sólo estrellas y apenas el rumor de la arena que vuela por el fondo del río seco. Lo que habría ocurrido si Antonelli no me hubiese hecho callar. Ya me veo fuera del pueblo, untado de alquitrán y cubierto de plumas.

—Antonelli —dijo en voz alta—: Gracias.

—De nada. —Antonelli tomó el peine y las tijeras.— ¿Corto a los lados y largo atrás?

—Largo a los lados —dijo Willy Bersinger, cerrando otra vez los ojos— y corto atrás.

Una hora después Willy y Samuel se subían al carricoche que alguien, nunca supieron quién, había lavado y lustrado mientras estaban ellos en la peluquería.

—Castigo. —Samuel le tendió una bolsita de polvos de oro.— Con C mayúscula.

—Guárdala. —Willy se sentó, pensativo, al volante.— Con ese dinero larguémonos a Phoenix, a Tucson, a Kansas City, ¿por qué no? Aquí somos ahora un artículo de más. No volveremos de nuevo hasta que en los aparatos aparezcan otra vez las rayitas, y empiecen a bailar y cantar. Como que hay Dios que si nos quedamos abriremos la trampa y se nos meterán adentro los lagartos, los pichones de halcón y la soledad, y tendremos problemas.

Willy miró adelante el camino.

—La Perla del Oriente, así dijo. ¿Te imaginas esa ciudad vieja y mugrienta, Chicago, toda recién pintada y nueva como un bebé a la luz de la mañana? ¡Vamos a ver Chicago, por el amor de Dios!

Puso en marcha el motor, lo dejó ronronear y miró la ciudad.

—El hombre sobrevive —murmuró—. El hombre soporta. Lástima que nos perdimos el cambio. Tiene que haber sido algo tremendo, un momento de ensayos y pruebas. Samuel, yo no me acuerdo, ¿y tú? ¿Qué es lo que vimos en la TV?

—Vimos a una mujer que luchaba con un oso, una noche.

—¿Quién ganó?

—Que el diablo me lleve si lo sé. La mujer...

Pero en ese momento el carricoche se movió y se llevó consigo a Willy Bersinger y a Samuel Fitts, con el pelo cortado, aceitado y limpio en los cráneos perfumados, las mejillas recién afeitadas y rosadas, las uñas resplandeciendo al sol. Bogaron bajo árboles verdes y podados, regados hacía poco, por senderos florecidos, dejando atrás las casas pintadas de amarillo, lila, violeta, rosa y verde menta, en el camino sin polvo.

—¡Perla del Oriente, allá vamos!

Un perro perfumado y peinado con ondulación permanente salió a la calle, mordisqueó los neumáticos y ladró hasta que los dos hombres se perdieron de vista.

## TAL VEZ NOS VAYAMOS

Era algo extraño que no se podía contar. Se le deslizaba por el pelo del cuello mientras despertaba. Con los ojos cerrados, apretó las manos contra el polvo.

¿Era la tierra que sacudía un viejo fuego bajo la corteza, volviéndose en sueños?

¿Eran los búfalos en las praderas polvorientas, en la hierba sibilante, que ahora pisoteaban la tierra, moviéndose como nubes oscuras?

No.

¿Entonces, qué, qué era?

Abrió los ojos y era Ho-Awi, el niño de una tribu con nombre de pájaro, en las colinas con nombre de sombras de lechuzas, cerca del gran océano, en un día que era malo sin ningún motivo.

Ho-Awi miró la cortina de la tienda que se estremecía como una gran bestia que se acuerda del invierno.

Dime, pensó, ¿de dónde viene la cosa terrible? ¿A quién matará?

Se volvió lentamente, un niño de pómulos oscuros y afilados como quillas de pajaritos que vuelan. Los ojos castaños vieron un cielo colmado de oro, colmado de nubes; el cuenco de la oreja recogió el golpeteo de los cardos en los tambores de batalla, pero el misterio mayor lo llevó al borde de la aldea.

Allí, decía la leyenda, la tierra continuaba como una ola hasta otro mar. Entre aquí y allá había tanta tierra como estrellas en el cielo de la noche. En alguna parte de toda aquella tierra, tormentas de búfalos negros segaban la hierba. Y aquí estaba Ho-Awi, el estómago apretado como un puño, preguntándose, buscando, esperando, asustado.

—¿Tú también? —dijo la sombra de un halcón.

Ho-Awi se volvió.

Era la sombra de la mano del abuelo que escribía en el viento.

No. El abuelo señaló silencio. La lengua se movió en la boca desdentada. Los ojos eran pequeñas caletas detrás de las capas de carne hundida, las arenas resquebrajadas de la cara.

Ahora estaban de pie al borde del día, juntos a causa de algo que no conocían. Y el viejo hizo lo que había hecho el muchacho. La oreja momificada se volvió; las aletas de la nariz se le estremecieron. El viejo esperaba también, dolorosamente, algún gruñido de respuesta, que viniera de cualquier dirección, y que les anunciara al menos que desde un cielo distante venía un trueno como madera que se desploma. Pero el viento no respondió, hablaba sólo de sí mismo.

El abuelo hizo la señal de que debían ir a la Gran Cacería. Este, dijeron sus manos como bocas, era un día para el conejo joven y el viejo desplumado. Que ningún guerrero fuera con ellos. La liebre y el cuervo moribundo tenían que viajar juntos. Porque sólo los muy jóvenes veían la vida adelante, y sólo los muy viejos veían la vida detrás; los del medio andaban tan ocupados con la vida que no veían nada.

El viejo giró lentamente en todas las direcciones.

¡Sí! ¡Sabía, estaba seguro! Para encontrar esa cosa de oscuridad se necesitaba la inocencia del recién nacido, y para ver muy claro la inocencia del ciego.

¡Ven!, dijeron los dedos temblorosos.

Y el conejo que husmeaba y el halcón apegado a la tierra dejaron la aldea desvaneciéndose como sombras en el día inestable.

Buscaron las colinas altas para ver si las piedras estaban una encima de la otra, y así era. Escrutaron las praderas, pero sólo encontraron vientos que juegan allí todo el día como los niños de la tribu. Y encontraron puntas de flechas de antiguas guerras.

No, escribió la mano del viejo en el cielo, los hombres de esta nación y de aquella más allá fuman junto a las hogueras del verano mientras las mujeres indias cortan leña. No son flechas en vuelo las que casi oímos.

Por fin, cuando el sol se hundió en la nación de los cazadores de búfalos, el viejo miró hacia arriba.

¡Los pájaros, le exclamaron las manos de pronto, vuelan hacia el sur! ¡El verano ha terminado!

¡No, dijeron las manos del niño, el verano acaba de empezar! ¡No veo los pájaros!

Están tan altos, dijeron los dedos del viejo, que sólo un ciego puede sentir como pasan. Ensombrecen el corazón más que la tierra. Siento en la sangre que cruzan hacia el sur. El verano se va. Podemos ir con él. Tal vez nos vayamos.

—¡No! —exclamó el muchacho en voz alta, asustado de pronto—. ¿A dónde ir? ¿Por qué? ¿Para qué?

—¿Quién sabe? —dijo el viejo—, y tal vez no nos moveremos. Pero aun sin movernos tal vez nos vayamos.

—¡No! ¡Vuelve! —gritó el muchacho al cielo vacío, a los pájaros invisibles, al aire sin sombras—. ¡Verano, quédate!

Es inútil, dijo el viejo con una mano que se movía sola. Ni tú ni yo ni nuestra gente puede soportar este clima. La estación ha cambiado, viene para quedarse en la tierra para siempre.

¿Pero de dónde viene?

De aquí, dijo el viejo al fin.

Y en la penumbra miraron las grandes aguas del este que cubrían el borde del mundo, donde nadie había ido nunca.

Allí. La mano del viejo se cerró y se tendió rápidamente. Allí.

Muy lejos, una sola luz ardía en la orilla.

Al salir la luna, el viejo y el niño conejo caminaron por la arena, oyeron extrañas voces en el mar, olieron el fuego salvaje, de pronto cercano.

Se arrastraron boca abajo. Tendidos miraban la luz.

Y cuanto más miraban, más frío sentía Ho-Awi, y sabía que todo lo que el viejo había dicho era cierto.

Porque reunidos junto al fuego de ramas y musgo, que brillaba vacilando en el suave viento vespertino, más frío ahora, en el corazón del verano, estaban esas criaturas que nunca había visto.

Eran hombres con caras como carbones encendidos, con ojos a veces azules como el cielo. Todos esos hombres tenían pelo reluciente en las mejillas y el mentón. Un hombre levantaba una luz en la mano y tenía en la cabeza una luna de materia dura como la cara de un pez. Los otros tenían placas brillantes y redondas que tintineaban adheridas al pecho, y resonaban ligeramente cuando se movían. Mientras Ho-Awi observaba, algunos hombres se levantaron los gongos brillantes de las cabezas, se quitaron los caparazones de cangrejo que les cegaban los ojos, los estuches de tortuga que les cubrían el pecho, los brazos, las piernas, y arrojaron todas esas vainas a la arena riendo. Entretanto, en la bahía, una forma negra flotaba en el agua, una canoa oscura con cosas como nubes desgarradas que colgaban de unos postes.

Después de contener el aliento un largo rato, el viejo y el niño se fueron.

Desde una colina observaron el fuego que ahora no era mayor que una estrella. Se lo podía tapar con una pestaña. Si uno cerraba los ojos, el fuego desaparecía.

Sin embargo, seguía allí.

—¿Es este el gran acontecimiento? —preguntó el niño.

La cara del viejo era la de un águila caída, una cara de años terribles y de sabiduría involuntaria. Los ojos eran de un brillante resplandor, como llenos de una marea de agua clara y fría en la que se podía ver todo, como un río que bebiera el cielo y la tierra y lo supiese, lo aceptara en silencio, y no negase la acumulación de polvo, tiempo, forma, sonido y destino.

El viejo asintió una vez.

Este era el clima terrible. Así es como terminaría el verano. Esto era lo que llevaba a los pájaros hacia el sur, sin sombras, a través de una tierra de dolor.

Las manos gastadas dejaron de moverse. El momento de las preguntas había pasado.

Muy lejos, el fuego se sobresaltaba. Una de las criaturas se movió. La materia brillante del caparazón de tortuga que le cubría el cuerpo relampagueó de pronto. Era como una flecha que abría una herida en la noche.

Luego el niño desapareció en la oscuridad, siguiendo al águila y al halcón que vivían en el cuerpo pétreo del abuelo.

Abajo el mar se levantaba y arrojaba otra ola salada que se hacía trizas y silbaba como cuchillos innumerables a lo largo de las costas del continente.

## Y EL MARINO VUELVE A CASA

—Buenos días, capitán.

—Buenos días, Hanks.

—El café está listo, señor, siéntese.

—Gracias, Hanks.

El viejo se sentó a la mesa de la cocina del barco, las manos en el regazo. Se las miró y eran como truchas jaspeadas que haraganeaban debajo de aguas frías, el débil aliento de él en el aire. Había visto truchas como esas asomándose a la superficie de los torrentes de la montaña, cuando tenía diez años. Lo fascinaba ese movimiento trémulo, allá abajo, porque mientras más las miraba más pálidas parecían.

—Capitán —dijo Hanks— ¿se siente bien?

El capitán levantó bruscamente la cabeza y su vieja mirada ardiente relampagueó.

—¡Claro! ¿Por qué me preguntas si me siento bien?

El cocinero sirvió el café del que se levantaron calientes vapores de mujeres, tan alejadas en el pasado que sólo eran oscuro almizcle y fricción de incienso, para la nariz del capitán. De pronto estornudó, y Hanks acudió con un pañuelo.

—Gracias, Hanks. —Se sonó la nariz y luego, tembloroso, se tomó el brebaje—. ¿Hanks?

—Sí, capitán.

—El barómetro está bajando.

Hanks se volvió para mirar la pared.

—No, señor, marca bueno y templado, eso, bueno y templado.

—Se está levantando tormenta, y hará falta mucho tiempo y esfuerzo para que tengamos otra vez calma.

—¡No me gusta esa clase de conversación! —dijo Hanks, dando vueltas alrededor del capitán.

—Digo lo que siento. La calma tenía que terminar un día. Tenía que levantarse tormenta. Hace mucho que estoy preparado.

Mucho, sí. ¿Cuántos años? La arena había caído interminablemente del otro lado del vidrio. La nieve había caído también del otro lado del vidrio, poniendo una capa de blancura sobre otra, enterrando profundamente los innumerables inviernos.

Se levantó, fue tambaleándose hasta la puerta de la cocina, la abrió y salió... a la galería de una casa construida como la proa de un barco, a la galería de piso de madera de barco embreada. Miró hacia abajo no el agua sino el polvo del patio de adelante, cocinado por el verano. Se acercó a la barandilla, contempló las lomas onduladas que se extendían para siempre en todas las direcciones posibles.

¡Qué estoy haciendo aquí, pensó con súbita vehemencia, en una extraña casa-barco encallada y sin velamen entre praderas solitarias donde el único sonido es la sombra de un pájaro que va en una dirección en el otoño, y en otra en primavera!

¡Qué!

Se calmó, levantando los binoculares que colgaban de la baranda, para inspeccionar el vacío de la tierra así como el de la vida.

Kate Katherine Katie, ¿dónde estás?

Siempre se olvidaba de noche, hundido en la cama, y recordaba de día, cuando lo despertaba la memoria. Estaba solo y había estado solo veinte años, con excepción de Hanks, la primera cara al alba, la última al caer la noche.

¿Y Kate?

Mil tormentas y mil calmas atrás, hubo una calma y una tormenta que le habían durado toda la vida.

—¡Ahí está, Kate! —Oyó la voz de la mañana temprano corriendo por el muelle.— ¡Ahí está el barco que nos llevará a donde queramos ir!

Y avanzaron de nuevo, una pareja increíble, milagrosa Kate, ¿de cuánto?, veinticinco años a lo sumo, y él ya bien entrado en los cuarenta, pero apenas un chico, ahora que la tomaba de la mano, llevándola a la planchada.

Entonces, vacilando, Kate volvió la cara a las colinas de San Francisco y dijo, en voz baja para sí y para nadie más: —Nunca volveré a tocar tierra.

—¡El viaje no es tan largo!

—Oh, sí —dijo Kate suavemente—. Será un viaje muy largo.

Y por un momento todo lo que oyó el capitán fue el inmenso crujido del barco, como el Destino volviéndose en sueños.

—¿Pero, por qué he dicho eso? —preguntó ella—. Tonta.

Tendió el pie y subió al barco.

Zarparon esa noche para las Islas del Sur, un novio con piel de tortuga y una novia flexible como una salamandra, que bailaba en el hogar ardiente de la cubierta posterior, en las tardes de agosto.

Entonces, en mitad del viaje, la calma cayó sobre el barco como un gran hálito caliente, como una exhalación que abatió las velas con un suspiro luctuoso aunque apacible.

Quizá este suspiro lo despertó, o quizá fue Katie, que se levantó para escuchar.

Ni un rumor de cable, como una carrera de ratas, ni un murmullo de velas, ni un susurro de pies descalzos en el puente. El barco estaba sin duda embrujado. Era como si la luna al salir hubiera dicho una sola palabra de plata: Paz.

Los hombres, atados a sus puestos como por el encantamiento de la palabra, no se volvieron cuando el capitán se acercó a la borda con su mujer y sintieron que el ahora se había convertido en Eternidad.

Y entonces, como si pudiera leer el futuro en el espejo que mantenía quieto al barco, Katie dijo fervorosamente: —Nunca ha habido una noche más hermosa, ni dos personas más felices en un barco mejor. Ah, desearía que nos quedáramos aquí mil años, esto es perfecto, este es nuestro mundo donde tenemos nuestras propias leyes y vivimos de acuerdo con ellas. Prométeme que nunca me dejarás morir.

—Nunca —dijo él—. ¿Quieres que te diga por qué?

—Sí, y házmelo creer.

El capitán recordó entonces, y se la contó, la historia que había oído una vez y que hablaba de una mujer tan hermosa que los dioses estaban celosos del Tiempo y se la llevaron al mar y dijeron que no podía tocar tierra de nuevo, pues la fuerza de la gravedad pesaría sobre ella, y se debilitaría en vanos encuentros, excursiones insensatas y extremadas alarmas que al fin le causarían la muerte. Si se quedaba en el agua viviría para siempre y sería siempre hermosa. Entonces la mujer navegó muchos años, pasando

por delante de la isla donde envejecía su amante. Una y otra vez ella lo llamó, pidiéndole que la hiciera bajar a tierra. Pero, temeroso de la destrucción de la mujer, él se negaba, y un día la mujer decidió por su cuenta desembarcar y correr a él. Y pasaron juntos una noche, una noche de belleza y de maravilla, antes de que el hombre descubriera a su lado, al salir el sol, a una mujer muy vieja, una hoja marchita.

—¿Escuché la historia alguna vez? —preguntó el capitán—. ¿O alguien la contará después y somos nosotros esa historia? ¿Por eso te he sacado de tierra, para que el ruido y el tránsito y los millones de personas y de cosas no puedan gastarte?

Pero Kate se reía de él. Echó la cabeza hacia atrás y dejó salir el sonido, y todos los hombres volvieron la cabeza y todas las bocas sonrieron.

—Tom, Tom, ¿te acuerdas de lo que dije antes de embarcarnos, que nunca volvería a tocar tierra? Debo de haber sospechado tus razones para escapar conmigo. Muy bien, entonces me quedaré a bordo dondequiera que vayamos, por todo el mundo. Y así nunca cambiaré, y tú tampoco, ¿no es cierto?

—¡Siempre tendré cuarenta y ocho años!

Y se rió él también, contento de haberse sacado la oscuridad de adentro, tomándola de los hombros y besándole la garganta, que era como inclinarse sobre el invierno en el corazón del verano. Y esa noche, en la calma ardiente que duraría para siempre, ella fue una nevada en el lecho del capitán.

—Hanks, ¿te acuerdas de la calma de agosto del noventa y siete? —El viejo examinó las manos lejanas.— ¿Cuánto duró?

—Nueve, diez días, señor.

—No, Hanks. Lo juro, vivimos nueve años enteros en aquellos días de la calma.

Nueve días, nueve años. Y en medio de aquellos días y años él pensaba, Oh, Kate, me alegro de haberte traído, me alegro de que las burlas de los otros no hayan impedido que me rejuveneciera tocándote. El amor está en todas partes, decían, esperando en los muelles, debajo de los árboles, como cocos calientes que se acarician, se miman y se beben. Dios mío, se equivocan. Pobres almas borrachas, dejemos que luchen con monos en Borneo, con melones en Sumatra, ¿qué pueden hacer con monas bailarinas en habitaciones oscuras? En el viaje de vuelta, esos capitanes dormían con ellos mismos. ¡Con ellos mismos! ¡Una compañía tan pecadora durante quince mil kilómetros! ¡No, Kate, de cualquier modo, aquí estamos tú y yo!

Y la calma profunda y viviente siguió hasta el centro del mundo oceánico más allá del cual no hay nada; los impávidos continentes han zozobrado y se han hundido en el tiempo. Pero al noveno día los hombres mismos bajaron los botes y se sentaron en ellos esperando órdenes, y no había más que remar en busca de viento, y el capitán remó también.

Al final del décimo día una isla se asomó lentamente sobre el horizonte.

El capitán llamó a su mujer: —Kate, iremos en busca de provisiones. ¿Vienes con nosotros?

Kate miraba la isla como si la hubiera visto mucho antes de haber nacido, y sacudió la cabeza lentamente, no.

—¡Vé tú! ¡No tocaré tierra hasta que lleguemos a casa! El capitán la miró y supo que Katie, por algún instinto, estaba viviendo la leyenda que con tanta ligereza él había tejido y contado. Como la mujer dorada del mito, Katie sentía algún secreto mal en aquel solitario bochorno de coral y arena, un mal que podía dañarla o, más aún, destruirla.

—¡Dios te bendiga, Kate! ¡Tres horas!

Y el capitán remó hacia la isla con los hombres.

Al final del día remaron de vuelta con cinco barrilitos de agua dulce y fresca, y la fruta caliente y las flores perfumaban el bote.

Y esperándolo estaba Kate, que no desembarcaría, que no tocaría tierra, decía.

Fue la primera en beber el agua clara y fresca. Cepillándose el pelo, mientras miraba las aguas inmóviles esa noche, Kate dijo: —Ha terminado casi. En la mañana habrá un cambio. Oh, Tom, abrázame. Después de tanto calor, hará tanto frío.

En la noche el capitán se despertó. Kate, respirando en la oscuridad, murmuraba. Dejó caer una mano febril sobre la mano del capitán, y gritó en sueños. El capitán le tomó el pulso y allí oyó por primera vez la tormenta que se levantaba.

Mientras estaba sentado junto a ella, el barco subió muy arriba en un grande y lento pecho de agua, y el conjuro quedó roto.

El flojo velamen se estremeció contra el cielo. Todas las cuerdas zumbaron, como si una mano enorme hubiera pasado por el barco como tocando un arpa silenciosa, evocando frescos sonidos de viaje.

Terminada la calma, empezó una tormenta.

Después hubo otra.

De las dos tormentas, una terminó bruscamente. Una fiebre furiosa consumió a Kate hasta convertirla en polvo blanco. Un gran silencio se desplazó en su cuerpo, y luego ya no se movió.

Llamaron al encargado de remendar las velas para que la vistiera para el mar. La aguja que revoloteaba en la luz submarina del camarote se movió como un pez tropical, agudo, fino, infinitamente paciente» que mordisqueaba la mortaja, orillando la oscuridad, sellando el silencio.

En las horas finales de la vasta tormenta de arriba, llevaron la blanca calma de abajo y la soltaron en una caída que desgarró el mar sólo un instante. En seguida, sin una huella, Kate y la vida desaparecieron.

—¡Kate, Kate, oh, Kate!

No podía dejarla allí, perdida en las mareas entre el Mar del Japón y la Puerta de Oro. Llorando esa noche, salió como una tormenta de la tormenta. Aferrado al timón, dio vueltas y vueltas con el barco alrededor de esa herida que se había curado con intemporal rapidez. Entonces conoció una calma que le duró el resto de sus días. Nunca alzó la voz ni descargó el puño cerrado contra ningún hombre. Y con aquella voz pálida y aquel puño abierto, apartó por fin el barco del lugar no cicatrizado, dio vuelta a la tierra, entregó las mercancías y apartó para siempre la cara del mar. Abandonó el barco que quedó tocando de costado el muelle cubierto de un manto verde, caminó y viajó tierra adentro mil ochocientos kilómetros. Ciegamente compró un solar, ciegamente construyó, con Hanks, sin saber durante mucho tiempo lo que había comprado o construido. Sólo sabía que había sido siempre muy viejo, y que había sido joven una breve hora con Kate, y que ahora era de veras muy viejo y nunca se le presentaría otra hora como aquella.

Así, en mitad del continente, a mil quinientos kilómetros del mar del este, a mil quinientos kilómetros del odioso mar del oeste, maldijo la vida y el agua que había conocido, sin recordar lo que le había sido dado sino lo que le habían quitado tan pronto.

Entonces salió a su tierra y plantó semilla y se preparó para la primera cosecha y se llamó a sí mismo, hombre de campo.

Pero una noche de aquel primer verano, en un sitio tan alejado del mar como era posible, lo despertó un sonido inverosímil, familiar. Temblando en la cama, susurró: ¡No, no, no puede ser... me he vuelto loco! ¡Pero... escucha!

Abrió la puerta de la casa campesina para mirar las tierras. Salió a la galería, hechizado por eso que había hecho sin darse cuenta. Se tomó de la barandilla y miró pestañeando, con los ojos húmedos, a lo lejos.

Allí, a la luz de la luna, colina tras colina de trigo, se movían en un viento oceánico, como olas. Un inmenso Pacífico de cereal resplandecía hasta perderse de vista, y en el centro, la casa, el barco ahora reconocido, en calma.

Pasó fuera la mitad de la noche, caminando por aquí, deteniéndose allá, pasmado por el descubrimiento, perdido en las profundidades de ese mar en tierra. Junto con el paso de los años, aparejo tras aparejo, madera tras madera, la casa había tomado la forma, el tamaño, el aire y el empuje de los barcos en que había navegado con vientos más crueles y en aguas más profundas.

—¿Cuánto hace, Hanks, que no vemos agua?

—Veinte años, capitán.

—No, ayer por la mañana.

Al entrar por la puerta, le golpeaba el corazón. El barómetro de pared se nubló, vaciló con un débil resplandor que le corrió al capitán por los bordes de los párpados.

—Café no, Hanks. Un vaso de agua... nada más.

Hanks fue y volvió.

—¿Hanks? Prométeme que me enterrarás donde está ella.

—Pero capitán, ella está... —Hanks se detuvo.— Donde está ella. Sí, señor.

—Bueno. Ahora dame el vaso.

El agua estaba fresca. Venía de las islas de debajo de la tierra. Sabía a sueño.

—Un vaso. Ella tenía razón, sabes, Hanks. No tocar tierra nunca más. Ella tenía razón. Pero le di un vaso de agua de la tierra, y la tierra estaba en el agua que le tocó los labios. Un vaso. Ah, si por lo menos...

Lo agitó en sus manos. Desde ninguna parte vino un tifón que llenó el vaso. Era una tormenta negra enfurecida en un sitio pequeño.

El capitán alzó el vaso y bebió el tifón.

—¡Hanks! —exclamó alguien.

Pero no él. El tifón, bramando, se había ido, y el capitán con él.

El vaso vacío cayó al suelo.

Era una mañana templada. El aire estaba dulce y el viento tranquilo. Hanks había trabajado la mitad de la noche cavando y la mitad de la mañana llenando la fosa. Ahora el trabajo estaba terminado. El sacerdote del pueblo había ayudado y ahora esperaba detrás, mientras Hanks colocaba como un rompecabezas el último cuadrado de césped en su sitio. Pedazo por pedazo, los acomodó con cuidado, los unió y apisonó. Y en cada pedazo, Hanks estaba seguro, había trigo rubio, graneado y maduro, alto como un niño de diez años.

Hanks se inclinó y puso el último pedazo de césped.

—¿Y la inscripción? —preguntó el sacerdote.

—Oh, no, señor, nunca habrá inscripción.

El sacerdote empezó a protestar, pero Hanks lo tomó del brazo y le hizo subir a una colina, y luego se volvió y señaló.

Estuvieron allí un largo rato. Al fin el sacerdote asintió meneando la cabeza, sonrió en silencio y dijo: —Ya veo, comprendo.

Porque era sólo el océano de trigo que seguía y seguía, vastas olas que crecían en el viento, hacia el oeste y más allá del este; y no había una línea, ni una grieta, ni una ondulación que mostraron dónde se había hundido el viejo, desapareciendo para siempre.

—Fue un entierro marino —dijo el sacerdote.

—Sí —dijo Hanks—. Como se lo había prometido. Así fue.

Luego se volvieron y caminaron por la orilla de las colinas, sin decir nada, hasta que llegaron y entraron en la casa crujiente.

## EL DÍA DE MUERTOS

La mañana.

El chiquillo, Raimundo, cruzó corriendo la Avenida Madero. Corrió a través del temprano olor a incienso que salía de muchas iglesias y a través del olor a carbón de los diez mil desayunos que se estaban cocinando. Se movía en pensamientos de muerte. Porque Ciudad de México tenía el frío de unos pensamientos de muerte en la mañana. Había sombras de iglesias, y siempre mujeres de negro, negro de luto, y el humo de las velas de la iglesia y de las hornallas de carbón le venían en un olor de muerte dulce a la nariz, mientras iba corriendo. Y no le pareció extraño, pues todos los pensamientos eran de muerte ese día.

Era el día de Muertos.<sup>1</sup>

Ese día, en todos los lugares alejados del país, las mujeres se sentaban junto a pequeños puestos de madera y vendían calaveras de azúcar blanco y esqueletos de caramelo que la gente masticaba y tragaba. Y en todas las iglesias habría servicios, y esa noche en los cementerios se encenderían velas, se bebería mucho vino y unas agudas voces de contrasopranos cantarían a voz en cuello muchas canciones.

Raimundo corría con la impresión de que todo el universo estaba en él, todas las cosas que tío Jorge le había contado, todo lo que él mismo había visto en su vida. Ese día ocurrirían cosas en lugares como Guanajuato y el Lago de Pátzcuaro. Aquí en la gran plaza de toros de Ciudad de México ahora mismo los monosabios rastrillaban y alisaban la arena, se vendían los billetes, y los toros se eliminaban nerviosamente a sí mismos, los ojos miraban, fijos, en los ocultos corrales, esperando la muerte.

En el cementerio de Guanajuato las grandes puertas de hierro se abrían de par en par para que los turistas bajaran por la escalera de hierro en espiral a la tierra profunda y caminaran por las catacumbas secas y resonantes y contemplaran las momias rígidas como muñecos, de pie contra la pared. Ciento diez momias bien sujetas con alambres a las piedras, las caras de bocas horrorizadas, de ojos reseco, y cuerpos que se descascaraban si alguien llegaba a tocarlos.

En el lago de Pátzcuaro, en la isla de Janitzio, las grandes redes de pescar caían con movimientos de mariposa, recogiendo peces plateados. La isla, con la enorme estatua de piedra del padre Morelos en lo alto, ya había empezado a beber tequila, con lo que así se iniciaba la celebración del Día de Muertos.

En Leñares, un pueblo pequeño, un camión pisó un perro, y no se detuvo para volverse a mirar.

---

<sup>1</sup> En español en el original.

Cristo mismo estaba en cada iglesia, cubierto de sangre, en agonía.

Y Raimundo atravesó corriendo la Avenida Madero en la luz de noviembre.

¡Ah, dulces terrores! ¡En los escaparates las calaveras de azúcar con nombres en las frentes nevadas: José, Carlota, Ramona, Luisa! Todos los nombres en calaveras de chocolate y en huesos acaramelados.

El cielo era como de cerámica azul sobre la cabeza de Raimundo, y la hierba estallaba en llamas verdes cuando pasaba junto a las glorietas. Llevaba cincuenta centavos, en la mano muy apretada, mucho dinero para muchos dulces, pues estaba claro que compraría piernas, muslos y costillas para masticar. El día en que se comía la Muerte. ¡Le mostrarían a la Muerte, ah, sí, le mostrarían! ¡El y la madre— cita, y los hermanos, ay, y las hermanas!

Mentalmente vio una calavera con letras de azúcar: Raimundo. Me compraré mi propia calavera, pensó. Y de esta manera trampearía a la muerte que siempre gotea en la lluvia sobre la ventana, o chilla en el chirrido de la vieja puerta o queda suspendida como una pálida nubecita sobre la orina. Trampear a la Muerte que el tamalero enfermo ha enrollado en tamales, la Muerte envuelta en una mortaja de fina tortilla de maíz.

Mentalmente Raimundo oía al viejo tío Jorge que le hablaba de todo eso. El anciano tío de cara de adobe que movía los dedos con cada palabrita y decía: —Llevas la muerte en las narices como pelos enroscados, la Muerte te crece en la barriga como un niño, la Muerte te brilla en los párpados como un barniz.

En un puesto desvencijado una vieja de boca amarga y pequeñas cuentas en las orejas vendía funerales en miniatura. Había un pequeño ataúd de cartón y un sacerdote de papel con una Biblia infinitesimal, y monaguillos de papel con pequeños cacahuets como cabeza, y asistentes que sostenían gallardetes y un cadáver de azúcar blanco y minúsculos ojos negros dentro de un minúsculo ataúd, y en el altar, detrás del ataúd, el retrato de una actriz de cine. Esos pequeños funerales se llevaban a casa donde uno tiraba a la basura el retrato de la actriz de cine, y pegaba una fotografía del muerto de uno. Así uno tenía, en su sitio, sobre el altar, otra vez un pequeño funeral del muerto querido.

Raimundo sacó una moneda de veinte centavos. —Uno —dijo. Y compró un funeral.

Tío Jorge decía: —La vida es querer cosas, Raimundito. Siempre has de querer cosas en la vida. Querrás frijoles, querrás agua, desearás mujeres, desearás dormir, sobre todo dormir. Querrás un burro, querrás un nuevo tejado para tu casa, querrás bonitos zapatos de los que se ven en el escaparate de la zapatería, y otra vez querrás dormir. Querrás la lluvia, querrás frutos tropicales, querrás buena carne; una vez más desearás dormir. Buscarás un caballo, buscarás niños, buscarás joyas en las grandes tiendas resplandecientes de la Avenida y, recuerdas, ¿verdad? al final tratarás de dormir. Recuerda, Raimundo, quenas cosas. La vida es querer. Querrás cosas hasta que ya no las quieras, y entonces será el momento de querer dormir y nada más que dormir. Nos llega a todos el momento en que dormir es lo grande y lo hermoso. Y cuando no se quiere más que dormir, se piensa en el día de los Muertos y en los felices durmientes. Acuérdate, Raimundo.

—Sí, tío Jorge.

—¿Qué quieres tú, Raimundo?

—No sé.

—¿Qué quieren todos los hombres, Raimundo?

—¿Qué?

—¿Qué es lo que hay que querer, Raimundo?

—Tal vez lo sepa. ¡Ah, pero no lo sé, no lo sé!

—Yo sé lo que tú quieres, Raimundo.

—¿Qué?

—Yo sé lo que quieren todos los hombres de esta tierra: algo que abunda y es máspreciado que nada, algo que se adora y se desea, pues es el descanso y la paz de los miembros y del cuerpo...

Raimundo entró en la tienda y eligió una calavera de azúcar con su nombre.

—Lo tienes en tu mano, Raimundo —susurró el tío Jorge—. Incluso a tu edad la tienes delicadamente y la mordisqueas, la tragas y te la metes en la sangre. ¡En tus manos, Raimundo, mira!

La calavera de azúcar.

—¡Ah!

—En la calle veo un perro. Conduzco mi coche. ¿Me detengo? ¿Aflojo el pie en el pedal? ¡No! ¡Más velocidad! ¡Bum! ¡Así! El perro es más feliz, ¿no es cierto? Fuera de este mundo, desaparecido para siempre.

Raimundo pagó y orgullosamente metió los dedos sucios dentro de la calavera de azúcar, poniéndole un cerebro de cinco partes sinuosas.

Salió de la tienda y miró la ancha y soleada avenida, con los coches que la atravesaban rugiendo. Entrecerró los ojos y....

Las barreras estaban colmadas. En la sombra y en el sol, los grandes asientos redondos de la plaza de toros estaban atestados hasta el cielo. Estallaron los cobres de la banda. ¡Las puertas se abrieron de par en par! Los toreros, los banderilleros, los picadores, todos venían a pie o a caballo por la arena fresca, lisa a la luz cálida del sol. La banda estallaba y tronaba y la multitud se removía y murmuraba y gritaba.

La música terminó con un golpe de címbalos.

Detrás de la barrera los hombres de trajes ceñidos y centelleantes se ajustaban los birretes sobre el pelo negro y engrasado y se palpaban las capas y las espadas, y hablaban, y un hombre se inclinó por encima de la pared, y movió la cámara y los fotografió.

La banda resonó de nuevo orgullosamente. Una puerta se abrió, el primer toro gigante salió disparado, sacudiendo los lomos, con pequeñas cintas flotantes sujetas al pescuezo. ¡El toro!

Raimundo corrió, ligero, ligero, por la avenida. Ligero, ligero corrió entre los enormes y veloces coches negros como toros. Un auto gigantesco rugió y le tocó la bocina. Ligero, ligero corría Raimundito.

Ligero, ligero corría el banderillero, como una pluma azul que volaba por la arena poceada de la plaza de toros, y el toro se alzaba como un risco negro. El banderillero se detuvo ahora, aplomado, y dio en el suelo con el pie. Se levantaron las banderillas, ah, así. ¡Leve, levemente corrían las zapatillas azules de baile por la arena quieta y el toro corría y el banderillero se empinó levemente en un arco en el aire y los dos palos golpearon y el toro se detuvo en seco, gruñendo-chillando mientras las banderillas se le hundían profundamente en la cruz! Ahora, el banderillero, la causa de ese dolor, se había ido. ¡La multitud rugía!

Las puertas del cementerio de Guanajuato se abrieron de par en par.

Raimundo se quedó petrificado y quieto y el auto se le fue encima. Toda la tierra olía a antigua muerte y a polvo y en todas partes las cosas corrían hacia la muerte o estaban muertas.

Los turistas llenaban el cementerio de Guanajuato. Una enorme puerta de madera se abrió, y todos bajaron por las escaleras de caracol a las catacumbas donde ciento diez

mueritos encogidos y horribles estaban de pie contra la pared. Los dientes salientes, los ojos abiertos contemplaban los espacios de la nada. Los cuerpos desnudos de las mujeres eran como soportes de alambre con terrones mal pegados. —Los tenemos en las catacumbas porque los parientes no pueden pagar el alquiler de las tumbas —decía en un susurro el menudo guardián.

Al pie de la colina del cementerio, un malabarista, un hombre que balanceaba una cosa sobre la cabeza, una multitud que pasaba por delante del fabricante de ataúdes, siguiendo la música del carpintero, un hombre que tenía la boca orlada de clavos y se inclinaba y golpeaba el ataúd como un tambor. Balanceándolo delicadamente sobre la orgullosa cabeza oscura, el juglar lleva una caja plateada con forro de satén, que toca ligeramente una y otra vez para mantener el equilibrio. Camina con solemne dignidad, los pies descalzos se le deslizan sobre los guijarros, y detrás de él las mujeres envueltas en rebozos negros saborean mandarinas. Y en la caja, oculto, seguro e invisible, el cuerpecito de la hija del juglar, recién muerta.

La procesión pasa por delante de las tiendas de ataúdes y los golpes en los clavos y el serrucho en las tablas se oyen por toda la tierra. En la catacumba, los muertos de pie esperan la procesión.

Raimundo contuvo el cuerpo, como un torero haciendo una verónica, para que el gran coche embistiera y la multitud gritara "¡Ole!" Sonrió.

El auto negro se le fue encima y le empañó la luz de los ojos al tocarlo. La oscuridad le corrió por el cuerpo. Era de noche...

En el cementerio de la isla de Janitzio, bajo la gran estatua oscura del padre Morelos, hay oscuridad, es medianoche. Se oyen las altas voces de los hombres que se hacen muy agudas con el vino, hombres con voces de mujer, pero no de mujer suave, no, de mujer alta, dura y borracha, rápida, salvaje y melancólica. En el lago oscuro brillan pequeños fuegos sobre los botes indios que vienen de tierra, trayendo turistas de Ciudad de México para que vean la ceremonia del Día de Muertos, deslizándose sobre el lago oscuro y brumoso, todos protegiéndose del frío, embozados y envueltos.

La luz del sol.

Cristo se movió.

Sacó la mano del crucifijo, la levantó, y de pronto... la movió como saludando.

El sol caliente brillaba en explosiones de oro desde la alta torre de la iglesia en Guadalajara, y en ráfagas desde el crucifijo alto y oscilante. Abajo en la calle, si Cristo hubiera mirado con dulces y afectuosos ojos, y así lo hizo en ese momento, hubiera visto dos mil caras vueltas hacia arriba: los espectadores como melones desparramados en el mercado, otras tantas manos levantadas para proteger los ojos alzados y curiosos. Un vientecito sopló y la cruz de la torre suspiró apenas y se desplazó hacia adelante.

Cristo agitó la mano. Abajo, los del mercado también agitaron la mano. Un gritito se deslizó entre la multitud. El tránsito no se movía en la calle. Eran las once de la mañana de un domingo caluroso y verde. En el aire se sentía el olor del césped recién cortado de la plaza y del incienso que salía por las puertas de las iglesias.

Cristo sacó también la otra mano y la movió saludando y de pronto se despegó de la cruz y se quedó colgando por los pies, con la cara hacia abajo, una medallita de plata cascabeleándole delante de la cara, suspendida del cuello oscuro.

—¡Olé! ¡Olé! —gritó un niño pequeño desde muy abajo, señalándolo y luego señalándose a sí mismo—, ¿Lo ves, lo ves? ¡Es Gómez, mi hermano! ¡Gómez, que es mi hermano! —Y el niño caminó entre la multitud con un sombrero recogiendo monedas.

Movimiento. Raimundo, en la calle, se tapó los ojos y gritó. La oscuridad de nuevo.

Los turistas salieron de los botes al sueño de la isla de Janitzio a medianoche. En las oscuras calles las grandes redes colgaban como una bruma del lago, y ríos de pececitos plateados centelleaban en cascadas sobre los terraplenes. La luz de la luna golpeaba el agua como un címbalo golpea a otros címbalos, con una silenciosa reverberación.

En la iglesia destartalada, en lo alto de la empinada colina, hay un Cristo muy carcomido por las termitas, pero la sangre todavía se le coagula en las artísticas heridas y pasarán años antes que los insectos se coman la agonía de esa máscara dolorosa.

Fuera de la iglesia, una mujer de sangre tarasca que le sube y baja por la garganta, sacude unas ramas de campanillas sobre las llamas de seis cirios. Las flores, al pasar como falenas por entre las llamas, desprenden un suave olor sexual. Los turistas se acercan y se quedan junto a la mujer mirando, tímidos, sin atreverse a preguntarle qué está haciendo allí sentada sobre la tumba de su marido.

En la iglesia, como resina que brota de un árbol grande y hermoso, los miembros de Cristo, labrados también en los hermosos miembros de árboles importados, rezuman una dulce y sagrada resina en pequeñas gotas de lluvia que cuelgan pero nunca Caen, sangre que es un ornamento de la desnudez.

—¡Olé! —rugía la multitud.

Brillante luz solar otra vez. Una presión en el cuerpo caído de Raimundo. ¡El auto, la luz, el dolor!

El picador aguijoneó el caballo, cubierto de espesos acolchados, y pateó al toro en el lomo con la bota, a la vez lo traspasó con la larga pica y el clavo en la punta. El picador se retiró. Sonó la música. El matador avanzó lentamente.

El toro estaba detenido adelantando una pata en el centro de la plaza inundada de sol y los nervios le apretaban las entrañas. Tenía en los ojos una mirada triste, y el lustre hipnótico del miedo y el odio. Evacuó nerviosamente, nerviosamente hasta quedar estriado y sucio. La materia verdosa le salía palpitando de las tripas y la sangre le salía palpitando del lomo acuchillado y el manojo de seis banderillas le repiqueteaba sobre el espinazo.

El torero se toma tiempo para acomodar la capa roja de la espada, muy lentamente, mientras la multitud y el toro palpitante lo esperan.

El toro no ve nada, no sabe nada. El toro no desea ver esto o aquello. El mundo es dolor y sombras y luz y fatiga. El toro está ahí solo para que lo despachen. Llegará el final de la confusión, las formas que corren, las capas traidoras, los movimientos mentirosos y las falsas apariencias. El toro planta las patas titubeando y allí se queda, moviendo lentamente la cabeza hacia atrás y hacia adelante, y los ojos le brillan y los excrementos que aún no han caído se escurren por los flancos, la sangre le bombea cansadamente en el pescuezo. En alguna parte, a la luz, en el resplandor, un hombre sostiene una espada brillante. El toro no se mueve. La espada, sostenida por el hombre que sonríe, asesta ahora tres cortas cuchilladas a la nariz del toro de ojos vacíos, ¡así!

La multitud grita.

El toro recibe los tajos y ni siquiera titubea. La sangre le sale a chorros de las narices cortadas, resoplantes.

El torero golpea la arena con el pie.

El toro corre con débil obediencia hacia el enemigo. La espada le atraviesa el pescuezo. El toro cae, con un ruido sordo, agita las patas, calla.

—¡Olé! —grita la multitud.

La banda suelta un final de cobres.

Raimundo sintió el golpe del auto. Hubo veloces intervalos de luz y oscuridad.

En el cementerio de Janitzio doscientas velas ardían sobre doscientas tumbas de piedra, los hombres cantaban, los turistas miraban, la niebla se derramaba sobre el lago.

¡En Guanajuato, luz de sol! Pasando por una grieta de las catacumbas, la luz mostraba los ojos castaños de una mujer, la boca abierta en un rictus, los brazos cruzados. Los turistas la tocaban y golpeaban como si fuera un tambor.

—¡Olé! —El torero dio una vuelta por la arena, llevando el pequeño birrete negro en los dedos, alto. Llovía. Monedas, billeteras, zapatos, sombreros. El torero se quedó bajo la lluvia con el minúsculo birrete levantado como un paraguas.

Un hombre corrió con la oreja cortada del toro muerto. El torero tendió la oreja a la multitud. Por donde fuese, la multitud le arrojaba monedas y sombreros. Pero los pulgares apuntaban hacia abajo y aunque los gritos eran alegres, no les gustaba mucho que él se quedara con la oreja. Los pulgares apuntaban hacia abajo. El torero miró hacia atrás, y encogiéndose de hombros, hizo volar por el aire la oreja con un chasquido. La oreja ensangrentada se quedó en la arena, y la multitud, contenta, pues él no se la merecía, vitoreó. Los peones salieron, encadenaron el toro caído al par de caballos que pateaban y bufaban sonando como terribles sirenas al oler la sangre caliente, y dispararon como explosiones blancas a través de la arena cuando los soltaron, arrastrando, haciendo saltar detrás el toro muerto y caído, dejando un rastro de cuernos en la arena y amuletos de sangre.

Raimundo sintió que la calavera de azúcar le saltaba de los dedos. El funeral armado sobre la tablita de madera le fue arrebatado de la otra mano abierta.

¡Bum! El toro golpeó, rebotó en la barrera mientras los caballos desaparecían en el túnel, entre estridencias y relinchos.

Un hombre corrió a la barrera del señor Villalta, tendiendo a lo alto las banderillas de puntas impregnadas de sangre y carne de toro.

—¡Gracias! —Villalta arrojó un peso y tomó orgullosamente las banderillas, con los papelitos anaranjados y azules que se movían en el aire, y se las dio como instrumentos musicales a su mujer, a sus amigos, que fumaban cigarros.

Cristo se movió.

La multitud miraba la cruz bamboleante en la catedral.

¡Cristo se balanceaba sobre las dos manos, con las piernas apuntando al cielo!

El chiquillo corría entre la multitud.

—¿Ven a mi hermano? ¡Paguen! ¡Mi hermano! ¡Paguen!

Cristo colgaba ahora por una mano de la cruz tambaleante. Debajo estaba toda la ciudad de Guadalajara, muy dulce y muy quieta en el domingo. Ganaré mucho dinero hoy, pensó.

La cruz se tambaleó. La mano se le resbaló. La multitud chilló.

Cristo cayó.

Cristo muere cada hora. Se lo ve en cinceladas posturas, en diez mil agonías, los ojos vueltos hacia arriba, a los polvorientos cielos de diez mil pequeñas iglesias, y siempre hay mucha sangre, ah, mucha sangre.

—¡Miren! —decía el señor Villalta—. ¡Miren! —Agitaba las banderillas delante de las caras de sus amigos, rojas y húmedas.

Rodeado de niños que lo persiguen, lo agarran, el torero da vueltas de nuevo a la arena bajo la lluvia cada vez más fuerte de sombreros, corriendo sin detenerse.

Y ahora los botes de los turistas cruzan el lago de Pátzcuaro pálido como el alba, dejando atrás Janitzio, las velas apagadas, el cementerio desierto, las flores caídas, marchitándose. Los botes se detienen y los turistas pasan a la nueva luz, y en el hotel de

tierra los espera una gran cafetera de plata, burbujeante de café recién preparado; un débil susurro de vapor, como la última parte de la niebla del lago, sube en el aire cálido del comedor del hotel, y hay un buen ruido de platos que se entrechocan y de cubiertos tintineantes y conversación en voz baja, y leves parpadeos y más tazas de café en sueños que ya han empezado antes de la almohada. Las puertas se cierran. Los turistas duermen sobre almohadas húmedas de niebla, en sábanas húmedas de niebla, como sudarios manchados de barro. El olor del café es tan penetrante como la piel de la tarasca.

En Guanajuato las puertas se cierran, las rígidas figuras de pesadilla cambian de posición. La escalera de caracol sube a la luz cálida de noviembre. Un perro ladra. Un viento mueve las flores de campanilla, muertas en las tortas de los monumentos. Los portones se cierran como un conjuro en la abertura de la catacumba, ocultando a la gente marchita.

La banda ulula un último grito de triunfo y las barreras quedan vacías. Afuera, la gente se va caminando entre hileras de mendigos de ojos purulentos que cantan con voz muy aguda, y la huella de sangre del último toro es rastrillada y borrada y rastrillada y borrada por los hombres de los rastrillos en la gran plaza en sombras. En la ducha, un hombre que ese día ha ganado dinero gracias al torero, le palmea las nalgas húmedas.

Raimundo cayó, Cristo cayó en la luz reverberante. Un toro acometió, un auto acometió abriendo en el aire una bóveda de negrura que se cerró con un portazo atronador y no dijo nada y se durmió. Raimundo tocó la tierra, Cristo tocó la tierra pero no supo.

El funeral de cartón se hizo pedazos. La calavera de azúcar se rompió en la alcantarilla en treinta fragmentos de nieve ciega.

El niño, el Cristo, yacían inmóviles.

El toro nocturno se iba a dar oscuridad a otras gentes, a enseñarles a dormir a otras gentes.

Ah, decía la multitud.

RAIMUNDO, decían los pedacitos de la calavera de azúcar esparcidos en la tierra.

La gente corrió y se quedó en silencio. Miraban el sueño.

Y la calavera de azúcar con las letras R, A, I, M, U, N, D y O se la arrebataron y comieron unos niños que se disputaban el nombre.

## LA MUJER ILUSTRADA

Cuando un nuevo paciente acierta a entrar en el consultorio y se tiende para balbucear una sucinta banda de asociaciones libres, corresponde al psiquiatra que está delante, detrás o por encima, decidir exactamente en qué puntos la anatomía del cliente está en contacto con el diván.

En otras palabras, ¿dónde se pone el paciente en contacto con la realidad?

Algunas personas parecen flotar a dos centímetros de cualquier superficie. No han visto tierra en tanto tiempo que están un poco mareados.

Pero otros gravitan, se aferran, empujan, clavan tan firmemente los cuerpos en la realidad, que mucho después de haberse ido se encuentran sus formas de tigre y las manchas de las garras en el tapizado.

En el caso de Emma Fleet, el doctor George C. George tardó mucho en decidir cuál era el mueble y cuál la mujer y dónde lo primero tocaba lo segundo.

Porque para empezar, Emma Fleet se parecía a un diván.

—La señora Emma Fleet, doctor —anunció la recepcionista.

El doctor George C. George se quedó sin aliento.

Porque era una experiencia traumática ver a aquella mujer que derivaba por la puerta sin el beneficio de un guardaagujas o del equipo de mecánicos que trabaja alrededor de los globos de Pascua de Macy's tirando de los cables, guiando las macizas imágenes hasta algún eterno cobertizo, más allá.

Emma Fleet entró veloz, y el piso se estremeció como si fuese la plataforma de una enorme balanza.

El doctor George debió de haberse quedado otra vez sin aliento, mientras le calculaba a la mujer unos doscientos kilos por lo bajo, pues ella le sonrió como si le hubiese leído el pensamiento.

—Doscientos uno y cuarto, para ser justos —dijo. El doctor se descubrió observando los muebles.

—Oh, resistirán muy bien —apuntó la señora Fleet, y se sentó.

El diván chilló como un perro vagabundo. El doctor George se aclaró la garganta. — Antes que se ponga usted cómoda —dijo—, creo mi deber decirle en seguida con toda honradez que nosotros en el campo de la psiquiatría no hemos conseguido inhibir el apetito. El problema del peso y la aumentación ha escapado hasta ahora a nuestra competencia. Rara confesión, quizá, pero si no reconociéramos nuestras propias incapacidades, nos engañaríamos quizá a nosotros mismos y estaríamos recibiendo dinero con falsos pretextos. De modo que si ha venido usted a buscar esa ayuda he de catalogarme entre los incapaces.

—Gracias por su honradez, doctor —dijo Emma Fleet—. Pero no quiero adelgazar. Preferiría que me ayudara usted a aumentar otros cincuenta kilos, o quizá cien.

—¡Oh, no! —exclamó el doctor George.

—Oh, sí. Pero mi corazón no permitirá lo que mi alma querida y entrañable soportaría con el mayor gozo. Mi corazón físico podría fallar ante las exigencias de amor de mi corazón y mi mente.

Emma Fleet suspiró. El diván también. —Bueno, permítame que le informe. Estoy casada con Willy Fleet. Trabajamos en los Espectáculos Ambulantes Dillbeck-Horsemann. Soy conocida con el nombre de la Dama Generosa. Y Willy ...

Se incorporó del diván y se deslizó, o más bien escoltó a su propia sombra a lo largo del cuarto. Abrió la puerta.

Más allá, en la sala de espera, un bastón en una mano, un sombrero de paja en la otra, rígidamente sentado, contemplando la pared, había un hombre minúsculo de pies minúsculos, manos minúsculas y ojos minúsculos de color azul brillante en una cabeza minúscula. Medía, a lo sumo, unos noventa centímetros de alto y pesaba quizá no más de treinta kilos. Pero una mirada de genio orgulloso, tenebroso, casi violento, resplandecía en la cara pequeña aunque áspera.

—Ese es Willy Fleet —dijo Emma con amor, y cerró la puerta.

El diván, al sentarse, gimió de nuevo.

Emma echó una sonrisa radiante al psiquiatra que seguía contemplando, todavía conmocionado, la puerta.

—No tienen hijos, desde luego —se oyó decir el psiquiatra.

—No tenemos hijos. —La sonrisa de Emma Fleet se detuvo un poco.— Pero ese no es mi problema. Willy, en cierto modo, es mi hijo. Y en cierto modo, además de su mujer, soy su madre. Todo tiene que ver con el tamaño, me imagino, y somos felices por la manera en que hemos equilibrado las cosas.

—Bueno, si su problema no son los hijos, o el tamaño de usted o el de él, o los kilos de más entonces, ¿qué...?

Emma Fleet respondió con una risita tolerante. Era una risa agradable, como la de una niña que de alguna manera estaba presa en aquel cuerpo enorme y en aquella garganta.

—Paciencia, doctor. ¿No deberíamos retroceder hasta encontrar el momento en que Willy y yo nos conocimos?

El doctor se encogió de hombros, se rió entre dientes y aflojó el cuerpo, asintiendo. — Bueno.

—En la escuela secundaria —dijo Emma Fleet— yo medía un metro ochenta, y a los veintiún años hacía llegar la balanza a ciento veinticinco kilos. No necesito decirle que rara vez salía de excursión en verano. La mayor parte del tiempo me quedaba en dique seco. Sin embargo tenía muchas amigas a las que les gustaba mostrarse conmigo. La mayoría de ellas pesaban setenta y cinco kilos y a mi lado se sentían esbeltas. Pero eso fue hace mucho tiempo. Ya no me preocupa más. Willy lo cambió todo.

—Willy parece ser un hombre bastante notable —se encontró diciendo el doctor George, contra todas las normas.

—¡Oh, lo es, lo es! ¡En él arde un fuego sin llama, una capacidad, un talento todavía sin descubrir, sin utilizar! —dijo Emma Fleet, con súbita vehemencia—. ¡Dios lo bendiga, entró en mi vida como una tormenta de verano! Hace ocho años había ido yo con mis amigas a una feria ambulante el Día del Trabajo. Al final de la tarde, las chicas habían sido acaparadas todas por los muchachos que pasaban y se las habían llevado. Yo me había quedado sola con tres muñecas, y un maletín de falso cocodrilo y nada que hacer salvo poner nervioso al Hombre que Adivina el Peso, mirándolo cada vez que pasaba como si en cualquier momento fuera a pagarle para que él adivinase.

"Pero el Hombre que Adivina el Peso no estaba nervioso. Luego de pasarle por delante tres veces, vi que me miraba fijo. ¡Con respeto, sí, con admiración! ¿Y quién era el Hombre que Adivina el Peso? Willy Fleet, naturalmente. La cuarta vez que pasé me llamó y me dijo que me daría un premio gratis si le permitía adivinar mi peso. Estaba todo enfebrado y excitado. Bailaba a mi alrededor. Nunca me habían hecho tanto caso en mi vida. Me ruboricé. Me sentí bien. Luego me senté en la silla balanza. Oí que la aguja daba una vuelta completa, zumbando, y que Willy silbaba de placer.

"— ¡Ciento cuarenta y cinco kilos! —exclamó—, ¡Dios mío, que encantadora!

"—¿Cómo dijo? —pregunté.

"—Que usted es la mujer más encantadora del mundo —dijo Willy, mirándome directamente a los ojos.

"Me ruboricé de nuevo. Me reí. Los dos nos reímos. Luego debo de haber llorado, allí sentada, pues sentí que él me tocaba el hombro, preocupado. Me miraba a la cara un poco temeroso.

"—¿Le he dicho algo malo? —me preguntó.

"—No —sollocé, y después me fui tranquilizando—. Algo bueno, algo bueno. Es la primera vez que alguien...

"—¿Qué?

"—Encuentra bien mi gordura.

"—Usted no es gorda —dijo—. Usted es ancha, alta, maravillosa. Miguel Ángel la hubiera adorado. Ticiano la hubiera adorado. Da Vinci la hubiera adorado. Sabían lo que hacían en aquellos tiempos. El tamaño. El tamaño es todo. Yo lo sé. Míreme a mí. He viajado con los Enanos Singer durante seis temporadas, con el nombre de Pulgarcito. Dios mío, estimada señora, usted viene de la parte más gloriosa del Renacimiento. Bernini, que edificó la columnata de San Pedro y las del altar, hubiera dado su alma inmortal por conocer a alguien como usted.

"— ¡No! —gemí—. Esta felicidad no es para mí. Sufriré tanto cuando usted calle.

"—Entonces no me callaré —dijo—, señorita...

"—Emma Gertz.

"—Emma —dijo—, ¿es usted casada?

"—¿Está usted bromeando?

"—Emma, ¿le gustaría viajar?

"—Nunca he viajado.

"—Emma, esta feria se quedará en el pueblo una semana más. Venga todas las noches, todos los días, ¿por qué no? Hable conmigo, conózcame. Al final de la semana, quién sabe, tal vez viaje conmigo.

"—¿Qué está usted insinuando? —dije, no enojada ni irritada ni nada, sino fascinada e intrigada por el hecho de que alguien le hubiese ofrecido algo a la hija de Moby Dick.

"—Estoy insinuando matrimonio. —Willy Fleet me miró, respirando con esfuerzo, y tuve la impresión de que estaba vestido de alpinista, con sombrero, botas claveteadas, bastón y una cuerda colgada del hombro de niño. Y que si yo le preguntaba: '¿Por qué dice eso?', él me contestaría: 'Porque es usted'.

"Pero yo no le pregunté y él no contestó. Nos quedamos allí en la noche, en el centro de la feria, hasta que por fin tomé por el medio del camino, vacilante.

—¡Estoy borracha! —gemí—. Oh, tan borracha y no he bebido nada.

"—¡Ahora que la he encontrado —me gritó Willy Fleet— usted no se me escapará, acuérdeselo!

"Aturdida y tambaleándome, cegada por esas grandes palabras masculinas cantadas con voz de soprano, salí a tientas de la feria y volví a casa.

A la semana siguiente estábamos casados.

Emma Fleet. se detuvo y se miró las uñas.

—¿Le molestaría que le contara la luna de miel? —preguntó tímidamente.

—No —dijo el doctor y en seguida bajó la voz, pues contestaba demasiado rápido—. Por favor, siga.

—La luna de miel. —Emma emitió su *voz humana*. La respuesta de todos los recintos de aquel cuerpo hizo vibrar el diván, la habitación, al doctor, los queridos huesos del doctor.— La luna de miel ... no fue corriente.

El entrecejo del doctor se alzó apenas. Pasó la mirada de la mujer a la puerta; del otro lado, en miniatura, estaba sentada la imagen de Edmund Hillary, el hombre del Everest.

—Usted nunca ha visto una prisa como la de Willy cuando me llevó a su casa, una encantadora casa de muñecas, con una habitación de tamaño normal que iba a ser la mía o más bien la nuestra. Allí, muy cortésmente, siempre el caballero amable, reflexivo, tranquilo, me pidió la blusa, que le di, la falda, que le di... Siguiendo la lista, le tendí todas las ropas que nombraba, hasta que al final... ¿Es posible ruborizarse de la cabeza a los pies? Es posible. Sucede. Allí estaba yo, de pie, como un fuego atizado, y unas oleadas

de calor me subían y bajaban por el cuerpo, e iban y venían abarcándolo todo, con matices de rosa, blanco y de nuevo rosa.

"—¡Dios mío —exclamó Willy—, eres la camelia más grande y más bonita que haya florecido jamás! —Nuevas olas de rubor avanzaban en ocultos aludes internos, mostrándose sólo para colorear mi cuerpo en el exterior, en lo que era para Willy la más preciosa piel.

—¿Qué hizo entonces Willy? Adivine.

—No me atrevo —respondió el doctor, ruborizado él mismo.

—Dio varias vueltas a mí alrededor.

—¿A su alrededor?

—A mi alrededor, como un escultor que contempla un enorme bloque de granito color blanco de nieve. El mismo lo dijo. Granito o mármol del que se pueden sacar imágenes de una belleza hasta entonces insospechada. Dio vueltas y más vueltas a mi alrededor, suspirando y sacudiendo la cabeza, pensando que había tenido de veras mucha suerte, las manitas entrecruzadas, los ojitos brillantes. ¿Por dónde empezar, parecía estar pensando, por dónde, por dónde empezar?

"Al fin habló. —Emma —dijo— ¿por qué crees que he trabajado años enteros en la feria como el Hombre que Adivina el Peso? ¿Por qué? Porque he estado buscando toda la vida a alguien como tú. Noche tras noche, verano tras verano, he estado observando las sacudidas y temblores de las balanzas. ¡Y ahora al fin tengo el medio, la manera, la pared, la tela en que expresar mi genio!

"Dejó de caminar y me miró, con los ojos anegados.

"—Emma —dijo suavemente— ¿puedo pedirte permiso para hacer absolutamente todo lo que quiera contigo?

"—Oh, Willy, Willy —exclamé—. ¡Todo!

Emma Fleet se detuvo.

El doctor se encontró en el borde de la silla. —Sí, sí, ¿y entonces?

—Y entonces —dijo Emma Fleet—, sacó todas las cajas y botellas de tinta y lápices y las brillantes agujas de plata, agujas de tatuar.

—¿Agujas de tatuar?

El doctor se apoyó en el respaldo de la silla. —¿La... tatuó?

—Me tatuó.

—¿Era un artista del tatuaje?

—Lo era, lo es, un artista. Sólo que el arte de Willy se expresa en el tatuaje.

—Y usted —dijo el doctor— ¿era la tela que él había estado buscando durante gran parte de su vida de adulto?

—Yo era la tela que él había buscado toda la vida.

Emma Fleet dejó caer la cosa, que se hundió y siguió hundiéndose en el doctor. Cuando vio que había tocado fondo y removido vastas cantidades de barro, prosiguió serenamente.

—¡Entonces empezó la gran vida! Yo amaba a Willy y Willy me amaba a mí y los dos amábamos eso más grande que nosotros mismos y que hacíamos juntos. ¡Nada menos que crear la pintura más extraordinaria que jamás se haya visto! "¡Nada menos que la perfección!" exclamaba Willy. "¡Nada menos que la perfección!" respondía yo.

"Oh, fue una época feliz. Pasamos juntos diez mil horas de intimidad y trabajo. Usted no puede imaginarse lo orgullosa que estaba yo de ser esa vasta orilla en la que el genio de Willy Fleet fluía y reflujaba en una marea de colores.

"Pasamos un año en mi brazo derecho y en el izquierdo, medio año con la pierna derecha, ocho meses en la izquierda, preparando la inmensa explosión de detalles brillantes que me brotaban en las clavículas y en los omóplatos, que me subían por los muslos y estallaban en las ruedas de fuegos artificiales que celebraban un glorioso cuatro de julio; desnudos del Ticiano, paisajes de Giorgione y los relámpagos cruzados del Greco en mi exterior, picoteando de arriba abajo mi espinazo con vastas luces eléctricas.

"Alabado sea, nunca ha habido, nunca habrá un amor como el nuestro, un amor en que dos personas se dediquen con tanta sinceridad a una tarea: la de dar belleza al mundo. Volábamos uno hacia el otro día tras día, y yo comía más, me ensanchaba con los años, y Willy aprobaba, Willy aplaudía. Más espacio, más lugar para que las figuras florecieran. No podíamos estar separados, porque los dos sentíamos, estábamos seguros de que una vez terminada la Obra Maestra, podríamos abandonar el circo, la feria, el teatro de variedades para siempre. ¡Era grandiosa, sí, pero sabíamos que una vez terminada, podríamos ir al Art Institute de Chicago, a la Kress Collection de Washington, a la Tate Gallery de Londres, al Louvre, los Uffizi, el Museo del Vaticano! ¡Durante el resto de nuestras vidas viajaríamos con el sol!

"Así fue, año tras año. No necesitábamos del mundo ni de las gentes del mundo, nos teníamos el uno al otro. Trabajábamos de día en nuestras ocupaciones ordinarias, y hasta después de medianoche, allí estaba Willy trabajando en mi tobillo, Willy en mi codo, Willy explorando la increíble pendiente de mi espalda que culminaba en una elevación de nieve y de talco. Willy no me dejaba ver, no le gustaba que yo mirara por encima del hombro, del suyo o del mío. La curiosidad no me dejaba vivir, y sin embargo pasaron meses antes que me fuera permitido ver el avance lento pulgada a pulgada, las tintas brillantes que me inundaban y ahogaban en un arco iris de inspiración. Ocho años, ocho fabulosos, gloriosos años. Y llegó el día, la obra estaba terminada. Y Willy se desplomó y durmió cuarenta y ocho horas. Y yo dormí a su lado, el mamut acostado junto al cordero negro. Esto fue hace apenas cuatro semanas. Hace apenas cuatro semanas nuestra felicidad se terminó.

—Ah, sí —dijo el doctor—. Un equivalente de esa depresión que siente la madre después que el hijo ha nacido. El trabajo ha terminado y sigue invariablemente un período de apatía y en cierto modo de tristeza. Pero piense que ahora cosecharán las recompensas de una larga labor, ¿no es cierto? ¿Recorrerán el mundo?

—No —gimió Emma Fleet, y una lágrima le asomó a los ojos—. En cualquier momento Willy se irá y no volverá nunca. Empezó yendo de un lado a otro por la ciudad. Ayer lo pesqué cepillando la balanza de la feria. ¡Hoy lo encontré trabajando por primera vez en ocho años, de vuelta en el puesto del Hombre que Adivina el Peso!

—Oh, Dios —dijo el psiquiatra—. Anda....

—¡Pesando a nuevas mujeres, sí! ¡En busca de nuevas telas! ¡No lo ha dicho, pero lo sé, lo sé! ¡Esta vez encontrará una mujer todavía más pesada, de doscientos cincuenta, trescientos kilos! Adiviné que esto ocurriría, hace un mes, cuando terminamos la Obra Maestra. Entonces todavía comí más, y me estiré la piel todavía más, para que aquí y allá aparecieran nuevos lugarcitos, pequeños parches que Willy tendría que restaurar y completar con nuevos detalles. Pero ahora estoy terminada, agotada, me he atiborrado, he concluido el último trabajo de relleno. No me queda un millonésimo de pulgada entre el cuello y los tobillos, donde podamos meter un demonio, un derviche o un ángel barroco más. Para Willy yo soy una obra concluida y acabada. Ahora quiere seguir. Se casará, me lo temo, cuatro veces más en su vida, cada vez con una mujer más grande, una extensión mayor para una pintura mural mayor y la apoteosis de su talento. Además en la última semana se ha puesto crítico.

—¿Con respecto a la Obra Maestra, con mayúsculas? —preguntó el doctor.

—Como todos los artistas, es un perfeccionista extraordinario. Ahora encuentra pequeños defectos, una cara aquí de un tono y una textura que no están bien del todo, una mano allá apenas torcida a un lado, y esto a causa de mi dieta apresurada para aumentar de peso y ganar así nuevo espacio y nuevas atenciones. Para él yo era de veras un comienzo. Ahora tiene que seguir desde ese aprendizaje hasta sus verdaderas obras maestras. Ah, doctor, estoy a punto de ser abandonada. ¿Qué le queda a una mujer que pesa doscientos kilos y está cubierta de ilustraciones? Si me abandona, ¿qué haré, a dónde ir, quién me querrá? ¿Me perderé de nuevo en el mundo como estaba perdida antes de esa felicidad loca?

—Un psiquiatra —dijo el psiquiatra— no está para dar consejos. Pero...

—¿Pero qué, qué? —preguntó la mujer ansiosamente.

—Un psiquiatra está para que el paciente pueda entender y curarse. Pero en este caso...

—¡En este caso, sí, siga!

—Parece tan sencillo. Para conservar el amor de su marido...

—¿Para conservar su amor, sí?

El doctor sonrió. —Usted debe destruir la Obra Maestra.

—¿Qué?

—Bórrela, quítesela. Esos tatuajes salen, ¿no es cierto? Una vez leí en alguna parte que...

—¡Oh doctor! —Emma Fleet dio un salto.— ¡Eso es! ¡Se puede hacer! ¡Y lo que es mejor, Willy puede hacerlo! Le llevará sólo tres meses limpiarme, librarme de esa Obra Maestra que ahora le fastidia. Después, de nuevo de un blanco virginal, podremos empezar otros ocho años, y después otros ocho y otros. ¡Ah, doctor, sé que lo hará! ¡Quizá sólo esperaba que se lo propusiera... y yo era demasiado tonta para adivinarlo! ¡Oh, doctor, doctor!

Y lo estrujó entre sus brazos.

Cuando el doctor consiguió liberarse, Emma Fleet se puso a dar vueltas alrededor.

—Qué extraño —dijo—. En media hora ha resuelto usted mis próximos tres mil días y todavía más. Es usted muy sabio. ¡Le pagaré lo que sea!

—Basta con mis honorarios habituales —dijo el doctor.

—¡No resisto el deseo de decírselo a Willy! Pero primero —dijo— ya que usted ha sido tan sabio, merece ver la Obra Maestra antes que sea destruida.

—No es necesario, señora...

—¡Tiene que descubrir por sí mismo el espíritu raro, el ojo y la mano de artista de Willy Fleet, antes que desaparezcan para siempre y empecemos de nuevo! —exclamó Emma Fleet, desabrochándose el abrigo voluminoso.

—De veras, no es...

—¡Mire! —dijo la mujer, y se abrió de golpe el abrigo. En cierto modo el doctor no se sorprendió al ver que Emma Fleet estaba completamente desnuda debajo.

Se quedó sin aliento. Abrió mucho los ojos. Se le abrió la boca. Se sentó lentamente, aunque en realidad hubiera querido quedarse de pie, como cuando era niño y saludaban a la bandera en la escuela, y luego cuarenta voces rompían en un canto reverente y trémulo:

—*Oh bella para los cielos espaciosos  
para las olas ambarinas del cereal,*

*para la majestad de las montañas purpúreas  
sobre las llanuras de las frutas...*

Sentado siempre, abrumado, el doctor contempló la vastedad continental de la mujer.

En la que no había absolutamente nada bordado, pintado, acuarelado o tatuado de alguna manera.

Desnuda, sin adornos, no tocada, sin líneas ni dibujos.

El doctor se quedó de nuevo sin aire.

Emma Fleet hacía girar el abrigo alrededor, con una atractiva sonrisa de acróbata, contó si acabara de llevar a cabo una soberbia hazaña. Luego fue hacia la puerta.

—Espere —dijo el doctor.

Pero ella había salido ya, estaba en la salita de espera, balbuceando y susurrando: — ¡Willy! ¡Willy! —inclinándose sobre su marido, silbándole en la minúscula oreja hasta que él le clavó los ojos y abrió la boca firme y apasionada y gritó, y batió palmas de júbilo.

—¡Doctor, doctor, gracias, gracias!

El hombrecito se precipitó y tomó la mano del doctor y la sacudió rudamente. El doctor se quedó sorprendido por el fuego y la dureza de roca de aquel apretón. Era la mano de un artista aplicado, como esos ojos que lo miraban desde abajo ardientes y oscuros en una cara apasionadamente iluminada.

—¡Todo va a andar bien! —exclamó Willy.

El doctor vaciló, mirando a Willy y luego al globo enorme que se mecía y tironeaba para irse volando.

—¿No tendremos que volver nunca más?

Santo Dios, pensó el doctor, ¿él piensa que la ha ilustrado de proa a popa, y ella le sigue la corriente? ¿Está loco?

¿O ella se imagina que él la ha tatuado de la cabeza a los pies, y él le sigue la corriente? ¿Está loca?

O, lo que era aún más extraño, ¿creen los dos que él la ha atiborrado como el techo de la Capilla Sixtina, cubriéndola de raras y significativas bellezas? ¿Los dos creen, saben, se siguen la corriente el uno al otro, en su mundo de especiales dimensiones?

—¿Tendremos que volver de nuevo? —preguntó Willy Fleet por segunda vez.

—No. —El doctor musitó una plegaria.— Creo que no.

¿Por qué? Porque, por alguna gracia estúpida, había hecho lo que correspondía, ¿no es cierto? Recetando en un caso apenas entrevisto, había acertado con la curación, ¿verdad? Sin tener en cuenta si él creía o ella creía o los dos creían en la Obra Maestra, al sugerir que se borrarán, que se destruyeran las figuras, el doctor había convertido de nuevo a la mujer en una tela limpia, encantadora y estimulante, si ella necesitaba serlo. Y si él, por otra parte, deseaba una nueva mujer para garabatearla, borrarla y tatuarla, bueno, la cosa funcionaba también. Porque ella sería nueva e intocada.

—¡Gracias, doctor, oh, gracias, gracias!

—No me den las gracias —dijo el doctor—, no he hecho nada.— ¡Estuvo a punto de decir que todo era una feliz casualidad, una broma, una sorpresa! ¡Que se había caído por las escaleras y había aterrizado de pie!

—¡Adiós! ¡Adiós!

Y el ascensor bajó, la mujerona y el hombrecito desaparecieron hundiéndose en una tierra que de pronto no era demasiado sólida, y donde los átomos se abrían para dejarlos pasar.

—Adiós, gracias, gracias... gracias...

Las voces se desvanecieron, nombrándolo y ensalzando su inteligencia mucho después de haber dejado arriba el cuarto piso.

El doctor miró alrededor y retrocedió inseguro hasta el consultorio. Cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Doctor —murmuró—, cúrate a ti mismo.

Dio un paso adelante. No se sentía real. Tenía que acostarse, aunque fuera un momento. ¿Dónde?

En el diván, naturalmente, en el diván.

## ALGUNOS VIVEN COMO LÁZARO

No me querrán creer si les digo que esperé más de sesenta años un asesinato, esperanzada como sólo una mujer puede estarlo, y que no moví un dedo cuando al fin se acercó. Anna Marie, pensé, no puedes montar guardia toda la vida. El asesinato, cuando han pasado diez mil días, es más que una sorpresa, es un milagro.

—¡Sujétame! ¡No me dejes caer! La voz de la señora Harrison.

¿Alguna vez, en medio siglo, la oí susurrar? ¿Siempre chillaba, gritaba, pedía, amenazaba?

Sí, siempre.

—Vamos, madre. Así, madre.

La voz de su hijo, Roger.

¿Alguna vez, en todos esos años, la oí elevarse por encima de un murmullo, una protesta, siquiera débil como la de un pájaro?

No. Siempre una afectuosa monotonía.

Esa mañana, igual que cualquier otra de las primeras mañanas, llegaron en el gran coche fúnebre para el habitual veraneo en Green Bay. Allí estaba él, sacando la mano para empujar al espantapájaros, una vieja bolsa de huesos y polvo de talco a la que llamaban Madre, lo que era sin duda una broma terrible.

—Espacio, madre.

—¡Me estás magullando el brazo! —Perdón.

Desde una ventana del pabellón del lago yo lo veía empujar por el sendero la silla de ruedas, y ella enarbolaba el bastón como para espantar a todos los Hados o Furias que pudieran encontrar en el camino.

—Cuidado, no me metas entre las flores, gracias a Dios decidimos no ir a París, después de todo. Me hubieras precipitado en ese tránsito desagradable. ¿No estás desilusionado?

—No, madre.

—Iremos a París el año próximo.

El año próximo... el año próximo... ningún año, oí que murmuraba alguien. Yo misma, aferrada al antepecho de la ventana. Durante casi setenta años había oído prometerle eso al niño, al niño-hombre, al hombre, al hombre saltamontes y a la mantis religiosa macho que era ahora, empujando a la mujer, que siempre tenía frío, envuelta en pieles, por

delante de las galerías del hotel, donde, en otro tiempo, los abanicos de papel habían temblado como mariposas orientales en las manos de las señoras que tomaban sol.

—Aquí, madre, ya llegamos... —y la voz se desvanecía todavía más, siempre joven ahora que era viejo, siempre vieja cuando había sido joven.

¿Cuántos años tiene ella ahora? Noventa y ocho, sí, noventa y nueve años perversos.

Parecía una película de horror repetida cada año, como si el hotel no tuviera fondos suficientes para comprar una nueva y pasarla en las noches apolilladas.

Así, a través de todas las repeticiones de llegadas y partidas, mi mente volvió a la época en que los cimientos del Green Bay Hotel estaban todavía frescos, y los parasoles eran de un verde hoja tierna y oro limón; el verano de 1890, cuando vi por primera vez a Roger, de cinco años, pero de ojos ya viejos, cansados, y sabios.

Estaba de pie en el césped mirando el sol y los gallardetes brillantes cuando me acerqué a él.

—Hola —dije.

El me miró, simplemente.

Vacilé, lo toqué y corrí.

El no se movió.

Volví y lo toqué de nuevo.

El miró el lugar donde yo lo había tocado, en el hombro, y estaba a punto de correrme cuando la voz de ella llegó desde lejos.

—¡Roger, no te ensucies la ropa!

Y Roger se alejó lentamente, sin mirar atrás. Ese fue el día en que empecé a odiarlo.

Los parasoles de mil colores veraniegos habían ido y venido; bandadas enteras de mariposas habían desaparecido con los vientos de agosto; el pabellón se había incendiado y lo habían reconstruido, tal como era antes, el lago se secó como una ciruela, y mi odio, como esas cosas, fue y vino, crecía muchísimo, se detuvo para dar paso al amor, volvió y luego disminuyó con los años.

Lo recuerdo cuando tenía siete años, conduciendo el coche de caballos, el pelo largo rozándole los hombros que se encogían, despectivos. Iban tomados de la mano y ella decía: —Si eres muy bueno este verano, el año próximo iremos a Londres. O el otro, a más tardar.

Y yo mirándoles las caras, comparándoles los ojos, las orejas, las bocas, de modo que cuando entró a buscar una gaseosa a mediodía aquel verano me le acerqué directamente y le grité:

—¡Esa no es tu mamá!

—¡Qué! —Roger miró alrededor con pánico, como si ella pudiera estar cerca.

—¡Tampoco es tu tía ni tu abuela! —grité—. Es una bruja que te robó cuando eras chico. No sabes quién es tu mamá o tu papá. No te pareces nada a ella. ¡Ella te tiene para cobrar el millón de rescate que recibirás de un duque o de un rey cuando tengas veintiún años!

—¡No digas eso! —gritó él, dando un salto.

—¿Por qué no? —dije, enojada—. ¿Para qué vienes aquí? No puedes jugar a esto, no puedes jugar a lo otro, no puedes hacer nada, ¿para qué sirves? Ella dice, ella hace. ¡La conozco! ¡A medianoche se cuelga del techo del dormitorio con vestidos negros!

—¡No digas eso! —Roger estaba pálido de terror.

—¿Por qué no?

—Porque —gimió— es cierto.

Y cruzó la puerta y salió corriendo.

No volví a verlo hasta el verano siguiente. Y entonces sólo una vez, muy poco, cuando les llevé algo de ropa limpia.

El verano en que los dos cumplimos doce años fue cuando por un tiempo no lo detesté.

Me llamó por mi nombre desde el otro lado de la puerta de alambre del pabellón y cuando miré, dijo con mucha calma: —Anna Marie, cuando yo tenga veinte años y tú también, me voy a casar contigo.

—¿Quién te lo va a permitir? —le pregunté.

—Yo —dijo—. Acuérdate, Anna Marie. Espérame. ¿Me lo prometes?

No pude sino asentir. —Pero qué va a pasar...

—Estará muerta para entonces —dijo, con mucha gravedad—. Es vieja. Es vieja.

Y después se volvió y se fue.

El verano siguiente no vinieron al hotel. Oí decir que ella estaba enferma. Recé todas las noches para que se muriera.

Pero dos años más tarde volvieron, y siguieron viniendo año tras año hasta que Roger tuvo diecinueve y yo también, y al fin llegamos a los veinte, y cosa que rara vez había ocurrido en todos esos años, vinieron juntos al pabellón, ella en su silla de ruedas ahora, más hundida en sus pieles que nunca, la cara como un montón de polvo blanco y pergamino doblado.

Me miró mientras yo le ponía delante un helado de crema, y lo miró a Roger cuando dijo: —Mamá, quiero que conozcas a...

—Yo conozco a las chicas que sirven en lugares públicos —dijo ella—. Acepto que existan, trabajen y se les pague. Pero en seguida olvido como se llaman.

La mujer tocó y mordisqueó el helado, lo tocó y mordisqueó mientras Roger no tocaba el suyo.

Se fueron un día antes de lo acostumbrado aquel año. Lo vi cuando pagaba la cuenta en la recepción del hotel. Me estrechó la mano para despedirse y no pude contenerme.

—Te has olvidado —le dije.

Roger dio medio paso atrás, y se volvió palmeándose los bolsillos del abrigo.

—Equipaje, cuentas pagadas, cartera, no, me parece que tengo todo —dijo.

—Hace mucho tiempo me hiciste una promesa.

Roger calló.

—Roger —dije—, ya tengo veinte años, y tú también.

Me tomó de nuevo la mano, rápidamente, como si se estuviera cayendo por la borda de un barco y fuese yo la que se iba, dejando que se ahogara.

—¡Un año más, Anna! ¡Dos, tres, a lo sumo!

—Ah, no —dije desesperadamente.

—¡Cuatro años cuando más! Los médicos dicen...

—Los médicos no saben lo que yo sé, Roger. Vivirá siempre. Te enterrará a ti y a mí y beberá vino en nuestros velorios.

—¡Es una mujer enferma, Anna! ¡Dios mío, no puede sobrevivir!

—Sobrevivirá, porque nosotros le damos fuerzas. Ella sabe que queremos que se muera. Eso le da energía para seguir.

—¡No puedo hablar así, no puedo! —Roger tomó el equipaje y echó andar por el vestíbulo.

—No esperaré, Roger —dije.

Al llegar a la puerta se volvió y me miró, como una mariposa clavada en la pared, tan inerte, tan pálido, que no pude decirselo de nuevo.

Cerró de un portazo.

El verano había terminado.

Al año siguiente Roger vino directamente al bar, y dijo: —¿Es cierto? ¿Quién es?

—Paul —dije—. Tú lo conoces a Paul. Algún día será administrador del hotel. Nos casaremos este otoño.

—Eso no me da mucho tiempo —dijo Roger.

—Es demasiado tarde —dije—. Ya me he comprometido.

—¿Qué comprometido ni qué diablos! ¡Tú no lo quieres!

—Yo creo que sí.

—¡Al demonio con lo que crees! Creer es una cosa, saber es otra cosa. ¡Tú sabes que me quieres a mí!

—¿Sí, Roger?

—¡Deja de darle vueltas al maldito asunto! ¡Tú sabes que sí! ¡Anna, serás desdichada!

—Soy desdichada ahora —dije.

—¡Anna, Anna, espera!

—He esperado casi toda mi vida. Pero ahora sé lo que vendrá.

—¡Anna! —Se le escapó como si se le hubiera ocurrido de pronto.— ¿Qué pasa si... si se muere este verano?

—No se morirá.

—Pero si se muriera, si se empeorara, quiero decir, en los dos próximos meses ... — Roger buscó mi cara. Abrevió.— El mes próximo, Anna, dos semanas, escucha, si se muriera dentro de dos semanas, ¿esperarías, te casarías conmigo?

Me eché a llorar.

—Roger, nunca nos hemos besado siquiera. Es ridículo.

—Contéstame, si se muriera dentro de una semana, dentro de siete días... —Me apretó los brazos.

—¿Pero cómo puedes estar seguro?

—¡Haré lo necesario! ¡Juro que dentro de una semana estará muerta, o nunca volveré a molestarte!

Y salió por las puertas de alambre abiertas de par en par y corrió a la luz que era de pronto demasiado intensa.

—Roger, no... —gemí.

Pero para mí pensé, hazlo Roger, haz algo, cualquier cosa, para empezar o para terminar de una vez.

Esa noche en la cama yo pensaba: ¿qué maneras hay de asesinar que nadie conozca? Roger, a cien metros de distancia en este momento, ¿está pensando lo mismo? ¿Buscará mañana en el bosque hongos venenosos que parezcan comestibles, o irá en el coche demasiado rápido y la empujará por la portezuela abierta en una curva? Vi a la bruja como un fantoche de cera volando por el aire, planeando en un arco encantador, para hacerse pedazos como una cáscara de maní en una encina, un olmo, un arce. Me senté en la cama. Me reí hasta llorar. Lloré hasta reírme de nuevo. No, no, pensé, él encontrará una manera mejor. Un ladrón nocturno que le suba el corazón a la garganta y que una vez allí no lo deje bajar y ella se ahogue en su propio pánico.

Y después el pensamiento más viejo, el más oscuro, el más infantil de todos. Hay una sola manera de terminar con una mujer cuya boca tiene el color de la sangre. Siendo quien es, ni madre, ni tía, ni abuela, sorprenderla y atravesarle el corazón con una estaca.

Oí el chillido. Era tan fuerte que todos los pájaros nocturnos saltaron de los árboles y ocultaron las estrellas.

Me estiré en la cama. Querida Christian Anna Marie, pensé, ¿qué es esto? ¿Quieres matar? Sí, ¿pues por qué no matar al que mata, a una mujer que ha estrangulado a su hijo en la cuna y desde entonces no ha aflojado la cuerda? Él es tan pálido, pobre hombre, porque no ha respirado aire libre en toda su vida.

Y entonces, espontáneamente, recordé los versos de un viejo poema. Dónde los había leído o quién los había depositado allí, o si los había escrito yo misma, dentro de mi cabeza a lo largo de los años, yo no podía decirlo. Pero los versos estaban allí y los leí en la oscuridad:

*Algunos viven como Lázaro  
en una tumba de vida  
y salen curiosamente tarde a penumbrosos hospitales,  
a aposentos mortuorios.*

Los versos desaparecieron. Durante un rato no recordé más, y al fin, incapaz de apartarlo, porque venía por sí solo, un último fragmento apareció en la sombra:

*Mejor los cielos glaciales del Norte  
que nacer muerto, ciego, convertido en fantasma.  
¡Si Río se ha perdido, ama la Costa Ártica!  
Oh, viejo Lázaro, adelántate.*

Allí el poema se detuvo y me dejó. Por fin me dormí, inquieta, confiando en el alba, en buenas, definitivas noticias.

Al día siguiente lo vi empujando la silla por el muelle y pensé: ¡Sí, eso! Desaparecerá y la encontrará dentro de una semana, en la orilla, como un monstruo marino, flotando, toda cara, sin cuerpo.

Pasó ese día. Bueno, seguramente, pensé, mañana ...

El segundo día de la semana, el tercero, el cuarto, el quinto y el sexto pasaron, y el séptimo una de las camareras vino corriendo por el sendero, gritando.

—¡Oh, es horrible, horrible!

—¿La señora Harrison? —exclamé. Sentí que una sonrisa terrible y que yo no podía dominar me aparecía en la cara.

—¡No, no, su hijo! ¡Se ha ahorcado!

—¿Se ha ahorcado? —dije, y me encontré, alelada, explicándole—: No, no era él el que iba a morir, era... —balbuceé. Me detuve, pues la camarera me había tomado del brazo y tironeaba.

—¡Lo hemos bajado, oh, Dios, todavía está vivo, rápido!

¿Todavía está vivo? Todavía respira, sí, y camina a través de los años, sí, ¿pero vive? No.

Ella fue la que sacó fuerzas y vida de la proyectada fuga de Roger. Nunca le perdonó que hubiese tratado de escapar.

—¿Qué te proponías con eso, qué te proponías? —recuerdo que le chillaba mientras él, tendido, se palpaba la garganta, los ojos cerrados, marchito, y yo entraba corriendo en el cuarto—. ¿Qué te proponías con eso, qué, qué?

Y viéndolo allí supe que había tratado de escapar de las dos, que las dos éramos imposibles para él. Tampoco yo le perdoné esto, por un tiempo. Pero sentí que mi viejo odio se convertía en otra cosa, en una especie de dolor apagado y entonces me volví y fui a buscar al médico.

—¿Qué te proponías, muchacho estúpido? —exclamaba ella.

Me casé con Paul aquel otoño.

Después los años corrieron rápidamente por el vidrio. Una vez por año, Roger venía al pabellón a sentarse y a tomar un helado de menta con unas manos blandas e inexistentes, enguantadas, pero nunca volvió a llamarme por mi nombre, ni mencionó la vieja promesa.

Una y otra vez, en los cientos de meses que pasaron, pensé, ahora por él mismo, no por nadie más, que alguna vez, de algún modo, Roger destruiría al dragón de horrible cara de fuelle y las manos escamosas de herrumbre. Porque Roger y sólo Roger, Roger tenía que hacerlo.

Quizá este año, pensé, cuando él tenga cincuenta, cincuenta y uno, cincuenta y dos. Entre las temporadas me encontré revisando ocasionales diarios de Chicago, esperando encontrar algún retrato de ella, degollada como una monstruosa gallina amarilla. Pero no, no, no...

Casi los había olvidado cuando volvieron esta mañana. Es él muy viejo ya, parece más un marido chocho que un hijo. De arcilla gris, ojos azul lechoso, boca desdentada, y uñas manicuradas en manos que parecen más fuertes porque la carne se ha resecado.

Hoy a mediodía, después de quedarse un momento afuera, de pie, como un halcón solitario y gris que no tiene alas y contempla un cielo al que nunca se ha remontado, donde nunca voló, Roger entró y me habló, alzando la voz.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Qué cosa? —dije, sirviéndole el helado antes que lo pidiera.

—¡Una de las criadas acaba de mencionarlo, tu marido murió hace cinco años! ¿Por qué no me lo has dicho?

—Bueno, ahora lo sabes —dije.

Se sentó lentamente. —Señor —dijo, probando el helado y saboreándolo, con los ojos cerrados—. Qué amargura. —Mucho rato después, añadió:— Anna, nunca lo pregunté. ¿Tuviste hijos?

—No —dije—. Y no sé por qué. Sospecho que nunca lo sabré ya.

Lo dejé allí sentado y me fui a lavar los platos.

Esta noche a las nueve oí a alguien que se reía en el lago. No lo oía reír a Roger desde que era pequeño, y no pensé que fuera él hasta que las puertas se abrieron de par en par y entró Roger, agitando los brazos, incapaz de dominar una hilaridad casi sollozante.

—Roger, ¿qué pasa?

—¡Nada, oh, nada! —exclamó—. ¡Todo es una maravilla! ¡Una gaseosa, Anna! ¡Toma tú también! ¡Bebe conmigo!

Bebimos juntos, él se reía, guiñaba los ojos, y al fin se quedó enormemente tranquilo. Pero no dejaba de sonreír y de pronto pareció joven y hermoso.

—¡Anna! —susurró con intensidad, inclinándose hacia adelante—. ¡Adivina! ¡Me voy a China mañana! ¡Y después a la India! ¡Y a Londres, Madrid, París, Berlín, Roma, México!

—¿Tú, Roger?

—Yo —dijo—. ¡Yo, yo, yo, no nosotros, sino yo, Roger Bidwell Harrison, yo, yo, yo!

Lo miré fijo y él me devolvió rápidamente la mirada, y creo que me quedé sin aliento. Pues entonces supe que al fin lo había hecho, esta noche, a esta hora, en los últimos minutos.

Oh, no, deben de haber murmurado mis labios.

Oh, sí, sí, me respondieron los ojos, increíble milagro de milagros, después de todos esos años de espera. Esta noche por fin. Esta noche.

Lo dejé hablar. Después de Roma, serían Viena y Estocolmo, había acumulado miles de planes, horarios de vuelos y prospectos de hoteles durante cuarenta años; conocía las lunas y las mareas, las idas y venidas de todo lo que anda por el mar y por el cielo.

—Pero lo mejor —dijo al fin—, Anna, Anna, es que vendrás conmigo, ¿verdad? ¡Tengo montones de dinero reservado, no me dejes ir! Anna, dime, ¿vendrás?

Di la vuelta al mostrador lentamente y me miré en el espejo: una mujer de setenta años que iba a una fiesta medio siglo más tarde.

Me senté a su lado y meneé la cabeza.

—¡Oh, Anna, pero por qué no, no hay motivo!

—Hay un motivo: tú.

—¡Yo, pero yo no cuento!

—Justamente, Roger, sí cuentas.

—Anna, podríamos pasarlo maravillosamente...

—Me lo imagino. Pero has estado casado durante setenta años, Roger. Esta es la primera vez que no estás casado. No querrás pegar la vuelta y casarte de nuevo, ¿verdad?

—¿No? —preguntó Roger pestañeando.

—No, de veras. Mereces pasar por lo menos un tiempo solo, ver el mundo, conocer quién es Roger Harrison. Un tiempo separado de las mujeres. Después, cuando hayas dado la vuelta al mundo, y regreses, habrá tiempo de pensar en otras cosas.

—Si tú lo dices...

—No. No tiene que ser porque yo lo diga o sepa o pida, sino por lo que tú mismo, ahora, quieras conocer y ver y hacer. Vete a pasarlo bien. Y si puedes, sé feliz.

—¿Me estarás esperando cuando vuelva?

—Ya no está en mí esperar, pero me quedaré.

Roger fue hacia la puerta, se detuvo y me miró como sorprendido por alguna nueva pregunta que se le acababa de ocurrir.

—Anna —dijo—, si todo esto hubiese pasado hace cuarenta, cincuenta años, ¿te hubieras venido conmigo? ¿De veras te hubieses casado conmigo?

No contesté.

—¿Anna? —preguntó.

Después de un largo rato dije: —Hay preguntas que nunca deben hacerse.

Porque, seguí pensando, no puede haber respuestas. Mirando el lago y recorriendo hacia atrás los años, no recordaba, no podía decir si hubiésemos sido felices. Quizá ya de niña había visto lo imposible en Roger, y mi corazón se aferró a lo imposible, y por lo tanto lo raro, simplemente porque era imposible y raro. Roger era como una ramita de un

verano distante metida en un viejo libro que uno sacaba, tenía en las manos, admiraba una vez por año, ¿pero y qué más? ¿Quién podía decirlo? Yo no, desde luego, tan lejos, tan avanzado el día. La vida es preguntas, no respuestas.

Roger se había acercado mucho para leer en mi cara, en mi mente mientras yo pensaba todo esto. Lo que vio le hizo volver la cabeza, cerrar los ojos y después tomarme la mano y oprimirla contra su mejilla.

—¡Volveré! ¡Juro que volveré!

Se detuvo un momento desconcertado del otro lado de la puerta, a la luz de la luna, mirando el mundo en todas direcciones, este, oeste, norte, sur, como un niño que sale el primer verano de la escuela sin saber a dónde ir primero, sólo respirando, escuchando, mirando.

—¡No te apresures! —le dije, con fervor—. ¡Oh Dios, hagas lo que hagas, por favor, diviértete, no te apresures!

Lo vi correr hacia la limousine negra junto al hotel donde se suponía que yo llamaría por la mañana y no respondería nadie. Pero yo sabía que no iría allí, y tampoco dejaría que fuesen las camareras, diciéndole que la anciana señora había dado órdenes de que no la molestaran. Así Roger tendría la posibilidad, el empujón que necesitaba. Al cabo de una, dos, tres semanas, podría llamar a las autoridades. Entonces si lo encontraban a Roger de regreso de todos aquellos lugares extraordinarios, no importaría.

¿La policía? Quizá ni siquiera. Quizá la mujer había muerto de un ataque al corazón y el pobre Roger sólo piensa que la ha matado y ahora se lanza orgullosamente al mundo y su orgullo no le deja ver que es ella quien lo ha soltado con su propia muerte.

Pero si por lo menos el asesinato que Roger había estado postergando durante setenta años lo había obligado esta noche a poner manos a la obra y matar a la horrible mujer, en el fondo de mi corazón yo no podía llorarla sino sólo lamentar cuánto había tardado la ejecución de la sentencia.

El camino está silencioso. Ha pasado una hora desde que la limousine se alejó, rugiendo.

Ahora acabo de apagar las luces y estoy sola en el pabellón, mirando el lago centelleante donde en otro siglo, bajo otro sol, un niño pequeño con cara de viejo recibió por primera vez mi invitación a jugar, y ahora, muy tarde, aceptó y me besó la mano y huyó, y esta vez, yo misma, pasmada, no lo seguí.

Son muchas las cosas que no sé, esta noche.

Pero de una estoy segura.

Ya no odio a Roger Harrison.

## UN MILAGRO DE RARA INVENCION

Un día ni demasiado suave ni demasiado ácido, ni demasiado caluroso ni demasiado frío, el viejo Ford llegó a la colina desértica a tumultuosa velocidad. La vibración de las diversas partes de la carrocería hacía huir a los que andaban por el camino en harinosos estallidos de polvo. Monstruos de Gila, perezosas muestras de joyería india, se apartaban a un lado. El Ford, como una infección, clamaba y se alejaba estrepitosamente hacia las profundidades del desierto.

En el asiento de adelante, mirando hacia atrás, el viejo Will Bantlin gritó: —¡Dobla!

Bob Greenhill hizo girar tambaleándose al viejo Ford detrás de un panel de anuncios. Instantáneamente los dos hombres se volvieron. Los dos atisbaron por encima del techo abollado del coche, rogando al polvo que habían removido en el aire: —¡Baja! ¡Baja, por favor...!

Y el polvo bajó suavemente. Justo a tiempo.

—¡Zambúllete!

Una motocicleta que parecía quemada en los nueve círculos del infierno pasó atronando el aire. Encorvado sobre el aceitado manubrio, una figura huracanada, un hombre de cara arrugada y muy desagradable, gafas, y abrasado por el sol, se inclinaba apoyándose en el viento. La moto rugiente y el hombre desaparecieron en el camino.

Los dos viejos subieron al coche, suspirando.

—Hasta la vista, Ned Hopper —dijo Bob Greenhill.

—¿Por qué? —dijo Will Bantlin—. ¿Por qué siempre andará pisándonos los talones?

—Willy-William, no digas tonterías —dijo Greenhill—. Somos la fortuna de Hopper, unas buenas cabezas de turco. ¿Por qué nos va a dejar si siguiéndonos por todas partes se hace rico y feliz mientras nosotros somos cada vez más pobres y sabios?

Los dos hombres se miraron, sonriendo, no del todo convencidos. Lo que el mundo no les había dado, lo habían obtenido de algún otro modo. Habían gozado juntos de treinta años de no violencia, que en el caso de ellos significaba no trabajar. —Siento que se acerca una cosecha —decía Will, y escapaban del pueblo antes de que el trigo madurara. O si no—: ¡Esas manzanas están al caer! —Retrocedían entonces unos quinientos kilómetros para que no les dieran en la cabeza.

Bob Greenhill llevó lentamente de vuelta el auto al camino, con una magnífica y breve detonación.

—Willy, amigo, no te desalientes.

—Ya he pasado la etapa del desaliento —dijo Will—. Ahora estoy hundido en la aceptación.

—¿La aceptación de qué?

—Del cofre del tesoro lleno de latas de sardinas un día, y ni un abrelatas. De mil abrelatas al día siguiente y ni una sardina.

Bob Greenhill escuchó al motor que hablaba consigo mismo como un viejo de noches insomnes, huesos oxidados y sueños muy gastados.

—La mala suerte no nos va a durar siempre, Willy.

—No, pero lo intenta. Tú y yo nos ponemos a vender corbatas ¿y quién aparece del otro lado de la calle vendiéndolas a diez centavos menos?

—Ned Hopper.

—Encontramos una veta de oro en Tonopah y ¿quién registra primero la mina?

—El viejo Ned.

—¿No le hemos hecho favores toda la vida? ¿No necesitamos algo que sea sólo nuestro, y que no vaya a parar a sus manos?

—Ha llegado el momento, Willy —dijo Robert, conduciendo con calma—. Lo malo es que tú, yo y Ned nunca decidimos realmente lo que queríamos. Nosotros recorremos todos estos pueblos fantasmas, vemos algo, lo tomamos. Ned lo ve y lo toma también. No lo quiere, lo quiere sólo porque nosotros lo queremos. Lo conserva hasta que nos perdemos de vista, entonces lo rompe y vuelve a trampearnos. El día que sepamos realmente lo que queremos será el día en que Ned se asuste de nosotros y huya para siempre. Ah, caramba. —Bob Greenhill respiró el aire claro y de agua fresca que corría en

ráfagas matinales por encima del parabrisas.— De todos modos está bien. Este cielo. Esas lomas. El desierto y...

Se le apagó la voz.

Will Bantlin le echó una mirada.

—¿Qué pasa?

—Por algún motivo... —los ojos de Bob Greenhill daban vueltas, las manos como de cuero hacían girar el volante lentamente—, tenemos que... salir... del camino.

El viejo Ford tropezó contra el borde abrupto del camino. Bajaron a una explanada polvorienta y de pronto se encontraron recorriendo una seca península de tierra que dominaba el desierto. Bob Greenhill, que parecía hipnotizado, extendió la mano hacia la llave de contacto. Debajo de la capota, el viejo dejó de lamentar sus insomnios y se quedó dormido.

—¿Pero por qué haces esto? —preguntó Will Bantlin.

Bob Greenhill se miró las manos intuitivas en el volante. —Me pareció que tenía que hacerlo. ¿Por qué? —Pestañeó. Dejó que los huesos se le asentaran, y que los ojos se le pusieran perezosos.— Quizá sólo para mirar la tierra desde aquí. Bueno. Todo eso está ahí desde hace mil millones de años.

—Salvo esa ciudad —dijo Will Bantlin.

—¿Ciudad? —dijo Bob.

Se volvió a mirar y el desierto estaba allí y las distantes colinas color de león, y más allá, suspendida en un mar de arena y luz en la mañana calurosa, una especie de imagen flotante, el rápido bosquejo de una ciudad.

—No puede ser Phoenix —dijo Bob Greenhill—. Phoenix está a ciento cincuenta kilómetros. No hay en los alrededores otra gran ciudad.

Will Bantlin dobló el mapa sobre las rodillas, buscando.

—No. No hay otra ciudad.

—¡Se está aclarando más! —exclamó de pronto Bob Greenhill.

Los dos se quedaron absolutamente duros en el coche y miraron por encima del parabrisas sucio de polvo, mientras el viento les gemía suavemente en las caras ásperas.

—¿Pero sabes qué es eso, Bob? ¡Un espejismo! ¡Claro, es eso! Los rayos de luz justos, la atmósfera, el cielo, la temperatura. La ciudad está en alguna parte, del otro lado del horizonte. Mira cómo salta, se desvanece, reaparece. ¡Se refleja contra ese cielo que es como un espejo y es visible aquí! ¡Un espejismo, por Dios!

—¿Tan grande?

Bob Greenhill midió la ciudad que crecía, se aclaraba en un cambio del viento, en un suave y lejano remolino de arena.

—¡La abuelita de todas! No es Phoenix. Ni Santa Fe ni Alamogordo, no. A ver. No es Kansas...

—De todos modos, queda demasiado lejos.

—Sí, pero mira esos edificios. ¡Grandes! Los más altos del país. Hay sólo un lugar como ese en el mundo.

—¿No quenas decir ... Nueva York?

Will Bantlin asintió lentamente y los dos se quedaron en silencio mirando el espejismo. Y la ciudad era alta y brillante y casi perfecta a la luz de la mañana temprana.

—Oh, Dios —dijo Bob, después de un largo rato—. Es espléndida.

—Sí —dijo Will—. Pero —añadió un momento después, en voz baja, como si temiese que la ciudad pudiera oírlo—, ¿qué está haciendo aquí en pleno Arizona, en Ninguna Parte, a cinco mil kilómetros de su casa?

Bob Greenhill miró y habló. —Willy, amigo, nunca hagas preguntas a la naturaleza. Ella se sienta ahí y sólo piensa en su tejido. Ondas radiales, arco iris, luces boreales, todo eso. Caramba, digamos que le tomaron una foto a Nueva York y la están revelando aquí, a cinco mil kilómetros de distancia, una mañana en que necesitábamos que nos dieran ánimo, sólo para nosotros.

—Sólo para nosotros no. —Will exploró del otro lado del coche.— ¡Mira!

Allí en el polvo harinoso había innumerables líneas cruzadas, diagonales, símbolos fascinantes impresos en un tranquilo tapiz.

—Marcas de neumáticos —dijo Bob Greenhill—. Centenares. Miles. Montones de coches pasan por aquí.

—¿Para qué, Bob? —Will Bantlin saltó del coche, aterrizó en el suelo, paró la oreja, dio vueltas, se arrodilló para tocarlo con una mano veloz y súbitamente temblorosa.— ¿Para Qué, para qué? ¿Para ver el espejismo? ¡Sí señor! ¡Para ver el espejismo!

—¿Y qué?

—¡Hurra, muchacho! —Will se puso de pie, hizo rugir su voz como un motor.— ¡Brrrammm! —Hizo girar un volante imaginario. Corrió por la huella de un neumático.— ¡Brrrammm! ¡liiii! ¡Frenos! Robert-Bob, ¿sabes qué conseguimos aquí? ¡Mira al este! ¡Mira al oeste! Este es el único punto en varios kilómetros donde puedes salir de la autopista y sentarte y contemplar!

—¡Claro!, está bien que la gente le eche un vistazo a algo hermoso ...

—¡Qué hermoso ni qué diablos! ¿Quién es el dueño de esta tierra?

—El Estado, me imagino.

—¡Imaginas mal! ¡Tú y yo! Acampamos, solicitamos el registro, mejoramos la propiedad, y la ley dice que es nuestra. ¿No es cierto?

—¡Espera! —Bob Greenhill estaba contemplando el desierto y la extraña ciudad—. ¿Es decir, que quieres... obtener la concesión de un milagro?

—¡Así es, por Cristo! ¡La concesión de un milagro! Robert Greenhill se bajó del coche y dio vueltas alrededor mirando la tierra marcada por los neumáticos.

—¿Podemos hacerlo?

—¿Hacerlo? ¡Con tu permiso!

En un instante Will Bantlin estaba clavando las clavijas de una carpa en el suelo, enroscando el cordel.

—Desde aquí hasta aquí, y desde aquí hasta aquí, es una mina de oro, la hemos descubierto, es una vaca, la ordeñamos, es un lago de dinero; ¡nadaremos en él!

Revolvió en el coche, sacó cajones y un letrero que alguna vez había servido para anunciar corbatas baratas. Lo tendió en el suelo, le pasó una capa de pintura y empezó a dibujar las letras.

—Willy —le dijo su amigo—, nadie va a venir a pagar para ver un piojoso ...

—¿Espejismo? Pon una cerca, diles a las gentes que no pueden ver una cosa, y justo se les antoja eso. ¡Ya está!

Levantó el letrero.

Mirador del Espejismo Secreto:

La Ciudad Misteriosa

*Autos: 25 centavos. Motos: 5 centavos.*

—Ahí viene un coche. ¡Mira!

—William...

Pero Will, corriendo, levantó el anuncio.

—¡Eh! ¡Mire! ¡Eh!

El auto pasó rugiendo, como un toro que ignora al torero.

Bob cerró los ojos como para no ver la sonrisa de Will que se desvanecía.

Pero entonces ... un sonido maravilloso.

El chirrido de los frenos.

¡El coche volvía! Will saltó adelante, agitando los brazos, señalando.

—¡Sí, señor! ¡Sí, señora! ¡El Mirador del Espejismo Secreto! ¡La Ciudad Misteriosa!  
¡Entre derecho!

Las huellas en el polvo se multiplicaron y pronto se hicieron innumerables.

Un inmenso capullo de polvo cálido y flotante colgaba sobre la península seca donde en medio de un estruendo de llegadas, chirridos de neumáticos, motores que enmudecen, golpes de portezuelas, venían autos de muchos tipos y muchos lugares, y se acomodaban en fila. Y las gentes de los autos eran tan distintas como pueden serlo cuando vienen de los cuatro puntos cardinales pero son arrastradas en un determinado momento por algo determinado, todas hablando al principio, pero callando al fin ante lo que veían en el desierto. El viento les soplaba suavemente en la cara, agitando el pelo de las mujeres, los cuellos abiertos de las camisas de los hombres. Se quedaban sentados en los coches durante largo rato o de pie al borde de la tierra, sin decir nada, y al final uno por uno se volvían para irse.

Cuando el primer coche pasó retrocediendo delante de Bob y Will, la mujer que lo ocupaba asintió, feliz.

—¡Gracias! ¡Pero si es como Roma! Otro coche viraba hacia la salida.

—¡Sí señor! —El conductor se acercó a estrechar la mano de Bob.— ¡Me sentí como si supiera hablar francés!

—¡Francés! —exclamó Bob.

Dieron un rápido paso adelante cuando iba a salir el tercer coche. Un viejo agitaba la cabeza, sentado al volante.

—Nunca vi nada parecido. Quiero decir, la niebla y todo, el Puente de Westminster, mejor que en una postal, y el Big Ben allí a la distancia. ¿Cómo lo hacen? Dios los bendiga. Muy agradecido.

Los dos hombres, perturbados, dejaron que el viejo se fuera, y lentamente se volvieron para mirar la luna que asomaba ahora más allá de la pequeña punta de tierra.

—¿El Big Ben? —dijo Will Bantlin—. ¿El Puente de Westminster? ¿La niebla?

Débil, débilmente, les pareció que oían, no estaban seguros, pararon la oreja, ¿se oían sonar tres campanadas de un gran reloj más allá del borde de la tierra? ¿No eran sirenas de bruma que llamaban a los barcos y bocinas de los barcos que respondían en algún río perdido?

—¿Hablar francés? —murmuró Robert—. ¿El Big Ben? ¿Es Roma aquello, Will?

El viento cambió. Una oleada turbulenta de aire caliente se levantó arrancando variaciones a un arpa invisible. La niebla se solidificó casi en monumentos de piedra gris. El sol construyó casi una estatua de oro en lo alto de un monte de mármol níveo recién tallado.

—¿Cómo ... —dijo William Bantlin—, cómo podía cambiar? ¿Cómo podían ser cuatro, cinco ciudades? ¿Le dijimos a cada uno la ciudad que había visto? No. ¡Bueno, Bob, bueno!

Ahora clavaron la mirada en el último cliente que estaba solo al borde de la península seca. Indicándole a Will Bantlin que se callara, Robert avanzó en silencio y se detuvo a un lado, detrás del visitante.

Era un hombre de casi cincuenta años, de cara animada, quemada por el sol, buena, afectuosa, de ojos color agua, hermosos pómulos, boca sensible. Parecía haber viajado mucho en su vida, por muchos desiertos, en busca de un oasis particular. Era como esos arquitectos que andan errando por las calles cubiertas de cascotes, al pie de sus edificios, mientras el hierro, el acero y el vidrio se alzan bloqueando, ocupando una parte vacía del cielo. La cara del hombre era la de esos constructores que de pronto ven levantarse delante de ellos, en ese mismo instante, de horizonte a horizonte, la ejecución perfecta de un viejo, viejo sueño. Ahora, a medias consciente de que William y Robert estaban a su lado, el extranjero habló al fin con una voz tranquila, suelta, fabulosa, diciendo lo que veía, diciendo lo que sentía:

—*"En Xanadú..."*

—¿Qué? —preguntó William.

El extranjero sonrió a medias, clavados los ojos en el espejismo y despacito, de memoria, recitó:

*"En Xanadú ordenó Kublai Khan  
construir una majestuosa morada de placer  
donde Alph, el río sagrado, corría  
por cavernas inconmensurables para el hombre,  
bajando a un mar sin sol."*

La voz conjuró los vientos y los vientos soplaron sobre los otros dos hombres que se quedaron aún más quietos.

*"Dos veces diez kilómetros de tierras fértiles,  
fueron circundadas por muros y por torres,  
y había allí jardines donde brillaban arroyos sinuosos,  
y florecían inúmeros árboles de incienso,  
y había bosques antiguos como las colinas  
rodeando soleados parajes de verdor."*

William y Robert miraron el espejismo, y lo que el forastero decía estaba allí, en el polvo dorado, algún fabuloso racimo de minaretes, cúpulas, frágiles torres del Oriente Medio, o Lejano, levantándose en una magnífica lluvia de polen del desierto de Gobi, una explanada de piedra donde brillaba el fértil Eufrates, Palmira aún de pie, en sus comienzos apenas, recién construida, abandonada luego por los años fugaces, rielando ahora en el calor, amenazando ahora con estallar para siempre.

El forastero, con la cara transfigurada, embellecida por la visión, concluyó:

*"¡Fue un milagro de rara invención,*

*una soleada mandón de placer  
con cavernas de hielo!"*

Y el extranjero calló; y el silencio de Bob y Will fue todavía más hondo.

El forastero manoteó la cartera, con los ojos húmedos.

—Gracias, gracias.

—Ya nos ha pagado —dijo William.

—Si tuviera más, les daría todo.

Tomó la mano de William, le dejó un billete de cinco dólares, fue hasta el coche, miró por última vez el espejismo, luego se sentó, puso en marcha el motor, bajó la velocidad con maravillosa soltura, y, la cara resplandeciente, los ojos apacibles, se fue.

Robert dio unos pasos tras el auto, pasmado.

Entonces William estalló súbitamente, abrió los brazos, pegó unos gritos, asestó unos puntapiés, dio unas volteretas.

—¡Hurra! ¡La sal de la tierra! ¡Comida hasta hartarse! ¡Zapatos nuevos y chirriantes! ¡Mírame las manos: puñados!

Pero Robert dijo: —No creo que debamos conservarlo.

William dejó de bailar. —¿Qué?

Robert miró fijo el desierto.

—En realidad no podemos ser los dueños. Está fuera de aquí. Claro, podemos pedir la concesión de la tierra, pero ... No sabemos siquiera qué es.

—Pero si es Nueva York y ...

—¿Alguna vez has estado en Nueva York?

—Siempre he querido. Pero nunca estuve.

—Siempre has querido. Pero no estuviste nunca. —Robert meneó lentamente la cabeza.— Lo mismo que los otros. Ya oíste: París. Roma. Londres. Y este último hombre. Xanadú. Willy, Willy, le hemos echado mano a algo extraño y grande. Me parece que no hacemos bien.

—¿Por qué? ¿Acaso dejamos a alguien afuera?

—¿Quién sabe? Tal vez veinticinco centavos son demasiado para algunos. No parece correcto, una cosa natural sujeta a leyes que no son naturales. Mira y dime si me equivoco.

William miró.

Y la ciudad estaba allí como esa primera ciudad que ve un niño cuando la madre lo lleva en tren a través de una larga pradera, una mañana temprano, y la ciudad se levanta cabeza por cabeza, torre por torre para mirarlo, para verlo acercarse. Era así de fresca, así de nueva, así de vieja, así de aterradora, así de maravillosa.

—Creo —dijo Robert— que deberíamos tomar justo lo suficiente como para comprar la gasolina de una semana y poner el resto del dinero en la primera alcancía para pobres que encontremos. Ese espejismo es un arroyo claro y la sed atrae a la gente. Si somos prudentes, tomaremos un vaso, lo beberemos fresco en el calor del día y nos iremos. Si nos detenemos, si levantamos barreras y tratamos de adueñarnos de todo el río...

William, mirando a través del viento susurrante de polvo, trató de tranquilizarse, de aceptar.

—Si tú lo dices.

—Yo no. La soledad que nos rodea lo dice.

—¡Pues yo digo otra cosa!

Los dos hombres se volvieron de un salto.

En mitad de la cuesta se alzaba una motocicleta. Sentado en ella, aureolado de aceite, los ojos cubiertos de antiparras, la grasa cubriéndole las enmarañadas mejillas, había un hombre de familiar arrogancia y fluido desprecio.

—¡Ned Hopper!

Ned Hopper mostró su sonrisa de máxima benevolencia perversa, soltó los frenos de la moto y se deslizó cuesta abajo hasta detenerse junto a sus viejos amigos.

—Tú... —dijo Robert.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! —Ned Hopper hizo sonar cuatro veces la bocina de la moto, riéndose a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás.— ¡Yo!

—¡Cállate! —exclamó Robert—. Se quiebra como un espejo.

—¿Qué es lo que se quiebra como un espejo?

William, advirtiendo la preocupación de Robert, echó una mirada aprensiva al desierto.

El espejismo se confundía, temblaba, se desvanecía, y una vez más quedaba suspendido en el aire como un tapiz.

—¡Ahí no hay nada! ¿Qué se traen, muchachos? —Ned observó las huellas en la tierra.— Hoy estaba yo a treinta kilómetros cuando supe que ustedes me ocultaban algo. Me dije: no es propio de mis compinches que me llevaron hasta aquella mina de oro en el cuarenta y siete, y que me dieron esta moto en una jugada de dados, en el cincuenta y cinco. Todos estos años nos hemos ayudado y resulta que ahora no le cuentan los secretos al amigo Ned. De modo que me vine para aquí. Me he pasado el día subido a aquella colina, espiando. —Ned levantó los prismáticos que le colgaban delante de la chaqueta grasienta.— Ustedes saben que leo en los labios. ¡Claro! Vi todos los coches que venían aquí, la caja. ¡Están ofreciendo todo un espectáculo!

—Baja la voz —advirtió Robert—. Hasta la vista.

Ned sonrió dulcemente. —Lamento que se vayan. Pero desde luego me parece bien que dejen mi propiedad.

—¡Tuya! —Robert y William se quedaron sobrecogidos y dijeron con un susurro tembloroso—: ¿Tuya?

Ned se rió. —Cuando vi en qué andaban, me fui con la moto hasta Phoenix. ¿Ven este pedacito de papel del gobierno que me asoma por el bolsillo de atrás?

El papel estaba allí, prolijamente doblado.

William tendió la mano.

—No le des el gusto —dijo Robert.

William retiró la mano. —¿Quieres hacernos creer que pediste la concesión de la tierra?

Ned encerró la sonrisa dentro de los ojos. —Sí. No. Aunque mintiera, podría llegar a Phoenix en mi moto antes que el carricoche de ustedes. —Ned inspeccionó la tierra con sus prismáticos.— De modo que dejen todo el dinero que han ganado desde las dos de la tarde, en que hice la petición, pues no tienen derecho a estar en mi tierra.

Robert arrojó las monedas al polvo. Ned Hopper echó una mirada fortuita al montón reluciente.

—¡Acuñadas por el gobierno de los Estados Unidos! ¡Diablos, no se ve nada ahí, pero hay estúpidos que pagan!

Robert se volvió lentamente hacia el desierto.

—¿No ves nada?

Ned gruñó.

—¡Nada, y ustedes lo saben!

—¡Pero nosotros sí! —exclamó William—. Nosotros...

—William —dijo Robert.

—¡Pero Bob!

—Allá no hay nada. Como dijo él.

Ahora venían subiendo más coches en un gran zumbido de motores.

—Disculpen, señores, tengo que ocuparme de cobrar las entradas. —Ned se apartó, agitando los brazos.— ¡Sí, señora! ¡Por aquí! ¡Se paga antes de entrar!

—¿Por qué? —William observaba a Ned Hopper que corría, gritando.— ¿Por qué le dejamos hacer esto?

—Espera —dijo Robert, casi sereno—. Ya verás.

Salieron del camino cuando entraban un Ford, un Buick y un antiguo Moon.

El crepúsculo. En una loma, a unos doscientos metros más arriba del mirador del Espejismo de la Ciudad Misteriosa, William Bentlin y Robert Greenhill freían y mordisqueaban una somera comida, poco tocino, muchos porotos. De vez en cuando Robert apuntaba unos cascados prismáticos de teatro hacia la escena de abajo.

—Hubo treinta clientes desde que nos fuimos esta tarde —observó—. Pero tendrá que cerrar pronto. Sólo le quedan diez minutos de sol.

William contempló un poroto solitario en la punta del tenedor. —Una vez más dime, ¿por qué? ¿Por qué cada vez que tenemos suerte, aparece Ned Hopper?

Robert echó aliento en los cristales de los prismáticos de teatro y los limpió con el puño de la camisa. —Porque, amigo Will, nosotros somos los puros de corazón. Tenemos una luz que brilla. Y los malvados del mundo ven esa luz más allá de las lomas y dicen, " ¡Pero si allá hay unos inocentes, de esos que se chupan el dedo el día entero!" Y los malvados vienen a calentarse las manos a costa nuestra. No sé qué es lo que podemos hacer, salvo quizá apagar la luz.

—Yo no quisiera hacerlo. —William se quedó rumiando, las palmas de las manos tendidas hacia el fuego.— Pero me pareció que ésta sería nuestra oportunidad—. Un hombre como Ned Hopper, con esa vida de bajo vientre blanco, ¿no merece que un rayo lo parta?

—¿Si lo merece? —Robert ajustó los prismáticos acomodándolos mejor a los ojos.— ¡Pero si es lo que acaba de ocurrir! ¡Oh, tú, hombre de poca fe! —William saltó junto a Robert. Compartieron los prismáticos, un cristal para cada uno, y miraron hacia abajo.— ¡Mira!

Y William miró y exclamó:

—¡Por todos los demonios ...

—...del último infierno!

Porque allá abajo, Ned Hopper pataleaba alrededor de un coche. La gente sacudía los brazos. Ned les devolvía dinero. El auto arrancó. Se oyeron débilmente los gritos angustiados de Ned.

William se quedó sin aire. —¡Está devolviendo el dinero! Ahora casi le pega a aquél. ¡El hombre agita el puño amenazándolo! ¡Ned le devuelve el dinero, también! ¡Mira, otras despedidas cariñosas!

—¡Viva! —gritó alegremente Robert, contento con lo que veía por la mitad de los prismáticos.

Abajo todos los coches se iban levantando polvo. Al viejo Ned le dio una violenta pataleta, arrojó las antiparras al polvo, rompió el letrero, gritó una blasfemia terrible.

—Dios mío —murmuró Robert—. Qué suerte no oír las palabras. ¡Ven, Willy!

Mientras William Bantlin y Robert Greenhill bajaban de vuelta al desvío de la Ciudad Misteriosa, Ned Hopper se precipitaba entre chillidos de furia. Rebuznando, rugiendo en su moto, lanzó por el aire el letrero pintado. El cartón subió silbando, como un bumerán, y bajó zumbando, errándole apenas a Bob. Mucho después que Ned se hubiera ido como un trueno estrepitoso, William se acercó, levantó el letrero tirado en el suelo, y lo limpió.

Ya era el crepúsculo y el sol tocaba las lomas lejanas y la tierra estaba quieta y silenciosa y Ned Hopper se había ido, y los dos hombres solos en el abandonado territorio, en el polvo con miles de huellas, miraron la arena y el aire extraño.

—Oh, no... Sí —dijo Robert.

El desierto estaba vacío en la luz rosa dorado del sol poniente. El espejismo había desaparecido. Unos pocos demonios de polvo giraban y caían, lejos, en el horizonte, pero eso era todo.

William dejó escapar un largo gruñido de congoja.— ¡Lo hizo! ¡Ned! ¡Ned Hopper, vuelve! ¡Ah, maldita sea, Ned, lo has arruinado todo! ¡Que el diablo te lleve! —Se detuvo.— Bob, ¿cómo puedes quedarte así?

Robert sonrió tristemente. —Me da lástima Ned Hopper.

—¡Lástima!

—Nunca vio lo que nosotros vimos. Nunca vio lo que todos vieron. No creyó nunca ni un momento. ¿Y sabes qué? El descreimiento es contagioso. Se le pega a la gente.

William exploró la tierra deshabitada. —¿Es eso lo que ocurrió?

—¿Quién sabe? —Robert sacudió la cabeza.— Hay algo seguro: antes la gente venía, y la ciudad, las ciudades, el espejismo, lo que fuese, estaba ahí. Pero es muy difícil ver cuando la gente se te interpone en el camino. Nada más que con moverse, Ned Hopper tapaba el sol con la mano. Algo es seguro, el teatro cerró para siempre.

—¿No podemos ...? —William vaciló.— ¿No podemos abrirlo de nuevo?

—¿Cómo? ¿Cómo haces volver una cosa así?

Los dos hombres dejaron que las miradas jugaran por la arena, las colinas, las pocas nubes solitarias, el cielo sin viento y muy quieto.

—Quizá si miramos con el rabillo del ojo, no directamente, si nos tranquilizamos, si lo tomamos con calma...

Los dos se miraron los zapatos, las manos, las rocas que estaban a sus pies, todo. Pero al final William se lamentó: —¿Lo somos? ¿Somos puros de corazón?

Robert se rió un poquitito. —Oh, no como los chicos que vinieron aquí hoy y vieron todo lo que querían ver, ni como la gente simple nacida en los campos de trigo y que van por el mundo llevados de la mano de Dios y nunca crecerán. No somos ni los niños pequeños ni los niños grandes, Willy, pero tenemos una cosa: estamos contentos de estar vivos. Conocemos las mañanas del aire en la carretera, las estrellas que primero suben y luego bajan por el cielo. Ese bellaco hace mucho que no está contento. Me indigna pensar que andará por el camino en esa moto todo el resto de la noche, todo el resto del año.

Robert terminaba la frase cuando observó que William volvía cuidadosamente los ojos hacia un lado, hacia el desierto.

Robert murmuró con cautela: —¿Ves algo?

William suspiró. —No. Quizá mañana...

Un coche bajaba desde la carretera.

Los dos hombres se miraron. Una loca mirada de esperanza les relampagueó en los ojos. Pero no se atrevieron a agitar las manos y gritar. Se quedaron simplemente con el cartel pintado en los brazos.

El coche pasó rugiendo.

Los dos hombres lo siguieron con ojos esperanzados.

El coche frenó. Retrocedió. Había un hombre, una mujer, un chico, una chica. El hombre gritó: —¿Cierran de noche?

William dijo: —No es necesario...

Robert lo interrumpió: —¡Quiere decir que no es necesario pagar! ¡El último cliente del día y familia pasan gratis! ¡Adelante!

—¡Gracias, vecino, gracias!

El auto avanzó rugiendo hasta el mirador.

William tomó a Robert del codo. —Bob, ¿qué te pasa? ¿Vas a decepcionar a esos chicos, a esa simpática familia?

—Calla —dijo Robert, suavemente—. Ven.

Los chicos bajaron precipitadamente del auto. El hombre y la mujer salieron lentamente al atardecer. El cielo era en ese momento todo oro y azul y un pájaro cantó en algún lugar de los campos de arena y polen leonado.

—Mira —dijo Robert.

Y caminaron hasta ponerse detrás de la familia que se alineaba ahora para mirar el desierto.

William contuvo el aliento.

El hombre y su mujer entornaron los ojos, incómodos, mirando el crepúsculo.

Los chicos callaban, y abrían los ojos a la luz destilada del sol poniente.

William se aclaró la garganta. —Es tarde... Eh... no se ve muy bien.

El hombre iba a contestar, cuando el chico dijo: —¡Oh, se ve muy bien!

—¡Claro! —La chica señaló.— ¡Allí!

La madre y el padre siguieron el movimiento de la mano, como si eso pudiera ayudar, y así fue.

—Dios mío —dijo la mujer—, por un momento pensé... Pero ahora... ¡Sí, allí está!

El hombre leyó en la cara de la mujer, vio allí una cosa, se la llevó prestada y la puso en la tierra y en el aire.

—Sí —dijo al fin—. Oh, sí.

William los contemplaba, y contemplaba el desierto y también a Robert, que sonreía y asentía.

Las caras del padre, la madre, la hija, el hijo resplandecían ahora, mirando al desierto.

—Oh —murmuró la chica—, ¿está realmente allí?

Y el padre asintió, la cara iluminada por lo que veía, apenas dentro de los límites de lo visible y un poco más allá de lo que puede conocerse. Habló como si estuviera solo en una iglesia-bosque.

—Sí. Dios mío, y qué hermoso es.

William empezó a levantar la cabeza, pero Robert murmuró. —Despacio. Está viniendo. No te esfuerces. Despacio, Will.

Y entonces William supo lo que debía hacer.

—Voy a quedarme con los chicos —dijo.

Y caminó lentamente y se quedó de pie detrás del chico y la chica. Estuvo largo rato allí, como un hombre entre dos cálidas hogueras, calentándose en una tarde fría, y respiró con facilidad y al fin dejó que los ojos subieran, dejó que la atención se volviera sin esfuerzo hacia el desierto crepuscular y la esperada ciudad de la penumbra.

Y allí en el polvo que subía suavemente soplado desde la tierra, reunido en el viento en siluetas de torres, espirales y minaretes, estaba el espejismo.

William sintió la respiración de Robert en el cuello, cerca, murmurando, hablando a medias consigo mismo.

*"¡Fue un milagro de rara invención,  
una soleada mansión de placer  
con cavernas de hielo!"*

Y la ciudad estaba allí.

Y el sol se puso y salieron las primeras estrellas.

Y la ciudad era muy clara cuando William se oyó a sí mismo repitiendo, en voz alta o quizá solo: —*Fue un milagro de rara invención...*

Se quedaron en la oscuridad hasta que dejaron de ver.

## Y ASÍ MURIÓ RIABÚCHINSKA

El sótano era cemento frío y el muerto piedra fría y en el aire caía una lluvia invisible, mientras la gente se juntaba a mirar el cuerpo como si el mar lo hubiese dejado en una playa desierta a la mañana. La gravedad de la tierra se concentraba allí, en el sótano mismo, una gravedad tan inmensa que les tiraba hacia abajo las caras, les doblaba las comisuras de la boca y les chupaba las mejillas. Las manos les colgaban pesadamente, y los pies estaban como plantados en el piso; no podían moverse sin parecer que caminaban bajo el agua.

Una voz llamaba, pero nadie escuchó.

La voz volvió a llamar y sólo después de un largo rato la gente se volvió y miró un momento al aire. Estaban a orillas del mar en noviembre, y era el grito de una gaviota allí arriba en el color gris del alba. Era un grito triste, como el de los pájaros que se van al sur al acercarse el acerado invierno. Era un océano que resonaba en una costa tan lejana que sólo se oía como un murmullo de arena y viento en un caracol marino.

La gente del entresuelo deslizó la mirada hasta una mesa donde había una caja dorada de no más de sesenta centímetros de largo y que tenía grabado el nombre de Riabúchinska. Debajo de la tapa del pequeño ataúd, la voz se afirmó al fin con decisión, y la gente miró la caja, y el muerto estaba tendido en el suelo, y no oía el débil llamado.

—Déjenme salir, déjenme salir, por favor, por favor, que alguien me deje salir.

Y por último el señor Fabian, el ventrílocuo, se inclinó y susurró a la caja dorada: —No, Ria, este es un asunto serio. Más tarde. Quédate quieta, vamos, sé buena. —Cerró los ojos y trató de reírse.

Debajo de la tapa pulida, la voz tranquila dijo: —Por favor, no te rías. Tendrías que ser mucho más bueno ahora, después de lo que pasó.

Króvitch, el oficial de investigaciones, tocó el brazo de Fabian. —Si no tiene inconveniente, señor, dejemos el número de la marioneta para más tarde. Ahora hay que poner en limpio todo esto. —Echó una mirada a la mujer, que había tomado una silla plegadiza.— Señora Fabian. —Hizo un gesto al joven sentado junto a ella.— Señor Douglas, ¿es usted agente de prensa y gerente del señor Fabian?

El joven dijo que sí. Króvitch miró la cara del hombre tendido en el suelo. —Fabian, señora Fabian, señor Douglas, todos dicen no conocer a este hombre que fue asesinado aquí anoche, y que nunca oyeron el nombre Ockham. Sin embargo Ockham le había dicho al *régisseur* que conocía a Fabian y que tenía que verlo por algo de vital importancia.

La voz en la caja empezó de nuevo suavemente.

Króvitch gritó. —¡Maldita sea, Fabian!

Debajo de la tapa, la voz rió como una campanilla velada.

—No le haga caso, teniente —dijo Fabian.

—¿A ella o a usted, maldita sea? ¿Qué es esto? ¡Pónganse de acuerdo los dos!

—Nunca volveremos a ponernos de acuerdo —dijo la vocecita tranquila—, nunca más a partir de esta noche.

Króvitch tendió la mano. —Déme la llave, Fabian.

Se oyó en el silencio la llave que rechinaba en la pequeña cerradura, el chillido de los goznes minúsculos: la tapa se abrió y quedó apoyada en la mesa.

—Gracias —dijo Riabúchinska.

Króvitch se quedó inmóvil, mirando a Riabúchinska en su caja, y sin creer del todo en lo que estaba viendo.

La cara era blanca, tallada en mármol o en la madera más blanca que jamás se hubiera visto. Podía haber sido modelada en nieve. Y el cuello que sostenía la cabeza, tan delicada como una taza de porcelana finísima que deja pasar la luz del sol, el cuello también era blanco. Y las manos podían haber sido de marfil y eran una cosa pequeña y delgada de uñas minúsculas y dibujos de delicadas líneas y espirales en las puntas de los dedos.

Riabúchinska era toda de piedra blanca, y la luz le brotaba a través de la piedra y le salía de los ojos oscuros con tonalidades azules debajo, como moras frescas. Króvitch pensó en un vaso de leche y crema vertido en un recipiente de cristal. Las cejas eran arqueadas, negras, finas, y las mejillas delgadas y había una vena rosa pálido en cada sien y una vena azul pálido apenas visible sobre el afilado puente de la nariz, entre los brillantes ojos oscuros.

Riabúchinska tenía los labios entreabiertos, y como si pudieran estar apenas húmedos; las aletas de la nariz eran arqueadas y perfectamente modeladas, como las orejas. El pelo era negro, con raya al medio, echado detrás de las orejas y verdadero, Króvitch veía cada hebra. El vestido era negro como el pelo y cortado de manera que mostraba los hombros, tallados en madera tan blanca como una piedra que ha estado largo tiempo al sol. Era muy hermosa. Króvitch sintió que se le movía la garganta y en seguida se detuvo y no dijo nada.

Fabian sacó a Riabúchinska de la caja. —Mi encantadora señora —dijo—. Tallada en las maderas importadas más exóticas. Se ha presentado en París, Roma, Estambul. Todo el mundo la quiere y piensa que es realmente humana, una especie de enanita increíblemente delicada. Nadie aceptaría que alguna vez fue parte de muchos bosques alejados de las ciudades y las gentes necias.

La mujer de Fabian, Alyce, observaba a su marido, sin dejar de mirarle la boca. Los ojos no le pestañearon ni una vez en todo el tiempo en que él habló de la muñeca que tenía en brazos. Él a su vez no parecía consciente de nada excepto de la muñeca; el sótano y las gentes que allí había se borraban en la niebla que lo cubría todo.

Pero al fin la pequeña figura se agitó y estremeció.

—¡Por favor, no hables de mí! Sabes, a Alyce no le gusta.

—A Alyce nunca le ha gustado.

—¡Shhh, no lo digas! —gimió Riabúchinska—. Aquí no, ahora no. —Y luego, velozmente, se volvió hacia Króvitch y movió los labios minúsculos.— ¿Cómo ocurrió todo? Lo del señor Ockham, quiero decir, el señor Ockham.

Fabian dijo: —Es mejor que te vayas a dormir ahora, Ria.

—Pero yo no quiero —contestó Riabúchinska—. ¡Tengo tanto derecho a escuchar y hablar, soy tan parte de este asesinato como Alyce o ... o el señor Douglas incluso!

El agente de prensa arrojó el cigarrillo. —No me metas en esto ... —Y miró a la muñeca como si de pronto fuera de un metro ochenta de alto y estuviera respirando allí delante.

—Es sólo porque quiero que se diga la verdad. —Riabúchinska volvió la cabeza para mirar a todos los que estaban en la habitación. Y si me encierran en mi ataúd no habrá verdad, porque John es un consumado mentiroso y tengo que vigilarlo ¿no es cierto, John?

—Sí —dijo Fabian, con los ojos cerrados—. Supongo que sí.

—John me quiere más que a todas las mujeres del mundo, y yo lo quiero y trato de entender su equivocada manera de pensar.

Króvitch dio un puñetazo en la mesa.

—¡Maldición, Fabian! Si cree usted que puede...

—Yo no puedo nada —dijo Fabian.

—Pero ella...

—Lo sé, sé lo que usted quiere decir —dijo Fabian con calma, mirando al detective—. La tengo en la garganta, ¿no es cierto? No, no. No en la garganta. En alguna otra parte. No sé. Aquí, o aquí. —Se tocó el pecho, la cabeza.— Es rápida para esconderse. A veces no puedo hacer nada. A veces es sólo ella, sin nada de mí. A veces me dice lo que tengo que hacer, y obedezco. Está en guardia, se enoja conmigo, es honrada cuando soy deshonesto, buena cuando junto todos los pecados posibles. Vive una vida aparte. Ha levantado un muro en mi cabeza y vive allí, ignorándome si trato de hacerle decir algo incorrecto, colaborando si sugiero las palabras y los gestos adecuados. —Fabian suspiró.— De modo que si usted quiere seguir me temo que Ria tenga que estar presente. Con encerrarla no haremos nada bueno, nada bueno.

El oficial Króvitch se sentó en silencio casi un minuto y al fin tomó una decisión.

—Muy bien. Que se quede. Bien puede ser que antes de terminada la noche, por todos los demonios, esté lo bastante cansado como para interrogar a una muñeca de ventrílocuo.

Króvitch desenvolvió un cigarro nuevo, lo encendió y arrojó una bocanada de humo. — ¿De modo que usted no reconoce al muerto, señor Douglas?

—Tiene un aire vagamente familiar. Podría ser un actor.

Króvitch dijo una palabrota. —Acabemos con las mentiras, ¿qué está diciendo? Mire los zapatos de Ockham, la ropa. Es evidente que necesitaba dinero y que vino aquí esta noche a mendigar, pedir prestado o robar algo. Permítame que le haga una pregunta, Douglas. ¿Está usted enamorado de la señora Fabián?

—¡Un momento! —exclamó Alyce Fabián.

Króvitch le indicó que se tranquilizara. —Se sentaron ahí, los dos juntos. No soy precisamente ciego. ¡Cuando un agente de prensa se sienta donde tendría que estar sentado el marido, consolando a la mujer, bueno! La forma en que usted miraba el ataúd de la marioneta, señora Fabián, conteniendo el aliento, cuando ella apareció. Usted aprieta los puños cuando ella habla. Diablos, es evidente.

—¡Si usted piensa que estoy celosa de un pedazo de madera!

—¿No lo está?

—¡No, no, no lo estoy!

Fabián se movió. —No tienes por qué decirle nada, Alyce.

—¡Deja que lo diga!

Todos alzaron sobresaltados las cabezas y observaron la figurita cuya boca se cerraba ahora lentamente. Hasta Fabián miró a la marioneta como si ésta le hubiera dado un golpe.

Después de un largo rato Alyce Fabián empezó a hablar.

—Me casé con John hace siete años porque decía que me quería y porque yo lo quería y quería a Riabúchinska. Al principio, en todo caso. Pero después empecé a ver que él le dedicaba la vida entera y todas sus aleaciones, y que yo era una sombra que esperaba todas las noches entre bambalinas.

"En un año gastó cincuenta mil dólares en el guardarropas de Riabúchinska, cien mil dólares en una casa de muñecas con muebles de oro, plata y platino. La arropaba de noche en una canuta con sábanas de satén y conversaba con ella. Al principio pensé que era una broma complicada y me divertía mucho. Pero cuando al final me di cuenta de que en realidad yo era una simple ayudante de ese espectáculo, descubrí en mí una especie de odio y desconfianza, no por la marioneta, porque después de todo no era cosa de ella, pero John me hacía sentir un desagrado y un odio cada vez mayores, pues la culpa era de él. Al fin y al cabo, era John quien manejaba la muñeca de madera, y toda su astucia y su sadismo natural se volcaban afuera a través de esa relación.

"Y cuando por último me puse muy celosa, tonta de mí, fue el mayor tributo que pude haberle pagado, a él y a la manera en que había ido perfeccionando el arte de emitir la voz. Era todo tan extraño, tan estúpido. Y sin embargo sabía que algo tenía sujeto a John, como la gente que bebe y lleva en alguna parte de sí misma un animal que se muere de hambre.

"De modo que pasé de la cólera a la piedad, de los celos a la comprensión. Había largos períodos en que no lo odiaba, y nunca odié lo que Ria significaba para él, pues Ria era la mejor mitad, la parte buena, la parte honrada y encantadora de John. Ria era todo lo que él nunca había tratado de ser.

Alyce Fabian dejó de hablar y hubo un momento de silencio en el sótano.

—Habla del señor Douglas —dijo una voz, susurrando.

La señora Fabian no miró la marioneta. Hizo un esfuerzo y concluyó: —Pasaron los años, y encontrando tan poco amor y comprensión en John, me pareció natural volverme hacia... el señor Douglas.

Króvitch asintió. —Todo empieza a ordenarse. El señor Ockham era un hombre muy pobre, andaba en las malas, y vino al teatro anoche porque sabía algo de usted y el señor Douglas. Tal vez amenazó con hablarle al señor Fabian si no le pagaban. Esto le dio a usted el mejor de los motivos para librarse de él.

—Es aún más tonto que todo lo demás —dijo Alyce Fabian, cansada—. Yo no lo maté.

—Puede haberlo hecho el señor Douglas y no decírselo.

—¿Por qué matar a un hombre? —dijo Douglas—. John lo sabía todo acerca de nosotros.

—Es cierto —dijo John Fabian, y se rió.

Dejó de reírse y la mano se le retorció, oculta en el interior nevado de la muñeca de madera, y la boca minúscula se abrió y se cerró, se abrió y se cenó. Fabian estaba tratando de que Ria continuara riéndose ahora que él había dejado de reír, pero no se oyó ningún sonido salvo el susurro vacío de los labios que se movían y boqueaban mientras Fabian miraba la carita menuda y la transpiración le brillaba en las mejillas.

La tarde siguiente el oficial Króvitch atravesó los bastidores a oscuras, encontró las escaleras de hierro y las subió con mucha cautela, tomándose todo el tiempo que le pareció necesario en cada escalón, hasta llegar al segundo piso de camarines. Llamó a una de las puertas delgadas. —Entre —dijo la voz de Fabian como desde muy lejos. Króvitch entró, cerró la puerta y se quedó mirando a Fabian, hundido de hombros delante del espejo. —Tengo algo que me gustaría mostrarle —dijo Króvitch, con una cara que no mostraba ninguna emoción, y abriendo un sobre de manila sacó una fotografía brillante y la puso en la mesa de tocador.

John Fabian alzó las cejas, echó una rápida mirada a Króvitch y se reclinó lentamente en el respaldo de la silla. Apoyó los dedos en el puente de la nariz y se masajeó la cara cuidadosamente, como si le doliera la cabeza. Króvitch dio vuelta la foto y empezó a leer los datos escritos a máquina en el dorso. —Nombre, señorita Ilyana Riamónova. Cincuenta kilos. Ojos azules. Pelo negro. Cara ovalada. Nacida en Nueva York en 1914. Desaparecida en 1934. Se cree que padece de amnesia. De padres eslavo-rusos. Etcétera. Etcétera.

Los labios se le crisparon a Fabian. Króvitch dejó la fotografía, sacudiendo pensativo la cabeza. —Era muy tonto de mi parte indagar los archivos de la policía buscando la foto de una marioneta. Hubiera escuchado usted las carcajadas en los cuarteles centrales, Dios. Pero ahí está... Riabúchinska. No de papel maché, no de madera, no un fanteche, sino una mujer que alguna vez vivió y anduvo por ahí y... desapareció, —Króvitch clavó los ojos en Fabian.— ¿Qué le parece si usted me cuenta lo que vino luego?

Fabian sonrió a medias. —Absolutamente nada de eso. Vi el retrato de esta mujer hace tiempo, me gustó la cara y la copié en la marioneta.

—Absolutamente nada de eso. —Króvitch tomó aliento y bufó enjugándose la cara con un pañuelo enorme.— Fabian, esta mañana misma revolví una pila así de alta de la revista *Billboard*. En el año 1934 encontré un interesante artículo sobre un espectáculo presentado en un circuito de segunda categoría, y conocido con el nombre de Fabian y el Dulce William. El Dulce William era un muñeco. Había una muchacha de ayudante: Ilyana Riamónova. No había ningún retrato de ella en el artículo, pero por lo menos yo tenía el nombre, el nombre de una persona real a quien podía seguir. Fue sencillo buscar en los archivos de la policía y desenterrar este retrato. El parecido, es innecesario decirlo, entre la mujer viviente por un lado y la marioneta por otro es poco menos que increíble. Supongamos que usted da marcha atrás y me cuenta de nuevo la historia, Fabian.

—Era mi ayudante, eso es todo. Sencillamente la usé como modelo.

—Me está haciendo sudar, Fabian —dijo el detective—. ¿Usted cree que soy tonto? ¿Cree que no reconozco el amor cuando lo veo? Lo he observado manejar la marioneta, lo he visto hablarle, he visto cómo la hace reaccionar. Usted está enamorado de la muñeca, Fabian, por supuesto, porque estaba muy enamorado, pero muy enamorado de la mujer original. He vivido demasiado para no sentirlo. Demonios, Fabian, déjese de esquivar el bulto.

Fabian levantó las pálidas y delgadas manos, las dio vuelta, las examinó y las dejó caer.

—Está bien. En 1934 yo aparecía en los programas como Fabian y el Dulce William. El Dulce William era un muñeco de nariz achatada que había tallado yo mismo muchos años atrás. Estaba en Los Angeles cuando esa muchacha apareció en la entrada de artistas una noche. Había seguido mi trabajo durante años. Estaba desesperada por encontrar empleo y confiaba en ser mi ayudante...

La recordaba en la media luz del callejón detrás del teatro y cómo lo sorprendió la frescura de ella y el deseo que tenía de trabajar, con él y por él, y la forma en que la lluvia fría caía suavemente en el callejón estrecho y le dejaba lentejuelas en el pelo, que se fundía en la oscura calidez, y cómo la lluvia le perlaba la mano de porcelana con que ella se apretaba el cuello del abrigo.

Vio los labios que se movían en la oscuridad y la voz de ella, como separada en otra banda de sonido, le habló otra vez en el viento otoñal, y recordó que sin decir sí o no o quizá, ella estuvo de pronto en el escenario, en el gran chorro de luz brillante, y en dos meses, él que siempre había exhibido un cinismo y una incredulidad orgullosos, había ido tras ella hasta poner un pie en el abismo, cayendo en un sitio sin fondo, ni límites, ni luz.

Hubo muchas discusiones, más que discusiones: cosas dichas y hechas sin sentido, ni cordura, ni justicia. Al final la muchacha fue alejándose de él poco a poco, provocándole furias e histerias tremendas. Una vez él le quemó todo el guardarropas en un ataque de celos. La muchacha lo tomó con tranquilidad. Pero una noche él le dio un preaviso de una semana, la acusó de deslealtad monstruosa, le gritó, la sacudió, le cruzó la cara de varias bofetadas y la hizo salir con un portazo. La muchacha desapareció aquella noche.

Al día siguiente cuando descubrió que ella se había ido de veras y que no la encontraba, creyó estar en el centro de una titánica explosión. El mundo entero había sido aniquilado y los ecos de la explosión repercutían a medianoche, a las cuatro de la mañana, al alba, y él estaba en pie temprano, ensordecido por el ruido del café que se calentaba y el ruido de los fósforos y de los cigarrillos que se encendían y dé él mismo tratando de afeitarse y mirándose en espejos que lo distorsionaban y lo ponían enfermo.

Recortó todos los anuncios que puso en los diarios y pegó en prolifas columnas en un cuaderno todos los avisos en que la describía y hablaba de ella y le pedía que volviera. Llegó hasta a pagar los servicios de un detective privado. La gente habló. La policía cayó por allí a interrogarlo. Hubo nuevas habladurías.

Pero la muchacha había desaparecido como un pedazo de papel increíblemente frágil que hubiera volado al cielo. Se envió la descripción de la muchacha a las ciudades más importantes, y para la policía ese fue el final. Pero no para Fabian. Ella podía haberse muerto o quizá había huido, pero dondequiera que estuviese, él sabía que de una u otra manera la haría volver.

Una noche llegó a su casa llevando consigo su propia oscuridad, y se desplomó en una silla, y antes de saberlo se encontró hablando con el Dulce William en la habitación totalmente negra.

—William, todo ha terminado. ¡No puedo resistir!

Y William exclamó: —¡Cobarde! ¡Cobarde! —desde el aire, sobre la cabeza de Fabián, con voz salida de la nada—. ¡Puedes conseguir que vuelva si quieres!

El Dulce William le chilló y lo palmeó en la noche.— ¡Sí que puedes! ¡Piensa! —insistía—. Piensa una manera. Tú puedes hacerlo. Déjame de lado, enciérrame. Empieza todo de nuevo.

—¿Empezar todo de nuevo?

—Sí —murmuró el Dulce William, y la oscuridad se movió dentro de la oscuridad—. Sí. Compra madera. Compra una fina madera nueva. Compra una madera de grano duro. Compra una hermosa madera muy nueva. Y tállala. Tállala lentamente, cuidadosamente.

Cincela. Corta delicadamente. Haz así las aletas de la nariz. Y talla las cejas negras arqueadas y altas, así, y hazle las mejillas un poco hundidas. Talla, talla ...

—¡No! ¡Es tonto! ¡No podría hacerlo nunca!

—Sí, puedes. Sí, puedes, puedes, puedes...

La voz se desvaneció, como una onda en una corriente de agua subterránea. La corriente creció y devoró a Fabián. La cabeza le cayó hacia adelante. El Dulce William suspiró. Y los dos quedaron allí tendidos como piedras enterradas bajo una catarata.

A la mañana siguiente, John Fabián compró la madera más dura, de grano más fino que pudo encontrar y se la llevó a su casa y la puso sobre la mesa, pero no podía tocarla. Estuvo sentado mirándola durante horas. Era imposible pensar que las manos y la memoria fueran capaces de recrear algo tibio, flexible, familiar, en ese frío pedazo de materia. No había manera de aproximarse ni siquiera remotamente a aquella calidad de lluvia y sol y primer polvo de nieve que cae del otro lado de un vidrio claro en mitad de una noche de diciembre. No había manera, no había manera alguna de atrapar el copo de nieve sin que se derritiera rápidamente entre los dedos torpes.

Y sin embargo el Dulce William hablaba, suspirando y susurrando, después de medianoche: —Puedes hacerlo. Sí, sí, tú puedes hacerlo.

Y entonces Fabián empezó. Le llevó todo un mes tallar las manos para que fueran tan naturales y hermosas como conchillas al sol. Otro mes para que el esqueleto, como la huella de un fósil estampada y oculta en la madera, se mostrara de algún modo, febril e infinitamente delicado, como unas vetas en la carne blanca de una manzana.

Y entre tanto el Dulce William yacía cubierto de polvo en una caja que se iba convirtiendo rápidamente en un verdadero ataúd. El Dulce William que refunfuñaba y silbaba algún débil sarcasmo, alguna crítica acida, algún atisbo, alguna ayuda, pero que se moría, se desvanecía; pronto no lo tocaría nadie, pronto sería como una vaina que se abre en verano y cae y se la lleva el viento.

A medida que pasaban las semanas y Fabian suavizaba, raspaba, pulía la nueva madera, el Dulce William pasaba cada vez más tiempo metido en un silencio abrumador, y un día, mientras Fabian lo sostenía en la mano, el Dulce William pareció mirarlo un momento con ojos desconcertados, y luego un estertor de muerte le subió a la garganta.

Y el Dulce William murió.

Ahora, mientras Fabian trabajaba, un tembloroso, débil intento de lenguaje le empezó muy atrás en la garganta y le repercutió allí como un eco, hablándole silenciosamente como una brisa entre las hojas secas. Y entonces por primera vez sostuvo la muñeca de cierta manera en las manos, y la memoria bajó a los brazos y a los dedos, y de los dedos a la madera ahuecada y las manitas se agitaron y el cuerpo se volvió de pronto suave y flexible y los ojos se abrieron y lo miraron.

Y la pequeña boca se entreabrió apenas una fracción de un centímetro y la muñeca estuvo preparada para hablar y él supo todas las cosas que ella tenía que decirle, supo la primera, la segunda y la tercera cosa que él le haría decir. Hubo un susurro, un susurro, un susurro.

La minúscula cabeza se movió primero para un lado, después para el otro, suavemente. La boca se abrió a medias de nuevo y habló. Y mientras hablaba, él dobló la cabeza y pudo sentir el aliento tibio —¡claro que estaba allí!— que le salía a ella de la boca, y cuando escuchó muy atentamente, alzándola hasta la cabeza, con los ojos cenados, ¿no estaba allí también, suave, dulcemente, el latido del corazón?

Króvitch se quedó quieto en la silla todo un minuto, cuando Fabian dejó de hablar. Por fin dijo: —Ya veo. ¿Y su mujer?

—¿Alyce? Fue mi segunda ayudante, desde luego. Trabajaba duro, y Dios la ayude, me quería. Es difícil ahora saber por qué me casé con ella. No estuvo bien de mi parte.

—¿Y el muerto ... Ockham?

—Nunca lo había visto antes que usted me mostrara el cadáver, ayer en el subsuelo del teatro.

—Fabián —dijo el detective.

—¡La verdad, la verdad, demonios, juro que es la verdad!

—La verdad. —Fue un susurro como el mar cuando llega a la orilla gris por la mañana temprano. El agua reflúa en la arena en un fino encaje. El cielo estaba frío y vacío. No había gente en la orilla. El sol se había ido. Y el susurro dijo de nuevo—: La verdad.

Fabián se sentó muy tieso y se tomó las rodillas con las manos delgadas. Tenía la cara rígida. Króvitich se encontró haciendo el mismo movimiento que el día antes: mirando el techo gris como si fuera un cielo de noviembre y un pájaro solitario pasara y se fuera, gris en el frío gris.

—La verdad. —El sonido era más leve.— La verdad.

Króvitich se levantó y se movió con mucho cuidado hasta el extremo del camarín donde estaba abierta la caja de oro y dentro de la caja la cosa que susurraba, hablaba y a veces podía reírse y a veces podía cantar. Tomó la caja dorada y la puso delante de Fabián y esperó a que él metiera la mano viviente en la delicada oquedad, como un guante, y esperó a que la bonita boca se estremeciera y los ojitos miraran. No tuvo que esperar mucho.

—La primera carta llegó hace un mes.

—No.

—La primera carta llegó hace un mes.

—¡No, no!

—La carta decía: "Riabúchinska, nacida en 1914, muerta en 1935. Nacida de nuevo en 1935." El señor Ockham era prestidigitador. Había estado en el mismo programa con John y el Dulce William años atrás. Recordaba que alguna vez había habido una mujer, antes de que hubiera una marioneta.

—¡No, no es cierto!

—Sí —dijo la voz.

La nieve caía en el camarín, en silencios y silencios cada vez más profundos. La boca de Fabián temblaba. Miró las paredes vacías como buscando una nueva puerta por donde escapar. Se levantó a medias de la silla. —Por favor...

—Ockham lo amenazó con hablarle de nosotros a todo el mundo.

Króvitich vio que la muñeca se estremecía, vio el temblor de los labios, vio los ojos de Fabian muy abiertos y fijos y la garganta convulsa y apretada como para detener el susurro.

—Yo... yo estaba en la habitación cuando llegó el señor Ockham. Estaba en mi caja y escuché y oí, y sé. —La voz se hizo confusa, luego se recobró y prosiguió.— El señor Ockham amenazó con hacerme pedazos, con quemarme si John no le pagaba mil dólares. Y de pronto hubo el ruido de una caída. Un grito. Me pareció que la cabeza del señor Ockham golpeaba el piso. Oí que John gritaba, lo oí maldecir, lo oí sollozar. Escuché un jadeo y un ahogo.

—¡No oíste nada! ¡Eres sorda, eres ciega! ¡Eres de madera! —gritó Fabian.

—¡Pero oigo! —dijo ella, y se detuvo como si alguien le hubiera puesto una mano sobre la boca.

Fabian se había incorporado de un salto y se quedó con la muñeca en la mano. La boca golpeó dos, tres veces, y habló al fin. —El ruido de ahogo pasó de pronto. Escuché a John que arrastraba al señor Ockham por las escaleras hasta el subsuelo del teatro, donde están los viejos camarines que hace años no se usan. Abajo, abajo, abajo, los escuché irse, cada vez más lejos... más abajo.

Króvitch dio un paso atrás como si estuviera viendo una película que de pronto se había vuelto monstruosamente grande. ¡Las figuras lo aterraban y lo asustaban, eran dominantes, inmensas! Amenazaban aplastarlo. Alguien había aumentado el sonido y se oía un chillido ahora.

Vio los dientes de Fabian, una mueca, un susurro, un puño que se cerraba. Vio que los ojos del hombre se cerraban con fuerza.

Ahora la voz suave era tan alta y débil que temblaba apagándose.

—No estoy hecha para vivir así. No nos queda nada. Todo el mundo sabrá, todo el mundo. Incluso anoche cuando lo mataste y me quedé dormida, soñé. Supe, comprendí. Los dos supimos, los dos comprendimos que estos serían nuestros últimos días, nuestras últimas horas. Porque si bien he vivido con tu debilidad y con tus mentiras, no puedo vivir con algo que mata y hace daño cuando mata. No hay manera de ir adelante ahora. ¿Cómo puedo vivir sabiéndolo? ...

Fabian sostuvo a la muñeca a la luz del sol que brillaba turbiamente en la ventana del pequeño camarín. Ella lo miró y no tenía nada en los ojos. La mano de Fabian se estremeció, sacudiendo la marioneta. La boquita se abrió y se cerró, se abrió y se cerró, se abrió y se cerró, una y otra y otra vez. Silencio.

Fabian se llevó incrédulamente los dedos a la boca. Una película le cubrió los ojos. Parecía un hombre perdido en la calle, que trata de recordar el número de cierta casa, que trata de encontrar cierta ventana con cierta luz. Se tambaleó, clavando los ojos en las paredes, Króvitch, la muñeca, la mano vacía. Volvió los dedos hacia arriba, se tocó la garganta, abrió la boca. Escuchó.

En una caverna a kilómetros de distancia, una sola ola vino del mar y susurró deshaciéndose en espuma. Una gaviota se movió silenciosa, sin batir las alas, una sombra.

—Se ha ido. Se ha ido. No la encuentro. Ha huido. No la encuentro. No la encuentro. Hago todo lo que puedo, pero ha escapado, lejos. ¿Me ayudará usted? ¿Me ayudará a encontrarla? ¿Me ayudará a encontrarla? Por favor, ¿me ayudará a encontrarla?

Riabúchinska se deslizó descoyuntada de la mano floja, se dobló y resbaló silenciosamente al suelo frío, los ojos cerrados, la boca cerrada.

Fabian no la miró cuando Króvitch lo llevó hacia la puerta.

## EL MENDIGO DEL PUENTE DE O'CONNELL

—Un tonto —dije—. Eso es lo que soy.

—¿Por qué? —preguntó mi mujer—. ¿En qué?

Me quedé cavilando junto a nuestra ventana del tercer piso del hotel. Abajo, en la calle de Dublín, pasó un hombre, levantando la cara hacia el farol.

—El —murmuré—. Hace dos días...

Dos días atrás, yo iba caminando y alguien me silbó desde la entrada de servicio del hotel. —¡Señor, es importante! ¡Señor!

Me volví en la sombra. Aquel hombrecito, en el tono más directo, me dijo entonces:

—¡Tendría un empleo en Belfast si consiguiera sólo una libra para pagarme el tren!

Vacilé.

—¡Un empleo importantísimo! —prosiguió rápidamente—. ¡Bien pagado! ¡Le... le devolveré el préstamo por correo! Basta con que me dé su nombre y el hotel. Me había reconocido como turista. Era demasiado tarde, la promesa de devolución me había conmovido. El billete de una libra me crujó en la mano, cuando lo separé de varios otros.

Los ojos del hombre miraron de soslayo como disimulando.

—Y si tuviera dos libras, bueno, podría comer en el camino.

Desenrosqué dos billetes.

—Y con tres libras podría llevar a la patrona, para no dejarla sola.

Solté un tercero.

—¡Ah, maldita sea! —exclamó el hombre—. ¡Con cinco, con sólo cinco libras miserables, encontraríamos un hotel en esa ciudad brutal y seguramente me darían el empleo!

Luchaba como un bailarín, ligero sobre las puntas de los pies, entrando y saliendo, yendo y viniendo, palmeando, haciendo revolotear los ojos, sonriente de boca, parlanchín de lengua.

—¡Dios se lo agradezca, que El lo bendiga, señor! Corrió llevándose mis cinco libras.

Estaba casi en el hotel cuando me di cuenta de que a pesar de tantos juramentos el hombrecito no había anotado mi nombre.

—¡Maldición! —exclamé.

—¡Maldición! —exclamé ahora, con mi mujer detrás de mí, junto a la ventana.

Porque allí abajo pasaba el mismo individuo que tenía que haber estado en Belfast dos noches antes.

—Oh, lo conozco —dijo mi mujer—. Me detuvo a mediodía. Quería dinero para tomar el tren a Galway.

—¿Se lo diste?

—No —dijo mi mujer simplemente.

Entonces ocurrió lo peor. ¡El demonio que estaba abajo, en la acera, miró hacia arriba y que me maten si no me hizo un saludo!

Tuve que contenerme para no devolvérselo. Una sonrisa como una mueca de asco jugó en mis labios.

—Se ha puesto de tal modo que detesto salir del hotel —dije.

—Hace frío afuera, es cierto. —Mi mujer estaba cerrándose el abrigo.

—No —dije—. No es por el frío. Es por ellos.

Y miramos de nuevo por la ventana.

Allí estaba la calle empedrada de Dublín con el viento de la noche que soplaba un fino hollín en dirección a Trinity College, por un lado, y por otro a St. Stephen's Green. Enfrente, junto a la bombonería, había dos hombres momificados en las sombras. En la esquina, un solo hombre, con las manos hundidas en los bolsillos, se compadecía de sus sepultos huesos, con una mordaza de hielo por barba. Más lejos, en el vano de una puerta, un paquete de periódicos viejos se movía como un montón de ratas y le deseaba

a uno lo mejor si acertaba a pasar por allí. Abajo, junto a la entrada del hotel, había una mujer como una rosa de recalentado invernáculo con un atado misterioso.

—Ah, los mendigos —dijo mi mujer.

—No, no precisamente "ah, los mendigos" —dije—, sino ah, la gente en las calles, que de algún modo se convierten en mendigos.

—Parece una película. Todos allí abajo esperando en la oscuridad que salga el héroe.

—El héroe —dije—. Soy yo, diablos.

Mi mujer me echó una mirada penetrante. —¿No les tendrás miedo?

—Sí, no. Diablos. La mujer del atado es la peor. Es una fuerza de la naturaleza, eso. Te asalta con su pobreza. En cuanto a los otros ... para mí son ahora una gran partida de ajedrez. ¿Cuánto hace que estamos en Dublín, ocho semanas? Ocho semanas sentado aquí con mi máquina de escribir, estudiando las horas de entrada y de salida. Cuando hacen la pausa del café, yo también, corro a la bombonería, a la librería, al Teatro Olympia. Si salgo en el momento adecuado, no hay limosnas, no es necesario que troten hasta la peluquería o la cocina. Conozco todas las salidas secretas del hotel.

—Señor —dijo mi mujer—, pareces abatido.

—Lo estoy. ¡Pero sobre todo por el mendigo del puente de O'Connell!

—¿Cuál?

—Es cierto, cuál. Es maravilloso, aterrador. Lo odio, lo amo. Verlo es ya desconfiar. Ven.

El ascensor, que había frecuentado aquel pozo descuidado durante cien años, subió al cielo balanceándose, arrastrando las impías cadenas y los espantosos intestinos. La puerta se abrió. El ascensor gruñó como si le hubiéramos pisado la barriga. Con grandes protestas de tedio, el fantasma se hundió de vuelta en la tierra, con nosotros adentro.

En el camino mi mujer dijo: —Si mantuvieras la cara derecha, los mendigos no te molestarían.

—Mi cara —expliqué pacientemente— es mi cara. Es de Pastel de Manzana, Wisconsin, Sarsaparrilla, Maine. Llevo escrito en la frente: "Bueno con los perros" para que todos lo lean. Deja que la calle esté vacía, deja que yo salga y se aparece una multitud de pedigüños en huelga, de todas las bocas de tormenta en varios kilómetros a la redonda.

—Si por lo menos —dijo mi mujer— aprendieras a mirar por encima, alrededor o a través de esa gente, a mirarla *bajando* los ojos. —Pensó un momento.— ¿Quieres que te muestre cómo manejarlos?

—¡Muy bien, muéstrame! ¡Adelante!

De un empujón abrí de par en par las puertas del ascensor y atravesamos la recepción del Royal Hibernian Hotel echando una mirada de reojo a la noche de hollín.

—Jesús ven y ayúdame —murmuré—. Ahí están, las cabezas levantadas, los ojos inflamados. Ya huelen a pastel de manzana.

—Te espero en la librería dentro de dos minutos —dijo mi mujer—. Observa ahora.

—¡Espera! —exclamé.

Pero ella ya estaba del otro lado de la puerta, bajaba los peldaños y seguía por la acera.

Observé, la nariz pegada al vidrio.

Los mendigos de una esquina, los otros, los de enfrente, los que estaban cruzando en diagonal desde el hotel, se inclinaron hacia mi mujer. Les resplandecían los ojos.

Mi mujer los miró con calma un largo rato.

Los mendigos vacilaron, y estoy seguro que les crujieron los zapatos. Después se les asentaron los huesos. Se les cayeron las bocas. Los ojos se apagaron. Las cabezas se hundieron.

Sopló el viento.

Con un tat-tat de tamborcito, los zapatos de mi mujer se alejaron animadamente, desapareciendo.

Desde la Bodega, abajo, oí llegar música y carcajadas. Bajaré corriendo, pensé y me zamparé un trago fuerte. Después, con resucitado coraje ...

Caramba, pensé, y abrí de un empujón la puerta.

El efecto fue como si alguien hubiera golpeado una vez un gongo mongólico de bronce.

Creí oír una tremenda aspiración de aire.

Después escuché suelas de zapatos que sacaban chispas al empedrado. Los hombres venían corriendo, salpicando de luciérnagas los ladrillos con los grandes clavos de los zapatos. Vi manos que se agitaban. Las bocas se abrieron en sonrisas como viejos pianos.

Calle abajo, en la librería, mi mujer esperaba, vuelta de espaldas. Pero el tercer ojo que tenía en la nuca debió de haber pescado la escena: Colón recibido con júbilo por los indios, San Francisco entre sus amigas ardillas con una bolsa de avellanas. Durante un momento terrible me sentí como un papa en el balcón de San Pedro y abajo un tumulto, o por lo menos los Timultys.

Estaba en mitad de los peldaños cuando una mujer se vino a la carga, arrojándome el bulto desenvuelto.

—¡Ah, mire a este pobre niño! —gimió. Contemplé al bebé.

El bebé también me miró.

Dios de los cielos, aquella cosa sagaz me hizo una guiñada, ¿sí o no?

Me he vuelto loco, pensé; los ojos del nene están cerrados. La mujer lo ha llenado de cerveza para mantenerlo caliente y en exhibición.

Mis manos, mis monedas, se desparramaron entre ellos.

—¡Alabado sea!

—¡El niño se lo agradece, señor!

—Ah, claro. ¡Sólo quedamos unos pocos!

Pasé entre ellos y seguí, siempre corriendo. Derrotado, podía haber seguido el resto del camino lentamente, arrastrando los pies, con mi resolución como masilla en la boca, pero no, seguí corriendo, pensando. ¿El bebé es real, verdad? ¿No es un maniquí? No. Yo lo había oído llorar muchas veces. Grandísima tal por cual, pensé, lo pellizca cuando ve llegar a Okeemogo, de Iowa. Cínico, exclamé en silencio, y respondí: No... cobarde.

Mi mujer, sin volverse, vio mi reflejo en la vitrina de la librería y me hizo una seña con la cabeza.

Me detuve para recobrar el aliento, meditando sobre mi propia imagen: los ojos febriles, la boca indefensa y exaltada.

—Muy bien, dilo —suspiré—. Es la cara que pongo.

—Me encanta la cara que pones. —Ella me tomó del brazo.— Me gustaría poder hacerlo.

Miré hacia atrás mientras uno de los mendigos desaparecía a grandes zancadas en la oscuridad llevándose mis chelines.

—Sólo quedamos unos pocos —dije en voz alta—. ¿Qué quiso decir con eso?

—Sólo quedamos unos pocos. —Mi mujer miraba las sombras.— ¿Eso dijo?

—Es como para pensarlo. ¿Unos pocos de qué? ¿Dónde quedan?

La calle estaba vacía ahora. Había empezado a llover.

—Bueno —dije por fin—, déjame que te muestre el misterio todavía mayor, el hombre que me provoca extrañas y salvajes furias, y luego me calma hasta la delicia. Resuélvelo y resolverás el misterio de todos los mendigos que en el mundo han sido.

—¿En el puente de O'Connell? —preguntó mi mujer.

—En el puente de O'Connell —dije.

Y seguimos andando bajo la lluvia suave y brumosa.

A medio camino, mientras examinábamos un hermoso cristal irlandés en un escaparate, una mujer que llevaba un chai en la cabeza me tocó el codo.

—¡Perdida! —La mujer sollozó.— Mi pobre hermana. ¡Cáncer, dijo el doctor, se muere en un mes! ¡Y yo con tantas bocas que alimentar! ¡Ah, Dios, si por lo menos tuviera usted un penique!

Sentí que el brazo de mi mujer apretaba el mío.

Miré a la mujer, dividido como siempre, entre una mitad que decía: "¡No pide más que un penique!", mientras la otra dudaba: "¡Mujer astuta, sabe que pidiendo de menos le darán de más!" y odiándome a mí mismo por la batalla de las dos mitades.

Contuve el aliento. —Usted es...

—¿Soy qué, señor?

¡Pero si es la mujer que estaba junto al hotel con el bebé envuelto!, pensé.

—¡Estoy enferma! —La mujer se escondió en la oscuridad.— Enferma de llorar por alguien que está medio muerta.

Has metido al nene en alguna parte, pensé, y te has puesto un chai verde en vez del chai gris y has corrido para salirnos aquí al paso.

—Cáncer... —Una campana en su torre, y sabía cómo hacerla sonar.— Cáncer ...

Mi mujer la interrumpió. —Perdóneme, ¿pero no es usted la misma mujer que acabamos de encontrar en el hotel?

Tanto la mujer como yo nos sobresaltamos ante esta insubordinación jerárquica. ¡Eso no se hace!

La cara de la mujer se encogió. Miré más de cerca. Ah, sí, Dios mío, era una cara diferente. No podía sino admirarla. La mujer sabía, sentía, había aprendido lo que los actores saben, sienten, aprenden: que arremetiendo, chillando, todo arrogancia de labios orgullosos en un momento, se es un personaje; y que hundiéndose, cediendo, encogiendo la boca y achicando los ojos en una lastimosa caída, se es otro. La misma mujer, sí, ¿pero la misma cara y el mismo papel? Evidentemente no.

Me dio un último golpe bajo.

—Cáncer.

Cedí.

Hubo entonces una breve lucha cuerpo a cuerpo, en cierto modo me entendí con una de las mujeres y me desentendí de la otra. La esposa perdió mi brazo y la extraña encontró mi cartera. Y como si anduviera sobre patines, dio la vuelta como una flecha\* en la esquina, sollozando de felicidad.

—¡Señor! —Con reverencia, la vi irse.— Ha estudiado a Stanislavsky. Dice en un libro que bizqueando de un ojo y torciendo un labio hacia el costado, es como si uno se disfrazara. Me pregunto si se animará a presentarse en el hotel cuando volvamos.

—Me pregunto —dijo mi mujer— cuándo dejará mi marido de admirar una actuación tipo teatro Abbey y empezará a criticarla.

—¿Pero y si fuera cierto? ¿Si fuera cierto todo lo que dijo? ¿Y si ha vivido tanto tiempo gracias a que ya no puede llorar más, y tiene que actuar como en el teatro para sobrevivir? ¿Si fuera así?

—No puede ser cierto —dijo mi mujer lentamente—. Simplemente no lo creo.

Pero aquella sola campana seguía sonando en alguna parte de la oscuridad de humo de chimenea.

—Aquí —dijo mi mujer— es donde doblamos para ir al puente de O'Connell, ¿verdad?

—Aquí.

Aquella esquina quedó probablemente desierta bajo la lluvia que siguió cayendo, mucho tiempo después de habernos ido.

Allí estaba el puente de piedra gris que llevaba el gran nombre de O'Connell, y el río Liffey que arrastraba debajo aguas grises y frías. Ya desde una cuadra de distancia escuché una débil canción. Mi mente dio un gran salto atrás, hasta diciembre.

—Navidad —murmuré— es la mejor época de todas en Dublín.

Para los mendigos, quise decir, pero no lo dije.

Porque la semana anterior a Navidad, las calles de Dublín rebosan de bandadas de niños, como cuervos guiados por maestros o monjas. Se arraciman en las puertas, atisban desde los vestíbulos de los teatros, se empujan en los callejones, con *Dios les dé un buen descanso caballeros* en los labios, y *Ocurrió en una clara medianoche* en los ojos, panderetas en la mano, copos de nieve como un cuello gracioso en los tiernos pescuezos. En ese tiempo Dublín canta en todas partes, y no hubo noche que mi mujer y yo no camináramos por Grafton Street para escuchar *Lejos en los establos* cantado junto a la cola del cine, o *La fiesta de la casa* frente a la taberna de las Cuatro Provincias. Una noche, en tiempo navideño, contamos en total medio centenar de bandas de niñas de escuelas de monjas o niños de la secundaria que entrelazaban el aire frío con canciones que iban y venían, como una lanzadera arriba y abajo, de una punta a la otra de Dublín. Como caminar bajo una nevada; no se podía andar por allí sin que lo tocaran a uno. Dulces mendigos, así los llamaba yo, que mientras te vas devuelven lo que les has dado.

No era raro entonces que hasta los mendigos más zaparrastrosos de Dublín se lavaran las manos, se remendaran la raída sonrisa, pidieran prestado un banjo o compraran un violín e hicieran rechinar los dientes. Hasta se juntaban para cantar a cuatro voces. ¿Cómo podían quedarse callados cuando la mitad del mundo cantaba y la otra mitad, ociosa en el río melodioso, pagaba con gusto, alegremente, por otra canción?

De modo que Navidad era excelente para todos; los mendigos trabajaban ... desafinando, es cierto, pero allí estaban, una vez al año, ocupados.

Pero Navidad había terminado, los niños, dulces como caramelo, de vuelta en las pajareras y los mendigos de la ciudad, callados y contentos con el silencio, de vuelta a sus costumbres de desocupados. Todos salvo los mendigos del puente de O'Connell, que trataban el año entero de devolver los bienes recibidos.

—Tienen dignidad —decía mi mujer, caminando—. Me alegro de que este hombre rasguee una guitarra, y de que el otro toque el violín. ¡Y aquél, santo Dios, en el centro mismo del puente!

—¿El hombre que estamos buscando?

—Es él. Exprimiendo el acordeón. Está bien como espectáculo. O así me parece.

—¿Qué quieres decir con eso de que así te parece? Es ciego, ¿verdad?

Estas crudas palabras me chocaron, como si mi mujer hubiera dicho algo indecente.

La lluvia caía dulce, suavemente sobre la piedra gris de Dublín, la piedra gris del muelle, la lava gris y móvil del río.

—Ese es el problema —dije al final—. No lo sé.

Y los dos, al pasar, miramos al hombre que estaba de pie allí en el centro mismo del puente de O'Connell.

Era un hombre no muy alto, una encorvada estatua sacada quizá de algún jardín, y tenía las ropas, como las ropas de la mayoría en Irlanda, demasiado lavadas por la intemperie, y el pelo demasiado agrisado por el humo del aire, y las mejillas manchadas de barba, y uno o dos mechones de pelo inútil en cada oreja, y las mejillas encendidas de alguien que ha estado demasiado tiempo al frío y ha bebido demasiado en la taberna quizá para estar otra vez demasiado tiempo al frío. Unos anteojos oscuros le ocultaban los ojos, y no se podía decir qué había del otro lado. Yo había empezado a preguntarme, semanas atrás, si esa mirada me seguía, condenando mi velocidad culpable, o si sólo los oídos percibían el paso de una atormentada conciencia. Había aquel terrible miedo de que yo le arrebatara al pasar los anteojos de la nariz. Pero mucho más temía yo el posible abismo en el que mis sentidos, con un terrible rugido, podían tropezar y caer. Era preferible no saber si detrás de los vidrios ahumados se abrían ojos de civeta o espacios interestelares.

Pero había una razón especial por la que yo no podía aguantar al hombre.

Durante dos buenos meses lo había visto bajo la lluvia, el viento y la nieve, allí de pie, sin gorra ni sombrero en la cabeza.

Era el único hombre en toda Dublín a quien yo veía bajo los aguaceros y las lloviznas, de pie y solo, con la humedad colándosele por las orejas, corriéndole por el pelo rojo ceniza, que se le pegaba al cráneo, escurriéndosele por las cejas y goteándole por los lentes de insecto negro carbón a la nariz perlada por la lluvia.

La lluvia le bajaba por los costurones de las mejillas, por las arrugas que le rodeaban la boca, por la barbilla, como una tormenta por la piedra de una gárgola. El agudo mentón le goteaba regularmente como una espita mal cerrada hasta la bufanda de *tweed* y el abrigo color locomotora.

—¿Por qué no usa sombrero? —dije de pronto.

—Bueno —dijo mi mujer—, quizá no lo tiene.

—Tiene que tenerlo.

—Baja la voz.

—Tiene que tenerlo —dije en voz más baja.

—Quizá no le alcanza el dinero.

—No hay nadie tan pobre, ni siquiera en Dublín. ¡Todo el mundo tiene por lo menos una gorra!

—Quizá tiene cuentas que pagar, o a alguien enfermo.

—Pero estar durante semanas y meses, bajo la lluvia, sin doblar la cabeza ni volverla, ignorar la lluvia, está más allá de lo concebible. —Sacudí la cabeza.— No puedo sino pensar que es una triquiñuela. Tiene que ser. Como en los otros, esta es su manera de ganarse la simpatía de la gente, hacer que uno se sienta helado y miserable como él, y le dé más.

—Apuesto a que ya lamentas haberlo dicho —dijo mi mujer.

—Sí. Lo lamento. —Porque aún con gorra la lluvia me corría por la nariz.— Dios de los cielos, ¿cuál es la respuesta?

—¿Por qué no se lo preguntas?

—No. —Eso me daba todavía más miedo.

Entonces ocurrió lo último, algo que correspondía al hecho de que el hombre estuviera con la cabeza descubierta bajo la lluvia.

Durante un momento, mientras hablábamos a cierta distancia, el hombre había guardado silencio. Ahora, como si la intemperie acabara de devolverlo a la vida, le dio una sacudida al acordeón. De la caja que se estiraba y encogía como una serpiente, estrujó una serie de notas asmáticas que no eran una introducción a lo que vino luego.

El hombre abrió la boca. Cantó.

La dulce y clara voz de barítono que corrió por el puente de O'Connell, regular y segura, era de una entonación hermosa y firme, sin un temblor, sin una falla. El hombre se limitó a abrir la boca, y fue como si se le hubiesen abierto en el cuerpo toda clase de puertas secretas. No parecía tanto que cantara sino que el alma se le hubiese soltado.

—Oh —dijo mi mujer— qué hermosura.

—Una hermosura —asentí.

Lo escuchamos cantar toda la ironía de la Hermosa Ciudad de Dublín donde llueve en invierno treinta centímetros por mes, seguida por la claridad de vino blanco de Kathleen Mavourneen, Macushlah y los otros fatigados zagales, doncellas, colinas, pasadas glorias, presentes miserias, pero todo como si en cierto modo hubiera renacido y circulara joven y recién pintado en la liviana primavera, en una súbita negación de la lluvia de invierno. Si el hombre respiraba de algún modo, tenía que ser por las orejas, tan suave era la línea, tan regular la emisión de las palabras que se seguían redondas una tras otra.

—Pero si podría estar en un escenario —dijo mi mujer.

—Quizá lo estuvo alguna vez.

—Oh, es demasiado bueno para estar ahí.

—Lo he pensado a menudo.

Mi mujer manoteó el bolso. Pasé la mirada de ella al cantor, con la lluvia que le caía en la cabeza descubierta, y se le escurría por el pelo pegado como un barniz, temblándole en los lóbulos de las orejas. Mi mujer tenía el bolso abierto.

Y entonces, la extraña perversidad. Antes que mi mujer pudiera acercarse al cantor, la tomé del codo y la llevé al otro lado del puente. Ella se resistió un momento, echándome una mirada, y al fin cedió.

Mientras nos íbamos por las orillas del Liffey, el hombre empezó una nueva canción, una que hemos oído a menudo en Irlanda. Miré por encima del hombro y allí estaba, la cabeza orgullosa, los anteojos negros que recibían el chaparrón, la boca abierta y la voz hermosa y clara:

*"Me alegraré cuando estés muerto  
en tu tumba, viejo,  
me alegraré cuando estés muerto  
en tu tumba, viejo,  
me alegraré cuando estés muerto,  
con flores sobre la cabeza,  
y entonces me casaré con el jornalero..."*

Sólo después, mirando hacia atrás, ves que mientras hacías todas las otras cosas de la vida, trabajando en un artículo sobre una parte de Irlanda en el hotel batido por la lluvia, llevando a tu mujer a comer, vagando por los museos, también tenías puesto el ojo en la calle y en aquellos que se servían sirviendo.

Los mendigos de Dublín, ¿quién se molesta en preguntarse sobre ellos, en mirarlos, verlos, conocerlos, entenderlos? Sin embargo la película exterior del ojo ve y la película interior de la mente registra, y uno mismo, preso entre ambas, ignora el raro servicio de que son capaces estas dos mitades de un brillante sentido.

Es lo que hice y no me preocupé de los mendigos. Así huí de ellos o caminé para encontrarlos, alternativamente. Así oí sin oír, pensé sin pensar:

“¡Sólo quedamos unos pocos!”

Un día tuve la seguridad de que el hombre gárgola que tomaba su ducha diaria en el puente de O'Connell mientras cantaba ópera irlandesa, no era ciego. Y a continuación que su cabeza era para mí una masa de oscuridad.

Una tarde me descubrí detenido delante de una tienda de artículos de *tweed*, cerca del puente de O'Connell, mirando, mirando una pila de buenas, y gruesas gorras. Yo no necesitaba otra, tenía una provisión para toda la vida en una maleta, pero entré allí a gastar el dinero en una fina y abrigada gorra de color castaño, y la tomé en mis manos y le di vueltas y más vueltas, como en un extraño trance.

—Señor —dijo el vendedor—. La gorra es número siete. Me parece que la cabeza de usted, señor, es siete y medio.

—Esta me servirá. Esta me servirá. —Me metí la gorra en el bolsillo.

—Permítame que se la envuelva, señor...

—¡No! —Con las mejillas encendidas, sospechando de pronto lo que yo estaba por hacer, salí volando.

Allí estaba el puente bajo la suave llovizna. Todo lo que necesitaba hacer ahora era caminar...

En medio del puente, faltaba mi cantor.

En lugar del cantor, un viejo y una vieja le daban a la manivela de un organillo que parecía un piano y que chillaba y tosía como un molinillo de café alimentado a vidrio y piedras, y que no emitía melodías sino una grande y melancólica especie de indigestión de hierro.

Esperé a que la canción, si era una canción, terminara. Sobé la gorra nueva de *tweed* en el puño transpirado mientras el organillo lanzaba pinchazos, detonaciones y estampidos.

—¡El diablo te lleve! parecían decir el viejo y la vieja, furiosos con el trabajo, las caras amenazadoramente pálidas, los ojos enrojecidos bajo la lluvia—. ¡Páganos! ¡Escucha! ¡Pero no te daremos una melodía! ¡Invéntala tú! —decían los labios mudos.

Y allí en el sitio donde el mendigo sin gorra cantaba siempre, pensé: ¿Por qué no toman un quinto del dinero que ganan en un mes y afinan la cosa? ¡Si yo le diese a la manivela, me gustaría que saliera una melodía, por lo menos para mí! Si estuvieras tú dándole a la manivela, contesté. Pero no estás. Y es evidente que detestan el oficio de mendigar, quién podría condenarlos, y no quieren devolver una canción familiar como recompensa.

Qué diferente de mi amigo sin gorra.

¿Mi amigo?

Pestañeeé sorprendido, después di un paso y saludé con un ademán.

—Disculpen. El hombre del acordeón...

La mujer dejó de sacudir la manivela y me miró fijo.

—¿Ah?

—El hombre sin gorra bajo la lluvia.

—¡Ah, ése! —dijo bruscamente la mujer.

—¿No ha venido hoy?

—¿Usted lo ve? —gritó la mujer.

Empezó a darle a la manivela del infernal aparato. Puse un penique en la taza de latón. La mujer me miró de reojo como si hubiera escupido en la taza. Puse otro penique. La mujer se detuvo.

—¿Sabe dónde está? —pregunté.

—Enfermo. En cama. ¡Este frío maldito! Lo oímos irse tosiendo.

—¿Sabe dónde vive?

—¡No!

—¿Sabe cómo se llama?

—Vamos, ¿quién puede saberlo?

Me quedé allí, sintiéndome perdido, pensando en el hombre, solo, en alguna parte de la ciudad. Miré tontamente la gorra nueva.

Los dos viejos me observaban incómodos.

Eché un último chelín en la taza.

—Se pondrá bien —dije, no a ellos sino a alguien, esperanzado, a mí mismo.

La mujer levantó la manivela. El armatoste soltó una andanada de vidrios y hierros viejos en su horrible interior.

—La melodía —dije como atontado—. ¿Cómo se llama?

—¿Usted es sordo? —estalló la mujer—. ¡Es el himno nacional! ¿No le molestaría quitarse la gorra?

Le mostré la gorra nueva que tenía en la mano.

La mujer echó una mirada hacia arriba.

—¡La suya, hombre la suya!

—¡Oh! —Ruborizándome, me saque la vieja gorra de la cabeza.

Ahora tenía una gorra en cada mano.

La mujer movía la manivela. Salía "música". La lluvia me caía en la frente, los párpados, la boca.

En el extremo del puente me detuve ante la dura, lenta decisión: ¿cuál de las gorras me pondría en el cráneo empapado?

La semana siguiente atravesé el puente varias veces, pero allí estaba siempre la pareja de viejos con su artefacto demoníaco, y absolutamente nadie más.

En nuestro último día de Dublín, mi mujer se dispuso a guardar la gorra nueva de *tweed*, junto con las otras mías, en la maleta.

—Gracias, no. —Se la quitó.— Déjala afuera, sobre la repisa de la chimenea, por favor. Sí.

Aquella noche el gerente del hotel trajo una botella de despedida a nuestro cuarto. La charla fue agradable y larga, se hizo tarde, el fuego de la chimenea era como un león anaranjado, grande y vivo, había coñac en los vasos y silencio por un momento en la habitación, quizá porque descubrimos de pronto que el silencio caía en grandes copos suaves del otro lado de las altas ventanas.

El gerente, vaso en mano, observó el encaje continuo, miró hacia abajo las piedras de medianoche y al fin dijo, en voz muy baja: —Sólo quedamos unos pocos.

Me volví hacia mi mujer y ella me miró.

El gerente se dio cuenta.

—¿Así que lo conocen? ¿El se los ha dicho?

—Sí. ¿Pero qué significa la frase?

El gerente observó todas aquellas figuras allí abajo, de pie en las sombras, y tomó un trago.

—Alguna vez pensé que quería decir que había peleado con el Ejército Rebelde de Irlanda y que quedaban unos pocos de ellos. Pero no. O que quizá quería decir que en un mundo más rico la población de los mendigos va desapareciendo. Pero tampoco es eso. Quizá quiera decir entonces que no hay muchos "seres humanos" que miren, que vean lo que miran, y entiendan que hay uno que pide y otro que da. Todo el mundo está tan ocupado, corriendo por aquí, saltando por allá, que no queda tiempo para que nos miremos los unos a los otros. Pero sospecho que esto tiene que ser una tontería, una invención, pamplinas sentimentales.

Se volvió a medias desde la ventana. —¿Así que ustedes conocen lo de "Sólo quedamos unos pocos", verdad?

Mi mujer y yo asentimos.

—¿Entonces conocen a la mujer del bebé?

—Sí —dije.

—¿Y la del cáncer?

—Sí —dijo mi mujer.

—¿Y el hombre que necesita dinero para pagarse el tren a Cork?

—Belfast —dije yo.

—Galway —dijo mi mujer.

El gerente sonrió tristemente y volvió a la ventana.

—¿Y qué hay de la pareja del piano mecánico que no toca ninguna melodía?

—¿Alguna vez la ha tocado? —pregunté.

—No desde que yo era chico.

La cara del gerente se había ensombrecido.

—¿Conocen al mendigo del puente de O'Connell?

—¿Cuál? —pregunté.

Pero yo sabía cuál, porque estaba mirando la gorra, allí, en la repisa de la chimenea.

—¿Ha visto el diario de hoy? —preguntó el gerente.

—No.

—La noticia aparece al pie en la página cinco del *Irish Times*. Dicen que sencillamente se cansó. Y arrojó el acordeón al río Liffey. Y él saltó detrás.

¡Entonces había vuelto ayer! pensé. ¡Y yo no había pasado!

—Pobre diablo. —El gerente rió con una risa hueca.— Qué manera divertida, horrible de morir. El maldito y estúpido acordeón, los odio, ¿usted no?, silbando en la caída como un gato enfermo, y el hombre que cae detrás. Me río y me da vergüenza reírme. Bueno. No han encontrado el cuerpo. Todavía lo están buscando.

—¡Oh Dios! —exclamé, poniéndome de pie—. ¡Ah, maldición!

El gerente me miró atentamente, sorprendido. —Usted no podía impedirlo.

—¡Podía! ¡Nunca le di un penique, ni uno! ¿Y usted? —Ahora que lo pienso, tampoco.

—¡Pero usted es peor que yo! —protesté—. Yo lo he visto a usted por la ciudad, desparramando peniques a manos llenas. ¿Por qué a él no, por qué?

—Quizá porque me parecía que exageraba.

—¡Sí, diablos! —Yo estaba ahora junto a la ventana también, mirando a través de la nieve que caía.— Pensé que esa cabeza descubierta era una triquiñuela para que yo lo compadeciese. ¡Maldita sea, al cabo de un tiempo uno llega a pensar que todo es una triquiñuela! Yo pasaba por allí en las noches de invierno con esa lluvia cerrada y él allí cantando y me hacía sentir tanto frío que lo odiaba a muerte. Me pregunto cuántos otros han sentido frío y lo han odiado por eso. Así que el hombre nunca tenía nada en la escudilla. Lo metí en el mismo saco que a los demás. Pero quizá era uno de los auténticos, los pobres que se inician justo este invierno, no uno que ha sido mendigo desde siempre, sino uno nuevo que no empeña la ropa para llenarse la barriga y ahí va bajo la lluvia, sin sombrero.

La nieve caía espesa, borrando los faroles y las estatuas en las sombras.

—¿Cómo puede usted saber la diferencia que hay entre ellos? —pregunté—. ¿Cómo se puede juzgar quién es sincero y quién no?

—El caso es —dijo el gerente con calma— que no se puede. No hay diferencia entre ellos. Algunos han estado en la cosa más tiempo que otros y se han vuelto astutos, olvidando cómo empezó todo mucho tiempo atrás. Un sábado tenían qué comer. El domingo no. El lunes pidieron dinero prestado. El martes pidieron la primera cerilla. El miércoles un cigarrillo. Y unos pocos viernes después se encontraron, Dios sabe cómo, frente a un sitio llamado Royal Hibernian Hotel. No podrían decir lo que ocurrió o por qué. Pero hay algo seguro: están colgando del borde, agarrados con las uñas. Pobre, alguien le habrá pisoteado las manos a ese del puente de O'Connell y el hombre lanzó el último suspiro y se fue. ¿Pero qué prueba eso? No es posible mirarlos desde arriba o mirar más lejos. Uno no puede huir y esconderse. Lo único que queda es darles todo. Si uno empieza a trazar líneas, está perjudicando a alguien. Ahora lamento no haberle dado a ese cantor ciego un chelín cada vez que pasaba. En fin, consolémonos, confiemos en que no se trataba de dinero sino de algo que le ocurría en la casa o que le venía del pasado. No hay modo de saberlo. En el diario no figura el nombre.

La nieve caía en silencio. Abajo, las formas oscuras esperaban. Era difícil saber si la nieve estaba convirtiendo a las ovejas en lobos o a las ovejas en ovejas, cubriéndoles despacio los hombros, las espaldas, los sombreros y chales.

Un momento después, bajando en el fantasmal ascensor nocturno, me encontré con la gorra nueva de *tweed* en la mano.

Sin abrigo, en mangas de camisa, salí a la noche.

Le di la gorra al primer hombre que encontré. Nunca supe si le iba bien. El dinero que tenía en los bolsillos desapareció en seguida.

Entonces, solo, temblando, miré hacia arriba. Me quedé de pie, helado, pestañeando en la nieve ennegrecedora que caía, caía, caía en silencio. Vi las altas ventanas del hotel, las luces, las sombras.

*¿Cómo será allí? pensé. ¿Estará encendido el fuego? ¿Estará tibio como el alierto? ¿Quiénes son esas gentes? ¿Estarán bebiendo? ¿Serán felices?*

*¿Saben siquiera que estoy AQUÍ?*

## LA MUERTE Y LA DONCELLA

Muy lejos, mas allá del bosque, más allá del mundo, vivía la vieja Mam, y allí había vivido noventa años, con la puerta herméticamente cerrada, sin abrirle a nadie, fuese el

viento, la lluvia, un gorrión que andaba picoteando, o un niño que traía un balde de cangrejos. Si alguien daba unos golpecitos en los postigos; ella gritaba sin abrir:

—¡Vete, Muerte!

—¡No soy la Muerte! —le contestaban.

Pero ella respondía. —Muerte, te conozco, hoy traes la forma de una muchacha. ¡Pero te veo los huesos detrás de las pecas!

O a cualquier otro que llamara:

—¡Te veo, Muerte! —exclamaba la vieja Mam—. ¡Hoy vienes como afilador de tijeras! Pero la puerta tiene triple cerradura y doble tranca. ¡He puesto papel matamoscas en las rendijas, cintas en los agujeros de las llaves, trapos en las chimeneas, telas de araña en los postigos, y he cortado la electricidad para que no entres deslizándote con la corriente! No hay teléfono para que no puedas llamar a mi casa a las tres de la oscura mañana. Y tengo taponos de algodón en las orejas para no oír lo que respondes a lo que estoy diciendo. ¡Vete, pues, Muerte!

Así había sido a lo largo de la historia del pueblo. La gente de aquel mundo que estaba más allá del bosque hablaba de ella y a veces los chicos que dudaban del cuento, tiraban palos a las tejas del tejado para oírle gritar a la vieja Mam: —¡Sigue, adiós, tú que vas de negro con la cara blanca, blanca!

Y el cuento era que la vieja Mam, con semejante táctica, viviría siempre. Después de todo, la Muerte no podría entrar, ¿verdad? Los viejos microbios de la casa ya habían abandonado la lucha hacía tiempo, y se habrían ido a dormir. Todos los microbios nuevos que corrían por el país con nombres nuevos cada semana o cada diez días, si uno les creía a los periódicos, no podrían atravesar el olor del musgo, la ruda, el tabaco negro y la semilla de ricino en puertas y ventanas.

—Nos enterrará a todos —decían en el pueblo alejado por donde pasaba el tren.

—Los enterraré a todos —decía la vieja Mam, sola y haciendo solitarios en la oscuridad con barajas en Braille.

Y así fue.

Pasaron los años sin que otro visitante, fuera muchacho, muchacha, vagabundo o buhonero, llamara a la puerta. Dos veces por año un dependiente de almacén del lejano mundo, un viejo de setenta años, llegaba con paquetes que quizá eran semillas para pájaros, que podrían haber sido bizcochos de leche, pero que venían sin duda dentro de brillantes cajas de acero, con leones amarillos y demonios rojos pintados en las brillantes envolturas, y que el hombre dejaba en la galería de entrada, sobre el agitado mar de leña. Los alimentos podían quedar allí una semana, cocinados por el sol, helados por la luna, durante un adecuado período de antisepsia. Y una mañana desaparecían.

La carrera de la vieja Mam era esperar. Lo hacía bien, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas y el vello de las orejas tembloroso, siempre escuchando, siempre lista.

De modo que no se sorprendió cuando el séptimo día de agosto de su nonagésimo primer año de vida, un joven de cara tostada por el sol cruzó el bosque y se detuvo delante de la casa.

Llevaba un traje como esa nieve que se desliza susurrando en lienzos blancos desde un tejado de invierno, para depositarse plegada sobre la tierra dormida. No tenía coche; había caminado un largo trecho, pero parecía fresco y limpio. No usaba bastón en que apoyarse ni sombrero para protegerse de los rayos aturdidores del sol. No transpiraba. Lo más importante es que sólo llevaba una cosa consigo: una botella de ocho onzas de un líquido verde brillante Mirando hondamente en este color verde, sintió que estaba frente a la casa de la vieja Mam, y miró hacia arriba.

No tocó la puerta. Caminó lentamente alrededor de la casa y dejó que ella lo oyera andar en círculo.

Después, con ojos de rayos X, dejó que ella sintiera la tranquila mirada.

—¡Oh! —exclamó la vieja Mam, despertándose con una migaja de galleta negra todavía en la boca—. ¡Eres tú! ¡Sé como quién vienes esta vez!

—¿Como quién?

—Como un joven con cara de melocotón rosado. ¡Pero no tienes sombra! ¿Por qué es así? ¿Por qué?

—La gente tiene miedo de las sombras. Por eso dejé la mía del otro lado del bosque.

—Así te veo, sin mirar.

—Oh —dijo el joven con admiración—. Tienes Poderes.

—¡Grandes Poderes para mantenerte a ti afuera y a mí adentro!

Los labios del joven se movieron apenas. —Ni siquiera me molestaré en discutir contigo.

Pero la vieja Mam oyó: —¡Perderías, perderías!

—Y me gusta ganar. Por eso me limitaré a dejar esta botella en los peldaños de la entrada.

A través de las paredes de la casa, el joven oyó los latidos del corazón de la vieja.

—¡Espera! ¿Qué hay adentro? Tengo el derecho de saber qué es lo que dejas en mi propiedad.

—Bueno.

—¡Sigue!

—En esta botella —dijo el joven— está la primera noche y el primer día en que cumpliste dieciocho años.

—¿Qué, qué, qué?

—Lo que has oído.

—¿La noche en que cumplí dieciocho años... el día?

—Eso es.

—¿En una botella?

El joven la levantó y la botella tenía curvas y era como una mujer joven. Tomaba la luz del mundo y la devolvía en un fuego caliente y verde, como los carbones que arden en los ojos del tigre. Parecía de pronto serena, de pronto agitada y turbulenta en las manos del joven.

—¡No lo creo! —exclamó la vieja Mam.

—La dejo y me voy —dijo el joven—. Cuando me haya ido, prueba una cucharada de los pensamientos verdes contenidos en esta botella. Entonces sabrás.

—¡Es veneno!

—No.

—¿Me lo prometes por la memoria de tu madre?

—No tengo madre.

—¿Por quién juras?

—Por mí mismo.

—¡Me matará, eso es lo que quieres!

—Te resucitará de entre los muertos.

—¡Yo no estoy muerta!

El joven sonrió a la casa.

—¿No? —preguntó.

—¡Espera! Deja que me lo pregunte a mí misma: ¿Estás muerta? ¿Lo estás? ¿O lo has estado *casi*, todos estos años?

—El día y la noche en que cumpliste dieciocho años —dijo el joven—. Piénsalo.

—¡Hace tanto tiempo!

Algo se movió como un ratón junto a una ventana del tamaño de un ataúd.

—Esto te lo devolverá.

El joven dejó que el sol pasara a través del elixir, que brilló como una savia extraída de mil hojas de hierba de verano. Parecía caliente y quieto como un sol verde, parecía salvaje e hinchado como el mar.

—Fue un buen día de un buen año de tu vida.

—Un buen año —murmuró la anciana, escondida.

—Un año de vendimia. Entonces tu vida tenía sabor. ¡Un trago y conocerías el gusto! ¿Por qué no pruebas, eh? ¿Por qué?

El joven sostuvo la botella aún más arriba, y de pronto fue un telescopio, y si uno miraba por un extremo, cualquiera que fuese, se enfocaba una época de un año desaparecido mucho tiempo atrás. Una época verde y amarilla muy parecida a esta luna en la que el joven ofrecía el pasado como un vidrio ardiente entre los dedos serenos. El joven inclinó el frasco brillante y una mariposa de luz al rojo blanco subió y bajó aleteando por los postigos de la ventana, tocándolos como las teclas de un piano gris, sin sonido. Con una hipnótica soltura las alas ardientes se deslizaban por las ranuras del postigo, atrapando un labio, una nariz, un ojo, y posándose allí. El ojo se escabullía; luego, curioso, volvía a encenderse en el haz de luz. Habiendo así atrapado lo que quería atrapar el joven inmovilizó el reflejo de la mariposa, excepto el temblor de las alas vehementes, de modo que el fuego verde del día distante se vertiera a través de los postigos, no sólo de la vieja casa sino también de la vieja mujer. Se oyó que ella respiraba conteniendo el asombro, con un secreto deleite.

—¡No, no, no podrás engañarme! —Sonaba como alguien muy hundido en el agua, que trata de no ahogarse en la perezosa maresa.— ¡Venir metido en esa carne! ¡Esa máscara que no puedo ver del todo! Hablar con esa voz que recuerdo de algún año del pasado. ¿La voz de quién? ¡No me importa! ¡Mi mesa de tres patas me dice quién eres realmente, y qué vendes!

—Vendo sólo estas veinticuatro horas de tu joven vida.

—¡Vendes algo más!

—No, no puedo vender lo que soy.

—Si salgo me atraparás y me empujarás a dos metros de profundidad. Te he engañado, te he esquivado durante años. ¡Ahora vuelves gimoteando con nuevos planes, pero ninguno resultará!

—Si sales por esa puerta, no haré más que besarte la mano, damisela.

—¡No me llames lo que no soy!

—Te llamo lo que podrías ser dentro de una hora.

—Dentro de una hora... —susurró la mujer.

—¿Cuánto hace que no caminas por el bosque?

—Desde otra guerra, desde otra paz —dijo la vieja—. No veo nada. El agua está turbia.

—Damisela —dijo el joven—, es un hermoso día de verano. Hay un tapiz de abejas doradas que ahora dibujan esto, ahora aquello en la nave de árboles de esta iglesia

verde. En una encina hueca hay miel que fluye como un río de fuego. Quítate los zapatos, aplastarás la menta del campo, te hundirás en ella. Flores silvestres como nubes de mariposas amarillas cubren el valle. Debajo de esos árboles el aire es como agua de pozo profundo, fría y clara, que bebes con la nariz. Un día de verano, joven como ha sido siempre la juventud.

—Pero yo soy vieja, vieja como siempre ha sido la vejez.

—¡Si escuchas, no! Aquí están mi oferta perfecta, mi trato, mi venta, una transacción entre tú, yo y el tiempo de agosto.

—¿Qué clase de trato, qué conseguiré con mi inversión?

—Veinticuatro largas horas de dulce verano, a partir de ahora. Cuando hayamos atravesado este bosque, comiendo la miel y recogiendo las fresas, iremos al pueblo y compraremos el más hermoso vestido de verano, como de tela de araña, y luego subiremos al tren.

—¡Al tren!

—El tren a la ciudad, a una hora de distancia, donde comeremos y bailaremos toda la noche. Te compraré cuatro zapatos, los necesitarás, gastarás un par.

—Mis huesos... no puedo moverme.

—Más que caminar correrás, más que correr bailarás. Miraremos las estrellas que giran en el cielo y haremos salir el sol, ardiente. Tenderemos una cuerda de pisadas a lo largo de la orilla del lago, al alba. Tomaremos el desayuno más grande de la historia de la humanidad y nos tenderemos en la arena como dos pasteles de pollo que se calientan al mediodía. Después, más tarde, con una caja de bombones de dos kilos en el regazo, nos iremos de vuelta en el tren, cubiertos por el *confetti* que sale de la perforadora del guarda, azul, verde, naranja, como si nos hubiéramos casado, y caminaremos por el pueblo sin ver a nadie, a nadie, y volveremos a través del bosque en la oscuridad dulcemente perfumada, hasta tu casa...

Silencio.

—Ya ha terminado —murmuró la voz de la mujer—. Y no ha empezado. —Y luego: — ¿Por qué lo haces? ¿Qué interés tienes?

El joven sonrió tiernamente. —Pero muchacha, quiero dormir contigo.

La vieja se sofocó. —¡Nunca he dormido con nadie en mi vida!

—¿Eres...virgen?

—¡Y a mucha honra!

El joven suspiró, meneando la cabeza. —Así que es cierto... eres realmente virgen.

No oyó ningún sonido desde la casa y se quedó escuchando.

Suavemente, como si en alguna parte se hubiera abierto con dificultad una canilla secreta, y gota a gota un viejo sistema se pusiera a funcionar por primera vez en medio siglo, la anciana se echó a llorar.

—Vieja Mam, ¿por qué lloras?

—No sé —se lamentó ella.

El llanto se fue calmando al fin y el joven la oyó mecerse en la mecedora, con un ritmo de cuna que al fin la sosegó.

—Vieja Mam —murmuró el joven.

—¡No me llames así!

—Muy bien —dijo él—. Clarinda.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¡Nadie lo sabe!

—Clarinda, ¿por qué te escondiste en esta casa hace tanto tiempo?

—No me acuerdo. Sí me acuerdo. Tenía miedo.

—¿Miedo?

—Es extraño. La mitad de mis años miedo de la vida. La otra mitad, miedo de la muerte. Siempre algún tipo de miedo. ¡Ahora, dime tú la verdad! Cuando hayan pasado mis veinticuatro horas, después que hayamos caminado por la orilla del lago y tomado el tren de vuelta y atravesado el bosque en dirección a mi casa, ¿quieres ...

El esperó a que lo dijera.

—...dormir conmigo? —susurró la anciana.

—Durante diez mil millones de años.

—Oh. —La voz de la anciana enmudeció.— Es mucho tiempo.

El joven asintió.

—Mucho tiempo —repitió la anciana—. ¿Qué clase de trato es ese, muchacho? Tú me das veinticuatro horas de mis dieciocho años y yo te doy diez mil millones de años de mi precioso tiempo.

—No te olvides, de mi tiempo también. Nunca me iré.

—¿Te quedarás acostado conmigo?

—Sí.

—Oh muchacho, muchacho. Tu voz. Tan familiar.

—Mira —dijo él, y vio que la anciana destapaba el agujero de la cerradura y que el ojo lo espiaba.

El joven sonrió a los girasoles del campo y al girasol del cielo.

—Estoy ciega, casi ciega —gimió la anciana—. ¿Pero es posible que el que esté ahí sea Willy Winchester?

El joven no dijo nada.

—¡Pero Willy, parece que tuvieras apenas veintiún años, ni un día distinto a como eras hace setenta años!

El joven dejó la botella junto a la puerta de entrada y retrocedió deteniéndose entre las malezas.

—¿Puedes...? —Tartamudeó.— ¿Puedes hacer que yo parezca como tú?

El joven asintió.

—Oh, Willy, Willy, ¿eres tú de veras?

La anciana esperó, mirando a través del aire del verano allí donde él estaba descansando y feliz y joven, con el sol centelleándole en el pelo y las mejillas.

Pasó un minuto.

—¿Entonces? —dijo el joven.

—¡Espera! —gimió la anciana—. ¡Déjame pensar!

Y él sintió que allí en la casa la anciana dejaba que los recuerdos le cayeran en la mente como arena que cae en un reloj, depositándose así en un montón de polvo y cenizas.

La anciana alcanzaba a oír el vacío de esos recuerdos que le quemaban la mente mientras caían y caían en un montón cada vez más alto de arena.

Tanto desierto, pensó, y ni un oasis.

La anciana se estremeció.

—¿Entonces? —dijo el joven otra vez.

Y por fin la mujer contestó.

—Extraño —murmuró—. Ahora, de pronto, veinticuatro horas, un día, a cambio de diez millones de billones de años, parece justo, bueno, correcto.

—Lo es, Clarinda. Oh, sí, lo es.

Los pestillos retrocedieron, los cerrojos rechinaron, la puerta crujió. La mano salió rápidamente, tomó la botella y retrocedió revoloteando.

Pasó un minuto.

Entonces, como si se hubiera disparado un arma, unos pasos repiquetearon a través de los cuartos. La puerta trasera se abrió de golpe. Arriba, las ventanas se abrieron de par en par, los postigos cayeron desmoronándose en la hierba. Abajo, un momento después, lo mismo. Los postigos se hicieron trizas cuando ella los empujó. Las ventanas soltaron polvo.

Por último, por la puerta principal, abierta de golpe, de par en par, la botella salió proyectada y fue a estrellarse contra una piedra.

La mujer estaba en la galería, rápida como un pájaro. La luz del sol le daba en la cara. Se quedó como alguien en un escenario, en un solo movimiento revelador, saliendo de la oscuridad. Después, bajando los peldaños, tendió la mano para tomar la mano del joven.

Un niño que pasaba por el camino de abajo se detuvo miró y desapareció retrocediendo con los ojos todavía desencajados.

—¿Por qué me miró así? ¿Soy hermosa?

—Muy hermosa.

—¡Necesito un espejo!

—No, no, no lo necesitas.

—¿Todo el mundo en el pueblo me verá hermosa? ¿No es que lo piense yo solamente, o que tú me lo hagas creer?

—Eres hermosa.

—Entonces soy hermosa, porque así me siento. ¿Todos querrán bailar conmigo esta noche, los hombres se pelearán por tenerme?

—Sí, absolutamente todos.

Abajo, en el sendero, entre el zumbido de las abejas y el movimiento de las hojas, ella se detuvo de pronto y miró al joven a la cara, tan parecida al sol del verano.

—Oh Willy, Willy, cuando todo haya terminado y volvamos aquí, ¿serás bueno conmigo?

El la miró hondamente a los ojos y le tocó la mejilla con los dedos.

—Sí —dijo suavemente—. Seré bueno.

—Te creo, oh, Willy, te creo.

Y bajaron por el sendero hasta perderse de vista, dejando polvo en el aire, dejando abierta la puerta de la casa y los postigos y las ventanas para que la luz del sol se reflejara allí y los pájaros entraran a hacer sus nidos, a criar sus familias, y los pétalos de las deliciosas flores del verano volaran en lluvias nupciales por los largos corredores, sobre una alfombra, y en los cuartos, y sobre la cama que esperaba, vacía. Y el verano, con la brisa, cambió el aire en todos los grandes espacios de la casa para hacerla oler como en el Comienzo o como en la primera hora después del Comienzo, cuando el mundo era nuevo y nada cambiaría y nadie envejecería nunca.

En alguna parte corrían los conejos martillando como acelerados corazones, en el bosque.

Lejos, un tren silbaba, corriendo más rápido, más rápido, más rápido, hacia la ciudad.

## UNA BANDADA DE CUERVOS

Se bajo del ómnibus en Washington Square y retrocedió media cuadra, contento de haberse decidido a venir. Ya no quedaba nadie en Nueva York a quien quisiera ver salvo Paul y Helen Pierson. Los había reservado para el final, sabiendo que los necesitaría para contrarrestar los efectos de demasiadas citas en demasiados días con demasiadas personas erráticas, neuróticas y desdichadas. Los Pierson le estrecharían la mano, le refrescarían la frente y lo confortarían con amistad y buenas palabras. La noche sena ruidosa, larga e inmensamente feliz, y él volvería a Ohio pocos días después pensando bien de Nueva York sólo porque dos asombrosas personas le habían mostrado un oasis en ese ardiente desierto de pánico e incertidumbre.

Helen Pierson esperaba en el cuarto piso de la casa de vecindad, junto al ascensor.

—¡Hola, qué tal! —exclamó la mujer—, ¡Williams, qué bueno verte! ¡Pasa! Paul llegará en seguida, ha tenido que trabajar hasta tarde en la oficina. Tenemos pollo a la cazadora esta noche, espero que te guste el pollo a la cazadora, lo hice yo misma. ¿Te gusta el pollo, Williams? Espero que sí. ¿Cómo están tu mujer y los chicos? Siéntate, quítate el abrigo, quítate los anteojos, eres mucho más guapo sin anteojos, ha sido un día pesado, ¿verdad? ¿Quieres un trago?

En medio de ese chorro Williams se sintió guiado hacia una puerta mientras ella le sacaba a tirones el abrigo, y él le estrechaba la mano libre, mientras respiraba el débil olor de algo fuerte que le salía a ella de la boca. Santo Dios, pensó, sorprendido, está borracha. Miró a Helen un largo rato.

—Uno de esos martinis —dijo—. Uno no más. No soy un gran bebedor, sabes.

—Claro, querido. Paul llegará a las seis, son las cinco y media. ¡Nos halaga tanto que estés aquí, Williams, nos halaga tanto que pases un rato con nosotros, después de tres años!

—Diablos —bufó el.

—No, de veras, Williams —dijo Helen, cada palabra un poco empastada, cada gesto quizá demasiado cuidadoso. El sintió como si se hubiese metido de algún modo en otra casa, y que ésta era la hermana de alguien y que estaba allí de visita, una tía o una extraña. Claro, quizá ella había tenido un día malo, todo el mundo tiene un día malo de vez en cuando.

—Te acompañaré. He tomado un trago hace largo rato —dijo ella y él le creyó. Ella debía de haber empezado a beber, tranquila y regularmente, la última vez que la había visto. A beber todos los días, todos los días. Hasta que... Lo había comprobado en otros amigos, más de una vez. En un momento determinado están sobrios, y un minuto después, junto con un trago, todos los martinis de los últimos trescientos días que han ocupado la sangre, irrumpen fuera del sistema, se precipitan al encuentro del nuevo martini como si fuera un viejo amigo. Diez minutos antes quizá Helen estuviera absolutamente sobria. Pero ahora los ojos le pesaban un poco y la lengua borraba cada palabra que ella trataba de decir.

—De veras, Williams. —Nunca lo llamaba por el nombre de pila.— Williams, nos halaga tanto que te molestes en venir a vernos a Paulie y a mí. Dios mío, te ha ido tan bien los tres últimos años, has hecho una verdadera carrera, has llegado a la fama, no tienes que

escribir para el programa de televisión de la matinée que hace Paul, nada de esa basura espantosa.

—No era una basura espantosa, era bueno. Paul es un buen productor y yo le escribía cosas buenas.

—Una basura espantosa, eso es lo que era. Has llegado a ser un verdadero escritor, un escritor formidable, se acabaron las tiendecitas baratas para ti, ¿cómo te sientes cuando eres un novelista de éxito y todo el mundo habla de ti y tienes dinero en el banco? Espera a que Paul llegue, ha estado esperando que llamas. —La charla de ella lo inundaba.— Has sido muy bueno en llamarnos, de veras.

—Le debo todo a Paul —dijo Williams, arrancándose a sus pensamientos—. Me inicié en sus espectáculos cuando tenía veintiún años, en 1951, y ganaba diez de a uno por página.

—Quiere decir que ahora tienes treinta y uno, Dios mío, eres un gallito joven —dijo Helen—. ¿Qué edad te parece que tengo, Williams, anda, adivina, qué edad te parece que tengo?

—Oh, no sé —contestó Williams, ruborizándose.

—No, vamos, adivina, adivina qué edad tengo —le pidió ella.

Un millón de años, pensó Williams, de pronto un millón de años. Pero Paul estará muy bien. Llegará en seguida y estará muy bien. Me pregunto si te conocerá, Helen, cuando entre por esa puerta.

—No sirvo para adivinar la edad —dijo.

Tu cuerpo, pensó, está hecho de los viejos ladrillos de esta ciudad, y hay en él alquitrán, asfalto y revoques invisibles y desgastados por los años. Respiras el monóxido de carbono de tus pulmones, y el color de tus ojos es el del neón azul histérico, y el color de tus labios el del neón rojo fuego, y el color de tu cara el de la pintura de cal de los edificios de piedra, con uno que otro toque de verde o azul, las venas de la garganta, de las sienes, de las muñecas, como las placitas del centro de Nueva York. Tanto mármol, tanto granito, con venas y líneas, y tan poco cielo y hierba en ti ahora.

—¡Anda, Williams, adivina qué edad tengo!

—¿Treinta y seis?

Lanzó algo como un chillido y él tuvo miedo de haber sido demasiado diplomático.

—¡Treinta y seis! —exclamó ella, gritando de alegría, palmeándose las rodillas—. ¡Treinta y seis, oh, querido, no me vas a decir treinta y seis, Dios mío, no! —chillaba—. ¡Si hace diez años que los cumplí!

—Nunca habíamos hablado de edades —protestó él.

—Eres un chico encantador. Nunca había sido importante hasta ahora. Pero te sorprenderá lo importante que llega a ser sin que te des cuenta. Dios mío, tú eres joven, Williams, ¿tienes idea de lo joven que eres?

—Algo, me lo imagino —dijo Williams mirándose las manos.

—Muchacho encantador —dijo ella—. Espera a que se lo cuente a Paul. Treinta y seis, santo Dios, eso sí que es bueno. Pero no represento cuarenta o cuarenta y seis, ¿no es cierto, querido?

Ella nunca le había hecho esas preguntas, pensó Williams, y no hacer esas preguntas era mantenerse siempre joven.

—Paul cumple justo cuarenta esta semana, mañana es su cumpleaños.

—Me hubiera gustado saberlo.

—Olvídate, detesta los regalos, nunca le dice nada a nadie de su cumpleaños, se siente insultado si le traes un obsequio. Dejamos de celebrarlo el año pasado. Tiró la torta, recuerdo, estaba toda encendida y la tiró por el pozo de ventilación, ardiendo todavía.

Ella calló de pronto como si hubiera dicho algo inconveniente. Los dos se quedaron sentados un momento en la habitación de alto cielo raso, moviéndose incómodos.

—Paulie ha de llegar de un momento a otro —dijo ella por fin—. ¿Otro trago? ¿Cómo se siente uno cuando es famoso, dime? Siempre tuviste mucha conciencia, Williams. Calidad, Paulie y yo nos lo decíamos, calidad. No podías escribir mal aunque quisieras. Estamos tan orgullosos de ti, Paulie y yo, que le decimos a todo el mundo que eres nuestro amigo.

—Qué extraño —dijo Williams—. Qué mundo raro. Cuando yo tenía veintiún años, le decía a todo el mundo que los conocía a ustedes. Estaba realmente orgulloso y excitado la primera vez que lo vi a Paul, cuando me compró el primer guión y ...

Sonó el timbre y Helen corrió a atender, dejándolo solo con el vaso. El se inquietó pensando que quizá había sido demasiado condescendiente, como si no estuviera orgulloso de ver ahora a Paul. No había querido decir eso. Todo estaría muy bien cuando Paul entrara como una tromba. Todo estaba siempre bien con Paul.

Resonaron unas voces, afuera, y Helen volvió con una mujer de cincuenta y tantos años. Uno podía notar que la mujer estaba prematuramente arrugada y gris en la forma enérgica en que se movía.

—Espero que no te moleste, Williams, me olvidé de decírtelo, espero que no te moleste, te presento a la señora Mears que vive enfrente. Le dije que venías a comer, que estabas aquí unos pocos días para ocuparte de tu nuevo libro con tu editor, y se entusiasmó con la idea de conocerte, ha leído todos tus cuentos, Williams, y le gusta lo que haces y quería conocerte. Señora Mears, le presento al señor Williams.

La mujer saludó con un movimiento de cabeza. —Yo también hubiera querido ser escritora —dijo—. Ahora estoy trabajando en un libro.

Las dos mujeres se sentaron. Williams sintió que su sonrisa era como algo separado de él mismo, como esos dientes de cera blanca que los niños se meten en la boca para parecer dentados; sintió que la sonrisa se le fundía.

—¿Alguna vez ha vendido algo? —le preguntó a la señora Mears.

—No, pero no he desistido de hacerlo —dijo animosa—. Aunque las cosas han sido un poco complicadas en los últimos tiempos.

—Sabes —dijo Helen, inclinándose hacia adelante—, se le murió un hijo hace sólo dos semanas.

—Cuánto lo lamento —dijo Williams torpemente.

—No, está bien así, es mejor que se haya ido, pobre muchacho, tenía más o menos la edad de usted, apenas treinta años.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Williams mecánicamente.

—Era terriblemente gordo, pobre muchacho, pesaba ciento cuarenta kilos y los amigos le tomaban el pelo. Quería ser artista. Vendió sólo unos pocos cuadros en una oportunidad. Pero la gente se burlaba de él, así que se puso a dieta hace seis meses. Cuando murió a principios de este mes, pesaba apenas cuarenta y seis kilos.

—¡Dios mío! —dijo Williams—. Es terrible.

—Hizo régimen, rigurosamente, por más que yo le dijera. Se quedaba en su cuarto, ayunando, y perdió tanto peso que nadie lo reconoció en el velorio. Creo que fue muy feliz

aquellos últimos días, más feliz de lo que había sido durante años; una especie de triunfador, podría decirse, pobre muchacho.

Williams se tomó el resto de la bebida. La depresión que había ido en aumento esos días se le cerró ahora sobre la cabeza. Se sintió como si cayera en un abismo de aguas oscuras. Había hecho demasiado, visto demasiado, vivido demasiado, conversado con demasiadas gentes la semana anterior. Había contado con esa noche para sentirse bien de nuevo, pero ahora...

—Pero si es un buen mozo —dijo la señora Mears—. ¿Por qué no me dijiste que era tan buen mozo, Helen? —Se volvió hacia Helen Pierson casi acusándola.

—Pensé que lo sabías —dijo Helen.

—Oh, mucho más que en las fotos, mucho más. ¿Sabe —dijo la señora Mears—, que hubo una semana más o menos, cuando Richard estaba a dieta, en que era muy parecido a usted? Sólo una semana, estoy segura.

Ayer, continuó Williams en su monólogo interior, se había metido en un cine de variedades para descansar un poco de interminables citas y revistas, estaciones de radio y diarios, y en la pantalla había visto un hombre dispuesto a saltar desde el puente Washington. La policía lo había engañado para que bajase. Y en otro lugar otro hombre, en otra ciudad, en la cornisa de un hotel, y la gente chillando, desafiándolo a que saltara. Williams tuvo que salir del cine. Cuando salió al martillo caliente de la luz del sol, todo le pareció demasiado real, demasiado crudo, como cuando uno sale rápidamente a un mundo de criaturas vivas después de un sueño.

—Sí, es un buen mozo —dijo la señora Mears.

—Antes de que me olvide —dijo Helen—, está nuestro hijo Tom.

Tom, claro. Williams había visto a Tom una vez, años atrás, en que Tom había vuelto de la calle el tiempo suficiente para charlar; un chico brillante, un chico vivaz, bien educado y con buenas lecturas. Un hijo como para estar orgulloso de él, así era Tom.

—Ya tiene diecisiete años —dijo Helen—. Está en su cuarto, ¿quieres que lo haga venir? Sabes, ha tenido dificultades. Es un buen chico. Le hemos dado todo. Pero se metió con una banda de Washington Square, un montón de inútiles, y robaron una tienda y lo pescaron a Tom, de esto hace unos dos meses. Un verdadero escándalo y qué alboroto, Dios mío, pero las cosas se arreglarán. Tom es un buen chico, tú lo sabes, ¿verdad, Williams? —Helen se llenó el vaso.

—Un chico excelente. —Williams empezó rápidamente otro trago.

—Tú sabes cómo son los chicos. No hay mucho que hacer en una ciudad como esta, por lo menos para los chicos.

—He visto que juegan en la calle.

—¿No es horrible? ¿Pero qué se puede hacer? Tenemos una sorpresa para ti, Williams, Paul y yo. ¿Sabes qué? Estamos comprando una casa en el campo, después de todo este tiempo, al cabo de todos estos años, nos vamos, Paul deja la televisión, sí, realmente la deja, ¿no te parece maravilloso? Y se va a escribir como tú, Williams, exactamente como tú, y viviremos en Connecticut, un lindo lugarcito, le vamos a dar una verdadera oportunidad, le daremos a Paulie una verdadera posibilidad de escribir, te parece que puede escribir, ¿eh, Williams? ¿No te parece que es un escritor formidable?

—¡Claro que sí! —dijo Williams—. Claro que sí.

—Así que Paul deja el maldito empleo, toda esa basura, y nos vamos al campo.

—¿Cuándo?

—En agosto más o menos. Quizá tengamos que postergarlo hasta setiembre. Pero a principios de ario a más tardar.

¡Claro! A Williams se le levantó el ánimo. ¡Eso sí que sería bueno! Con sólo que se fueran, lejos de esa ciudad. Paul ya debía de haber ahorrado bastante, después de todos esos años. ¡Con sólo que se fueran! Con sólo que ella lo dejara.

Le echó una mirada a Helen de cara brillante, que ahora era brillante sólo porque mantenía tensos ciertos músculos, los mantenía firmes y duros, no dejaba que desapareciera ese nuevo brillo, que era como una lamparita eléctrica en un cuarto después que se ha puesto el sol.

—Los planes de ustedes me parecen formidables —dijo Williams.

—¿Te parece que podremos hacerlo, Williams, te parece que realmente podremos hacerlo? ¿Te parece que Paul es un escritor formidable, eh?

—Claro que sí. Tienen que hacer la prueba.

—Siempre puede volver a su trabajo si es necesario.

—Claro.

—De modo que esta vez lo haremos de veras. Nos vamos, nos llevamos a Tom con nosotros, el campo le hará bien, nos hará bien a todos, basta de bebida, basta de vida nocturna, y a asentarse de verdad con una máquina de escribir y diez resmas de papel para que Paul las llene. ¿No te parece que es un escritor verdaderamente estupendo, Williams?

—Tú sabes que sí.

—Dígame, señor Williams —dijo la señora Mears—. ¿Cómo llegó a ser escritor?

—Me gustaba leer cuando era chico. Empecé a escribir todos los días a los doce años y seguí haciéndolo —dijo Williams nerviosamente. Trataba de pensar cómo había sido realmente al principio—. Pues bien, seguí haciéndolo, mil palabras por día.

—Paul también era así —dijo Helen rápidamente.

—Usted ha de tener un montón, de dinero —dijo la señora Mears.

Pero en ese momento el sonido de una llave tintineó en la puerta. Williams dio un salto involuntario, sonriendo, aliviado. Sonreía mirando hacia la entrada y la puerta distante que ya se abría. Siguió sonriendo cuando vio la forma de Paul, y Paul tenía un aspecto espléndido cuando cruzó el vestíbulo. Paul tenía un aspecto magnífico y Williams le tendió la mano y se precipitó hacia él, llamándolo por su nombre, sintiéndose feliz. Paul entró a las zancadas, alto, más gordo que unos años atrás, la cara encendida, los ojos anormalmente brillantes, un poco desorbitados, ligeramente sanguinolentos, y un débil olor a whisky en la boca. Le tomó la mano a Williams, se la sacudió y se puso a gritar.

—¡Williams, por el amor de Dios, qué bueno verte, hombre! ¡Así que después de todo nos has visitado, qué bueno verte, caramba! ¿Cómo estás? ¡Te has vuelto famoso! Por Cristo, toma un trago, tomemos unos tragos, Helen, qué tal, señora Mears. Siéntate, por favor.

—Me tengo que ir. No quiero estorbar —dijo la señora Mears, saliendo del cuarto—. Gracias por haberme invitado. Adiós, señor Williams.

—Williams, demonios, qué bueno verte, ¿te dijo Helen lo que planeamos, irnos de la ciudad, eh? ¿Te habló del campo?

—Me dijo...

—Viejo, nos vamos de veras de esta condenada ciudad. El verano que viene. Feliz de dejar esa cárcel de la oficina. He leído diez millones de palabras de basura para la TV, todos los años durante diez años, ¿no te parece que es hora de que me vaya, Williams, no te parece que debí haberme ido hace años? ¡A Connecticut! ¿Quieres otro trago? ¿Has visto a Tom? ¿Tom está en su cuarto, Helen? Tráelo aquí, que venga a charlar con

Williams. Vaya, Williams, qué contentos estamos de verte. Le hemos dicho a todo el mundo que has venido a vernos. ¿A quién has visto hasta ahora?

—Lo vi a Reynolds, anoche.

—¿Reynolds, el director de United Features? ¿Cómo está? ¿Publica mucho?

—Un poco.

—¿Sabes que se pasó doce meses encerrado en su casa, Helen? ¿Te acuerdas de Reynolds? Un hombre formidable, pero la vida del ejército o no sé qué lo desinfló del todo. Tenía miedo de salir de su casa, todo el año pasado, tenía miedo de matar a alguien, a cualquiera, en la calle.

—Salió de su casa conmigo anoche —dijo Williams—. Me acompañó hasta la parada del ómnibus.

—Vaya, qué bien, me alegro por Reynolds. ¿Oíste lo de Banks? Murió en un accidente de auto en Rhode Island, la semana pasada.

—¡No!

—Sí, señor, maldita sea, uno de los fulanos más formidables del mundo, el mejor fotógrafo que jamás haya trabajado para las grandes revistas. Un verdadero talento, y joven, increíblemente joven, estaba borracho y se mató en un choque cuando volvía a su casa. ¡Esos automóviles, demonios!

Williams sintió como si una gran bandada de cuervos aleteara en el aire caliente de la habitación. Ese ya no era Paul. Era el marido de la mujer extraña que se había mudado después de la partida de los Pierson, durante los últimos tres años. Nadie sabía dónde se habían ido los Pierson. De nada serviría preguntarle a ese hombre dónde estaba Paul, ese hombre no se lo podía decir a nadie.

—Williams, has visto a nuestro hijo, ¿verdad? ¡Vé a buscar a Tom, Helen, dile que venga!

Fueron a buscar al hijo, de diecisiete años, silencioso en la puerta de la sala donde Williams, sintiendo que la bebida se le subía rápidamente a la cabeza, estaba de pie con un vaso recién lleno, tambaleándose ligeramente.

—Este es Tom, Williams, este es Tom.

—Tú te acuerdas de Tom.

—¿Te acuerdas de Williams, Tom?

—Saluda, Tom.

—Tom es un buen chico, ¿no te parece, Williams?

Los dos hablaban a la vez, sin detenerse nunca, siempre el río, siempre la precipitación y las palabras vacilantes y la llama azul del alcohol en los ojos y la prisa. Helen dijo: —Tom, di algunas palabras de la jerga al señor Williams.

Silencio.

—Tom las ha recogido, tiene una buena cabeza, una buena memoria. Tom, di algunas palabras de la jerga de las pandillas. Oh, anda, Tom —dijo Helen.

Silencio. Tom estaba allí, alto, mirando el piso en la entrada de la sala.

—Anda, Tom —dijo Helen.

—Oh, déjalo en paz, Helen.

—¿Por qué, Paulie? Se me ocurrió que a Williams le gustaría escuchar un poco de la jerga. Tú lo sabes, Tom, di algo para nosotros.

—¡Si no quiere no quiere! —dijo Paul. Silencio.

—Ven a la cocina que me voy a servir un trago —dijo Paul, arrastrando a Williams por el brazo, caminando enorme a su lado.

En la cocina se tambalearon juntos y Paul se apoderó del codo de Williams, le sacudió la mano, le habló desde muy cerca y en voz baja, con una cara de cerdo que ha estado llorando toda la tarde. —Williams, dime, ¿te parece que podré irme, dejar esta vida? ¡Tengo una idea formidable para una novela! —Le pegó a Williams en el brazo, primero suavemente, y luego cada vez más fuerte a medida que avanzaba en su historia.— ¿Te gusta la idea Williams? —Williams retrocedía pero tenía la mano atrapada. El puño le magullaba insistentemente el brazo.— ¡Oye, qué bueno será escribir otra vez! ¡Escribir, tener tiempo libre, y perder un poco de esta grasa, también!

—No hagas como el hijo de la señora Mears.

—¡Era un tonto! —Paul estrujaba cada vez más el brazo de Williams. En tantos años de amistad, rara vez se habían tocado, pero ahora allí estaba Paul agarrándolo, apretándolo, acariciándolo. Paul sacudió a Williams por los hombros le palmeó la espalda.— ¡En el campo, diablos, tendré tiempo para pensar, bajar la barriga! Aquí en la ciudad ¿sabes qué hacemos los fines de semana? Mandarnos una o dos botellas entre los dos. Es difícil salir de la ciudad los fines de semana, la circulación, la gente, entonces nos clavamos aquí, cargamos la bodega y descansamos. Pero eso se acabará en el campo. Quiero que leas un manuscrito mío.

—¡Oh, Paulie, espera!

—¡Calla, Helen! A Williams no le importa, ¿no es cierto, Williams?

No me importa, pensó Williams, pero me importará. Tendré miedo pero no tendré. Si estuviera seguro de encontrar al viejo Paul en alguna parte de la historia, viviendo y andando por ahí, sobrio, liviano y libre, de decisiones firmes y rápidas, de una inteligencia crítica, directa y enérgica, buen productor pero sobre todo buen amigo, mi dios personal durante años, si pudiera encontrar a ese Paul en la historia, la leería en un segundo. Pero no estoy seguro, y no quisiera ver a ese Paul nuevo y extraño en el papel, jamás. Paul, pensó, oh Paul, ¿no sabes, no comprendes que tú y Helen nunca saldrán de la ciudad, nunca, nunca?

—¡Diablos! —exclamó Paul—. ¿Qué te parece Nueva York, Williams? ¿No te gusta, verdad? Neurótica, dijiste una vez. Bueno, no se diferencia de Sioux City o Kenosha. Sólo que uno conoce aquí más gente en menos tiempo. ¿Cómo se siente uno, Williams, tan encumbrado, tan famoso de pronto?

Ahora la mujer y el marido charlaban. Cada vez más borrachos, las voces se entrecrocaban, las palabras se levantaban, caían, se mezclaban, se peleaban, se fundían en mareas hipnóticas, en un susurro sin fin.

—Williams —decía Helen.

—Williams —decía Paul.

—Nos vamos —decía ella.

—¡El diablo te lleve, Williams, te adoro! ¡Ah, bastardo, te odio! —Paul le daba a Williams en el brazo, riéndose.

—¿Dónde está Tom?

—Orgullosos de ti. —La casa ardía. Unas alas negras se movían en el aire. El brazo de Williams recibía golpes sin sentido. —Es difícil dejar el empleo, olvidar el viejo cheque...

Paul se tomó de la pechera de la camisa de Williams. Williams sintió que le saltaban los botones. Parecía como si Paul, en su congestionada intensidad, fuera a pegarle. Paul hinchó los carrillos, de la boca le salió un vapor que empañó los anteojos de Williams. — ¡Orgullosos de ti! ¡Te adoro! —Le sacudió el brazo como si bombeara, le golpeó el hombro,

le rompió la camisa, le abofeteó la cara. Los anteojos de Williams volaron por el aire y cayeron en el linóleo con un débil tintineo.

—¡Caramba! ¡Lo siento, Williams!

—No es nada, no te preocupes. —Williams recogió los anteojos. El cristal derecho estaba astillado como una ridícula tela de araña. Miró a Paul que estaba allí, azorado, disculpándose, preso en el laberinto demente del vidrio, tratando de liberarse. Williams no dijo nada.

—¡Paulie, eres tan torpe! —chilló Helen.

El teléfono y el timbre de la puerta sonaron al mismo tiempo, y Paul hablaba y Helen hablaba, y Tom se había ido quién sabe a dónde, y Williams pensó claramente, no estoy mareado, no quiero vomitar, de veras, pero me iré ahora al cuarto de baño y me marearé y vomitaré allí. Y sin decir una palabra, entre el sonido del timbre, de la campanilla, de la conversación, los chillidos, la confusión de disculpas, la amistad consternada, por los cuartos recalentados, caminó atravesando algo que parecía una multitud, la dejó atrás, y apaciblemente cerró la puerta del cuarto de baño, se arrodilló como si fuera a rezar a Dios y levantó la tapa del inodoro.

Fueron tres boqueadas, Williams apretaba los párpados, velados de lágrimas, no estaba seguro de sentirse bien, no sabía si respiraba o si lloraba, si las lágrimas eran de dolor o de tristeza, o si no eran lágrimas. Oyó el agua que escapaba de la porcelana blanca hacia el mar, y se quedó allí arrodillado, como implorando.

Del otro lado de la puerta, voces. —¿Estás bien, Williams, estás bien de veras?

Williams revolvió en el bolsillo del abrigo, sacó la cartera, buscó, vio el billete de vuelta, lo sacó, se lo metió en el bolsillo del pecho, y lo oprimió con la mano. Al fin se puso de pie, se limpió cuidadosamente la boca y se quedó mirando a un hombre extraño de anteojos de tela de araña que asomaba en el espejo.

De pie delante de la puerta, dispuesto a abrirla, la mano en la perilla de bronce, los ojos muy apretados y el cuerpo balanceándose, sintió que no pesaba más de cuarenta y seis kilos.

## EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLES

Los dos hombres se balanceaban sentados uno junto al otro, sin hablar durante todo el largo rato en que el tren avanzó en el frío crepúsculo de diciembre, deteniéndose en sucesivas estaciones. Cuando la duodécima estación quedó atrás, el más viejo de los dos murmuró:

—¡Idiota, idiota! —en voz baja.

—¿Qué? —El más joven levantó la vista del *Times*.

El viejo meneó la cabeza sombrío. —¿No ha visto a ese estúpido que acaba de bajarse corriendo, detrás de la mujer que huele a Chanel?

—¿Ah, ella? —El joven, parecía, no sabía qué hacer, reírse o sentirse deprimido.— Una vez me bajé del tren para seguirla.

El viejo resopló y cerró los ojos. —Yo también, hace cinco años.

El hombre contempló a su compañero como si hubiera encontrado un amigo en el lugar más improbable.

—¿Le. . . le ocurrió lo mismo cuando llegó al final de la plataforma?

—Quizá. Siga.

—Bueno, yo iba a unos cinco metros detrás de ella y me acercaba rápidamente cuando llegó a la estación el marido en un auto cargado de chicos. La portezuela se cerró con un golpe. Mientras se alejaba vi la sonrisa de gato de Cheshire de la mujer. Esperé media hora, helado hasta los huesos, otro tren. ¡Algo aprendí, diablos!

—No aprendió absolutamente nada —respondió secamente el hombre más viejo—. Unos estúpidos, eso es lo que somos todos, usted, yo, ellos, unos muchachos tontos que saltan como ranas de laboratorio si alguien les rasca donde les pica.

—Ya lo dijo mi abuelo: "Bultos grandes, cerebro chico, tal el destino del hombre."

—Un sabio. Pero dígame, ¿qué piensa de ella?

—¿De esa mujer? Oh, le gusta mantenerse en forma. Ha de levantarle el ánimo saber que revoleando dulcemente los ojos puede conseguir que se alboroten las ratas, todas las noches en este tren. Tiene el mejor de los mundos posibles, ¿no le parece? Marido, chicos, más la conciencia de que está en buena forma y lo puede probar cinco veces por semana, en sus viajes, sin lastimar a nadie, sobre todo a sí misma. Y al fin de cuentas, no es tan bonita. Sólo que huele tan bien.

—Pamplinas —dijo el viejo—. Eso no camina. Es una mujer, pura y simplemente. Todas las mujeres son mujeres, todos los hombres sátiros sucios. Mientras no lo acepte, se pasará la vida racionalizando sus glándulas. Así, no conocerá descanso hasta los setenta años más o menos. Entre tanto, el conocimiento de sí mismo le puede dar cierto consuelo en una situación difícil. Sujetos a estas verdades esenciales e inevitables, pocos hombres alcanzan alguna vez el equilibrio. Pregúntele a un hombre si es feliz y él pensará que le preguntan si está satisfecho. La saciedad es el sueño edénico de la mayoría de los hombres. He conocido a un solo hombre que llegó a vivir en el mejor de todos los mundos posibles, como dice su frase.

—Santo Dios —dijo el joven, brillándole los ojos—. Me gustaría saber algo de él.

—Confío en que haya tiempo. Este hombre es el carnero más feliz, el padrillo más despreocupado de la historia. Esposas y amiguitas a todo pasto. Y sin embargo no conoce angustias, culpas, noches febriles de lamentaciones y auto— castigos.

—Imposible —dijo el joven—. ¡No es posible tragarse el pastel y además digerirlo!

—¡El sí, antes, ahora y después! ¡Ni un temblor, ni una huella de perturbación moral luego de pasarse noches enteras en un agitado mar de primaveras interiores! Triunfador en los negocios. Casa en Nueva York, en la mejor calle, a la mejor altura con respecto al tránsito, más una casa de fin de semana en Bucks County junto a un arroyo campestre más que correcto donde este feliz pastor lleva a pastar sus cabritas. Pero lo conocí el año pasado en su casa de Nueva York, cuando acababa de casarse. En la comida su mujer me pareció verdaderamente espléndida, brazos de nieve y crema, labios frutales, amplitud de tierra fecunda por debajo de la cintura, plenitud por encima. Pote de miel, barrica llena de manzanas para pasar el invierno, así la veía yo, y también el marido, que no dejaba de pellizcarla al pasar. Cuando me fui, a medianoche, me descubrí alzando la mano para darle una palmada en el anca, como a una pura sangre. Al bajar en el ascensor, la vida me llevaba flotando.

—Cuenta usted de un modo —dijo el joven abonado, respirando pesadamente—; es increíble.

—Escribo textos de publicidad —dijo el hombre mayor—. Pero para continuar. Encontré de nuevo a llamémosle Smith no hace dos semanas. Por curiosa coincidencia estaba invitado a una fiesta en casa de un amigo. Cuando llegué a Bucks County, ¡qué resultó ser sino la casa de Smith! Y junto a él, en el centro de la sala, estaba su hermosa y morena italiana, una pantera toda leonada, toda medianoche y piedra de luna, vestida en

tonos tierra, castaños, sienas, canelas, pardos, todos los tonos de un otoño desenfrenadamente fecundo. En medio de la charla no escuché su nombre. Más tarde vi que Smith la estrujaba entre sus brazos como a un gran racimo de octubre calentado por el sol. Especie de idiota, pensé. Perro afortunado, pensé. Una mujer en la ciudad, una amante en el campo. Está pisoteando la uva, etcétera, y todo eso. Glorioso. Pero yo no me quedaría a la fiesta de la vendimia, pensé, y me escabullí sin que me vieran.

—Me cuesta soportar esta conversación —dijo el joven abonado, tratando de levantar la ventanilla.

—No me interrumpa —dijo el mayor—. ¿Dónde estaba?

—Pisoteando. La vendimia.

—¡Ah, sí! Bueno, cuando terminó la fiesta, pesqué por fin el nombre de la preciosa italiana. ¡La señora Smith!

—Se había casado de nuevo, ¿no?

—Imposible. No había tenido bastante tiempo. Pasmado, pensé rápidamente: Debe de tener dos grupos de amigos. Un grupo conoce a la mujer de la ciudad. El otro conoce a la amante, a la que también llama su mujer. Smith es demasiado vivo para ser bígamo. No hay otra respuesta. Misterio.

—Siga, siga —dijo el joven abonado febrilmente.

—Smith, exaltado, me acompañó a la estación aquella noche. En el camino dijo: "¿Qué le parecen mis mujeres?"

"— ¿Mujeres, en plural? —dije.

"—En plural, diablos —dijo—. ¡He tenido veinte en los últimos tres años, cada una mejor que la otra! ¡Veinte, calcule, veinte! ¡Mire! —Mientras nos deteníamos en la estación, sacó una gruesa cartera. Me miró a la cara mientras me la tendía.— No, no —se rió—, no soy Barba Azul con una veintena de viejos baúles de utilería en el desván atiborrados de ex cónyuges. ¡Mire!

"Hojeé los retratos. Pasaban rápidamente como una película. Rubias, trigueñas, pelirrojas, la común, la exótica, la fabulosamente impertinente o la sublimemente dócil me contemplaban, sonriendo, frunciendo el ceño. El rápido desfile me hipnotizó primero, y luego me paralizó. Había algo de terriblemente familiar en todas las fotos.

"—Smith —le dije—, usted tiene que ser muy rico para permitirse todas esas mujeres.

"—Rico no. ¡Mire de nuevo!

"Hice pasar de nuevo las fotos. Me quedé sin aliento. Comprendí.

"—La señora Smith que conocí esta noche, la hermosa italiana, es la sola y única señora Smith —dije—. Pero al mismo tiempo, la mujer que conocí en Nueva York hace dos semanas es también la sola y única señora Smith. ¡Sólo queda deducir que las dos mujeres son una y la misma!

"— ¡Exacto! —exclamó Smith, orgulloso de mi olfato.

"— ¡Imposible! —dejé escapar.

"—No —dijo Smith exultante—. Mi mujer es asombrosa. Una de las mejores actrices del off-Broadway cuando la conocí. Con egoísmo le pedí que dejara el teatro y la amenacé con interrumpir nuestra mutua locura, nuestros escauceos amorosos en la chaise longue. La gigante se hizo enana por amor, cerró de un portazo el teatro y huyó conmigo por la puerta trasera. Los primeros seis meses de nuestro matrimonio, la tierra no se movía, se sacudía. Pero inevitablemente, infiel como soy, empecé a observar a varias otras mujeres que se movían a mi lado como relojes fabulosos. Mi mujer se dio cuenta de que yo miraba la hora. Entre tanto, ella echaba un vistazo al pasar a las carteleras de teatro. La encontré enfrascada en las reseñas del *New York Times*, llorando

desesperadamente. ¡Crisis! ¿Cómo combinar dos carreras violentas, la de la actriz de pasión desmelenada y la del sátiro ansioso y errante? ... Una noche —dijo Smith— miré una pera melba que pasaba a mi lado. Al mismo tiempo, un viejo billete de entrada a un teatro traído por el viento se pegó al tobillo de mi mujer. Fue como si esos dos acontecimientos, que ocurrían a la vez, hubieran abierto una brecha de claridad en lo alto de una cortina de sombra. ¡La luz entró a raudales! Mi mujer me tomó del brazo. ¿Era o no era una actriz? ¡Lo era! ¡Muy bien, muy bien! Me mandó a pasear durante veinticuatro horas, no me dejó entrar en casa mientras se afanaba en vastos y excitantes preparativos. ¡Cuando volví a casa la tarde siguiente, a la hora azul, como dicen los franceses en su idioma siempre crepuscular, mi mujer había desaparecido! Una latina morena me tendió la mano. 'Soy una amiga de su mujer', me dijo y se me echó encima, mordisqueándome las orejas, estrujándome las costillas hasta que me separé de ella, y sospechando de pronto, exclamé: '¡Esta mujer no es otra, esta es mi mujer!' Y los dos nos caímos al suelo de risa. Era mi mujer, con un maquillaje diferente, ropa diferente, actitud diferente, entonación diferente. '¡Mi actriz!', dije. '¡Tu actriz!', se rió ella. 'Dime qué debo ser y lo seré. ¿Carmen? Muy bien, soy Carmen. ¿Brunilda? ¿Por qué no? Estudiaré, crearé y cuando te aburras, recrearé. Me he inscrito en la Academia de Baile. Aprenderé a sentarme, a estar de pie, a caminar de diez mil maneras. ¡Estoy enfrascada en lecciones de dicción, soy alumna de la Berlitz! Soy también miembro del Club de Judo Yamayuki.' 'Santo cielo', exclamé, '¿para qué?' '¡Para esto!' me contestó ¡y de un empujón me tiró sobre la cama! ... Bueno —dijo Smith—, ¡desde ese día he vivido la vida de Reilly y las de otros nueve irlandeses! ¡Innumerables fantasías pasaron delante de mí como sombras chinescas de mujeres de todos los colores, formas, tamaños, temperamentos! Mi mujer había encontrado el escenario adecuado: nuestra sala y el público: yo, satisfaciendo así su necesidad de ser la más grande actriz del país. ¿Un público demasiado reducido? ¡No! Porque con mis gustos siempre enantes, estoy allí para encontrarla, cualquiera que sea su papel. Mi talento selvático coincide con su genio de vasto alcance. De modo que, enjaulado al fin y sin embargo libre, al amarla a ella amo a todas. Es el mejor de los mundos posibles, amigo, el mejor de los mundos posibles.

Hubo un momento de silencio.

El tren rodaba por las vías en la oscuridad de comienzos de diciembre.

Los dos abonados, el joven y el viejo, estaban pensativos, reflexionando en la historia que acababa de terminar.

Por fin el más joven tragó y asintió reverente. —Su amigo Smith resolvió muy bien el problema.

—Así es.

El joven pensó un momento, luego sonrió apaciblemente.

—Yo también tengo un amigo. La situación de este amigo era similar, pero... distinta. ¿Le llamaré Quillan?

—Sí —dijo el viejo—. Pero dése prisa. Me bajo en seguida.

—Quillan —dijo el joven rápidamente—, estaba una noche en un bar con una pelirroja fabulosa. La multitud se abría a su paso como el mar delante de Moisés. ¡Milagrosa, pensé, vivificante, más allá de los sentidos! Una semana después, en Greenwich, vi a Quillan que se paseaba con una mujercita regordeta, de su edad, por supuesto, apenas treinta y dos, pero mal llevados. Rechoncha, nariz chata, apenas maquillada, las medias arrugadas, el pelo como un nido de golondrinas e inmensamente tranquila, como si para ser feliz le bastara caminar de la mano de Quillan. ¡Ah, pensé, esta es la pobre mujercita palurda que le besa los pies, y otras noches él anda dando vueltas con la increíble pelirroja robot! Qué tristeza, qué vergüenza. Y seguí mi camino.

"Un mes más tarde encontré a Quillan de nuevo. Estaba por meterse en una entrada oscura de MacDougal Street, cuando me vio.

"— ¡Ah, Dios! —exclamó sudando—. ¡No digas que me has visto! ¡Mi mujer no tiene que saberlo!

"Yo estaba por jurar secreto cuando una mujer llamó a Quillan desde una ventana alta.

"Miré hacia arriba. Se me cayó la mandíbula.

"¡Allí asomada a la ventana estaba la mujercita regordeta, raída!"

"De pronto todo se aclaró. ¡La hermosa pelirroja era la esposa! La esposa bailaba, cantaba, hablaba largo y fuerte, una intelectual brillante, una diosa Shiva de mil brazos, la más hermosa de las envolturas humanas. Sin embargo... era extrañamente cansadora.

"¡Entonces mi amigo Quillan había alquilado un oscuro cuarto en el Village, donde dos noches por semana se podía sentar tranquilamente en el silencio arratonado o caminar por las oscuras calles con esa buena, casera, regordeta, confortable y muda mujer que no era la esposa, como había supuesto yo precipitadamente, sino la amante!

"Pasé la mirada de Quillan a la rechoncha compañera asomada en la ventana de arriba y le estreché la mano con un afecto y una comprensión nuevos. ¡Maternal es la palabra! dije. La última vez que los vi, estaban sentados en una confitería, Quillan y su amante, los ojos rozándose suavemente, sin decirse nada, comiendo bocadillos de pastrami. Este mundo de Quillan era también, si uno lo piensa, el mejor de los mundos posibles.

El tren rugió, tocó el silbato y aminoró la marcha. Los dos hombres, al levantarse, se detuvieron y se miraron sorprendidos. Los dos hablaron al mismo tiempo:

—¿Usted se baja en esta parada?

Los dos asintieron, sonriendo.

Silenciosamente avanzaron y cuando el tren se detuvo en la noche glacial de diciembre, se apearon y se estrecharon la mano.

—Bueno, saludos al señor Smith.

—¡Y míos al señor Quillan!

Dos bocinas sonaron en los extremos opuestos de la estación. Los dos hombres miraron un coche. Había una hermosa mujer. Los dos miraron el otro coche. Había una hermosa mujer.

Se separaron volviéndose para mirarse como dos escolares, cada uno echando una ojeada al auto hacia el que iba el otro.

"Me pregunto", pensó el viejo, "si aquella mujer es..."

"Me pregunto", pensó el joven, "si aquella señora del auto será..."

Pero los dos corrían ya. Las portezuelas de los dos coches se cerraron de golpe como tiros de pistolas al fina] de una matinée.

Los autos arrancaron. La plataforma de la estación quedó vacía. Era diciembre, hacía frío, la nieve cayó en seguida como un telón.

## LA OBRA DE JUAN DÍAZ

De un empujón filomena cerró el tablón de la puerta con tal violencia que la vela se apagó; se quedó en la oscuridad con los hijos que lloraban. Sólo se veía algo mirando por la ventana: las casas de adobe, las calles empedradas por donde ahora el sepulturero

subía a grandes pasos la colina, con la pala al hombro, la luz de la luna afilando el metal, y entraba en el alto y frío cementerio, y desaparecía.

—Mamacita, ¿qué pasa? —Felipe, el hijo mayor, de apenas nueve años, le tironeaba el brazo. Pues el extraño hombre oscuro no había dicho nada, simplemente se había quedado junto a la puerta con la pala, meneando la cabeza y esperando hasta que ella se la cerró en las narices.— ¿Mamacita?

—Ese sepulturero. —Las manos de Filomena temblaban al encender de nuevo la vela.— Hace mucho que no pagamos el alquiler de la tumba de tu padre. Lo desenterrarán y lo pondrán en la catacumba, sujeto con un alambre para mantenerlo de pie contra la pared, con las otras momias.

—¡No, mamacita!

—Sí. —Filomena se abrazó al niño.— A menos que encontremos el dinero. Sí.

—¡Lo... lo mataré a ese sepulturero! —exclamó Felipe.

—Es su trabajo. Si él muere, otro ocupará su lugar, y después otro y otro.

Pensaron en el hombre y el terrible y alto lugar en que vivía y se movía y en la catacumba donde era guardián y la extraña tierra a donde iban las gentes a secarse como flores del desierto y a curtirse como cuero de zapatos, huecos como tambores que podían doblar y redoblar, una tierra que daba momias secas como cigarros oscuros y crujientes cuerpos que languidecerían eternamente apoyados como estacas a lo largo de los corredores. Y pensando en estas cosas a la vez familiares e insólitas, Filomena y sus hijos tenían frío en verano y estaban callados aunque los corazones se les sacudían en los cuerpos. Se apeñuscaron un momento más y entonces:

—Felipe —dijo la madre—, ven. —Abrió la puerta y se quedaron a la luz de la luna atentos a cualquier sonido lejano de una pala de metal azul que golpease la tierra, amontonando arena y flores marchitas. Pero había un silencio de estrellas.— Ustedes —dijo Filomena—, a la cama.

La puerta se cerró. La vela vaciló.

El empedrado del pueblo corría en un río de resplandeciente y plateada piedra de luna, y bajaba por las colinas dejando atrás los parques verdes y las tiendecitas y el lugar donde golpeaba el fabricante de ataúdes con el sonido de reloj de la carcoma todo el día y toda la noche, siempre en la vida de esas gentes. Subiendo a la luz de la luna que se deslizaba y se precipitaba por las piedras, y la falda que le hablaba en un susurro de la necesidad de darse prisa, Filomena corría con Felipe, que la seguía sin aliento. Dieron vuelta en el Palacio Oficial.

El hombre que estaba detrás del escritorio pequeño y desordenado, en la oficina débilmente alumbrada, levantó la mirada con cierta sorpresa. —¡Filomena, prima!

—Ricardo. —Filomena le tomó la mano y la dejó caer.— Tienes que ayudarme.

—Si Dios lo permite. Pero dime.

—Están... —Filomena tenía una piedra amarga en la boca; trataba de expulsarla.— Esta noche están sacando a Juan de la tierra.

Ricardo, que se había incorporado a medias, volvió a sentarse, los ojos muy abiertos y llenos de luz, luego entrecerrados, tristes. —Si Dios no lo impide, que lo impidan sus criaturas. ¿Ha pasado tan pronto un año desde la muerte de Juan? ¿Puede ser que el alquiler esté vencido? —Abrió las palmas vacías y las mostró a la mujer.— Ah, Filomena, no tengo dinero.

—Pero si hablaras con el sepulturero. Tú eres la policía.

—Filomena, Filomena, la ley se detiene al borde de la tumba.

—Pero si me da diez semanas, sólo diez, estamos casi al final del verano. Viene el Día de los Muertos. Haré calaveras de azúcar, las venderé y le daré el dinero, por favor, Ricardo.

Y entonces al fin, como no había ya manera de contener el frío y tenía que dejarlo salir antes que la helara, y ya no pudiera moverse, se llevó las manos a la cara y lloró. Y Felipe, viendo que estaba permitido, lloró también y dijo el nombre de Filomena una y otra vez.

—Bueno —dijo Ricardo, poniéndose de pie—. Sí, sí. Caminaré hasta la boca de la catacumba y escupiré en ella. Pero Filomena, no esperes una respuesta. Ni siquiera un eco. Vé adelante. —Y se puso la gorra de oficial, muy vieja, muy engrasada, muy gastada.

El cementerio estaba más arriba que las iglesias, más arriba que todos los edificios, más arriba que todas las lomas. Quedaba en la elevación más alta, dominando el valle nocturno del pueblo.

Cuando entraron por la gran puerta de hierro forjado y se metieron entre las tumbas, los tres se toparon con la espalda del sepulturero inclinado en un hoyo que iba aumentando, levantando palada tras palada de tierra seca que formaba un montículo que iba aumentando. El sepulturero ni siquiera alzó los ojos, limitándose a conjeturar tranquilamente quiénes estaban al borde de la tumba.

—¿Eres Ricardo Albáñez, el jefe de policía?

—¡Deja de cavar! —dijo Ricardo.

La pala bajó relampagueando, cavó, se alzó, derramó la tierra. —Hay un entierro mañana. Hay que vaciar esta tumba, abrirla y prepararla.

—No ha muerto nadie en el pueblo.

—Siempre muere alguien. Por eso cavo. Ya he esperado dos meses a que Filomena pague lo que debe. Soy un hombre paciente.

—Sé todavía más paciente. —Ricardo tocó el hombro que se movía, encorvado, del hombre inclinado.

—Jefe de policía. —El sepulturero se detuvo para apoyarse, sudando, en la pala.— Este es mi país, el país de los muertos. Los de aquí no me dicen nada, ni me lo dice nadie. Yo gobierno esta tierra con una pala y una mente de acero. No me gusta que los vivos vengan a hablar, a perturbar el silencio que tan bien he cavado y llenado. ¿Te he dicho yo cómo debes dirigir tu palacio municipal? Bueno, entonces buenas noches. —Y reanudó su tarea.

—Delante de los ojos de Dios —dijo Ricardo, erguido y rígido, los puños a los lados—, delante de esta mujer y de su hijo, ¿te atreves a profanar la morada definitiva del marido y el padre?

—Ni es definitiva ni es de él, sino que se la he alquilado. —La pala flotó en lo alto, centelleando a la luz de la luna.— Yo no le he pedido a la madre y al hijo que vinieran aquí a contemplar esta triste tarea. Y escúchame, Ricardo, jefe de policía, un día te morirás. Yo te enterraré. Acuérdate de esto: yo. Estarás en mis manos. Entonces, ah, entonces.

—¿Entonces qué? —gritó Ricardo—. Perro, ¿me estás amenazando?

—Estoy cavando. —El hombre estaba ahora muy abajo, perdido en la tumba en sombras, mandando sólo la pala arriba, para que hablara por él una y otra vez en la luz fría.— Buenas noches señor, señora, niño. Buenas noches.

Frente a la casita de adobe, Ricardo acarició el pelo del niño, la mejilla de la mujer. — Filomena, Dios mío.

—Hiciste lo que podías.

—Qué hombre terrible. Cuando me muera, ¿qué atrocidades espantosas no hará con mi carne indefensa? Me meterá patas arriba en la tumba, me colgará del pelo en una parte remota, invisible, de las catacumbas. Se aprovecha sabiendo que algún día nos tendrá a todos. Buenas noches, Filomena. No, ni siquiera eso. Porque la noche está mala.

Se fue calle abajo.

Adentro, entre sus numerosos hijos, Filomena se sentó con la cara hundida en el regazo.

Al final de la tarde siguiente, bajo el sol declinante, los compañeros de escuela, gritando, perseguían a Felipe. Felipe se cayó, lo rodearon riéndose.

—¡Felipe, Felipe, hemos visto a tu padre hoy, sí! —¿Dónde? —se preguntaban entre sí tímidamente.

—¡En la catacumba! —respondían.

—¡Qué hombre haragán! ¡No hace más que estar allí!

—¡No trabaja nunca!

—¡No habla! ¡Ah, ese Juan Díaz!

Felipe temblaba violentamente bajo el sol en llamas, lágrimas calientes le corrían de los ojos abiertos y casi ciegos.

Dentro de la casita, Filomena oía, y los sonidos como cuchillos le traspasaban el corazón. Se apoyó en la pared fría, y la invadieron una ola tras otra de recuerdos.

En el último mes de su vida, agonizando, tosiendo, empapado en la transpiración de medianoche, Juan miraba fijo el techo rústico y susurraba entre dientes sobre el jergón de paja.

—¿Qué clase de hombre soy, que dejo morir de hambre a mis hijos y a mi mujer? ¿Qué clase de muerte es esta, en la cama?

—Shhh. —Ella apoyó la mano fresca sobre la boca caliente. Pero él hablaba debajo de los dedos.— ¿Qué ha sido nuestro matrimonio sino hambre y enfermedad y ahora nada? ¡Ah, Dios, eres una buena mujer, y no te dejo ni siquiera para mi entierro!

Y al final había apretado los dientes y clamado a la oscuridad y se había quedado muy quieto al resplandor caliente de la vela y había tomado las manos de ella en las suyas y las había sujetado y pronunció sobre ellas un juramento, con un religioso fervor.

—Filomena, escucha. Estaré contigo. Aunque no te haya protegido en vida, te protegeré en la muerte. Aunque no te haya alimentado en vida, en la muerte te daré de comer. Aunque haya sido pobre, no seré pobre en la tumba. Lo sé. Lo proclamo. Te lo aseguro. En la muerte trabajaré y haré muchas cosas. No temas. Besa a los pequeños. Filomena, Filomena...

Y luego Juan aspiró profundamente, en una boqueada final, como alguien que se instala bajo el agua caliente. Y se había lanzado suavemente debajo, conteniendo el aliento, en una prueba de resistencia que duraría toda la eternidad. Esperaron largo tiempo que exhalara el aire. Pero no lo hizo. No reapareció de nuevo en la superficie de la vida. El cuerpo de Juan yacía como una fruta de cera sobre el jergón, una sorpresa si uno lo tocaba. Como una manzana de cera para los dientes, así era Juan Díaz para los sentidos de todos.

Y se lo llevaron a la tierra seca que era como la boca mas grande, y que lo retuvo mucho tiempo, chupándole los brillantes jugos de la vida, secándolo como un antiguo manuscrito, hasta que fue una momia liviana como paja una cosecha otoñal lista para que se la llevara el viento.

Desde aquel momento hasta éste, Filomena había pensado y pensado: ¿Cómo alimentaré a mis abandonados hijos, con Juan que va tomando un color castaño quemado en un cajón con adornos de plata, cuánto durarán los huesos de mis hijos y cuándo les asomarán los dientes en sonrisas y el color en la cara?

Los niños chillaron de nuevo afuera, en una alegre persecución de Felipe.

Filomena miró la colina distante, a la que subían zumbando brillantes ómnibus colmados de turistas de los Estados Unidos. Ahora mismo le pagaban un peso cada uno a aquel hombre oscuro de la pala para poder bajar por las catacumbas entre los muertos de pie, para ver qué hacía con todos los cadáveres de ese pueblo la tierra seca por el sol y el viento caliente.

Filomena miraba los autobuses de turistas y la voz de Juan susurraba: "Filomena", y de nuevo: "Esto es lo que proclamo. En la muerte trabajaré... No seré pobre... Filomena..." La voz se desvaneció como un fantasma. Y ella se tambaleó y se sintió casi enferma, porque se le había ocurrido una idea que era nueva y terrible y le rompía el corazón.

—¡Felipe! —llamó de pronto.

Y Felipe escapó de los niños que se burlaban y cerró la puerta en el día recalentado y dijo: —Sí, mamacita.

—¡Siéntate, niño, tenemos que hablar, en nombre de todos los santos, tenemos que hablar!

Sintió que se le envejecía la cara, porque el alma envejecía detrás, y dijo muy lentamente, con dificultad: —Esta noche tenemos que ir en secreto a las catacumbas.

—¿Llevaremos un cuchillo —Felipe sonrió salvajemente— para matar al hombre oscuro?

—No, Felipe, no, escucha...

Y Felipe oyó las palabras que ella le decía.

Y pasaron las horas y fue una noche de iglesias, una noche de campanas y cantos. Muy lejos en el aire del valle se oían las voces que salmodiaban la misa nocturna, y los niños, con velas encendidas, pasaban en una fila solemne, caminando por el costado de la loma oscura, y las enormes campanas de bronce se sacudían y derramaban golpes y estallidos amenazadores, de modo que los perros bailaban y ladraban en los caminos desiertos.

El cementerio resplandecía, todo blancura, todo nieve marmórea, todo chispas y centellas de grava dura, como una eterna granizada que crujía bajo los pies mientras Filomena y Felipe se llevaban consigo sus sombras, de tinta negra, y nítidas bajo la luna sin nubes. Echaron sobre los hombros una mirada aprensiva, pero nadie gritó ¡Alto! Habían visto al sepulturero moverse, la sombra le había quitado los pies, bajaba la colina en respuesta a una convocación nocturna. Ahora: —¡Rápido Felipe, la cerradura! — Juntos insertaron una larga varilla de metal entre las aldabas del candado y las puertas de madera que se apoyaban en la tierra seca. Juntos la sujetaron y empujaron. La madera se hendió. Las aldabas del candado saltaron. Juntos abrieron las puertas enormes. Juntos atisbaron hacia abajo en la noche más oscura, más silenciosa de todas. Abajo, la catacumba esperaba.

Filomena enderezó los hombros y tomó aliento.

—Vamos.— Y apoyó el pie en el primer peldaño.

En la casa de adobe de Filomena Díaz, los hijos dormían tirados aquí o allá en el cuarto frío y nocturno, animándose entre ellos con el sonido de la cálida respiración.

De pronto abrieron los ojos.

Unas pisadas, lentas e irregulares, raspaban afuera el empedrado. La puerta se abrió de golpe. Por un instante las siluetas de tres personas asomaron en el cielo blanco del otro lado de la puerta. Uno de los niños se sentó y encendió una cerilla.

—¡No! —Filomena tendió una mano y arrebató la cerilla, apagándola. La cerilla cayó al suelo. Filomena jadeó. La puerta se golpeó. En la habitación había una negrura sólida. A esa negrura habló por fin Filomena:

—No enciendan velas. Papá ha vuelto a casa.

Los golpes sordos, insistentes, machacones sacudieron la puerta a medianoche.

Filomena la abrió.

El sepulturero le gritó casi en la cara. —¡Estás aquí! ¡Ladrona! ¡Ladrona!

Detrás de él llegó Ricardo, que parecía muy ajado y muy cansado y muy viejo. —Prima, permítenos, lo siento. Este amigo nuestro...

—No soy el amigo de nadie —gritó el sepulturero—. Han roto una cerradura y han robado un cadáver. Conocer la identidad del cadáver es conocer al ladrón. Lo único que pude hacer es traerte aquí. Arréstala.

—Un momentito, por favor. —Ricardo se sacó del brazo la mano del hombre y se volvió, haciendo una grave inclinación a su prima.— ¿Podemos entrar?

—¡Vamos, vamos! —El sepulturero cruzó la puerta de un salto, miró aturdido alrededor y señaló una pared distante.— ¿Lo ves?

Pero Ricardo sólo miraba a la mujer. Con mucha suavidad le preguntó: —¿Filomena?

La cara de Filomena era la de quien ha recorrido un largo túnel por la noche y ha llegado al fin a la otra punta, donde vive una sombra del día siguiente. Tenía los ojos preparados. La boca ya sabía qué hacer. Todo el terror había desaparecido. Lo que quedaba era una luz tan grande como el montón de paja otoñal que había bajado de la colina con su buen hijo. Nada más podía ocurrirle en la vida; uno lo sabía viendo cómo se erguía ella diciendo: —Aquí no tenemos ninguna momia.

—Te creo, prima, pero... —Ricardo se aclaró la garganta incómodo y levantó los ojos—, ¿qué es lo que hay allí contra la pared?

—Para celebrar el día de los muertos —Filomena no se volvió para mirar lo que él estaba mirando— tomé papel, harina, alambre y arcilla, y fabriqué un juguete de tamaño natural que parece una momia.

—¿De veras hiciste eso? —preguntó Ricardo, impresionado.

—¡No, no! —El sepulturero bailaba de exasperación.

—Con tu permiso. —Ricardo se adelantó para mirar de frente la figura que estaba contra la pared. Levantó la linterna.— Aja —dijo—. Aja.

Filomena miraba la puerta abierta a la última luz de la luna. —Mi plan para esta momia que he hecho con mis propias manos es bueno.

—¿Qué plan, qué plan? —preguntó el sepulturero, volviéndose.

—Tendremos dinero para comer. ¿Le negarás esto a mis hijos?

Pero Ricardo no escuchaba. Cerca de la pared distante, inclinaba la cabeza a un lado y a otro, se frotaba la barbilla, miraba de reojo la alta forma envuelta en su propia sombra, encerrada en su propio silencio, apoyada contra el adobe.

—Un juguete —murmuró Ricardo—. El juguete fúnebre más grande que he visto jamás. He visto esqueletos de tamaño humano en los escaparates, y ataúdes de tamaño humano hechos de cartón y llenos de calaveras de azúcar, sí. ¡Pero éste! Estoy pasmado, Filomena.

—¿Pasmado? —dijo el sepulturero, con una voz que se convertía en un chillido—. Esto no es un juguete, esto es...

—¿Lo juras, Filomena? —dijo Ricardo, sin mirar al sepulturero. Tendió una mano y golpeó unas cuantas veces en el pecho color herrumbre de la figura. El sonido que salió era como el de un tambor solitario—. ¿Juras que es papel maché?

—Lo juro por la Virgen.

—Está bien, entonces. —Ricardo se encogió de hombros, resopló, rió.— Es sencillo. Si juras por la Virgen, ¿qué más se puede decir? No hace falta una acción judicial. Además, llevaría semanas o meses probar o refutar que esto es o no es una cosa de pasta de harina y papeles viejos coloreados con tierra oscura.

—¡Semanas, meses, probar, refutar! —El sepulturero daba vueltas en círculo como mostrando que la salud mental del universo era imposible entre aquellas cuatro paredes.— ¡Ese juguete me pertenece, es mío!

—El juguete —dijo Filomena serenamente, contemplando las lomas—, si es que es un juguete y hecho por mí, tiene que ser mío. Y aunque —prosiguió, conversando tranquilamente con la nueva reserva de paz que tenía en el cuerpo—, aunque no sea un juguete y sea verdaderamente Juan Díaz que ha vuelto a casa, ¿acaso Juan Díaz no pertenece primero a Dios?

—¿Cómo se puede discutir eso? —preguntó Ricardo.

El sepulturero estaba dispuesto a intentarlo. Pero antes que hubiera balbuceado media docena de palabras, Filomena dijo: —Y ante Dios, ante los ojos de Dios y en el altar de Dios y en la iglesia de Dios, uno de los días más sagrados de Dios, ¿no dijo Juan Díaz que sería mío todos los días de su vida?

—¡Todos los días de su vida... ah, ja, ja, ahí te pesqué! —dijo el sepulturero—. ¡Pero los días de su vida han terminado y ahora es mío!

—Así que —dijo Filomena—, propiedad de Dios primero y propiedad de Filomena Díaz después, siempre, que este juguete no sea un juguete y sea Juan Díaz, y de todos modos, señor propietario de los muertos, tú has desalojado a tu inquilino, llegaste a decir que no querías nada con él; si lo amas tan tiernamente y lo quieres, ¿pagarás el nuevo alquiler y lo alojarás de nuevo?

Pero el señor propietario del silencio estaba tan sofocado por la cólera, que le dio tiempo de intervenir a Ricardo. —Cavador de tumbas, veo muchos meses y muchos abogados, y muchos puntos que discutir de esta manera y de aquella, entre otros, la propiedad, las fábricas de juguetes, Dios, Filomena, el tal Juan Díaz dondequiera que esté, niños famélicos, la conciencia de un cavador de tumbas y todas las complicaciones que traen aparejadas las cosas de la muerte. Dadas las circunstancias, ¿estás preparado para esos largos años de idas y venidas por los tribunales?

—Estoy preparado... —dijo el sepulturero, y calló.

—Buen hombre —dijo Ricardo—, la otra noche me diste un buen consejo, que ahora te devuelvo. No te diré cómo tienes que gobernar a tus muertos. Pero ahora no me digas cómo tengo que gobernar a los vivos. Tu jurisdicción termina en la puerta del cementerio. Más allá están mis ciudadanos, silenciosos o no. De modo que...

Ricardo dio un último golpe en el pecho hueco de la figura erguida. El sonido que se oyó fue el de un latido de corazón, un golpe fuerte y vibrante que sobresaltó al sepulturero.

—Declaro oficialmente que esto es una falsificación, un juguete, no una momia. Estamos perdiendo el tiempo aquí. Vamos, ciudadano sepulturero. ¡Vuelve a tu propia tierra! Buenas noches, hijos de Filomena, Filomena, mi buena prima.

—¿Y qué pasa con eso, qué pasa con ese? —dijo el sepulturero inmóvil señalando.

—¿Por qué te preocupas? —preguntó Ricardo—. No se irá a ninguna parte. Aquí se queda, si quieres aplicarle la ley. ¿Lo ves correr? No. Buenas noches. Buenas noches.

La puerta se cerró de golpe. Se habían ido antes que Filomena pudiera tender la mano para agradecer a alguien.

Se movió en la oscuridad para poner una vela al pie del alto, seco, oscuro envoltorio de silencio. Esto era ahora un santuario, ahora, pensó, sí. Encendió la vela.

—No teman, chicos —murmuró—. Duerman ahora. Duerman. —Y Felipe se acostó y los otros se tendieron, y al final Filomena misma se tendió con una sola manta delgada encima, sobre un jergón a la luz de la única vela, y antes de que entrara en el sueño sus pensamientos fueron largos pensamientos de los muchos días que componían el siguiente. Por la mañana, pensó, el ómnibus de los turistas tocaría bocina en el camino y Felipe se metería entre ellos para hablarles del lugar. Y en la puerta, por el lado de afuera, habría pintada una inscripción: Museo - 30 centavos. Y los turistas vendrían, porque el cementerio queda en la colina, pero nosotros estamos primero, estamos aquí en el valle, y al alcance de la mano y fáciles de encontrar. Y muy pronto, un día, con ese dinero de los turistas, arreglaremos el techo y compraremos grandes bolsas de harina de trigo fresco, y algunas mandarinas para los chicos, sí. Y quizá un día vayamos a la Ciudad de México a las grandes escuelas gracias a lo que ha ocurrido esta noche.

Porque Juan Díaz está realmente en su casa, pensó. Ahí está, esperando que vengan a verlo. Y pondré un plato a sus pies donde los turistas dejarán más dinero del que Juan Díaz trató de ganar con tanto trabajo toda su vida.

Juan. Levantó los ojos. La respiración de los niños extendía un calor de hogar alrededor. Juan, ¿ves? ¿Sabes? ¿Entiendes de veras? ¿Perdonas, Juan, perdonas?

La llama de la vela vaciló.

Filomena cenó los ojos. Detrás de los párpados vio la sonrisa de Juan Díaz, y no pudo decir si era la sonrisa que la muerte le había impreso en los labios o si era una nueva sonrisa que ella le había dado o imaginado para él. Le bastaba sentir que él estaba allí, alto y solo, en guardia, velando por ellos y orgulloso por el resto de la noche.

Un perro ladró lejos en un pueblo sin nombre.

Sólo lo oyó el sepulturero, desvelado en el cementerio.

## AL ABISMO DE CHICAGO

Bajo un pálido cielo de abril, y un viento débil que soplaba desde el recuerdo del invierno, el viejo entró arrastrando los pies en el parque casi desierto a mediodía. Llevaba los pies envueltos en vendas manchadas de nicotina, el pelo revuelto, largo y gris como la barba que circundaba una boca temblorosa, siempre en el umbral de alguna revelación.

Miró hacia atrás como si hubiera perdido tantas cosas que no podía empezar a imaginar allí entre las ruinas caídas, el horizonte desdentado de la ciudad. Como no encontró nada, siguió arrastrando los pies hasta dar con un banco donde había una mujer sola. La examinó, la saludó con la cabeza y se sentó en la otra punta del banco, sin volver a mirarla.

Allí se quedó, los ojos cerrados, moviendo la boca, durante tres minutos, balanceando la cabeza como si la nariz estuviese imprimiendo una sola palabra en el aire. Una vez escrita, abrió la boca para pronunciarla con una voz clara, fina:

—Café.

La mujer se sofocó y se puso rígida.

En una pantomima el viejo dejó caer los dedos nudosos sobre el regazo invisible.

—¡Dé vuelta la llave! ¡Lata roja brillante, de letras amarillas! Aire comprimido. ¡Silbido! Cierre al vacío. ¡Ssst! ¡Como una serpiente!

La mujer giró bruscamente la cabeza como si la hubieran abofeteado, y miró horriblemente fascinada la lengua que se movía.

—El perfume, el olor, el aroma. ¡Ricos, oscuros, fabulosos granos de Brasil, recién molidos!

De un salto, la mujer se puso de pie, trastabillando como si le hubiesen pegado un tiro, y se fue, tambaleándose.

El viejo abrió desmesuradamente los ojos.

—¡No! Yo...

Pero la mujer se alejaba corriendo, desapareció.

El viejo suspiró y caminó por el parque hasta llegar a un banco donde estaba sentado un hombre joven totalmente abstraído en la tarea de envolver hierba seca en un cuadradito de papel fino. Los dedos delgados modelaban tiernamente la hierba casi en un ritual sagrado, temblando mientras hacían el rollo, lo llevaban a la boca e hipnóticamente lo encendían. El joven se echó hacia atrás, los ojos entrecerrados de deleite, en comunicación con el extraño aire rancio en la boca y los pulmones.

El viejo miró el humo que volaba en el viento de mediodía y dijo: —Chesterfield.

El joven se apretó las rodillas.

—Raleigh —dijo el viejo— Lucky Strike.

El joven lo miró fijo.

—Kent. Kool. Marlboro —dijo el viejo, sin volverse—. Así se llamaban. Paquetes blancos, rojos, ambarinos, verde tierno, celeste, oro puro, con la elegante cintita colorada alrededor para sacar el celofán arrugado, y la estampilla azul de impuestos del gobierno...

—Cállese —dijo el joven.

—Se compraban en las cafeterías, los bares, los subterráneos...

—¡Cállese!

—Despacito —dijo el viejo—. Pero es que ese humo de usted me hizo pensar...

—¡No piense! —El joven se sobresaltó tanto que el cigarrillo casero se le deshizo en briznas sobre el regazo. —¡Mire lo que me hizo hacer!

—Lo siento. Era un día de tan buenos amigos.

—¡Yo no soy un amigo!

—Todos somos amigos ahora, ¿o para qué vivimos?

—¿Amigos? —resopló el joven, recogiendo inútilmente los filamentos y el papel—. Quizá había amigos en 1970, pero ahora...

—1970. Usted sería un chico entonces. Todavía había galletitas Butterfingers en envoltorios de color amarillo Caramelos y chocolates: Baby Ruths, Clark Bars en papel anaranjado, Milky Ways... para tragarse un universo de estrellas, cometas, meteoros. Lindo.

—Nunca fue lindo. —El joven se puso súbitamente de pie.— ¿Qué le pasa?

—Me acuerdo de las limas y los limones, eso es lo que me pasa. ¿Se acuerda de las naranjas?

—Maldita sea. Qué naranjas ni qué diablos. ¿Me está llamando mentiroso? ¿Quiere que me enferme? ¿Está chiflado? ¿No conoce la ley? ¿Sabe que puedo hacer que lo detengan?

—Lo sé, lo sé —dijo el viejo, encogiéndose de hombros—. El tiempo me hace decir tonterías. Me hace comparar...

—Comparar rumores, eso es lo que dicen, la policía, los fulanos del cuerpo especial, todos ellos lo dicen, rumores, y usted quiere crear problemas, bastardo...

El joven se adelantó y tomó al viejo por las solapas, que se le quedaron en las manos, de modo que tuvo que sujetarlo por otra parte, gritándole a la cara. —¿Por qué no le rompo la crisma? Hace tanto que no le pego a nadie...

Empujó al viejo. Lo cual le dio la idea de un coscorrón, y de ahí pasó a los golpes amagados y entonces los puñetazos ya fueron fáciles y en seguida llovieron los golpes sobre el viejo que estaba como preso en una tormenta de truenos y chaparrones, utilizando sólo los dedos para protegerse de los golpes que le machucaban las mejillas, los hombros, la frente, la mandíbula, mientras el joven chillaba cigarrillos, gemía caramelos, gritaba humo, clamaba dulces hasta que el viejo cayó temblando, molido a puntapiés. El joven se detuvo y se echó a llorar. Al oírlo, el viejo, acurrucado, encogido de dolor, se sacó los dedos de la boca rota y abrió los ojos para contemplar con asombro a su verdugo. El muchacho lloraba.

—Por favor... —suplicó el viejo.

El muchacho lloraba más fuerte.

—No llore —dijo el viejo—. No siempre vamos a tener hambre. Reconstruiremos las ciudades. Escuche, no tuve intención de hacerlo llorar sino sólo de pensar, ¿a dónde vamos, qué estamos haciendo, qué hemos hecho? Usted no me pegaba a mí. Quería pegarle a otra cosa, pero era yo el que estaba a tiro. Mire, me voy a sentar. Me encuentro bien, de veras.

El muchacho dejó de llorar y miró pestañeando al viejo, que se obligó a hacer una sonrisa sanguinolenta.

—Usted... usted no puede andar por ahí —dijo el muchacho— haciendo infeliz a la gente. Voy a buscar a alguien que le dé su merecido.

—¡Espere! —El viejo trató de arrodillarse.— ¡No!

Pero el muchacho salió del parque corriendo como un desaforado, chillando.

Agachado, solo, el viejo se palpó los huesos, encontró un diente, rojo y tirado entre la grava, lo recogió con tristeza.

—Tonto —dijo una voz.

El viejo abrió los ojos.

Un hombre delgado de unos cuarenta años estaba allí cerca, apoyado en un árbol, con un aire de pálida fatiga y curiosidad en la cara alargada.

—Tonto —volvió a decir.

El viejo jadeó. —¿Usted estuvo ahí, todo el tiempo, y no hizo nada?

—¿Qué, luchar con un tonto para salvar a otro? No. —El extraño lo ayudó a levantarse y lo limpió.— Lucho cuando vale la pena. Vamos. Usted se viene a mi casa.

El viejo se sofocó de nuevo. —¿Por qué?

—El muchacho volverá con la policía de un momento a otro. No quiero que me lo roben, usted es un artículo muy valioso. He oído hablar de usted, lo he buscado durante días. Santo cielo, y cuando lo encuentro está metido en uno de sus famosos berenjenales. ¿Qué le dijo al muchacho para enloquecerlo?

—Le hablé de naranjas y limones, de caramelos, de cigarrillos. Estaba justo a punto de recordar en detalle los juguetes de cuerda, las pipas de brezo y los rascadores de espaldas, cuando se me vino encima.

—Casi no se lo reprocho. La mitad de mí mismo quisiera pegarle a usted. Venga, dése prisa. ¡Eso es una sirena, rápido!

Y salieron del parque rápidamente, por otro camino.

Bebió el vino casero porque era más fácil. La comida tenía que esperar a que el hambre venciera el dolor de la boca rota. Bebió, saludando con un movimiento de cabeza.

—Está bueno, muchas gracias, está bueno.

El extraño que lo había sacado del parque estaba sentado frente a él a la mísera mesa de comedor mientras la mujer del extraño ponía platos rotos de trozos pegados sobre el gastado mantel.

—La paliza —dijo al fin el marido—. ¿Cómo fue?

Al oírlo la mujer estuvo a punto de dejar caer un plato.

—Tranquilízate —dijo el marido—. Nadie nos siguió. Siga, viejo, cuéntenos, ¿Por qué esa actitud de santo que jadea después del martirio? Usted es famoso, sabe. Todo el mundo ha oído hablar de usted. A muchos les gustaría conocerlo. Yo mismo, primero, quisiera saber qué es lo que lo mueve, ¿eh?

Pero el viejo estaba en éxtasis ante las legumbres del plato desportillado que tenía delante. ¡Veintiséis, no veintiocho arvejas! Contó la cantidad imposible. Se inclinó sobre las increíbles legumbres como un hombre que reza el más calmo de los rosarios. Veintiocho gloriosas arvejas, más unos pocos *spaghetti* medio crudos anunciando que los negocios del día habían sido buenos. Pero debajo de la pasta, el plato cuarteado mostraba que desde hacía años los negocios eran peor que terribles. El viejo estaba inclinado contando la comida como un gran pajarraco inexplicable que hubiese caído disparatadamente en aquellas frías habitaciones y se hubiera posado allí, contemplado por anfitriones samaritanos, para decir al fin: —Estas veintiocho arvejas me recuerdan una película que vi de chico. Un actor, ¿conocen la palabra?, un actor cómico se encuentra con un lunático a medianoche en una casa, en la película, y...

El marido y la mujer se rieron silenciosamente.

—No, ese no es el chiste, lo siento —se disculpó el viejo—. El lunático hace sentar al actor ante una mesa vacía, sin cuchillos, ni cubiertos, ni comida. “¡La cena está servida!” exclama. Temiendo un asesinato, el actor entra en el juego. “¡Formidable!” exclama, haciendo como que mastica carne, vegetales y postre. No hay nada. “¡Magnífico!”, y traga aire. “¡Maravilloso!” Eh... ahora se pueden reír.

Pero marido y mujer, cada vez más silenciosos, sólo miraban los platos dispersos.

El viejo meneó la cabeza y prosiguió. —El comediante, creyendo impresionar al loco, exclamó: “¡Y estos duraznos en almíbar, exquisitos!” “¿Duraznos?” chilló el loco, empuñando un arma. “¡Yo no he servido duraznos! ¡Usted está loco!” Y le dispara al actor en el trasero.

En el silencio que siguió el viejo tomó la primera arveja, y sopesó el delicado bulto en la punta del torcido tenedor de lata. Estaba por llevársela a la boca cuando...

Llamaron bruscamente a la puerta.

—¡Policía especial! —exclamó una voz.

En silencio pero temblando, la mujer escondió el plato extra.

El marido se levantó con calma para llevar al viejo hasta una pared donde se abrió un panel, con un silbido; el viejo se metió dentro y el panel se cerró con otro silbido, dejándolo oculto en la oscuridad mientras del otro lado, invisible, se abría la puerta de

calle. Voces excitadas murmuraron. El viejo se imaginó al agente de la policía especial de uniforme azul nocturno, enarbolando la pistola, entrando para ver solamente los muebles desvencijados, las paredes desnudas, el piso de linóleo, las ventanas sin vidrios, tapadas con cartón, esa delgada y aceitosa capa de civilización que queda en una orilla desierta cuando se aleja la marejada de la guerra.

—Estoy buscando a un viejo —dijo del otro lado de la pared la voz fatigada de la autoridad. Extraño, pensó el viejo, hasta la ley suena cansada—. Traje remendado... — Pero si yo creí que todo el mundo llevaba el traje remendado, pensó el viejo.— Sucio. De unos ochenta años... —¿Pero acaso no están todos sucios, acaso no son todos viejos? — exclamó—. Si dan con él, hay una ración semanal de recompensa —dijo la voz del policía—. Más diez latas de vegetales, cinco latas de sopa, bonos.

Verdaderas latas con letras impresas en colores brillantes, pensó el viejo. Las latas centelleaban como meteoros que pasaban velozmente por la oscuridad de los párpados. ¡Qué magnífica recompensa! ¡No diez mil dólares, no veinte mil dólares, no, no, sino cinco increíbles latas de sopa verdadera, no imitación, y diez, hagan la cuenta, diez latas de brillantes colores son vegetales exóticos como chauchas y maíz amarillo solar! Piénsenlo. ¡Piénsenlo!

Hubo un largo silencio en el que al viejo casi le pareció oír débiles murmullos de estómagos que se removían incómodos, durmiendo pero soñando con comidas mucho mejores que los mazacotes de viejas ilusiones que se convirtieron en pesadillas y política agriada, en el largo crepúsculo que siguió al D. A., el Día de la Aniquilación.

—Sopa. Vegetales —dijo la voz del policía, por última vez—. ¡Quince buenas latas!

Se oyó un portazo.

Las botas se alejaron por la casa destartada, golpeando en puertas como tapas de ataúd para resucitar a otras almas de Lázaro y vocear latas brillantes y sopas de verdad. Los golpes se desvanecieron. Hubo un último portazo.

Y al fin el panel secreto se levantó con un susurro, y el viejo salió. El marido y la mujer no lo miraban, y él sabía por qué y quería tocarles el codo.

—Hasta yo —dijo suavemente—, hasta yo estuve tentado de entrar, pedir la recompensa, tomar la sopa.

Seguían sin mirarlo.

—¿Por qué? —preguntó— ¿Por qué no me entregaron? ¿Por qué?

El marido, como si se acordara de pronto, le hizo un gesto a la mujer. Ella fue a la puerta, vaciló, el marido repitió el gesto con impaciencia y ella salió, silenciosa como una araña en su tela. La oyeron susurrar a lo largo del pasillo, llamando suavemente a las puertas que se abrieron entre exclamaciones y murmullos. —¿Qué está haciendo la señora? ¿Qué va a hacer usted? —preguntó el viejo.

—Ahora lo sabrá. Siéntese. Termine de comer —dijo el marido—. Dígame por qué es tan tonto que nos convierte a nosotros en tontos y salimos a buscarlo y lo traemos aquí.

—¿Por qué soy un tonto? —El viejo se sentó. Masticó lentamente, tomando las arvejas una por una del plato que le habían devuelto.— Sí, soy un tonto. ¿Cómo empezó mi estupidez? Hace años miré el mundo arruinado, las dictaduras, los estados y naciones agotados y dije: ¿Qué puedo hacer? Yo, un viejo endeble, ¿qué puedo hacer? ¿Reconstruir lo devastado? ¡Ah! Pero una noche, mientras estaba medio dormido, un viejo disco de fonógrafo me sonó en la cabeza. Dos hermanas llamadas Duncan cantaban una canción de mi infancia llamada *Recordando. Todo lo que hago es recordar, querido, trata de recordar tú también*. Canté la canción, y no era una canción sino un modo de vida. ¿Qué podría ofrecer yo a un mundo que estaba olvidando? ¡Mi memoria! ¿Cómo podía ayudar? Dando un punto de comparación. Hablándoles a los jóvenes de lo que fue

alguna vez, registrando pérdidas. Descubrí que cuanto más recordaba, más podía recordar. Según con quién me sentara, recordaba flores artificiales, teléfonos automáticos, refrigeradoras, chicharras (¿alguna vez tocó usted una chicharra?), dedales, pinzas de ciclista, no bicicletas sino pinzas de ciclista, ¿no es absurdo y extraño? Antimacasares. ¿Los conoce? No importa. Una vez un hombre me pidió que recordara sólo los botones del tablero de dirección de un Cadillac. Me acordé. Se lo dije en detalle. Escuchó. Le corrían lagrimones por la cara. ¿Lágrimas de felicidad o de tristeza? No puedo decirlo. No hago más que recordar. No literatura, no, nunca he tenido cabeza para las obras de teatro o la poesía, se me escurren, desaparecen. Todo lo que soy, de veras, es un montón de cachivaches, de cosas mediocres, de desechos y baratijas de tercera mano, cromadas, de una civilización de pistas de velocidad que corrió y saltó al precipicio. De modo que todo lo que ofrezco es en realidad fruslerías brillantes, los cronómetros tan alabados y las maquinarias absurdas de un río sin fin de robots y de locos propietarios de robots. Pero de una u otra manera, la civilización ha de volver al camino. Que aquellos que pueden ofrecer los aleteos de mariposa de la poesía, la recuerden, la ofrezcan. Que los que pueden tejer y fabricar redes para mariposas, las tejan y las fabriquen. Lo que yo doy es mucho más pequeño y quizá despreciable en el largo ascenso, en la subida, en el salto hacia la vieja y amistosa y tonta cima. Pero yo soñaré que vale la pena. Porque las cosas, tontas o no, que la gente recuerda son las cosas que buscará de nuevo, y yo les ulceraré con recuerdos de mosquito avinagrado esos deseos medio muertos. Entonces quizá hagan sonar el Gran Reloj de nuevo, es decir, la ciudad, el estado y luego el mundo. Que un hombre quiera vino, que otro desee sillas, el tercero un planeador de alas de murciélago para remontarse en los vientos de marzo y construir electropterodáctilos más grandes para vientos todavía más fuertes, con gentes todavía más corpulentas. Alguien quiere tontos árboles de Navidad y algún hombre sabio va y los corta. Júntese todo esto, y ahí estoy yo para ponerle aceite, eso es lo que haré. Ah, en otro tiempo hubiera dicho: " ¡Sólo lo mejor es mejor, sólo la calidad es verdadera!" Pero las rosas nacen de abonos de sangre. Cuanto más mediocre, mejor será la floración. De modo que yo seré el mejor mediocre y lucharé contra todos los que digan: Deslízate debajo, húndete, revuélcate en el polvo deja que las zarzas invadan tu sepulcro viviente. Protestaré contra las tribus errantes de hombres monos, el pueblo de carneros que pacen en campos lejanos, alabados por los lobos del señor feudal, cada vez más raros en las puntas de los pocos rascacielos, y que persiguen alimentos olvidados. Y a esos villanos los mataré con abrelatas y sacacorchos. Los haré bajar rápidamente con fantasmas de coches Buick Kissel-Kar y Moon, los fustigaré con látigos de regaliz hasta que clamen por alguna especie de piedad indefinida. ¿Podré hacer todo esto? Sólo cabe intentarlo.

El viejo se metió la última arveja, junto con las últimas palabras, en la boca, mientras el anfitrión samaritano lo miraba con ojos pasmados y amables, y a lo lejos en toda la casa la gente se movía, las puertas se abrían y cerraban, y se formaba un grupo del otro lado de la puerta, mientras el marido decía: —¿Y usted preguntó por qué no lo entregamos? ¿Oye eso ahí afuera?

—Parece que hubiera alguien en la casa.

—Alguien. Viejo, viejo tonto, ¿se acuerda... de los cines o, mejor, de los cines al aire libre a los que se iba en coche?

El viejo sonrió. —¿Y usted?

—Mas bien. Mire, escuche, hoy, ahora, si quiere ser tonto, si quiere correr riesgos, hágalo ante un grupo, de un solo golpe. Por qué gastar el aliento con uno, con dos, incluso con tres, si...

El marido abrió la puerta e hizo una seña a los que estaban afuera. En silencio, uno por uno y en parejas, las gentes de la casa entraron. Entraron en esa habitación como si entraran en una sinagoga o en una iglesia o en el tipo de iglesia conocido como cine, o en

el tipo de cine al aire libre, y se iba haciendo tarde, y el sol se ponía, y pronto en las primeras horas de la noche, en la oscuridad, la habitación se quedaría a oscuras y en la única luz la voz del viejo hablaría y esas gentes escucharían tomadas de las manos y sería como en los viejos tiempos con los balcones y la oscuridad o los coches y la oscuridad, y sólo la memoria, las palabras que nombran el pochoclo, y las palabras para la goma de mascar y las bebidas azucaradas y los caramelos, las palabras, de cualquier modo, las palabras...

Y mientras la gente entraba y se acomodaba en el suelo, y el viejo los miraba, y no llegaba a creer que los había convocado allí sin saberlo, el marido dijo: —¿No es mejor así que correr riesgos al descubierto?

—Sí. Es extraño. Odio el dolor. Odio que me peguen y me persigan. Pero mi lengua se mueve. Tengo que oír lo que tiene que decir. Pero esto es mejor.

—Bueno. —El marido apretaba un boleto rojo en la palma de la mano.— Cuando esto haya terminado, dentro de una hora, aquí tiene un boleto de un amigo mío que está en Transportes. Un tren cruza el país cada semana. Cada semana consigo un boleto para algún idiota a quien quiero ayudar. Esta semana es usted.

El viejo leyó el destino en el papel rojo doblado: "Abismo de Chicago", y añadió: —¿Todavía está el Abismo?

—El año próximo el Lago Michigan puede romper la última costra y formar un nuevo lago en el pozo donde alguna vez estuvo la ciudad. Hay una especie de vida alrededor del cráter, y un ramal del ferrocarril va hacia el oeste una vez por mes. Cuando se haya ido de aquí, muévase, olvídense que nos ha encontrado o conocido. Le daré una listita de gentes como nosotros. Dentro de mucho tiempo, pase a verlos, allá en la soledad. Pero por el amor de Dios, al aire libre, sólo por un año, declárese en moratoria. Mantenga cerrada esa boca maravillosa. Y aquí... —El marido le dio una tarjeta amarilla.— Un dentista que conozco. Dígale que le haga una nueva dentadura postiza que sólo se abra a la hora de la comida.

Unas pocas personas, al oír esto, se rieron y el viejo se rió apaciblemente, y la gente estaba ya adentro, docenas de personas, y era tarde, y el marido y la mujer cerraron la puerta y se quedaron al lado y se volvieron y esperaron ese último momento especial en que el viejo abriría la boca.

El viejo se puso de pie.

El público se quedó muy quieto.

El tren llegó, oxidado y ruidoso a medianoche, a una estación de pronto cubierta de nieve. Bajo una cruel polvareda blanca, la gente mal lavada se amontonaba en los viejos coches con asientos, en los pasillos, empujando al viejo por el corredor hasta un compartimiento vacío que alguna vez había sido un lavatorio. El suelo fue pronto una sólida masa de colchones donde dieciséis personas se agitaban y revolvían en la oscuridad, luchando por abrirse camino en el sueño.

El tren corría en el vacío blanco.

El viejo, pensando, quieto, cállate, no, no hables, nada, no, quédate quieto, piensa, ¡cuidado, basta!, se encontraba ahora balanceado, traqueteado, empujado para aquí y para allá, medio acurrucado contra una pared. Había él y sólo otro de pie en aquella habitación monstruosa de sueño terrible. A poca distancia, empujado también contra la pared, había un chico de ocho años, sentado, con una palidez enfermiza que le salía de las mejillas. Completamente despierto, los ojos brillantes, parecía observar, observaba, la boca del viejo. El muchacho miraba porque tenía que mirar. El tren silbaba, rugía, se tambaleaba, chillaba y corría.

Pasó media hora de esa carrera atronadora y rechinante en la noche, bajo la luna oculta por la nieve, y la boca del viejo seguía bien apretada, como claveteada. Otra hora, y la boca siempre herméticamente cerrada. Otra hora y los músculos de las mejillas empezaron a aflojarse. Otra, y los labios se separaron para humedecerse. El chico estaba despierto. El chico veía. El chico esperaba. Inmensas lluvias de silencio bajaban afuera en el aire nocturno, perforadas por el alud del tren. Los viajeros, hundidos en el terror, entumecidos por la distancia, dormían separados, pero el muchacho no le sacaba los ojos de encima al viejo, y al fin el viejo se inclinó hacia adelante, suavemente.

—Sh. Niño. ¿Cómo te llamas?

—Joseph.

El tren se meció y gruñó en su sueño, como un monstruo que avanzaba a tumbos por una oscuridad sin tiempo hacia una mañana inimaginable.

—Joseph... —El viejo saboreó la palabra, se inclinó hacia adelante, los ojos suaves y brillantes, y una belleza pálida en la cara. Los ojos se abrieron hasta que parecieron ciegos. El viejo miraba una cosa distante y oculta. Se aclaró la garganta siempre con la misma suavidad.— Ah...

El tren rugió al tomar una curva. La gente se balanceó en sueño de nieve.

—Bueno, Joseph —susurró el viejo. Levantó los dedos suavemente en el aire—. Había una vez...

## LA CARRERA DEL HIMNO

—No cabe duda, Doone es el mejor.

—¡El diablo se lleve a Doone!

—Tiene reflejos sobrenaturales, saltando en la pendiente es extraordinario, está afuera antes que te inclines a recoger el sombrero.

—¡Hoolihan es mejor, en cualquier momento!

—¡Qué momento ni qué diablos! ¿Por qué no ahora? Yo estaba en la otra punta del bar, en lo alto de Grafton Street escuchando el canto de los tenores, los acordeones que morían y las discusiones que rondaban en el humo, buscando una oposición. La taberna era la de las Cuatro Provincias y se estaba haciendo tarde, para Dublín. De modo que había la amenaza segura de cierre inmediato, es decir, cierre de espitas, acordeones, tapas de pianos, solistas, tríos, cuartetos, tabernas, confiterías y cines. Con gran esfuerzo como en el Día del Juicio, la mitad de la población de Dublín saldría a la luz cruda de las lámparas para encontrarse con que los espejos de las máquinas distribuidoras de goma de mascar habían desaparecido. Azoradas, sin apoyo físico y moral, las almas errarían un momento con falenas exangües para regresar luego a sus casas.

Pero entonces estaba yo allí escuchando una discusión cuyo calor, sino su luz, me llegaba a cincuenta pasos.

—¡Doone!

—¡Hoolihan!

Entonces en la punta del bar el hombre más pequeño, volviéndose, vio la curiosidad guardada como una reliquia en mi cara demasiado abierta y gritó: —¡Usted es norteamericano, desde luego! ¿Y se pregunta en qué andamos? ¿Confía usted en mi

apariciencia? ¿Apostaría como yo se lo digo en un acontecimiento deportivo de grandes consecuencias locales? ¡Si su respuesta es "Sí", acompáñeme!

De modo que viajé con mi Guinness a todo lo largo de las Cuatro Provincias para unirme a los hombres vociferantes, mientras un violinista terminaba de destrozar una melodía y el pianista se apresuraba para alcanzar el estribillo.

—¡Me llamo Timulty! —El hombrecito me estrechó la mano.

—Yo Douglas —dije—. Escribo para el cine.

—¡Películas! —exclamaron todos. —Películas —admití modestamente.

—¡Qué suerte! ¡De no creerlo! —Timulty me agarró más fuerte.— ¡Usted será el mejor juez de todos, además de apostar! ¿Le gustan los deportes? ¿Conoce por ejemplo, la vuelta al pago, el cuatro cuarenta, y las excursiones a pie?

—He presenciado dos Juegos Olímpicos.

—¡No simplemente películas sino la competencia mundial! —Timulty se quedó pasmado.— Usted es un bicho raro. Bueno, pero díganos, ¿conoce el decatión especial panirlandés de las salas de cine?

—¿Qué es eso?

—¡Ya verá! ¡Hoolihan!

Y un individuo aún más pequeño, metiendo en el bolsillo su armónica, dio un salto adelante, sonriendo. —Hoolihan soy yo. ¡El mejor en la Carrera del Himno en toda Irlanda!

—¿La Carrera de qué? —pregunté.

—H-i-m —deletreó Hoolihan, con sumo cuidado—, -n-o, Himno. Corredor. El más veloz.

—Desde que está en Dublín —interrumpió Timulty—, ¿ha ido usted al cine?

—Anoche —dije— vi una película de Clark Gable. Anteanoche, una vieja de Charles Laughton.

—¡Basta! Usted es un fanático, como todos los irlandeses. Si no fuera por los cines y las tabernas que sacan de la calle a los pobres y a los desocupados y los retienen en la viña del señor, hace tiempo que hubiéramos quitado el corcho y la isla se hubiera hundido. Bueno. —Golpeó las manos.— Cuando la película termina cada noche, ¿ha observado usted la peculiaridad de la raza?

—¿Cuando termina la película? —pensé—, ¡Espere! Usted no se refiere al Himno nacional, ¿verdad?

—¿Que no, muchachos? —exclamó Timulty.

—¡Que sí! —exclamaron todos.

—Cada noche, todas las noches desde hace diez años horribles, al final de cualquier maldita película, como si uno nunca hubiese oído hasta entonces la melodía calamitosa —se lamentó Timulty— la orquesta sale con el Himno de Irlanda. ¿Y qué ocurre entonces?

—Bueno —dije, cayendo en la cuenta—, si usted es un hombre de verdad, trata de salir de la sala en los preciosos momentos comprendidos entre el final de la película y el comienzo del Himno.

—¡Ha dado en el clavo!

—¡Un trago para el yanqui!

—Después de todo —dije con soltura— estoy en Dublín desde hace ya cuatro meses. El Himno ha empezado a palidecer. Sin faltar al respeto —añadí apresuradamente.

—¡No faltaría más! —dijo Timulty— No lo aceptaría ninguno de nosotros, patriotas veteranos del EIP, sobrevivientes de los Conflictos y amantes de nuestro país. Pero el

hecho de respirar el mismo aire diez mil veces le hace perder a uno el sentido. De modo que, como usted ha observado, en el intervalo de tres o cuatro segundos enviados por Dios, todo el público en su sano juicio se manda mudar. Y el mejor de todos es...

—Doone —dije—. O bien Hoolihan. ¡Los corredores del Himno!

Me sonrieron. Les sonreí.

Estábamos todos tan orgullosos de mi intuición que les pagué una vuelta de Guinness.

Lamiendo la espuma de los labios, nos miramos entre todos con benevolencia.

—Ahora —dijo Timulty, la voz alterada por la emoción, contemplando con los ojos entrecerrados la escena—, en este mismo momento, a menos de cien metros, bajando por la colina, en la confortable oscuridad del Cine Grafton Street, sentado en el pasillo, fila cuatro, al centro, está...

—Doone —dije.

—Este hombre es brujo —dijo Hoolihan, levantando la gorra en mi homenaje.

—Bueno. —Timulty se tragó su incredulidad.— Doone está allí. No ha visto antes la película, es una de Deanna Durbin que dan a pedido y este es el momento...

Todo el mundo miró el reloj de pared.

—¡Las diez! —dijeron a coro.

—Y dentro de quince minutos justos el cine dejará salir a los clientes.

—¿Y? pregunté.

—Y —dijo Timulty—. ¡Y! Si lo mandamos a Hoolihan para una prueba de velocidad y agilidad, Doone estará dispuesto a aceptar el desafío.

—Pero no fue al cine sólo para la Carrera del Himno, ¿verdad?

—Por Dios, no. Fue por las canciones de Deanna Durbin y todo. Doone toca el piano aquí, para ganarse la vida. Pero si por casualidad observa la entrada de Hoolihan, quien se hará notar llegando tarde y sentándose justo frente a Doone, bueno, Doone sabe qué pasa. Se saludarán los dos y los dos se sentarán a escuchar la amada música hasta que aparezca a la vista el FINIS.

—Claro. —Hoolihan bailaba ligeramente sobre las puntas de los pies, doblando los codos.— ¡Que me lo traigan, que me lo traigan!

Timulty me miró de muy cerca. —Señor Douglas, observo su incredulidad. Los detalles del deporte lo han desconcertado. ¿Cómo es, se pregunta usted, que hombres grandes tengan tiempo para cosas como esta? Bueno, tiempo es la única cosa que los irlandeses tienen en abundancia. Sin empleo disponible, lo que es secundario en su país tiene que parecer importante en el nuestro. Nunca hemos visto al elefante, pero hemos aprendido que una chinche mirada por el microscopio es la bestia más grande de la tierra. De modo que si bien no ha pasado la frontera, la Carrera del Himno es un deporte de gran categoría para todos nosotros. ¡Déjeme que le explique las reglas!

—Primero —dijo Hoolihan—, ahora que sabe lo que hay que saber, veamos si el hombre quiere apostar.

Todos me miraron para ver si el razonamiento había sido inútil.

—Sí —dije.

Todos convinieron en que yo era más que un ser humano.

—Las presentaciones en orden —dijo Timulty—. Este es Fogarty, el guardián supremo de la salida. Nolan y Clannery, jueces superintendentes del pasillo. Clancy, cronometrista. Y espectadores generales, O'Neill, Bannion y los muchachos Kelly, ¡cuéntelos! ¡Vamos!

Me sentí como si una enorme barredora, uno de esos monstruos de púas, todo bigote y cepillos de limpieza, se hubiera apoderado de mí. La amistosa banda me llevó flotando

colina abajo hacia la multiplicidad de lucecitas parpadeantes donde el cine nos hacía señales. Empujando, Timulty explicó a voces los fundamentos:

—¡Mucho depende del carácter de la sala, desde luego!

—¡Desde luego! —le grité a mi vez.

—Hay salas liberales y librepensadoras, de grandes pasillos, grandes salidas y letrinas aún más grandes, más espaciosas. Algunas con tanta porcelana que basta el eco para hacerlo temblar a uno. Después están los cines parsimoniosos, tipo ratonera, con pasillos que quitan el aliento, asientos que aprietan las rodillas y puertas que se escabullen cuando usted va al retrete de hombres de la confitería de enfrente. Cada teatro es cuidadosamente evaluado; antes, durante y después de una carrera, se establecen sus características. Sólo entonces se juzga al hombre y su tiempo es considerado bueno o deshonesto según que haya tenido que abrirse paso entre hombres y mujeres *en masse* o sobre todo hombres, sobre todo mujeres, o, lo peor, niños en las mortales matines. La tentación con los niños, desde luego, es arremeter como si se estuviera cosechando heno, cortando con la guadaña a izquierda y derecha; hemos dejado eso. ¡Ahora es casi siempre aquí en el Grafton, por las noches!

La banda se detuvo. Las luces parpadeantes del cine nos centelleaban en los ojos y nos encendían las mejillas.

—El cine ideal —dijo Fogarty.

—¿Por qué? —pregunté.

—Los pasillos —dijo Clannery— no son ni demasiado anchos ni demasiado estrechos, las salidas están bien situadas, los goznes de las puertas aceitados, el público es una mezcla adecuada de aficionados y de fulanos que no tienen inconveniente en saltar a un lado si un corredor, desplegando energías, se precipita por el pasillo.

Tuve un súbito pensamiento. —¿Las carreras son con handicap?

—¡Claro! A veces cambiamos las salidas cuando las viejas son demasiado conocidas. O le ponemos a un corredor un abrigo de verano y al otro uno de invierno. O sentamos a uno de los hombres en la fila seis, mientras el otro está en la tres. Y si alguien llega a tener una velocidad terrible, le añadimos la carga más grande de todas...

—¿Bebida? —pregunté.

—¿Y qué otra cosa podría ser? Como Doone es veloz, tiene dos handicaps. ¡Nolan! —Timulty tendió un frasco.— Toma esto. Hazle beber a Doone dos buenos tragos.

Nolan corrió.

Timulty señaló. —Porque Hoolihan, aquí, como ha recorrido esta noche las Cuatro Provincias, tiene ya un buen handicap. ¡Todos parejos!

—Vamos, Hoolihan —dijo Fogarty—. Que nuestro dinero sea una carga ligera para ti. ¡Te veremos salir por esa puerta dentro de cinco minutos, victorioso y primero!

—¡Sincronicemos los relojes! —dijo Clancy. —Sincronicemos los traseros —dijo Timulty—. ¿Quién de nosotros tiene algo más que mirar que su sucia muñeca? Sólo tú, Clancy, tienes la hora. ¡Hoolihan adentro!

Hoolihan nos dio un apretón de manos a todos, como si se fuera a dar la vuelta al mundo. Después, haciendo un saludo, desapareció en la oscuridad del cine.

En ese momento, Nolan apareció de pronto, teniendo en alto el frasco casi vacío.

—¡Doone ya tiene su handicap!

—¡Magnífico! Clannery, vé a examinar a los competidores, asegúrate de que estén sentados en la cuarta fila uno frente al otro, como se ha convenido, las gorras puestas, los abrigos medio abotonados, las bufandas bien enrolladas. Vuelve a informarme.

Clannery corrió a meterse en la oscuridad.

—¿El acomodador, el que recoge las entradas? —dije.

—Están adentro, mirando la película —dijo Timulty—. Tanto tiempo de pie es duro para sus extremidades. No se meterán.

—Son las diez y trece —anunció Clancy—. Dos minutos más...

—Se larga.

—Usted es un hombre formidable —admitió Timulty.

Clannery salió corriendo en ese momento.

—¡Todo en orden! ¡Y los asientos que corresponde!

—¡Ha terminado casi! Se puede decir... hacia el final de todas las películas la música tiene esa manera de escaparse de la mano.

—Es fuerte, de acuerdo —convino Clannery—. La orquesta en pleno y el coro detrás de la chica que canta. Tengo que venir mañana a verla entera. Lindísima.

—¿No es cierto? —dijeron Clancy y los otros.

—¿Qué melodía es?

—¡Ah, basta de melodía! —dijo Timulty—. ¡Falta un minuto y preguntan por la melodía! Hagamos las apuestas. ¿Quién está por Doone? ¿Quién por Hoolihan? —Hubo una algarabía multitudinaria y un ir y venir de dinero, casi todos chelines.

Puse cuatro. —Doone —dije. —¿Sin haberlo visto? —Un escondido —murmuré.

—¡Bien dicho! —Timulty giró.— ¡Clannery, Nolan, adentro, como jueces de pasillo! Vigilen para que no se salteen el FINIS.

Clannery y Nolan entraron, felices como chicos.

—Formen un pasillo ahora. Señor Douglas, venga aquí conmigo.

Los hombres se precipitaron a formar un pasillo de cada lado de las dos puertas principales de entrada y salida.

—¡Fogarty, aplica la oreja a la puerta!

El tal Fogarty acercó la cabeza. Se le agrandaron los ojos.

—¡La maldita música es extrafuerte!

Uno de los Kelly le dio un codazo a su hermano. —Pronto terminará. El que tenga que morir se está muriendo en este momento. El que quede vivo está inclinado sobre el otro.

—¡Todavía más fuerte! —anunció Fogarty, la cabeza apoyada contra la puerta, las manos moviéndose como si sintonizaran una radio—, ¡Ya está! ¡El gran ta-ta-ta que viene justo cuando salta a la pantalla el FINIS o FIN.

—¡Ahí salen! —murmuré.

—¡Atentos! —dijo Timulty. Todos mirábamos fijo la puerta.

—¡Ahí está el Himno!

—¡Atención!

Todos nos erguimos. Alguien hizo la venia.

Pero seguíamos mirando fijo la puerta.

—Siento unos pies que corren dijo Fogarty.

—Quiquiera que sea ha empezado bastante antes que el Himno...

La puerta se abrió de golpe.

Hoolihan emergió a la vista, sonriendo como sólo sonríen los vencedores jadeantes.

—¡Hoolihan! —exclamaron los ganadores.

—¡Doone! —exclamaron los perdedores—. ¿Dónde está Doone?

Porque, si bien Hoolihan era el primero, faltaba el competidor.

El público se iba dispersando en la calle.

—¿El idiota no habrá salido por la puerta que no debía?

Esperamos. La multitud desapareció en seguida.

Timulty fue el primero en aventurarse en el vestíbulo vacío.

—¿Doone?

Nadie.

—¿Puede ser que esté ahí?

Alguien dio un empujón a la puerta de caballeros.

—¿Doone?

Ni un eco, ni una respuesta.

—Santo cielo —exclamó Timulty—, ¿no se habrá roto una pierna y estará tendido en el pasillo, en mortal agonía?

—¡Es eso!

El islote de hombres, desplazándose en una dirección, cambiando de centro de gravedad y desplazándose en otra hacia la puerta interna, entró y se metió en el pasillo, conmigo detrás.

—¡Doone!

Clannery y Nolan venían a nuestro encuentro y nos señalaban algo en silencio. Salté por el aire dos veces para ver por sobre las cabezas de la banda. La vasta sala estaba en penumbras. No vi nada.

—¡Doone!

Por fin nos agrupamos junto a la cuarta fila, del lado del pasillo. Escuché las alarmadas exclamaciones cuando vieron lo que vi:

Doone, siempre sentado en la cuarta fila, del lado del pasillo, las manos juntas, los ojos cerrados.

¿Muerto?

Nada de eso.

Una lágrima, amplia, luminosa y bella le caía por la mejilla. Otra lágrima, aún más amplia y más lustrosa, le brotaba del otro ojo. Tenía la barbilla húmeda. Era seguro que había estado llorando durante varios minutos.

Los hombres le examinaron la cara, en círculo, inclinados.

—Doone, ¿te sientes mal?

—¿Malas noticias?

—Ah, Dios —gimió Doone. Se sacudió para encontrar las fuerzas en cierto modo necesarias para hablar—. Ah, Dios —dijo por fin—, tiene una voz de ángel.

—¿Ángel?

—La de allá. —Hizo un gesto.

Se volvieron para contemplar la vacía pantalla de plata.

—¿Deanna Durbin?

Doone sollozó. —La amada voz desaparecida de mi abuela otra vez...

—¡El traste de tu abuela! —exclamó Timulty—. ¡No tenía esa voz!

—¿Y quién lo sabe, salvo yo? —Doone se sonó la nariz, se frotó los ojos.

—¿Quieres decir que fue la chica Durbin la que no te dejó correr la carrera?

—¡Claro! —dijo Doone— ¡Claro! Hubiera sido sacrílego salir volando de un cine después de un concierto como ese. Sería como saltar a toda velocidad al altar durante una boda, o bailar el vals en un entierro.

—Por lo menos pudiste avisarnos que no había carrera. —Timulty estaba furibundo.

—¿Cómo? Me invadió como una enfermedad divina. Ese último trozo que cantó, *La encantadora isla de Innisfree*, ¿no es cierto Clannery?

—¿Qué más cantó? —preguntó Fogarty.

—¿Qué más cantó? —exclamó Timulty—. ¡Nos ha hecho perder la mitad del salario y le preguntas qué más cantó! ¡Sal de ahí!

—Claro, el dinero es lo que gobierna el mundo —convino Doone, allí sentado, cerrando los ojos—. Pero la música es lo que atenúa la fricción.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó alguien arriba.

Un hombre se asomó al balcón, fumando un cigarrillo —¿Qué significa todo ese alboroto?

—Es el de la proyección— susurró Timulty. Y en voz alta—. ¡Hola, Phil, viejo! ¡Somos los de la banda! Tenemos un problemita, Phil, de ética, por no decir de estética. Nos preguntamos si no sería posible que nos pasaras de nuevo el Himno.

—¿El Himno?

Hubo un gruñido entre los ganadores, una confusión y varios codazos.

—Una idea deliciosa —dijo Doone.

—Lo es —dijo Timulty, todo perfidia—. Doone quedó incapacitado por intervención divina.

—Una película de mala muerte del año 1937 lo agarró por los pelos —dijo Fogarty.

—De modo que lo justo es... —Aquí Timulty, imperturbable, miró hacia el cielo—. Phil, querido muchacho, ¿aún está ahí el último rollo de la película de la Durbin?

—No va a estar en el cuartito de damas —dijo Phil, fumando tranquilamente.

—Que ingenio tiene el muchacho. Phil, ¿te parece que puedes dar marcha atrás a la máquina y pasarnos el FINÍS de nuevo?

—¿Es todo lo que quieres? —preguntó Phil.

Hubo un difícil momento de indecisión. Pero la idea de otra competencia era demasiado buena para pasarla por alto, aunque estuviera en juego dinero ya ganado. Lentamente todos asintieron.

—Yo mismo apostaré, entonces —dijo Phil desde arriba—. ¡Un chelín por Hoolihan!

Los ganadores rieron y abuchearon; pensaban ganar de nuevo. Hoolihan hizo un gracioso saludo. Los perdedores se volvieron hacia el otro candidato.

—¿Has oído el insulto, Doone? ¡Despiértate, hombre!

—¡Cuando cante la muchacha, maldita sea, te haces el sordo!

—¡Todo el mundo a su puesto! —dijo Timulty a los empujones.

—No hay público —dijo Hoolihan—. Y sin él, no hay obstáculos ni verdadera competencia.

—Pero nosotros —dijo Fogarty pestañeando—, nosotros podemos ser el público.

—¡Magnífico! —Resplandecientes, todos se dejaron caer en los asientos.

—Mejor todavía —anunció Timulty—. ¿Por qué no formar equipos? Doone y Hoolihan, por supuesto, pero por cada hombre de Doone, o de Hoolihan que salga antes de que el Himno le enfríe los dedos gordos, un punto extra, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —exclamaron todos.

—Perdón —dije—. No hay nadie afuera para juzgar. Todo el mundo se volvió a mirarme. —Ah —dijo Timulty—. Bueno. ¡Nolan, afuera! Nolan arrastró los pies por el pasillo, maldiciendo. Phil asomó la cabeza por la cabina de proyección. —¿Están listos, todos?

—¡Si lo están la chica y el Himno!

Y las luces se apagaron.

Yo me encontré sentado junto a Doone, que susurraba con fervor: —Dame un codazo, muchacho, tenme despierto para las cosas prácticas más que para el floreo, ¿eh?

—¡Calla! —dijo alguien—. Ahí está el misterio.

Y de veras lo era, el misterio de la canción, el arte, la vida, si se quiere, la muchachita que cantaba en la pantalla fantasmagórica.

—Contamos contigo, Doone —susurré.

—¿Eh? —respondió. Sonrió hacia adelante—. Ah, mira, ¿no es encantadora? ¿La oyes?

—La apuesta, Doone —dije—. Prepárate.

—Muy bien —gruñó—. Déjame mover los huesos. Jesús me proteja.

—¿Qué?

—Nunca creí que me tocaría. La pierna derecha. Tócala, siente. No, no puedes. ¡Está muerta!

—¿Quieres decir, dormida? —dije aterrado.

—¡Muerta o dormida, diablos, estoy frito! ¡Muchacho, muchacho, tienes que correr por mí! ¡Aquí están mi gorra y mi bufanda?

—¿Tu gorra...?

—¡Cuando la victoria sea tuya, se las mostrarás, y explicaremos que corriste para reemplazar esta pierna mía!

Me plantó la gorra, me ató la bufanda. —Pero mira... —protesté.

—¡Lo harás muy bien! Pero recuerda, en el FINÍS, ¡no

**FIN**